
Jennifer L. Armentrout
Cursed
The Dark Side



agradecimientos

A todas nuestras maravillosas traductoras, les damos nuestro inmenso agradecimiento, su trabajo es maravilloso. Muchas gracias también al increíble equipo de corrección. ¡Chicas todas ustedes son lo máximo! Y un agradecimiento a todos los lectores que paso a paso nos siguieron incansablemente de inicio a fin, ustedes nos dan el ánimo necesario para seguir trabajando en nuevos libros.









moderadoras de traducción

Onnanohino Gin & Josez57

traductoras

Onnanohino Gin	Gisse	Caro_Chan
Josez57	Val_277	aLexiia_Rms
Nessie	Im_Rachell	Jane Kent
EyeOc	Jhos	Maia8

moderadoras de corrección

LadyPandora & Angeles Rangel

recopilación y revisión

Onnanohino Gin

correctoras

Angeles Rangel	Eneritz	Maia8	Estefidenise
Bibliotecaria70	Jut	LuciiTamy	MaryJane♥
Vericity		LadyPandora	

diseño

Francatemartu



Índice



Sinopsis

Morir es un asco y Ember McWilliams lo sabe muy bien. Después de un fatal accidente de coche, el don de su hermana pequeña la trajo de vuelta. Ahora todo lo que Ember toca, muere. Y bueno… realmente, eso es un asco. Ember sigue una política de "no tocar" a todas las cosas vivas, incluyendo a los chicos.

Cuando Hayden Cromwell aparece citando a Oscar Wilde y clamando que su maldición es un don, ella cree que el chico está algo loco. Pero cuando le dice que puede ayudarla a controlarlo, se encuentra más que interesada. Sólo hay un inconveniente: Ember tendrá que confiar en el padre adoptivo de Hayden, un hombre que tiene razones siniestras para recolectar niños cuyas habilidades son todavía más raras que las de ella. Sin embargo, se arriesgará a hacer lo que sea necesario para poder sostener nuevamente la mano de su hermana. Y demonios, también le gustaría ser capaz de besar a Hayden, ¿a quién no?

Pero cuando Ember se da cuenta de que el accidente que la convirtió en una "anormal" podría no haber sido un "accidente", no sabe en quién confiar. Alguien la quiere muerta y mientras más cerca está de la verdad, más cerca está de perder no sólo su corazón, sino también su vida. Está vez de verdad.



Capítulo 1

traducido por onnanohino gin

corregido por angeles rangel

Algo suave y calentito, sin duda del tamaño de una mano, apoyado en mi pecho, se movía hacia arriba. No estaba segura de por qué esperaba encontrarme con la mirada azulada de un chico apuesto al abrir los ojos. Tal vez fuese porque acababa de tener el mejor sueño de toda mi vida. Claramente, no esperaba encontrarme con un par de ojos de un tono azul desteñido y fantasmal.

Había un hámster sobre mi pecho, con la piel blanca y marrón cubierta de mugre. Tenía la camiseta llena de polvo y había un montón de gravilla esparcida en el edredón de mi cama. Grité.

Sobresaltado, el hámster salió corriendo y se escondió entre las sábanas. Salté de la cama y casi me caí de bruces sobre la alfombra. Salí deprisa de la habitación, con ganas de volver a gritar. Mi corazón seguía bombeando aceleradamente cuando me detuve ante la puerta de la habitación de mi hermana menor. Lo que quedaba de su puerta colgaba abierta de las bisagras; mi mirada se dirigió automáticamente hacia su cama. Estaba vacía, revisé el resto de la habitación.

La luz del amanecer se filtraba en la habitación, creando sombras sobre el cuerpo ligero de Olivia. Estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la puerta y la cabeza agachada. Sus rizos escondían su rostro.

Entré en la habitación, tropezando con una de sus muñecas. Me olvidé del hámster al ver la muñeca. Tenía un brazo retorcido. Olivia le había sacado los ojos y en una de sus últimas muestras de rareza, le había escrito la palabra “VER” sobre la frente.

—Olivia —dije con las manos sudorosas.





Se puso rígida.

—¿Ember? Hice algo malo esta mañana. Vas a enfadarte mucho.

Palabras temerosas de una niña de cinco años, pero ya sabía qué había hecho. Me acerqué a la cama, aunque lo que realmente quería era darme la vuelta y salir corriendo. Algunas veces Olivia conseguía ponerme los pelos de punta.

—¿Qué te dije, Olivia?

Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos verdes estaban humedecidos por las lágrimas, brillaban como pequeñas esmeraldas.

—Lo siento —dijo con el labio temblando—. Chillón se asustó cuando lo traje a casa. Huyó antes de que pudiese atraparlo.

De alguna manera me las arreglé para sonreír mientras miraba su camisón. Trocitos marrones de suelo salpicaban el algodón raído, y el polvo le cubría los bracitos y los dedos regordetes. La caja de zapatos que había sobre su regazo estaba cubierta de porquería. Era la misma caja que había usado para enterrar a Chillón en el patio la noche anterior. Cerré los ojos con fuerza, repitiendo mentalmente todas las malas palabras que se me ocurrían. Debería haber sabido que ella había hecho esto. Un violento escalofrío recorrió mi cuerpo. Olivia no soportaba que las cosas murieran.

—Lo siento —susurró—. Pero Chillón me quiere y me necesitaba.

Me dirigí hacia ella y me arrodillé.

—¡Chillón no te necesitaba! Olivia, no puedes hacer esto cada vez que muere una de tus mascotas. No está bien. No es natural.

De la misma manera que tampoco era natural que reviviera al pajarito muerto que encontró en la calle el otro día. O a Ahumado, el gato que descubrió a un lado de la carretera.

—Pero… Te lo hice a ti —insistió Olivia.

Abrí la boca pero, ¿qué le iba a decir? Olivia me lo había hecho hacía ya dos años y fue tan innatural como lo de Chillón. Puede que incluso más…

—Lo sé y créeme, lo aprecio. Pero no puedes seguir haciendo esto.

Se apartó.

—No.

Observé mis manos, sin querer las había acercado demasiado a ella. Frustrada, las apoyé sobre mi regazo.

—Cuando las cosas mueren, significa que es su hora de irse. Lo sabes. —Olivia miraba fijamente sus pies—. Vas a llevarte a Chillón.

El olor a muerte que desprendía la caja de zapatos invadía mis sentidos. Horrorizada, me pregunté si olía de la misma manera. La urgencia por saber a qué olía era demasiado fuerte como para pasarla por alto.

—Por favor, no te lleves a Chillón —repitió, preparándose para uno de los berrinches de Olivia—. Te prometo que no volveré a hacerlo. ¡Tan solo deja que me quede con Chillón! ¡Por favor!

La observé. Olivia dejó de moverse, pero su camisón seguía ondeando a la altura de sus rodillas.

—Ember, ¿estás enfadada conmigo? Por favor, no te enfades.

—No —suspiré—. No estoy enfadada, pero tienes que prometerme que no volverás a hacerlo. Y esta vez va en serio.

Asintió emocionadamente con la cabeza:

—¡No lo haré! ¿Así que puedo quedarme con Chillón?

—Sí. Ve a buscar a ese estúpido hámster. —Me puse de pie, susurrando—: Está bajo mis sábanas.

Una sonrisa brillante y hermosa apareció en su rostro, dio la vuelta y se dirigió hacia mi habitación. Me arrastré detrás de ella, volviendo a notar los escalofríos al mirar la muñeca retorcida. La puerta de mi habitación colgaba precariamente de lo que quedaba de las bisagras. La casa era vieja, como de la época de la Guerra Civil. Todo se hundía o se inclinaba en ángulos extraños. La pintura descascarada se caía de las paredes en forma de tiras que parecían serpientes. Nada se mantenía recto. El aire olía a muerte y decadencia. Como si hasta la casa se hubiese muerto hace años.

Resulta que Chillón seguís bajo las mantas, haciendo Dios sabe qué. Olivia recogió la bola de pelo temblorosa y se la acercó a la cara.

—¡Voy a quedarme contigo!

Apreté las manos para que dejaran de temblarme.

—Pon a Chillón en su jaula y prepárate para ir a la escuela, Olivia. Bueno… Hagamos como si todo esto no hubiese pasado, ¿si? Y lávate los dientes. —Hice una pausa—. Ni se te ocurra ponerte tu vestido de princesa para ir a clase.

Se detuvo en el portal.

—Pero soy una princesa.

—No en la escuela. Ve —dije señalando hacia su habitación, ignorando los rugidos de mi estómago.

Olivia se fue dando saltitos hacia el vestíbulo, sin tener ni idea de lo confusa que estaba. "Normal" no era una de las palabras que pudiese usar para describirnos. Ni siquiera estaba segura de que pudiese utilizar "humana". Sola en mi baño, observé mis manos temblorosas, con manchas de carbón en la punta de los dedos, y me ordené arreglarlas. No podía permitirme perderla. Olivia necesitaba que fuese fuerte. Eché un vistazo a mi reflejo y sonreí. Estaba rota. Y además tenía el grano más enorme del mundo en la sien.

Impresionante.

Después de una ducha rápida, salí a mi habitación, recogí el primer par de pantalones limpios que encontré y me puse un suéter que había en la silla de mi escritorio. Un top ajustado habría sido mucho más bonito, pero las cicatrices que cubrían mis brazos habrían estado a la vista. Aparentemente, el toque sanador de Olivia no podía arreglarlo todo.

El año pasado en gimnasia una de las chicas, Sally Wenchman, había visto mis cicatrices mientras me cambiaba. Sally me llamó "Frankenstein" y ese había sido mi apodo desde entonces.

Recogí mi cuaderno de dibujo y lo metí en la mochila. Mientras salía, agarré los guantes color carne que había sobre la silla y me los puse. El jersey de

manga larga tapaba la mayor parte de los guantes, y los otros chicos pensaban que intentaba esconder las cicatrices. En parte tenían razón.

—¿Estás lista? —grité, bajando los escalones—. Tenemos unos veinte minutos.

—Sí —fue la respuesta ahogada.

Siguiendo el sonido de la voz, encontré a Olivia en la mesa comiendo cereales… con el vestido de princesa puesto. Maldición. La niña era lo bastante rara como para ponerse todos los días el mismo maldito vestido.

—Olivia, ¿qué te había dicho?

Se levantó de la mesa y llevó el bol al fregadero, se dio la vuelta y me dirigió una sonrisa traviesa.

—Es demasiado tarde como para que me cambie.

Me quedé mirándola, sintiéndome idiota:

—Eres una mocosa.

Vino a mi lado, con una mirada dubitativa en la cara. Lentamente, se estiró y metió la mano entre mis dedos cubiertos por los guantes. Cuando asentí su sonrisa se ensanchó y todo estaba bien en su mundo.

Había pasado dos años sin poder tocar a Olivia sin algún tipo de barrera entre su piel y la mía. Cuando se caía y se raspaba la rodilla, no podía darle un beso para hacerla sentir mejor. Si lloraba, no podía abrazarla. Ni siquiera me acordaba de lo que se sentía al estar cerca de alguien. Todo este maldito toque-súper-especial-y-mortal era un asco.

Olivia estaba atravesando una etapa en la que creía que tenía una fuerza sobrehumana o algo así, así que la dejé arrastrarme a través de la casa hasta donde había dejado aparcado mi Jeep.

La pintura negro mate le daba un aire de hastío y ya era hora de cambiar los neumáticos y los frenos. Pero aun así, era mi bebé. Podía acariciar la superficie lisa y dejar vagar mis manos sobre su suave interior todo lo que quisiese. Mi corazón se agitaba al saber que no se iba a desmayar y morir por culpa de mi toque tóxico.



Durante todo el camino a la escuela, Olivia habló sobre un juguete nuevo que había visto y por el que estaba obsesionada. Necesité todas mis fuerzas para no empezar a golpearme la cabeza contra el volante. Antes de bajar delante de su escuela, se inclinó hacia mí para darme el beso de aire obligatorio. Vistas de cerca era innegable que éramos hermanas, ambas teníamos los mismos rizos castaño oscuro y pecas.

—Pórtate bien con los otros niños —le recordé—. Y por Dios, no toques nada que se haya muerto.

Me dirigió una mirada muy madura antes de salir corriendo a través del camino de entrada, como una ráfaga de color rosa y brillantina. Me quedé allí sentada durante un momento, observándola desaparecer entre el resto de la gente. Papá solía decir que Olivia tenía un alma muy antigua y no entendí eso hasta mucho más adelante.

Eché un vistazo al reloj del auto, tenía exactamente cinco minutos para llegar a clase sin ganarme otro retraso. Coleccionar hojas de retraso se había convertido en una especie de afición para mí. Un día de estos podría hacer un collage con todos los papelitos rosa con letras rojas furiosas que tenía. Lo colgaría en la puerta de la nevera para Olivia. Le encantaban las cosas rosa.

***

Diez minutos más tarde, me deslizaba en mi asiento con otra hoja de retraso en la mano y una mirada malhumorada en la cara.

—¿Otra vez? —susurró el chico de cabello rubio oscuro que había a mi lado. Le envié una mirada altiva, tan sólo para encontrarme con su amplia sonrisa:

—¿Qué te parece, Adam?

Se encogió de hombros, sonriendo todavía.

—¿Y si dejas de quedarte dormida?

Adam Lewis era la única persona en el instituto Allentown que no había dejado de hablarme después del accidente. Nos conocíamos desde que éramos niños, pero aun así no podía decirle que había llegado tarde porque mi hermana pequeña había desenterrado a su hámster muerto esta mañana y lo había revivido.





Prefería que siguiera siendo mi amigo. Adam me echó una mirada confusa. Era atractivo, a su extraña manera, pero no había nada más que amistad entre nosotros. No podría haber nada más. Nunca.

Nuestro profesor entrecerró los ojos, frunció los labios hasta formar una línea delgada. El Sr. Benton mantenía una política de "No hablar" durante sus clases, lo cual no ayudaba a su impopularidad entre los estudiantes. Bajé la vista a mi cuaderno y empecé a garabatear, mientras esperaba a que sonara el timbre. Seguía pensando en lo que había hecho Olivia mientras observaba el viejo sauce que asomaba por la ventana del aula.

Mi versión del árbol no se parecía en nada a la que había afuera. Tal vez fuese por el hecho de que había optado por dibujar nubes oscuras en el fondo y había retorcido todas las ramas para que pareciesen ásperas y afiladas; en lugar de reflejar la luz del sol por la mañana que iluminaba las hojas dándoles un tono dorado.

A mi dibujo le faltaba vida. Como a mí. No tenía ni idea de cómo Olivia podía haberme traído de regreso de la muerte. Hasta donde sabía, ella había nacido así, pero se necesitó un conductor descuidado y un montón de metal abollado para sacar a relucir su único talento. Y de eso ya habían pasado dos años. Morí en el coche, junto con papá.

Todas esas cosas que contaba la gente eran mentira. No había ninguna luz brillando al final de un túnel oscuro. Ni ángeles esperando para guiarte; ni antepasados muertos entre las sombras. No había nada, absolutamente nada… hasta que noté algo agarrándose a mí, tirando de mí para volver a meterme en mi cuerpo.

No dolía, pero sentía un profundo y extraño vacío; casi como si una parte de mí se hubiese quedado para siempre en aquel abismo. Tal vez mi alma se hubiese quedado atrapada en algún lugar del más allá.

Cuando por fin pude abrir los ojos, lo primero que vi fue a papá. Estaba hecho un desastre, realmente muerto y Olivia no podía alcanzarlo. Los paramédicos, los doctores, ninguno de ellos había tenido problemas al tocarme. Recordaba haber pensado que a lo mejor sólo había soñado que me moría.

Cuando llegué a casa, cuando todos los eventos estaban tan desordenados y me parecían tan surrealistas, me di cuenta de que no había soñado nada.

Sushi había sido la primera víctima. Con su nariz aplastada y su único ojo, el gato pasó a ser la cosa más fea que había visto, pero lo quería. Lo recogí y murió unos sesenta segundos después. Varias plantas muertas más tarde, me di cuenta de que algo iba muy mal dentro de mí, pero que muy mal.

Dejé de tocar cosas. Tan simple como eso.

Extrañamente, la habilidad de Olivia para devolverle la vida a los muertos tenía una vasta inmensa cantidad de consecuencias, dependiendo sobre qué la usara. Los animales volvían con ojos como los míos, pero ninguno poseía el toque mortal como yo. No estaba segura de si pasaría lo mismo con cualquier otra persona, si ella la traía de vuelta y la verdad es que no quería averiguarlo.

El sonido estridente del timbre me sacó de mis pensamientos. Recogí mis cosas y seguí a Adam por el pasillo lleno de gente.

—Bueno, ¿por qué llegaste tarde esta mañana? —preguntó.

—Me quedé dormida. Suele pasar —dije encogiéndome de hombros.

Me envió una mirada dubitativa, me sentía fatal por tener que mentirle. Mi mirada se desvió de su rostro hacia su camisa. Decía: *"Creo en las mujeres trofeo"*. Qué bonito. Cambié de tema.

—¿Crees que hoy habrá examen de historia?

Asintió, sus ojos azules brillaban detrás de la montura gruesa de sus gafas.

—Sí, ¿estudiaste?

Nos separamos del resto de alumnos, le sonreí a Adam y dije:

—¿Qué decías?

Adam puso los ojos en blanco.

—¿Estudiaste?

—Oh. Olivia estaba especialmente necesitando la otra…

—Anormal —dijo Dustin Smith, el capitán del equipo de fútbol y un completo imbécil.



—Saliste con ella —interrumpió otro chico—. Es tú anormal, Dustin.

La parte del "saliste con ella" era triste, pero cierta. Cuando tenía quince años, era popular y aún podía tocar a la gente, tuvimos algo. Dustin y yo nos besamos… mucho. Entonces me convertí en la viuda negra. Así que la posibilidad de que muriese virgen era bastante alta. Rarita y virgen, a ver quién podía superar eso.

—Hombre, estoy intentando olvidar esa parte de mi vida —dijo Dustin—. ¿Podrías hacerme el favor de no recordármelo?

Mis dedos se enroscaron en las asas de mi mochila y me quedé mirando al suelo mugroso.

Sigue escuchando a esa vocecita tan sensata que hay en tu cabeza, me dije.

Alzar la mirada sólo complicaría más las cosas. Pero nunca le hacía caso a esa voz tan sana y razonable de mi cabeza. Casi contra mi voluntad, levanté la cabeza y miré a Dustin. Dio un paso atrás, levantando las manos como si quisiese protegerse de mí.

—¡Jesús! No me mires con esos ojos de muerta, ¡maldito monstruo!

—¡Eh! —gritó Adam, colocándose a mi lado—. No le hables así.

Dustin examinó a Adam como si fuese a pegarle, pero no lo haría. Lo sabía, y Adam lo sabía, pero ambos hicimos una mueca de dolor. La multitud que había alrededor de Dustin estalló en carcajadas, la palabra "anormal" se extendió entre falsas toses mal disimuladas mientras recorríamos el pasillo.

—Qué imbécil —murmuró Adam—. Dios, ¿sabes qué?

—¿Qué —Cálidas lágrimas invadían mis ojos, amenazando con salir, y me odiaba por permitir que un idiota como Dustin me hiciese sentir así.

—Acabará siendo el pobre desgraciado que nos llene el coche de gasolina algún día. Se cree que es lo más ahora, pero trabajará en la gasolinera de su padre hasta que se muera. —Adam cerró su taquilla de un portazo y suavizó la expresión de su rostro—. Em, no le dejes hacerte sentir así. Vales más que él y que todos sus amigos.

Parpadeé furiosamente.



—¿De verdad mis ojos dan tanto miedo?

Adam tragó y se tomó un momento para contestar.

—No… no dan miedo, Em. Tan sólo son diferentes, eso es todo.

Suspiré. ¿A quién intentaba engañar? Mis ojos daban miedo. Lo gracioso es que solían ser de un tono marrón aburrido, pero después de todo el asunto de morir, cambiaron. Ahora eran de un azul extremadamente pálido, como el color del cielo en un día nublado, cuando el mundo parece ser grisáceo y deslucido. La gente pensaba que se debía a una especie de trauma causado por el accidente o algo así.

—¿Em? —dijo—. ¿Quieres hacer algo esta noche? Podríamos pedir una pizza. Tu favorita por esta vez, no la de pepperoni, sólo pimientos y champiñones.

—Claro. —Me aclaré la garganta, forzando una sonrisa.

Adam nunca me preguntaba por qué no me gustaba que me tocaran. Tan sólo lo aceptaba, me aceptaba. Hacía que mi vida fuese tolerable.

—Tengo que recoger a Olivia después de clase y comprar algunas provisiones, pero puedes venir.

Adam sonrió, visiblemente aliviado.

—Bien.

El timbre sonó por segunda y última vez, arrancándole un gruñido a Adam. Ahora tenía biología. Hoy le tocaba diseccionar ranas. Cerré mi taquilla, dispuesta a intentar animarlo con una sonrisa simpática cuando, de la nada, una frase de Macbeth resonó en mi mente:

"Algo mágico está a punto de ocurrir".

Me giré y miré sobre mi hombro. Lo encontré enseguida. Era alto, incluso más alto que Adam. Su cabello marrón oscuro caía en forma de ondas salvajes sobre su frente. Su rostro era llamativo e intrigante, con pómulos bien marcados y labios gruesos.

No era del tipo de chicos convencionalmente atractivos, pero sí indudablemente sexy. Incluso desde donde estaba, podía ver que sus ojos

eran de un tono tan oscuro que parecían negros. Había algo en su rostro que me resultaba familiar, como si nos hubiésemos cruzado antes.

Él alzó la vista y nuestros ojos coincidieron. La intensidad de su mirada me obligó a dar un paso atrás y casi choqué con Adam.

—¿Em? ¿Estás bien? ¿Qué estás mirando?

Me giré.

—¿No ves a ese chico?

Adam frunció el ceño.

—¿Qué chico?

Me volví a girar y parpadeé. El lugar donde había visto a ese chico ahora estaba vacío. El pasillo era largo y estrecho. Era imposible que no lo hubiésemos visto irse. Y era obvio que Adam no lo había visto. ¿Es que también iba a volverme loca? ¿Me había imaginado que un chico desconocido y muy sexy estaba junto a la vitrina con nuestra escasa colección de trofeos?

Supongo que podría ser peor. Si iba a alucinar, por lo menos que fuese con un chico sexy en lugar de con cosas asquerosas.

Capítulo 2

traducido por maryjane♥ y alexiia mis

corregido por angeles rangel

Estuve obsesionada con el Chico Sexy el resto del día, lo que era patético. Mi cerebro debió haber sentido pena por mí, por lo que había creado el único tipo de persona que podía tocar, una fantasía. Cuando Sally había dejado caer mi libro de inglés en mi escritorio, apenas había levantado una ceja. Cuando me enfrenté a Dustin y sus compinches después del almuerzo, estaba demasiado atrapada en tratar de recordar todos los elementos de la cara del Chico Sexy para prestarles mucha atención.

Adam volvió a aparecer en mi casillero al final del día, sin sus gafas.

—¿Qué le pasó a tus gafas? —Metí todo excepto mi libro de trigonometría de nuevo en el casillero. Nunca fallaba, siempre tenía deberes de trigonometría.

—¿Qué piensas? Dustin las tomó en clase de gimnasia. —Cambió su mochila a su otro hombro.

Por un segundo, consideré la idea arrancar mis guantes, correr por el pasillo y saltar en la espalda de Dustin como un mono psicótico. Cerré mi casillero, con un suspiro.

—¿Cuánto tiempo las has tenido?

—Es el cuarto par desde que la escuela comenzó. Mamá va a matarme.

No dirigimos hacia las puertas traseras.

—No es tu culpa.

—Trata de decirle eso. Ella actúa como si cada par de gafas fuese un niño perdido. —Abrió la puerta, dejándome pasar por delante de él—. ¡Llamen a





la policía! ¡Otro ha desaparecido! —exclamó, agarrándose el pecho—. Que alguien ponga mis gafas en la parte posterior de un cartón de leche, inmediatamente.

Una imagen de las gafas del Mr. Potato[1] y su nariz apareció en mi cabeza, causándome risa.

Adam sonrió.

—Entonces, ¿sigue en pie lo de esta noche?

—Sólo si no crees que tu madre va a enloquecer. —Me detuve al lado del destartalado Ford Taurus de Adam. Tenía un lugar de estacionamiento principal, justo en la primera fila. Como yo siempre llegaba tarde, estaba de regreso en la sección del estacionamiento reservado para fumadores de marihuana y estudiantes a un paso de abandonar la escuela. Lo miré con el ceño fruncido—. ¿Estás seguro de que puedes conducir sin las gafas?

Él fingió estar ofendido.

—No estoy ciego. Son sólo señales, autos y gente que no puedo ver.

—Genial.

—De todos modos… —Abrió la puerta de atrás y tiró su mochila en el asiento trasero—. Mamá estará calmada para cuando me escape de casa. ¿Estás segura de que no quieres ayuda en la tienda?

—No, estoy bien. —Empecé antes de que pudiera insistir, que era lo que hacía cada vez que sabía que tenía que hacer los mandados—. Te escribiré cuando haya terminado.

Me dio un rápido saludo, con dos dedos antes de ponerse al volante. Hice una mueca y me apresuré a salir de su camino, murmurando una oración en voz baja.

Mis piernas quemaban al momento en que tiré mi mochila en mi espalda y salía del estacionamiento. Afortunadamente, la escuela de Olivia terminaba

---

[1] **Mr. Potato Head o Mr. Potatoe:** (conocido también en España como Señor Patata y en Latinoamérica como Señor Cara de Papa) es un juguete para niños. Consiste en una figura de plástico con forma de patata, que puede ser adornada con numerosas piezas de plástico insertables para formar una cara, como un bigote, sombrero, nariz y otros complementos.



una hora después de la mía, lo que me daba un poco de tiempo libre. Antes del accidente, podría haber al centro comercial o al cine. Ahora el único lugar libre, sin otros chicos de mi edad, era la biblioteca Pública de Allentown.

Tres minutos más tarde, me puse delante del edificio de dos pisos y agarré mi bolso. El fresco aire rancio me saludó cuando abrí las puertas de cristal. La Sra. Compton estaba donde siempre, de pie detrás del mostrador de préstamos y devoluciones. Una sonrisa tiró de sus labios cuando me vio. Empujando una pluma en su gris moño, apoyó una cadera regordeta contra el mostrador.

—¿Cómo estuvo la escuela, Ember?

—Asquerosa.

Ella se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Un día, cuando tengas mi edad, mirarás hacia atrás a la secundaria y desearás estar allí. Créeme.

No era probable, pero sonreí mientras me dirigía a mi lugar junto a la ventana. Acurrucándome en el sillón que había visto mejores días, saqué la copia gastada de *El retrato de Dorian Gray*. Tenía la esperanza de terminar un capítulo o dos para mi ensayo antes de tener que ir a recoger a Olivia.

Hojeé el libro abierto, preparándome para lo raro que era Oscar Wilde. Sólo diez o quince minutos pasaron antes de que una sombra bloqueara la luz del sol que entraba por la ventana detrás de mí. Levanté la cabeza y mi corazón tartamudeó.

Estaba alucinando otra vez, porque el Chico Sexy estaba de pie delante de mí.

El sol proyectaba un halo a su alrededor, lo que le hacía parecer surrealista. Su boca formó una sonrisa torcida y un mechón de pelo castaño rojizo teñido por la luz, le caía sobre la frente. Parpadeé, pero no desapareció.

—Hola —dijo con una voz profunda y suave que envió un escalofrío agradable por mi espina dorsal.



Miré a mí alrededor, para comprobar si alguien más lo había notado, pero no había nadie cerca de nosotros. Mi mirada volvió hacia él. De cerca, era en realidad algo impresionante, con el pelo alborotado y la piel color aceituna.

Sus pestañas oscuras tenían que ser la envidia de todas las chicas con las que se cruzaba.

Se pasó una mano por el pelo y se balanceó sobre sus talones. El incómodo silencio se extendía y, de repente, se hizo dolorosamente consciente lo diferente que yo era de hace dos años. Siempre había tenido algo ingenioso y coqueto que decir. Ahora sólo lo miraba como una idiota. Un feroz rubor se apoderó de mis mejillas difundiéndose por mi cuello.

—Uh… te he visto por aquí un par de veces. —Lo intentó de nuevo, mirando el libro que sostenía—. *Me había encontrado con una personalidad tan fascinante que, si yo se lo permitía, iba a absorber toda mi existencia, el alma entera, incluso mi arte.*

Me quedé mirándolo.

—¿Qué?

Su media sonrisa se extendió en una entera y se sentía como si alguien me hubiera golpeado en el pecho.

—Es una cita del *Dorian Gray* de Oscar Wilde. Es uno de mis libros favoritos.

Caliente y listo. Y al parecer era un chico en la vida real. Yo seguía mirándolo. Espabilándome, cerré mi libro y metí las manos debajo de mis brazos cruzados, con la esperanza de ocultar el guante, tan inútil como era.

—Nunca te he visto antes por aquí. Te hubiera notado.

Su mirada se posó en mi rostro, los ojos oscuros y cálidos.

—¿Lo harías? Eso es halagador.

Yo quería esconderme debajo de la mesa, o por lo menos, ocultar mis mejillas encendidas. Vergüenza y confusión provocaron mi huida. Metí mi libro en mi bolso y me levanté.

—Sólo estaba bromeando. —Él levantó las manos—. Lo siento. No quería avergonzarte. —Asintió hacia la silla frente a mí—. ¿Te importa?

Agarré la correa de mi bolsa mientras le miraba, atrapada entre el deseo de alejarme y quedarme aquí con él. Los chicos, a excepción de Adam, rara vez me hablaban. Bueno, a menos que fueran a lanzar un insulto en mi cara.

—Yo... tengo que irme pronto.

Sonrió entonces, momentáneamente impresionándome con estupor. Se sentó en la silla y se apoyó en la pequeña mesa que nos separaba.

—Vienes aquí a menudo, ¿verdad?

—Sí. —Dejé caer mis manos en mi regazo, esperando que no se hubiera dado cuenta de los guantes—. Yo... yo te vi en la escuela hoy.

Sus cejas se levantaron mientras se recostaba en su silla, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿En serio?

—Sí. Estabas al lado de nuestra vitrina de trofeos. —La acusación llenó sin querer mis palabras. Mis habilidades sociales eran penosamente deficientes. Traté de compensarlo—. ¿Está transfiriéndote a la escuela?

—Estaba pensándolo.

Mis labios se fruncieron. No había sido una respuesta.

—Eres nuevo en esta ciudad.

—Debe ser un pequeño pueblo para que me notaras. —Él inclinó la cabeza hacia un lado, su mirada tan era intensa que sabía que me estaba estudiando—. Soy de una pequeña ciudad, también. Por cierto, nunca me presenté. Hayden Cromwell.

—¿Hayden Cromwell? —Su nombre salió de mi lengua suavemente. Me di cuenta de que estaba esperando a que le dijera mi nombre, y yo empecé a hacerlo, pero mi teléfono tomó ese momento para saltar alrededor de la mesa mientras la alarma se disparaba en modo de vibración. Levantándome rápidamente, tomé el teléfono—. Lo siento. Me tengo que ir.

Se puso de pie de manera fluida, metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Te acompaño afuera?



La chica dentro de mí gritó e hizo un baile alegre, pero rápidamente la golpeé en la cabeza. Comencé a retroceder.

—No. Uh, gracias. No hay ninguna necesidad. Mi auto está justo fuera.

La decepción cruzó por su rostro, pero él lo cubrió con una rápida sonrisa. Empujando mis manos bajo mis brazos, me di la vuelta antes de que pudiera decir nada más. Me sentí un poco triste por no poder quedarme y charlar más tiempo, pero ¿qué sentido tenía?

—Fue un placer hablar contigo, Ember.

Mis piernas dejaron de moverse mientras un escalofrío subía por mi espina dorsal. Poco a poco me di la vuelta.

—Nunca te dije mi nombre…

Se había ido.

Recorrí las pilas estrechas y pasillos buscándolo. El tipo medía más de un metro ochenta, no había manera en que pudiera desaparecer así. Me sentía bastante segura de que no me había imaginado a "Hayden Cromwell". Y no había ni una sola vez mencionado mi nombre. Esta era la segunda vez que desaparecía como si hubiera sido absorbido por el vacío.

Más que un poco descolocada por eso, me apresuré a salir de la biblioteca sin despedirme de la Sra. Compton. Gruesas nubes grises habían aparecido, advirtiendo de una tormenta de otoño. Me apresuré hacia el lado de mi coche, atreviéndome a mirar por encima de mi hombro.

Mi mirada se fue derecha a la ventana donde había estado. Una sombra oscura se quedó allí, alta y delgada. Tomé un paso atrás, chocando con la puerta del coche mientras mi corazón se aceleraba. Se quedó allí, mirándome.

Hayden Cromwell.

Me estremecí cuando me di la vuelta y subí al Jeep. Otro escalofrío subió sobre mi piel. Sabía sin mirar que todavía estaba allí. Al acecho, que es lo que mi madre hubiera dicho, si hubiera hablado conmigo. El tipo estaba al acecho. Todos los diminutos pelos de mi cuerpo se levantaron en respuesta.

Caliente o no, estaba oficialmente aterrorizada.

***

Aún si todavía pudiese tocar un chico y consiguiera embarazarme, no tendría hijos ni en un millón de años; tratar con Olivia me lo había enseñado. Mi hermanita estaba en uno de sus estados de ánimo, un estado de ánimo tan caprichoso que me volvía loca. Nada de lo que había hecho desde el momento en que la había recogido de la escuela era suficiente.

Olivia quería un juguete que había perdido hace cinco meses.

Después quería un Happy meal[22] de McDonald´s.

Después quería ir al zoológico, por el amor de Dios.

Y segura como el infierno que no quería ir a la tienda de comestibles. Llorando y tirándose en el porche, delante de los vecinos, por no ir a la maldita tienda de comestibles. Su repentina animosidad hacia la tienda era muy extraña. A Olivia le encantaba ir y tirar mierda que no nos podíamos permitir en el carrito cuando yo no estaba mirando. Era como un pasatiempo para ella.

Me miró, sus labios temblorosos.

—¡No quiero ir!

Muy suavemente, agarré su brazo y la levanté sobre sus pies, mientras que nuestra vecina entrometida, la Señora-Gatos Jones, observaba a través de sus persianas entreabiertas. Tan pronto como la solté, Olivia se desplomó sobre sus rodillas otra vez. Debí haber ido directamente de su escuela a la tienda, pero había dejado el alijo de dinero en el cajón del escritorio de mi habitación.

—Olivia —susurré—. Levántate. Me estás avergonzando.

Gruesas lágrimas escurrían por sus mejillas regordetas.

—¡No tenemos que ir!

Puse las manos sobre mis caderas.

---

[2] [2] **Happy Meal:** nombre que recibe el menú infantil de McDonalds. Se caracteriza por incluir un pequeño juguete junto con la comida, y se sirve dentro de una pequeña caja. En América Latina este menú es conocido como Cajita Feliz, mientras que en España mantiene su denominación original.

—Entonces, ¿qué vamos a comer, Olivia? ¿Quién va a comprar los comestibles? ¿Mamá?

Ella me miró, sus cejas bajaron e hizo un puchero.

—No quiero ir.

—¡Oh, vamos! —Me acerqué a ella de nuevo, pero le echó un vistazo a mi mano enguantada y me sacó la lengua. Cerré los ojos y conté hasta diez—. En serio, voy a dejarte afuera si no paras.

Olivia se aferró a mi pierna en ese momento, aullando.

—Está bien —dije, cojeando mientras mi malvada hermana se aferraba a mí. Saqué las llaves y logré abrir la puerta. Era como cargar una bolsa de dieciocho kilos de papas—. Olivia, vamos. Realmente me gustaría que Adam viniese esta noche. Y no va a pasar si sigues actuando así.

Ella siguió sollozando como si hubiera decapitado a todas sus muñecas Barbie, que ya lo había hecho una vez cuando había destrozado mi cuaderno de dibujos porque Chillón necesitaba una nueva cama.

Pero, maldita sea, la niña era fuerte. Ella se aferró a mí hasta que llegamos a la cocina, me soltó y se dejó caer sobre las baldosas deformadas sólo después de que sacara una caja de jugo de la nevera.

—¿Quieres esto? —Lo sacudí en el aire, justo fuera de su alcance.

Sus ojos se estrecharon mientras lo miraba fijamente.

—Está bien. Puedes tenerlo y un paquete de galletas de tu elección si dejas de llorar.

Olivia gimió, estirando sus dedos.

—¿No podemos ir mañana?

—No. —Desprendí el popote y lo saqué del plástico. Poco a poco, clavé el popote en la parte superior y tomé un sorbo mientras ella se quejaba un poco más—. Mmm, está realmente bueno.

—¡Está bien! —gritó.

Triunfante, le entregué la caja de jugo.

—¿Cuál es tu problema, de todas formas? —le pregunté mientras me acercaba a uno de los armarios.

—No quiero ir. Tengo un mal presentimiento, Emmie.

Rodé los ojos mientras abría la alacena. El mango se desprendió en mi mano. Fabuloso. Recorrí la casi vacía tabla, dejando caer el mango en el rayado mostrador.

—Tenemos que conseguir comida. Ahora. —Miré hasta adentro, con el ceño fruncido—. Todo lo que tenemos son macarrones con queso y judías verdes enlatadas.

—Me gustan las judías...

—No podemos tener sólo judías verdes para la cena, Olivia. —Me moví a la nevera. La sobra de sopa de verduras se había ido, es decir, mamá había decidido comer en algún momento de hoy. Ese era un paso de regreso a la tierra de los vivos, ¿no?

Mientras Olivia hacía un puchero en la mesa de la cocina, escribí una rápida y obscena lista de comestibles. Mataría por unos Doritos, pero el presupuesto sólo me permitía eso o leche.

Y a Olivia le gustaba la leche.

Le hice unos macarrones con queso, cuando se fue a la sala de estar para ver los dibujos animados. Probablemente no era el mejor aperitivo antes de la cena. El sonido de niños riendo y cantando me dejó irme a un agradable estado en blanco de mi mente mientras lavaba los platos de la noche anterior. Esperaba que Olivia estuviera de mejor ánimo antes de hacer el viaje a la tienda. No estaba de humor para tirar de una niña gritona a través de la sección de productos.

Suspirando, me sequé las manos y subí a por el dinero, tratando de no dejar que mis preocupaciones cotidianas me consumieran. No quería pensar; no en papá o en la vida que había perdido desde el accidente, o en cómo Olivia había sido capaz de traerme de regreso, o en por qué no podía tocar nada.

No quería darle demasiada importancia a ser niñera de una niña que seguramente se merecía algo mejor que yo. Se merecía una madre, una real.

Pero todo lo que tenía era una hermana que no podía tocarla y una cáscara sin vida de una madre ocultada en su dormitorio.

A veces yo quería hacer lo que mamá estaba haciendo, decir "metí la pata" y sólo consumirme. ¿Quién me culparía? Pero entonces, ¿quién se encargaría de Olivia? De la nada, pensé en Hayden Cromwell. Horas después del raro incidente en la biblioteca, estaba bastante segura de que lo imaginé de pie junto a la ventana.

Nadie tan guapo tendría razón para ser espeluznante.

Una revisión rápida a la habitación de mamá me provocó la misma urgencia que sentía cada vez que la miraba; la desenfrenada necesidad de aventarle algo a su cabeza adormilada. Ella se extendía hacia el otro lado de la cama, una deprimida y hermosa muñeca de rizos de color rojo oscuro y piel de porcelana.

Mamá era completamente inútil. ¿Era incluso humanamente posible dormir tanto como lo hacía? Tal vez sólo fingía dormir mucho. Realmente no lo sé. Cada día que pasaba después del accidente, mi madre simplemente se había alejado cada vez más. Al igual que el recuerdo de la cara de mi padre.

Me acerqué a su cama, cruzando los brazos alrededor de mí.

—¿Mamá?

Silencio.

—Mamá, si… si estás escuchando, Olivia realmente te necesita.

Nada.

Comenzó a quemarme la parte posterior de la garganta y mi pecho se sentía como si estuviera cargando de cemento.

—Ella se merece algo mejor que esto. Ella necesita que seas su madre.

Todavía nada.

Me di media vuelta y salí de su habitación. La pesadez en mi pecho se quedó mientras sacaba dinero en efectivo, sólo lo suficiente para cubrir lo esencial.

Nos estábamos quedando sin dinero. El seguro de vida de mi padre desaparecería el próximo año. ¿Qué haría entonces? La universidad estaba

fuera de cuestión. Infiernos, terminar mi último año podría salirse por la ventana si tenía que conseguir un trabajo antes de lo que había planeado.

En la planta baja, Olivia me esperaba; con el rostro manchado con los restos de sus lágrimas anteriores. Aparté la mirada, sintiéndome como un fracaso épico.

—¿Estás lista?

Inclinó su barbilla hacia abajo y encogió sus pequeños hombros. No me habló en todo el camino hacia el Jeep. Mientras se abrochaba el cinturón en el asiento trasero, miré la aguja del medidor de gasolina y mentalmente conté el dinero sobrante.

—¿Emmie?

Miré por encima de mi hombro.

—¿Qué?

Sus ojos estaban muy abiertos, un color jade vibrante. Había algo en ellos que me pausaron. La inquietud hervía en la boca de mi estómago, haciendo mis manos temblar.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Olivia, agarrando un poco de la tela brillante de su vestido—. Igual al que tenía antes... antes de que papá muriera. ¿Te acuerdas? Tengo esa sensación de nuevo.

Por supuesto que recordaba ese sentimiento.

Pero Olivia tenía tres en el momento del accidente, y apenas había prestado atención a cualquier balbuceo que había salido de su boca.

Sin embargo, todavía lo recordaba.

Se había inclinado desde el asiento de atrás y agarrado mi brazo.

—Algo malo va a pasar. —Me susurró.

Y yo le fruncí el ceño y alejé su brazo, molesta porque nuestros padres habían estado discutiendo de nuevo, discutiendo por ella.

Sacudiéndome fuera de esos recuerdos, me froté la frente, sintiendo el comienzo de un dolor de cabeza.

—¿Emmie? —Olivia se aferró al respaldo de mi asiento.

Le forcé una sonrisa.

—Nada malo va a suceder. Te lo prometo.

Ella no parecía muy convencida y fue como un puñetazo en el estómago.

—Vamos a entrar y salir, luego Adam vendrá más tarde. Te gusta Adam, ¿verdad?

Soltó mi asiento, cayendo hacia atrás.

—Sí.

—Está bien. Bien —dije en voz baja.

Dado que Olivia me había asustado con éxito, el viaje a la tienda me tomó más tiempo. Estaba mega cautelosa en los semáforos y con los otros conductores. Di un suspiro de alivio cuando llegamos a la parte trasera del lleno estacionamiento.

Las nubes de lluvia habían oscurecido el cielo, haciendo que varias de las farolas de la calle parpadearan sucesivamente. Grandes gotas salpicaban los densos bosques que rodeaban la zona de estacionamiento. Miré el reloj de mi teléfono, sorprendida el descubrir que ya eran casi las siete.

Olivia saltaba en la parte trasera, detrás de mí.

—¿Puedo empujar el carrito?

Di la bienvenida a su cambio de ánimo.

—Prométeme que no lo empujarás con fuerza alrededor de los viejecitos y es un trato.

Olivia se rio mientras se movía de mí al carrito de compras. No hubo acuerdo. Ella era la muerte sobre ruedas detrás de un carrito de compras, pero eso me ayudaba a mantener un ojo en ella y prevenir otro capricho épico.

Viejecitos, cuídense.

Su cabeza apenas le llegaba a la barra de sujeción mientras avanzaba el carrito a través de las puertas automáticas. El lugar estaba lleno por un jueves a tope con mujeres en tacones y hombres ceñudos con listas de compras.

Olivia embistió contra el estante de plátanos y la parte posterior de mis piernas cuando me detuve para tomar una bolsa de manzanas.

—¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! —gritó mientras retrocedía el carro.

Cojeando hacia el pan, agarré uno. Mi teléfono vibró en mi bolsillo trasero. Poniendo el pan bajo mi brazo, saqué mi chatarra y lo abrí. Era un mensaje de Adam.

¿Alguna novedad?

Aún en la tienda. T mndo sms cuando trmine, le envié.

Ni siquiera cinco segundos más tarde recibí:

Apestas. Ok. sms.

Sonreí y me dirigí al carrito. No sé lo que haría sin Adam. Era difícil pensar en ello. Dejé caer el pan en el carrito.

—Olivia, ¿qué hay en tu cara?

Ella se dio la vuelta rápidamente.

—Nada.

—Lo que sea. Hay polvo blanco por todos tus labios y… ¡Oh, Dios mío! —Miré a mi alrededor rápidamente, agradecida que no hubiese alguien a nuestro alrededor—. ¿Te comiste los buñuelos de nuevo? ¡No son gratis, Olivia!

—¡No!

—Mentirosa. —Me arrodillé frente a ella, limpiándole los labios con la manga de mi chaqueta, tratando de no reírme—. No puedo creer que hayas hecho eso.

—No deberían dejarlos ahí si no son gratis.





Mi boca se abrió y luego la cerré.

—Eres tan vil.

Riendo, ella se retorció fuera de mi alcance. No hubo más incidentes alimentarios, gracias a Dios. Teniendo todo lo de la lista, Olivia había elegido una bolsa de Oreos como sus galletas de elección. Me hizo tan, tan feliz que ya podía saborearlos. Toda la mitad ya tenía mi nombre.

Gemí cuando me fijé en las filas de la caja registradora.

—Vas a… ¡Olivia! —Demasiado tarde. Ella perdió el control del carrito, golpeando la espalda de un apuesto hombre musculoso. Agarré el carrito, sonrojándome furiosamente mientras lo alejaba—. ¡Lo siento mucho! Mi hermana no... Mierda.

Dustin Smith me devolvió la mirada, frotándose la parte posterior de su pierna con una mano y sosteniendo una caja de refrescos con la otra. Sus ojos marrones viajaron de mi hermana a mí.

—Deberías controlar más a esa mocosa.

La ira brotó en mí. Una cosa era hablar sobre mí, ¿pero mi hermanita? Di un paso por delante de Olivia, bloqueándola.

—No hables de mi hermana de esa manera.

Él sonrió.

—Puedo hablar como me dé la gana.

Me moría de ganas de quitarme los guantes.

—No a ella.

—Qué divertido. —Se rió Dustin—. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Lanzar tus vales de despensa en mi cara?

Ya quisiera que clasificáramos para los vales, pero aun así me sonrojé.

—Eres un idiota.

—Y tú un monstruo frío —espetó.



Muchas palabras ingeniosas estaban en la punta de mi lengua. Ninguna adecuada para unos oídos de cinco años. Me giré para agarrar a Olivia y simplemente caminar alrededor de Dustin, pero ella esquivó mi mano enguantada. Caminó hasta Dustin, sus pequeñas manos se cerraron en puños.

Y le dio una patada en la espinilla.

Conmocionado por el terror diminuto, Dustin dejó caer la caja de refrescos. Un líquido marrón explotó sobre la baldosa; efervescentes y fluyentes riachuelos de aspecto sucio. El lado derecho de su pantalón estaba empapado con líquido pegajoso. No habíamos atraído la atención hasta ese momento, pero varios clientes se volvieron y se quedaron mirando el desastre.

Una parte de mí sabía que debía gritarle a Olivia por patear a Dustin, pero la otra parte, la realmente inmadura, estaba secretamente regocijada por la mancha roja extendiéndose rápidamente por su rostro.

—Qué blando —le dije—. ¿Te dio una paliza una niña? Me pregunto lo que tus amigos pensarían de esto.

Antes de que Dustin pudiera responder, llevé a Olivia y el carrito a la caja más alejada de la confusión. Me mordí el labio para no sonreír cuando me arrodillé a su lado.

—Olivia…

Sus mejillas estaban chapeadas, sus ojos brillantes.

—Te estaba defendiendo.

—Lo sé, pero no puedes golpear a personas porque crees que son malas. —*Incluso si merecen eso y más*, añadí en silencio.

—¿Por qué no?

Me acerqué hasta el carrito.

—Porque golpear es ser malo, Olivia. Y no quieres ser una persona mala como él, ¿verdad? —Ella se cruzó de brazos, haciendo un puchero.

—No.

—Así que, ¿no más patadas? —Me puse de pie, tirando los artículos a la cinta de la caja de la tienda.

—Sí. De acuerdo. —Se puso entre el carrito y el estante de barras de caramelo—. ¿Puedo tener mis galletas ahora?

Negué, sonriendo.

—En el coche.

Olivia sonrió y se rió de la mujer de mediana edad registrando nuestros alimentos, comportándose como una niña precoz en lugar de la niña-ninja que había atacado a Dustin. Esa era mi hermana. Pasando de un extremo a otro en cuestión de segundos.

Me hice cargo del carrito y empujé nuestras provisiones a la parte trasera del estacionamiento. Había llovido mientras estábamos en la tienda y Olivia insistió en saltar a través de cada uno de los enormes charcos de camino hacia el coche. Se sentó en el interior, con su paquete de Oreos, mientras ponía los comestibles en el maletero. Ella barboteaba de lo que había aprendido en la escuela, algo que ver con las palabras que riman. Estaba oscuro y desolado en nuestro rincón del estacionamiento en el momento en que cerré el maletero y empujé el carrito de compras de vuelta a su lugar.

Revisé mi teléfono, gimiendo cuando vi la hora. Olivia tendría que ir directamente a la cama cuando llegáramos a casa y dudaba que Adam todavía quisiera venir esta tarde, especialmente cuando tenía tarea de matemáticas.

Cuando metí mi teléfono en mi bolsillo, una sombra espesa de un hombre alto apareció detrás de un camión estacionado al lado de mi Jeep.

Me detuve, mi corazón saltó a mi garganta.

Dustin se interponía entre mí y mi coche, la pierna de sus pantalones aún empapada. Por un segundo no sabía qué hacer, pero me decidí a caminar alrededor de él y no hacerle caso.

—Crees que eres graciosa, ¿no? —gritó, con voz dura.

Seguí caminando, mi estómago dando tumbos. Sólo unos pasos más, eso es todo.

—¡Hey! ¡Te estoy hablando, monstruo!

Me di media vuelta.

—Mi nombre no es "monstruo". Es Ember. Lo sabes.

Dustin se echó a reír.

—Tú eres lo que yo te llame. ¿Monstruo? ¿Perra? ¿Puta? Lo que venga en gana.

—¿Yo soy frígida y puta? —Puse los ojos en blanco, dándome la vuelta—. Muy inteligente, Dustin.

Un segundo después, Dustin me agarró del brazo y me hizo girar.

—Debo haber estado mal cuando pensé que valías la pena para mi tiempo, ¿lo sabes?

Me liberé de su agarre.

—¿Se supone que es un insulto? ¿En serio?

—¿Crees que me ganaste por lo de la tienda? Te vas a arrepentir. Voy a hacer cada día de tu vida un infierno. —Se rió—. Puedes confiar en eso.

—Lo que sea. —Dejé caer mi mirada—. ¿Sabías que te hiciste pis?

Su brazo se movió tan rápido que ni siquiera lo vi moverse. Mi espalda se estrelló contra la puerta del copiloto de la camioneta. El choque sacó el aire de mis pulmones.

—¿Emmie? —Oí suave grito de Olivia desde el interior del Jeep.

Dustin fue directo a mi cara, una palpitante vena en su sien.

—No eres nada más que una monstruo llena de cicatrices. Sí, Sally me dijo que estás toda cortada. —Se burló—. Repugnante.

No debió haber dolido, pero lo hizo. Las lágrimas quemaron mis ojos mientras me empujé fuera de la camioneta y comencé a rodearlo otra vez. No dejaría que me viera llorar. Para nada. Agarró mi brazo de nuevo mientras metía la mano en su bolsillo.

—Muy aterrador, ¿verdad? Sally dijo que todo tu estómago está cubierto. —Sacó su teléfono, se rió—. ¿Qué tal si hacemos un pequeño show y se lo digo a todos en la escuela? Mejor aún, ¿por qué no te tomo unas fotos?

La sangre corrió a mis oídos, podía escuchar a Olivia llorando por mí.

—No. —Me intenté alejar de nuevo, pero su agarre se apretó.

Ya era demasiado tarde. Dustin agarró el dobladillo de mi camisa, metiendo su mano debajo de ella. Una parte de mí se preguntó, en ese breve segundo antes de que su cuerpo tocara el mío, cuándo Dustin se había convertido en un hijo de puta. No siempre había sido así de malo.

Entonces su mano estaba en mi estómago, en contra de mis cicatrices. La primera vez que otro ser humano me había tocado en dos años y quería vomitar.

Sus ojos se abrieron de golpe. El teléfono cayó de sus dedos flojos, rompiéndose cuando golpeó el pavimento.

Todo se ralentizó. Un escalofrío se deslizó por mi espalda y cayó en espiral a mi estómago. La enfermiza sensación de miedo se filtró en mis venas como veneno, familiar pero no deseado. Se alzó, a punto de atacar y luego sus afilados colmillos enterrándose. Era la misma sensación que había tenido justo antes de que me hubiera muerto.

El tiempo pareció detenerse.

Los ojos de Dustin brillaron cuando la primera oleada de dolor se estrelló contra él. Cayó sobre una rodilla, las venas abultándose en su frente mientras su boca se movía en un grito silencioso. Su mano aún estaba en contra de mi estómago, como si no pudiera separarse.

Me intentó agarrar por el brazo, pero comenzó a sacudirse como si estuviera teniendo un ataque. Su piel normalmente bronceada se volvió muy pálida, y sus manos convulsionaron.

Cuando sus ojos se pusieron en blanco, cayó hacia atrás como una marioneta cuyos hilos habían sido cortados.

Me puse de pie sobre él, respirando con dificultad.

—¿Dustin?

No se movió. Envolví mis brazos alrededor de mi cintura, pero no hice nada para detener a los violentos temblores. Me puse de rodillas, mirando su pecho. Un segundo paso. Cinco segundos y luego veinte y su pecho aún no se habían movido. Mi estómago se revolvió, casi doblando más mis rodillas. Retrocedí rápidamente, sacudiendo la cabeza.

Estaba muerto. Dustin estaba muerto.

Y yo lo había matado.



capítulo 3

traducido por eyeoc

corregido por bibliotecaria70

Ni siquiera recuerdo haber vuelto al auto, pero estaba sentada al volante, mirando hacia afuera a través del parabrisas. Notaba las llaves a través de mis guantes en la parte carnosa de la palma.

—¿Emmie? —La voz de Olivia tembló.

Había matado a Dustin. Algo se movió en mi estómago, lo que encontré extraño, porque no había cenado. Cada músculo de mi cuerpo pareció bloquearse. Entonces escuché que la puerta trasera se abría. Me giré en el asiento.

—¡No! ¡No abras la puerta, Olivia!

Se quedó congelada, con el labio inferior temblando.

—¿Qué está pasando?

Mis manos temblaron mientras me giraba.

—Nada… nada está pasando.

Olivia dejó salir un sollozo. Era pequeño y suave, pero desgarrador.

—Emmie, estoy asustada.

Ambas estábamos asustadas. Acababa de matar a alguien… un compañero de clase, un chico con el que solía salir. Dustin tenía una madre y un padre, un hermano menor y amigos. Gente que lo quería y extrañaría.

Una parte de mí supo que tenía que hacer algo acerca de esto… llamar a alguien, ir a la policía. Decirles lo que había pasado. ¿Y luego qué? Sería



condenada, pero dudaba que la cárcel estuviera en mi futuro. Un centro de investigación sonaba más probable. ¿Qué le pasaría a Olivia? Iría a una familia de acogida y eso era suficiente para hacerme tener pesadillas. No podía dejar que eso pasara, pero tampoco podía olvidarme de todo. Mi mirada cayó sobre mi mano enguantada. La desesperación emergió, ahogándome de adentro hacia afuera.

¿Qué había hecho?

Algo se golpeó contra la ventana. Olivia soltó un chillido sordo. Sorprendida, salté en el asiento. Un hombre miraba por la ventana del conductor, posiblemente a finales de los veinte o principios de sus treinta años.

—Abre la puerta —ordenó en una voz que decía que estaba acostumbrado a que la gente lo obedeciera.

Lo miré sin hablar. ¿Era un policía? No lucía como un policía, a menos que los policías hubiesen empezado a usar largos guardapolvos y sombreros de vaquero en Pennsylvania. Podría haberme reído. Su boca era como una dura línea, con la mandíbula apretada.

—Abre la puerta, Ember.

Mi corazón dio otro salto. Golpeé el seguro antes de que el tipo pudiera tirar de la puerta abierta. No había razón para que este extraño supiese mi nombre. Igual que Hayden en la biblioteca. Dos extraños en un día, que sabían mi nombre, no parecía probable.

El hombre golpeó la ventana, sacudiéndola pero no destrozándola. Olivia se estaba poniendo nerviosa en el asiento trasero, empujándome a la acción. Metí la llave en el encendido, con las manos temblando.

—¡No! —El hombre tiró de la manija de la puerta como si intentara desgarrarla—. ¡Ember!

El instinto de huir me superó. Giré la llave y pisé el acelerador. Eché un vistazo al hombre saltando hacia atrás, antes de que las ruedas cayeran en un bache y tuviese que frenar. Alcanzamos la calle principal y tomé una inestable bocanada de aire.

Olivia inhaló.





—Emmie ¿qué está pasando?

Apreté el volante.

—Lo siento, Olivia. Lo siento mucho.

Comenzó a llorar otra vez y creo que sabía lo que había pasado en el aparcamiento. A lo mejor eso era lo que había sentido antes de salir. Algo malo *ha* pasado. Olivia me había advertido, pero no la había querido escuchar.

—Lo siento —dije otra vez.

Olivia sólo lloro más fuerte.

* * *

El cansancio de todo el día había hecho mella en mí para el momento en que llegamos a casa. Guardé los comestibles a ciegas y le ordené a Olivia que se fuese a dormir sin mirarla. Me senté en la sala, ignorando los mensajes de texto de Adam. Con el sonido de cada auto que pasaba por la casa, esperaba luces parpadeantes rojas y azules. Cualquier ruido extraño del exterior me hacía mirar por la ventana, esperando encontrar al vaquero o a la policía persiguiéndonos hasta nuestra casa.

Lágrimas calientes ardían en mis ojos, pero no cayeron mientras miraba a mi teléfono. Varias veces agarré el teléfono, con la intención de llamar a la policía y entregarme. Ya debían de haber encontrado el cuerpo de Dustin, aunque mi toque no dejase marcas visibles, su muerte no podía ser determinada como natural. Pero luego pensaba en Olivia… y en mamá. No me preocupaba tanto quién cuidaría de ellas, sino más bien el hecho de que no podía dejarlas.

En algún punto durante la noche, Olivia bajó y se subió al sillón. Cuidadosamente, colocó su cabeza en mi regazo. Las lágrimas llegaron entonces, cayendo por mis mejillas mientras mantenía las manos escondidas entre los brazos.

Me torturé el resto de la noche con imágenes mías dónde accidentalmente tocaba a Adam, o peor aún, a Olivia. Reproduje mi encuentro con Dustin

una y otra vez. ¿Hubo tiempo para que me moviera antes de que tocara mi piel? ¿Había algo que podría haber hecho diferente?

El sueño no vino a mí esa noche. No merecía ningún tipo de descanso. Cuando llegó la hora de que Olivia se arreglarse para ir a la escuela, gentilmente la desperté. Levantó su cabeza, sus rizos en espiral estaban despeinados. Me obligué a sonreír. Tenía que actuar con normalidad mientras decidía qué hacer… O hasta que la policía me arrastrara a la cárcel…

—Es hora de despertarse, dormilona.

Olivia restregó sus ojos.

—Todavía estas aquí.

Mi respiración se detuvo.

—¿Dónde más iba a estar?

Su mirada cayó desde mi cara hasta mis manos.

—¿Podemos quedarnos en casa con mamá hoy?

Dios, no quería nada más que quedarme en casa, pero necesitaba que las cosas fueran normales para Olivia, por lo menos hasta que el mundo se derrumbara debajo de nosotras.

—No hoy, Olivia. Tienes que ir a la escuela.

No discutió como esperaba que lo hiciera. Fuimos arriba para arreglarnos. Hoy no hubo ningún rebote o zumbido. Comencé mi rutina matutina como un zombi. Vagamente prestando atención a algo de lo que estaba haciendo. No había siquiera enojo cuando metí la cabeza en el dormitorio de mamá, sólo una profunda tristeza.

Me deslicé hacia un lado de su cama.

—¿Mamá? —Conteniendo el aliento a la espera de una respuesta, o lo que fuese, me senté en el borde de la cama. Mis ojos empezaron a gotear—. Mamá, por favor. No sé qué hacer. No era mi intención herirlo. Lo prometo. Sólo pasó.



Mamá dio un pequeño suspiro. Y mi corazón se rompió.

—Olivia no es la única que te necesita. Yo también, te necesito. Por favor regresa.

Hoy no era diferente para ella. No respondió y no tenía tiempo para esperarla. Arrastrándome fuera de la cama, me limpié los ojos con el dorso de la mano.

Olivia estuvo en silencio durante todo el camino a la escuela y apretó mi brazo antes de salir del asiento trasero.

Mi estómago se retorcía en fuertes nudos para el momento en que llegué al instituto. Esperaba ver patrullas policíacas ahí, o al menos, grupos de sombríos alumnos lamentando la pérdida de un amigo.

Todo el mundo estaba actuando como normalmente lo hacía, hablando y riendo, empujándose unos a otros, o besándose a un lado de sus casilleros. Los pasillos eran un estudio de caos controlado, pero no había ni una cara con ojos llorosos. Y no había ni un representante esperando para hablar con los estudiantes.

Mantuve la cabeza baja mientras caminaba por el pasillo, deteniéndome en mi casillero el tiempo suficiente para cambiar de libros. Cerrando la puerta, me giré y vi la cara preocupada de Adam.

—Dios, he estado tan preocupado. —Un viejo par de lentes, con monturas más gruesas que los de cordón que usualmente lucía, me hizo pensar en búhos.

—¿Qué pasó anoche?

¿Qué pasó anoche? *Accidentalmente maté al tipo que robó tu otro par de lentes.* Eso es lo que pasó.

—Oye —se inclinó—. ¿Estás bien? Te ves muy mal, Ember.

—No… no me siento muy bien. —No era una mentira. Me sentía como si fuese a vomitar.

—¿Te enfermaste anoche?



Asentí.

—Lo siento. Debí de haber respondido tus mensajes.

—Nah, está bien —dijo, agitando la mano—. ¿Crees que deberías estar aquí?

En retrospectiva, no estaba tan segura de si había sido una idea brillante. Mis piernas se sentían débiles mientras le murmuraba algo y caminaba detrás de él. La campana que anunciaba el inicio de las clases se apagó, causando que la mayoría de los grupos de separaran. Adam siguió lanzando miradas preocupadas en mi dirección mientras apretaba la correa de mi mochila tan firmemente que mis nudillos se estaban tornando blancos.

Nos deslizamos en nuestros asientos en el salón de clases sin llamar la atención. Hoy parecía que Adam y yo éramos como fantasmas en el sistema de castas del instituto. Nadie nos prestaba atención, excepto para hacer nuestra vida miserable. Miré mis manos enguantadas por millonésima vez desde anoche, esperando que el arma se desvaneciera.

* * *

Nada sucedió.

Nadie habló sobre Dustin. Su ausencia en Biología no había levantado ni una sospecha pero al final del día, aún era un desastre de nervios. Adam me hizo prometerle que lo llamaría si necesitaba algo.

Cuando llegué a la escuela de Olivia para recogerla, me sentía débil y mareada. La falta de sueño y comida no eran una buena combinación.

Esquivé la biblioteca y esperé a un lado de los autobuses en frente de la escuela. La campana final sonó y una multitud de niños se desparramaron fuera de la escuela, subiéndose en autobuses y acercándose a las mamás en las minivans. Miré, tratando de divisar a Olivia entre la multitud. Lentamente caí en la cuenta de que no estaba. Algo pesado cayó en mi estómago mientras sacaba las llaves del encendido y salía del auto. Crucé por detrás del último camión, tropezando con el bordillo.

—¿Está bien señorita? —preguntó un maestro, con un portapapeles en la mano.

—Sí —dije, apresurándome al interior. Mis manos temblaban y dejé caer las llaves tan pronto como entré a la oficina principal.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó la recepcionista, con los ojos abiertos por la inquietud.

—Estoy buscando a mi hermana. Su nombre es Olivia McWilliam. Está en preescolar. Tiene cinco años y…

—Sí —me interrumpió, sacándose un lápiz del montón de cabello gris. Evidentemente estaba apurada por irse. Su bolsa y su taza de café estaban en el escritorio—. Sé quién es.

—Bien. Bueno. —Respiré profundamente y me incliné contra el mostrador. Los bordes dentados de las llaves clavándose en mi palma—. No estaba afuera. Yo…

—Claro que no estaba —dijo—. Su madre la recogió esta tarde.

La habitación se inclinó hacia un lado, girando a mí alrededor.

—¿Qué?

—Su madre la recogió justo después del almuerzo. Lo siento. ¿Otra vez, cuál es tu nombre?

Casi llorando, golpeé las manos contra el mostrador.

—¡Mi madre no pudo haberla recogido!

La mujer mayor, enojada, se levantó; era más baja que yo y eso era decir mucho.

—Señorita, no dejamos que nadie entre en nuestra escuela y se lleve a nuestros niños. La Sra. McWilliams recogió a Olivia esta mañana. Ahora, ¿cuál es su nombre?

Una ráfaga de ira flotó a través de mí como una ola caliente que invadía mis venas. Sentí la urgencia de reaccionar de alguna manera. Quería alcanzarla y tener sus dedos gordos entre mis manos. Quería *tocarla*.

—Señorita, ¿cuál es su nombre?



—¿Cómo pudo? —Mi voz sonó inquietantemente calmada—. Esa no era nuestra madre.

La mujer parpadeó rápidamente, meneando la cabeza en negación.

—No. Ella está anotada en nuestro sistema, y ¡ella firmó su salida! ¿Quién eres tú? —demandó. Otras personas estaban comenzando a salir de las pequeñas oficinas—. ¿Eres un familiar?

Di marcha atrás, apretando mis manos en puños. No había nada más que decir. Girando, salí. Iría a casa después. Había una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que hubiera sido mamá. Tenía la oportunidad de despertarme y descubrir que las últimas veinticuatro horas habían sido una pesadilla, esa pequeña astilla de esperanza era todo lo que tenía. Desesperada, me aferré a eso. Mi garganta apretaba cuando divisé nuestra casa. La golpeada camioneta de mamá estaba estacionada en frente de la puerta principal. No se había movido desde el funeral de papá. El viejo columpio de madera se balanceaba en el porche, mandando dardos de pánico a través de mí.

No había brisa.

Con el corazón palpitando, subí los escalones y abrí la puerta principal. El set extra de llaves estaba sobre la mesa a un lado de la puerta.

—¿Olivia? —llamé—. ¿Olivia, dónde estas? —Fui a la cocina, después a la sala y por último me apresure hacia arriba—. ¡Olivia! ¡Contéstame ahora!

No había respuesta. Su cuarto estaba vacío.

—Oh, mi Dios.

No sabía qué hacer. No tenía ni idea de cuánto tiempo me quede allí parada, mirando a su cama vacía. Ya nada parecía normal. Sólo la sangre precipitándose por mis venas y la lenta desesperación girando dentro de mí. Un sollozo salió de mi pecho.

Se suponía que me haría cargo de Olivia.

Un ruido repentino, como alguien golpeando a una pesada pieza de mueblería, erizó los pelitos que tenía a lo largo de la base del cuello.

Tragando el miedo helado, giré y regresé al pasillo. Me quité los guantes, apretándolos en una mano. ¿Podría matar otra vez, a propósito?

Sí, si Olivia estaba en peligro.

La luz solar se desparramó en el pasillo a través de la puerta de mi habitación. El cuarto parecía seguro, incluso acogedor. ¿Había dejado la puerta abierta esta mañana? No podía recordarlo. Lentamente, me deslicé a través de la puerta abierta. Por un momento, pensé que el cuarto estaba vacío.

No lo estaba.

Se colocó en frente de la puerta del baño, usando el mismo guardapolvo de la noche anterior. Una melena de cabello rubio salía por debajo de su sombrero vaquero. La repentina imagen de un león agachándose, esperando a que su presa tropezara en su visión, destelló delante de mí.

Me di cuenta un segundo después de que yo era la presa.

El león saltó antes de que tuviera la oportunidad de liberar el grito atrapado en mi garganta. No dijo nada, pero la mirada de feroz determinación mientras se movía hacia mí con los brazos extendidos, lo decían todo. El pánico rápidamente cambió a algo más mientras me lanzaba contra la pared. Ira y desesperación brotaron, se arremolinaron y salieron de mí.

Me alcanzó.

En vez de tocarlo, agarre la lámpara de la mesa y se la arrojé. La base de la lámpara golpeó su cabeza, provocando un enfermizo golpe sordo y apartando el sombrero de vaquero.

El vaquero cayó al suelo, inmóvil.

—Bueno… eso no era necesario —pronunció una voz profunda que tenía grabada en mi memoria.

Chillé y me di la vuelta. Hayden Cromwell estaba parado en el pasillo, con las manos en frente de él.

—No quiero hacerte daño, Ember. Estoy aquí para ayudarte.



—¿Ayudarme? —Di un paso atrás, rozando la pierna del hombre. Mi estómago daba vueltas mientras lo miraba. El sombrero de vaquero descansaba a su lado. La sangre apelmazaba su cabello rubio. ¿Cuándo me había vuelto tan violenta? ¿Había sido así siempre?

—No lo mires a él, Ember. Mírame a mí.

Era como una obligación. No tenía otra opción más que mirarlo.

—¿Dónde está mi hermana?

—Todo está bien. Tú hermana está a salvo. Nosotros la tenemos…

Todo lo que escuché fueron las últimas tres palabras. Lo embestí. Ni siquiera se movió para esquivarme. Simplemente atrapó mi mano en la suya y gentilmente la apretó.

Ese acto sacó el aire y el sentido común fuera de mí. Esto, *esto* era lo que había estado añorando. Un simple toque, un roce de piel sin herir a nadie y era tal como pensaba que sería.

Fortaleza. Calidez. Humanidad. Todo en un simple toque.

—No lo entiendo —susurré roncamente. Mi mirada atrapada en sus manos. Sus dedos eran largos y elegantes. Eran fuertes.

—Estoy absorbiendo tu don —dijo—. Soy como tú, Ember. Dotado.

Levanté los ojos, y vi las orgullosas líneas en su rostro tenso. Los dedos de Hayden dejaron mi mano y se deslizaron debajo del puño de mi suéter. Su toque era abrasador y mi piel hormigueaba dónde fuese que sus dedos tocasen.

El mareo se extendió a través de mí, y Hayden pareció tambalearse. La habitación giró. Parpadeé, pero todo seguía moviéndose. El pánico apretó mi corazón mientras trataba de liberar mi mano, pero él la sostuvo.

—¿Qué estás haciendo para…? —No pude recordar lo que estaba diciendo.

—Lo siento, pero es la única manera —dijo Hayden, sonando como si de verdad lo fuera—. Te vamos a ayudar. —Puso su otra mano en mi mejilla—. Vas a estar bien. Créeme, Ember.



Mi nombre fue lo último que escuché. El mundo se volvió negro y después no había nada.



Capítulo 4

Traducido por Nessie

Corregido por Bibliotecaria70

Sabía que necesitaba despertar, pero mis párpados se sentían como si hubiesen sido pegados con pegamento. Lentamente y con mucho esfuerzo, los abrí. Una luz deslumbrante entraba a través de las ventanas cubiertas de encaje.

¿Cortinas?

No había ni una sola cortina en mi casa. No es que tuviera nada en contra de ellas, pero nunca pude encontrar la manera de comprar las malditas barras de arriba. Aturdida, me sostuve en mis codos y miré alrededor. Estaba en una cama mucho más grande que la que solía tener. Marcos dorados adornaban las paredes de color amarillo mantequilla. Había una televisión de pantalla plana sobre un aparador de roble color cerezo, que parecía tallado a mano en el siglo XIX. Un escritorio a juego estaba junto a la cómoda, con un delgado portátil de aspecto caro. Puertas francesas llevaban a lo que parecía ser un balcón y al otro lado de la sala, otro conjunto de puertas conducían a un cuarto de baño... y un vestidor.

Está bien, definitivamente no era mi habitación.

Me senté, mordiéndome el labio inferior mientras una oleada de vértigo amenazaba con hacerme retroceder en el suave edredón. Los últimos acontecimientos me condujeron a una confusión mental, pero recordaba lo suficiente como para empujar hacia abajo las náuseas que el dolor de cabeza me estaba causando. Saqué las piernas de la cama y me levanté. La habitación giró durante un par de segundos antes de enderezarse.





La puerta del dormitorio se abrió, revelando a un hombre con un bien recortado pelo oscuro y un traje a medida. Di un paso atrás, chocando con la cama.

—Bueno. Estás despierta. Estábamos preocupados. El don de Hayden puede crear un gran impacto —dijo amablemente—. Mi nombre es Jonathan Cromwell. Estás en mi casa.

—¿Quién...? ¿Dónde está mi hermana? —pregunté con voz ronca.

Cruzó las manos detrás de la espalda.

—Olivia está aquí, y ha estado preguntando por ti. Te puedo llevar con ella. Después, tú y yo tendremos que hablar.

Puse una mano en mi sien e hice una mueca.

—¿Hablar de qué?

—Creo que deberías ver a tu hermana primero, Ember. Podría calmar bastante tu ansiedad saber que está bien.

La preocupación por Olivia me impulsó hacia adelante, pero la sospecha pinchaba mis pensamientos.

—¿Cómo sé que esto no es una broma... o algo así?

Una sonrisa paciente se formó en sus labios.

—Sé que tienes un montón de preguntas, pero tienes que dejarlas de lado. Olivia te necesita, Ember.

Olivia te necesita. Esas palabras siempre habían provocado una sensación de urgencia inmediata. Asentí y arrugué la cara de dolor. Parecía que mi cabeza fuese a explotar.

El señor Cromwell se hizo a un lado, haciendo un gesto para que lo siguiera. Mantuve una distancia de seguridad entre nosotros a medida que nos desplazábamos por el amplio pasillo, pasando por varias puertas cerradas. En lugar de detenerse en la última, como esperaba, bajamos por una escalera de caracol. A continuación, pude ver dos pisos más. Dondequiera que

miraba, había varias pinturas de Dioses griegos y romanos en las paredes. Estatuas de mármol anatómicamente correctas de pie en las esquinas.

Nos detuvimos ante una puerta en el segundo piso. Risitas infantiles salían de la habitación, tirando de mí hacia adelante como una polilla a la luz. Reconocería el sonido de su risa en cualquier lugar. Di un paso en torno al tipo y abrí la puerta.

El alivio me inundó. Olivia, con su cabello recogido en dos coletas, estaba sentada en medio de un gran dormitorio, rodeada por un número ridículo de juguetes, animales de peluche y... mamá. Mi madre estaba sentada en una silla, vestida con un suéter y zapatillas. Su rostro era tan inexpresivo como siempre, pero no estaba en cama. Esto tenía que ser un sueño.

Olivia se dio la vuelta y saltó con gritos agudos.

—¡Em! ¡Em! —Estaba de pie, corriendo hacia mí como un mini-tornado—. ¡Te he echado de menos! ¡Emmie! ¡Em!

—Olivia —me ahogué con la palabra.

Envolvió sus brazos alrededor de mis piernas sin dudarlo. No quería nada más que tenerla entre mis brazos, pero mis guantes no estaban. Mis manos se cernían sobre sus rizos como si tuvieran una mente propia. Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo.

—Em —Tiró de mis pantalones vaqueros—. ¡Mira!

Abrí los ojos. Se separó de mí, mientras apuntaba a la jaula encima de la cómoda. —Me dejaron traer a Chillón. ¡Y mira! ¡Este es el Sr. Estornudos! —Corrió hacia un gran gato atigrado que pensaba que era un animal de peluche.

—Eso está bien. —Mis ojos se posaron en mamá. Ocupando una mecedora que imaginé había pertenecido a una anciana—. ¿Mamá? Soy yo. —Di un paso hacia adelante.

Ella parpadeó lentamente, pero era como si una pared insonorizada le impidiera escucharme.





—Em, ¿qué has estado haciendo? —preguntó Olivia, atrayendo mi atención. Había dejado caer el gato y jugaba con una muñeca—. Quería verte, pero el señor Cromwell dijo que necesitabas descansar.

Miré por encima del hombro al hombre de pelo oscuro.

—Sí, he estado durmiendo.

Olivia tenía la muñeca agarrada de un brazo, moviéndola por toda la habitación.

—Has estado durmiendo durante días.

¿Durante días?

—Um... bueno, estaba muy cansada.

Saltando hacia mí, pareció aceptar mi excusa.

—Me gusta este lugar, Emmie.

—¿En serio? —Me sentí mareada, débil. Dios, ¿iba a pasar de nuevo?

Ella asintió con picardía y luego movió su dedo índice regordete en frente de mí. Era una costumbre suya cada vez que quería contarme un secreto, así que se acercó más y bajo la cabeza.

—¿Qué? —susurré, haciendo caso omiso de las manchas blancas de las luces bailando a través de mis ojos.

Inclinándose, Olivia susurró cerca de mi oreja.

—El señor Cromwell dice que soy superdotada.

—Oh. Está bien, —le susurré, mi cerebro tambaleándose. Olivia saltó y dio vueltas por la habitación—. A Chillón le gusta estar aquí.

—Ember —dijo el Sr. Cromwell.

Asentí sin mirar atrás.

—Olivia, tengo que hablar con el Sr. Cromwell. ¿Estás bien aquí?

—Sip. Mamá y yo estamos jugando con mis juguetes nuevos.

En contra de mi voluntad, miré a mi madre otra vez. Ella volvió la cabeza y sonrió a Olivia. Sólo verla me provocaba tantas emociones... Traté de recordar cómo había sido antes del accidente, pero su estado actual eclipsaba esos recuerdos.

Sacudí la cabeza y me volví hacia dónde el Sr. Cromwell esperaba, con una expresión paciente en su rostro.

—Podemos hablar en la cocina —dijo—. Estoy seguro de que debes tener hambre.

Antes de que pudiera tirar de mí fuera de la sala, oí hablar a Olivia.

—¿Mami?

Me detuve. Mi corazón se agitó en mi pecho. Sólo quería escuchar su voz, eso era todo. Entonces:

—Sí, cariño.

—¿Por qué no hablas con Emmie? Eso la pone triste.

Hubo un momento de silencio.

—Bebé —dijo mamá en voz baja—, no puedo hablar con ella. Ember está en el cielo con papá.

* * *

Nos sentamos en el tipo de cocina por la cual mi madre habría dado a su hijo primogénito antes de que perdiera la razón.

—Tu madre está muy enferma, Ember. Es posible que un día resurjan sus recuerdos. —Cromwell frunció el ceño—. Debe ser difícil para ti que tu propia madre crea que estás muerta.

Tomé una lata de refresco entre mis manos. Se sentía extraño estar rodeada de gente y no tener mis guantes. Había platos sin tocar de embutidos y galletas entre nosotros.

—¿Cómo has podido cuidar de ella y de tu hermana? Sólo tenías quince años en el momento del accidente.

Mi nivel de irritación aumentó, al igual que mis sospechas.

—¿Cómo sabes lo del accidente?

Cromwell sonrió.

—Sabemos muchas cosas, Ember.

Mi apetito se secó y marchitó.

—¿Cómo sabes tanto? ¿Por qué estoy aquí? ¿Y dónde es aquí?

Sus ojos azules parecían brillar en la cocina que ya era deslumbrante de por sí.

—Estás en Petersburg, Virginia Occidental.

Una risa histérica burbujeó y se liberó.

—¿Dónde? Nunca he oído hablar de Peterstown o lo que sea.

—Petersburg —corrigió—. No mucha gente fuera de este estado lo conoce. Estamos en la base de las rocas de Séneca.

Me quedé mirándolo fijamente. ¿Se suponía que debía saber lo que significaba eso? Su expresión era de paciencia, pero era extraño, de alguna manera todo estaba mal.

—Estás muy tranquila.

—Oh, confíe en mí. Me estoy volviendo loca por dentro. —Miré hacia arriba y me encontré con sus ojos.

—Tal vez debería empezar por el principio. —Se recostó en la silla, cruzando los brazos—. Creo que eso ayudará a entender que no hay nada que temer.

En serio, lo dudaba.



—Hay dos tipos de personas en este mundo, Ember. Los hay que son mundanos, ordinarios. Esas personas son ajenas a nosotros.

—¿A nosotros? —dije, con ganas de reír de nuevo.

El aspecto paciente no se desvaneció.

—Sí. Eres diferente. Al igual que tu hermana.

—Ember, tú y yo lo sabemos mejor que nadie. Como he dicho, hay dos tipos de personas en este mundo: los normales y los talentosos. Tú y tu hermana están lejos de ser normales. —El señor Cromwell se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre la mesa—. Mira lo que pasó con ese chico. Murió con simplemente tocarte.

Mis entrañas se congelaron. Abrí la boca, pero no salió nada. Una ráfaga de aire frío me recorrió la columna vertebral.

—Fue un accidente.

—Entiendo eso —dijo Cromwell suavemente—. Pero es una pena que muera alguien tan joven.

El llanto obstruyó mi garganta y quemó mis ojos.

—No era mi intención... matarlo.

—Lo sé.

—¿Qué pasó con su cuerpo...?

—Se ha atendido.

—Pero esto no está bien. —Apreté la lata con fuerza, abollando los laterales, derramando refresco en mis dedos—. Tengo que entregarme. Debería ser sentenciada o algo así. Necesito ser senten…

—Lo hecho, hecho está. Y no puedo permitir que te entregues. —Se echó hacia atrás, cruzando los brazos—. Tu... toque expondría a todos los que están dotados. No podemos arriesgarnos a eso.

Me quedé mirándole, tambaleante. Este hombre sabía que era capaz de matar, que había matado ¿y estaba más preocupado por la posibilidad de que su gente quedase expuesta que por lo que podía hacerle a él? Era una locura. Estaba loca por estar aquí sentada, escuchándole.

—Nadie va a conocer el lamentable accidente. Todo lo que ha ocurrido es parte del pasado. Estás a salvo aquí.

—No. Ese hombre... el que tiene el sombrero de vaquero quería hacerme daño.

Cromwell chasqueó la lengua.

—Kurt no quiso lastimarte. Puede ser algo agresivo, pero es un buen hombre. Le confiaría mi vida y la de mi hijo.

El impulso de reír volvió.

—¿Así que no está muerto?

—No. Le diste un buen golpe en la cabeza, pero sobrevivió.

Supuse que debería sentirme bien acerca de eso.

—Ember, quiero ayudar a tu familia. Tu hermana tiene dones que necesitan ser controlados, pero tenemos que ser honestos con los demás y no jugar.

Mis ojos se estrecharon.

—No estoy jugando. Ni siquiera sé quién eres. Nos secuestraron.

—También trataste de matar a Kurt y a mi hijo —respondió sin rodeos.

—¿Su hijo? ¿Hayden? ¡Él me estaba acechando! ¡Y me dolía! Su toque o lo que me hubiese hecho.

—Hayden es único. Su toque drena la energía de los demás, si él quiere. Un niño notable. Pero incluso para alguien tan dotado, tu toque le habría afectado si no hubiese usado su don.

Me froté la frente. Nada de esto tenía sentido para mí. Necesitaba tramar una manera de escapar de este lunático.

Cromwell apoyó el codo sobre la mesa y tomó su barbilla.

—Os hemos estado siguiendo a ti y a Olivia durante dos años.

Me atraganté.

—¿Qué?

—Ser capaz de resucitar a los muertos... Entonces no había nada que indicara que Olivia estuviera dotada hasta que te trajo de vuelta.

Las paredes blancas parecían girar alrededor de mí otra vez.

Cromwell suspiró.

—Ember, cuando alguien muere, no vuelven siendo los mismos. Lo sabes, ¿verdad? Algunos podrían decir que es antinatural. Está mal.

Empecé a ponerme de pie, pero volví a sentarme. Mi corazón estaba tronando en mi pecho. Antinatural. Mal. Esas palabras me cortaron como un cuchillo caliente.

—No quiero ser tan contundente, Ember. Pero debes saber que lo que puedes hacer es sólo un producto de tu muerte y del don natural de tu hermana. Has traído algo de vuelta contigo, una capacidad aún más rara que la de tu hermana.

—No soy mala, no estoy mal —espeté. Pero entonces me di cuenta. Tal vez lo era. La gente buena no mata.

Sonrió de manera uniforme, pero algo me hizo estremecer.

—Lo sé, querida. Pero lo que ocurrió fue inevitable. Podría haber sido Olivia o un niño que se acercó demasiado a ti. Tu amigo, por ejemplo, ¿cómo se llama? Ah, sí. Adam. Tenía que suceder. A decir verdad, debería haber intervenido mucho antes de esto. El incidente podría haber sido impedido.

Estaba confundida y asustada, muy asustada, enloqueciendo. Este hombre lo sabía todo, hasta conocía a Adam. Y lo que había dicho era verdad. Podría haber sido Olivia o Adam.

—Hay otras personas aquí, como tu hermana. Otras personas que tienen dones que el mundo sólo puede imaginar. Aquí —dijo—, no estás sola.

Hundí la mano en mis rizos y los saqué de mi cara.

—No entiendo lo que estás tratando de decirme.

—Lo sé. Las cosas son terriblemente confusas para vosotras —dijo—. Estás preocupada por Olivia, por tu madre, ¿por qué un hombre extraño te traería a su casa?

Me reí entonces. Sonaba un poco áspero.

—No, ¿en serio?

—Pero no tienes nada de qué preocuparte ya. Nosotros nos encargaremos de tu hermana. Y vamos a tratar de cuidar de ti.

Miré hacia arriba, tratando de sonar más valiente de lo que me sentía.

—¿Por lo menos entiendes cómo de extraño suena esto? Eres un completo desconocido para mí. Sigues hablando de dones y otras cosas que no tienen sentido.

—Puedo ayudar a tu hermana, Ember. Su don de dar vida y curar necesita ser cultivado. Y ella tiene que estar alrededor de otros como ella, otros que van a entenderlo. —Cromwell respiró profundamente, y sus ojos se encontraron con los míos—. Entonces estás tú y, francamente, no estoy seguro de qué hacer contigo.

Los pequeños pelitos de mi cuello se erizaron.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando yo tenía la edad de Olivia, no tenía a nadie cuidando de mí. He hecho la misión de mi vida asegurarme de que no hay otros niños superdotados que se enfrentan a lo que me pasó. —Una mirada oscura robó la calidez de sus ojos—. Tú y tu hermana son valiosas por diferentes razones. Hay gente por ahí que trata de manipular lo que tu hermana puede hacer y abusar de ello. Tengo la intención de asegurarme de que eso no suceda.

—¿En serio? —Eché un vistazo alrededor de la cocina buscando una salida—. Eso realmente no ha respondido a mi pregunta.

—Tu hermana pertenece a este lugar, Ember. Por esa sola razón, estoy dispuesto a asumir un riesgo contigo.

Había un montón de puertas, vías de escape en la habitación y Olivia estaba arriba, pero yo era un arma de destrucción masiva. Podría encargarme del rarito.

—¿Es eso cierto?

—Esta es tu nueva casa —dijo como si eso lo explicara todo, al igual que él no era un delirante, loco, secuestrador, manteniendo prisionera a mi familia.

—¿Eh? —Lo miré.

—Vas a permanecer aquí de ahora en adelante.

Sin necesitar ninguna otra razón, me tiré encima de la mesa. El borde de la mesa de roble me cortó el estómago durante un nanosegundo y entonces estaba volando hacia atrás. Mis zapatos resbalaron por el suelo. Un segundo después, una fuerza invisible me inmovilizó contra la pared.

La expresión de Cromwell no cambió, pero suspiró.

—Es suficiente, Gabriel. Deja que se vaya.

Ni siquiera me había dado cuenta de que alguien más estaba en la cocina. Se puso de pie, un chico de mi edad, tal vez un año más joven, con la cabeza llena de rizos rubios y la cara más bonita que jamás había visto en un hombre. Había levantado la mano frente a él, lucía una mirada de concentración frunciendo el ceño.

—Gabriel —dijo Cromwell de nuevo—. Deja que se vaya. —Gabriel parecía que más bien quería sacudirme por el aire un poco más, pero bajó la mano.

Me deslicé por la pared, dando tumbos hacia un lado.

—Ella iba a tocarte —dijo, con una voz sorprendentemente profunda—. Esto fue un error.

Cromwell se apartó de la mesa y se levantó. Se volvió hacia el muchacho.

—Gabe, ¿hay algo que necesites?

Gabe finalmente me sacó los ojos de encima.

—¿Dónde está Hayden? No estaba esperándome después de clase. Me imaginé que vendría directo aquí, como lo ha hecho todos los días desde que la trajo a la casa.

—No está en la cocina, ¿verdad?

Gabriel entrecerró los ojos hacia mí.

—Está bien. Ve. Si te encuentras a mi hijo, por favor, dile que necesito hablar con él.

Gabriel rodó los ojos.

—Está bien, pero si te mata, te lo advertí. —Con eso, se dio la vuelta y salió de la cocina.

—Oh. Mi. Dios —dije en voz baja, con el corazón acelerado.

—Gabriel es uno de mis hijos. Hay varios niños aquí de su edad. Están un poco preocupados, pero no creo que no puedan protegerse a sí mismos.

Fruncí el ceño.

—No corro por ahí tocando a la gente por el gusto de hacerlo.

Sonrió con fuerza.

—Sé que esto es demasiado para ti, pero no voy a tolerar que ataques a nadie. ¿Me entiendes?

Me aparté de la pared. No llegué a él, a pesar de que quería. Dios sabía qué otras superpotencias había escondidas en esta casa.

—No puedes estar hablando en serio. Esto no puede ser legal. Tiene que haber leyes en contra de esto.

—Esto no va en contra de ninguna ley —respondió con calma—. Tu madre está aquí, contigo y Olivia. No te quitaremos de su tutela. ¿Y necesito recordarte que ya has violado la ley al no informar de lo que pasó con ese chico?

No hice caso de eso.

—Como si mi madre pudiese tomar este tipo de decisiones. —Mi autocontrol estaba destrozado y resquebrajado—. ¡Ni siquiera entiendo por qué estás haciendo esto!

—Estoy haciendo esto para ayudar a tu hermana, Ember. Para ayudarte.

—¿Cómo es que esto me ayuda?

Sus manos cayeron a los costados.

—Tienes diecisiete años y estás jugando a la mamá de una niña. Quien, por cierto, merece una vida mucho mejor que la que puedes brindarle.

Ouch. Eso picó hasta el fondo de mí, sobre todo porque era totalmente cierto.

—Eres una invitada en mi casa, —continuó—. Como lo son tu madre y tu hermana. Pero si piensas en salir, o si le haces daño a alguien, ya no puedo considerarte más una invitada.

Mi corazón dio un vuelco mientras lo miraba fijamente.

—¿Me está amenazando?

—Sólo te estoy diciendo cómo va a ser. Los otros ya se resisten a que estés aquí. No hagas nada para empeorarlo.

—¿Por qué siquiera me trajo aquí? —le grité—. Porque, en realidad, no suena como que me quiera aquí.

—Debido a que tu hermana es talentosa y no tengo ningún deseo de separarla de ti. Te estoy haciendo un favor enorme. Hay lugares a los que puedes ir, Ember. Lugares…

—¡No tienes derecho a hacer esto!

Cromwell golpeó las palmas de sus manos en el borde de la mesa. Habló con los dientes apretados y una máscara se deslizó en su cara, una sensación de frío llenó su expresión.

—Tengo todo el derecho, Ember. Esta es mi ciudad.

Todo se detuvo mientras lo miraba fijamente.

—Tenemos sólo las mejores intenciones en mente. Nada se puede cambiar ahora. —Otra sonrisa apareció en sus labios perfectos—. Ya hemos tomado todas las medidas necesarias para asegurar que tu traslado sea lo más suave posible. Tendrás el fin de semana para ajustarte y el lunes, comenzarás el instituto.

Así de fácil, perdí el control de mi vida. La bilis subió a la parte posterior de mi garganta.

—Espero que entiendas que estoy poniendo mucha confianza en ti. No hagas que me arrepienta. A pesar de que no tengo ningún deseo de separarte de tu hermana, si me das motivos, lo haré. —Se puso de pie—. Puedes retirarte.



capítulo 5

traducido por josez57

corregido por veridity

De vuelta en mi habitación, luchaba por controlar el caos vertiginoso de emociones que estaba sintiendo. Quería llorar y gritar. Quería… no sabía lo que quería hacer.

Me detuve frente a la mesa. Mi anticuado teléfono móvil destartalado estaba enchufado al lado de la brillante computadora portátil. Hice un movimiento hacia el teléfono y me detuve en seco. Un nuevo juego de lápices de carbón estaba encima de mi cuaderno de dibujo, al lado del teléfono. Me estremecí ante la idea de que alguien lo hubiese estado mirando. Mis dibujos eran, bueno, privados. Nadie entendería el giro oscuro que todo adquirió cuando los dibujé.

Supongo que morir retorció mi sabor artístico.

Sin quererlo, mi mirada se posó de nuevo en mi teléfono. Quería llamar a Adam, pero ¿qué iba a decirle? No tenía ni idea. Así que me di una ducha, una muy larga y caliente, hirviendo. Me lavé el pelo dos veces. Después de que mi piel quedase en carne viva y de color rojiza, seguía sin tener ni idea de qué decirle a Adam… o qué hacer.

Envuelta en una toalla roja mullida que combinaba horriblemente con mi pelo, me paré frente al armario. Con cautela, abrí las puertas... y luego miré con asombro dentro, mientras la chica que había en mi interior gritaba.

Mezcladas con mi ropa vieja, había varias camisas, vestidos, jeans y suéteres que nunca habría podido pagar, ni en un millón y medio de años. Un montón de zapatos y botas llenaban la base del armario, al lado de lo que parecía ser una mochila nueva, una que no estaba tan sucia y deshecha como la que mi padre me había dado antes del accidente. La busqué, pero la única cosa que me vinculaba a papá no estaba.



Sintiéndome entumecida, me puse unos pantalones de chándal y un suéter abultado. Después de cambiarme, tomé mi teléfono, el cuaderno de dibujo y un lápiz nuevo. Cuando abrí la puerta del balcón, una brisa con perfume a tierra fértil y pino me llenó. Respiré profundamente y me estremecí. Estaba más fresco, mucho más fresco que la última vez que había estado fuera.

Sin prestar atención a la forma en que el aire se adhería a mis rizos mojados, asimilé el entorno. El balcón parecía enrollarse alrededor del lado de la casa, pero no fui lo suficientemente valiente para explorar a dónde conducía. Me acerqué a la barandilla y miré. Una fuerte sensación de vértigo me apartó de la barandilla. Odiaba las alturas, despreciaba absolutamente cualquier cosa más alta que yo.

Me apoyé contra la pared antes de mirar de nuevo. Los árboles y, bueno, más árboles rodeaban la casa. Algunos eran pinos de aspecto antiguo y otros parecían robles y arces, pero nunca sabía qué diferencia había entre ellos. Pero no fueron los árboles los que causaron que mis manos se aflojaran en torno al teléfono. Creciendo en el cielo como un conjunto irregular de dedos impares, había una montaña de color arena y granito. El tamaño de la cosa proyectaba sombras profundas e implacables sobre la mayor parte del espeso bosque, convirtiendo al bosque en algo desolado e intimidante. Podía imaginar fácilmente a las personas entrando ahí y nunca volver a verlas... perdiéndose y luego siendo devoradas por un oso o algo así.

Me tragué el pánico y abrí el teléfono. Encontré varias llamadas perdidas y mensajes de voz. Marqué el número de Adam. Él contestó al segundo timbrazo.

—¡Ember! ¿Dónde diablos estás? ¿Qué te ha pasado? Te he llamado un millón de veces. ¡Hey! ¿Estás ahí?

—Sí —dije finalmente, con voz ronca—. Estoy aquí.

Escuché un suspiro de alivio bastante audible.

—Maldita sea, Em, ¿dónde estás? Desapareciste de la escuela el miércoles… El miércoles, Em. Sin siquiera avisarme. Y no te he visto desde entonces.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Hizo una pausa y pude imaginarlo mirando el teléfono, sin habla—. Em, ¿qué está pasando? ¿Estás bien?

Las palabras se me escaparon de la boca.

—No. No estoy bien.

—¿Qué quieres decir? Em, ¿qué está pasando?

—Estoy en algún lugar, Adam. Con gente que no conozco y no sé qué hacer.

Hubo un tramo de silencio.

—Em, ¿has sido secuestrada o algo así?

Me eché a reír, porque sonaba ridículo, pero lo que me salió sonaba más como un sollozo. Entonces, me di cuenta de que estaba llorando, el tipo de llanto profundo que me robaba el aliento y dolía. Nunca lloraba, no de esta manera y no delante de Adam.

—Em, dime dónde estás. Voy a llamar a la policía —dijo apresurado—. Sólo dime dónde estás.

—No puedes llamar a la policía. No lo entiendes, Adam —dije, pasándome la mano por la cara—. Nunca lo supiste. Nunca te lo dije.

—¿Saber qué? Lo que dices no tiene sentido. ¿Estás en peligro?

—No lo sé. Sí. No. Probablemente. Pero no puedes llamar a la policía, Adam. Me lo tienes que prometer.

Hubo otra larga pausa de silencio.

—Está bien. No voy a llamar a la policía. ¿Dónde estás?

—Um, en un lugar llamado el Bosque Oscuro.

—¿Cómo dices?

Reí débilmente.

—Es un pueblo que se llama San Petersburgo. En West Virginia, Adam… West 'por Dios' Virginia.

—¿Qué? —gritó.

—¿Conoces el lugar donde se filmó la película sobre el incesto de los montañeses? ¿Recuerdas a esos que les gustaba comer gente o algo así?

Dijiste que el chico con las manos brutas te recordaba a nuestro profesor de gimnasia —Respiré profundamente y el aire se me quedó atrapado en la garganta.

—¿Em? ¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Qué está pasando, Em? Fui a tu casa. No queda nada. El lugar está vacío.

Todo estaba en esa casa. La documentación para las cuentas bancarias. Fotos de papá, de nosotros juntos antes del accidente, todo estaba allí.

—¿Todo se ha ido? —susurré.

—Es como si nadie hubiese vivido allí nunca —dijo—. Es la cosa más espeluznante que he visto.

Cromwell no había estado bromeando cuando dijo que todo había sido arreglado. Incluso si encontraba una forma de escapar, no había ningún lugar a dónde volver. No había forma de comprar alimentos, pagar las facturas o hacer cualquier cosa. ¿Cómo iba a cuidar de Olivia o de mi mamá ahora? Mis piernas se sentían débiles. Me dejé caer en el suelo del balcón y presioné la frente contra las rodillas dobladas.

Estaba atrapada.

—¿Em? ¿Sigues ahí?

—Es mi mamá —dije finalmente, elegí la mentira en la que siempre había confiado—. Está peor. Estoy con amigos de la familia. —Él no respondió. El silencio se prolongó durante tanto tiempo que pensé que había colgado.

—Adam, ¿estás ahí?

—Sí. —Se aclaró la garganta—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar ahí?

—No lo sé. Puedo estar aquí durante un tiempo.

—¿Es una broma? —dijo—, ¿cierto? Porque la gente simplemente no se levanta y se va sin ningún tipo de aviso.

Una opresión repentina sujetó mi pecho.



—Adam, no estoy bromeando.

—No entiendo. —Su voz sonaba tensa, ahogada.

Un torniquete se extendió a mi garganta y mis ojos comenzaron a arder de nuevo.

—Tengo que quedarme aquí por un tiempo, Adam. No quiero, pero tengo que hacerlo.

—Eso no tiene sentido, Ember —suspiró audiblemente y le oí moverse. Probablemente estaba en su habitación, él siempre estaba en su dormitorio—. ¿Con qué amigos de la familia? ¿En la casa de quién te vas a quedar?

—Jonathan Cromwell —dije.

—Nunca te oí mencionarlo antes.

Cerré los ojos y apreté el cuaderno de dibujo contra mi pecho.

—Sí, lo sé. Adam, por favor no te preocupes. Todo está bien.

—No suenas bien, Em.

—Realmente, lo estoy. Simplemente ha sido un... par de días difíciles. Lo siento, te asusté y no había tenido la oportunidad de llamarte. Mira, tengo que salir de aquí. Te llamaré pronto.

—Ember, ¡no cuelgues! —gritó—. Algo no está bien. No suenas bien.

—Me tengo que ir. Te llamaré más tarde. Te lo prometo. ¿De acuerdo? —Me paré en seco, teniendo que tomarme un momento—. Simplemente no te preocupes. Estoy bien. Todo está bien.

—Ember… no cuelgues el teléfono. ¡Por favor! Simplemente dime…

Cerré el teléfono, y después de unos segundos, lo apagué. Sabía que Adam llamaría y si lo hacía, le *respondería*. Entonces me rompería y le diría que había sido secuestrada por el vecindario de Agradable Asociación de Fenómenos. Tuve la sensación de que esto no iba a terminar bien para mí, mi mamá u Olivia.

Olivia.







¿Qué pasaría si huía? No podía dejar a Olivia aquí, pero ¿a dónde la llevaría? No había nada ahí fuera para nosotras. Alojarse aquí significaba que tendría que confiar en Cromwell. ¿Podía confiar en un extraño? Pero ya sabía la respuesta. Haría cualquier cosa por Olivia.

Incluso pondría mi destino, mi futuro, en manos de Cromwell.



capítulo 6

traducido por jane kent & onnanohino gin

corregido por veridity

Me senté, mirando ciegamente a una página en blanco. Empecé con una línea, el horizonte, pero al continuar, se convirtió en una línea desigual y rota por altos olmos con las puntas tan afiladas como agujas. Presioné más fuerte, dándole a las sombras más profundidad, más secretos. El dibujo no estaba funcionando, pero no podía parar. Líneas manchadas fluyeron a través de la página.

—¿Qué estás haciendo?

Cerré de un golpe la carpeta y giré hacia la voz. Hayden. Al sol, su cabello brillaba con una docena de tonos rojos y marrones.

Se acercó un paso más, sacando las manos de los bolsillos de sus jeans.

—¿Ember?

Salté sobre mis pies.

—No te acerques más.

Hayden paró.

—No voy a lastimarte. Sólo quiero hablar contigo.

—¿No vas a lastimarme? —Retrocedí, atrapándome contra la pared—. Dijiste eso mismo antes de dejarme inconsciente durante tres días.

—Estoy realmente apenado por eso. —Miró hacia otro lado, suspirando profundamente—. Te conozco, Ember. Eres una luchadora...

—No me conoces. Sólo hablamos durante cinco minutos en la biblioteca.

Una sonrisa ladeada se formó en sus labios cuando se volteó hacia mí.

—Desde el accidente, te hemos estado vigilando. A veces iba con mi padre. Vi lo suficiente.

Un ligero escalofrío me recorrió. Envolví los brazos en torno a mí, pero no ayudó.

—¿Viste qué?

Miró hacia otro lado de nuevo, mirando fijamente algo que yo no podía ver. —Qué difícil fue para ti. La manera en que esos niños te trataban en la escuela. Cómo pudiste sobrevivir cuando no hubo nadie ahí para ayudarte. —Las líneas de su rostro se endurecieron—. Sé que estás asustada, pero no tienes ninguna razón para estarlo ahora.

—¿De verdad? Porque tú me lo dices, ¿eh? Y esto me lo dice un chico que ha estado acosándome junto con su padre. Sin mencionar el hecho de que me secuestraron...

—No te estaba acosando, Ember y no te secuestramos. —Me miró otra vez— Nosotros solamente… te trasladamos. Ahora, Olivia puede estar entre los de su clase.

Rodé los ojos.

—¿Hablas en serio? No tengo una "clase" y Olivia tampoco.

—Pero sí la tienes. —Hayden se movió rápido. Me presioné contra la pared como si pudiera de alguna manera desaparecer dentro de ésta. Sostuve la carpeta entre nosotros. Era una débil y estúpida barrera—. Jonathan Cromwell no es realmente mi padre, ¿sabías eso? Mis padres, mis verdaderos padres, no quisieron tener nada que ver conmigo. Tenían miedo de mí. Cuando era joven, no podía controlarlo.

Una voz dentro de mí gritó que me callara y corriera, pero no lo hice.

—¿Controlar qué?

Los labios de Hayden se torcieron.

—Soy lo que llaman un Succionador. Puedo drenar la energía de cualquier cosa que exista, incluyendo el aire que nos rodea. A las personas, les puedo

drenar un poco de su energía vital. O puedo tomarla toda. Funciona de la misma manera con las personas dotadas.

—¿Qué quieres decir con lo del aire?

—Podría derribar esta casa si quisiera. —Me quedé con la boca abierta—. Estuve en casas de acogida durante muchos años. Si Jonathan no me hubiese encontrado, no sabría dónde estaría ahora. Me dijo lo que era y me enseñó a controlarlo. Ni una vez me pidió algo a cambio. Le debo la vida, Ember. Así como todos los chicos a los que salvó. —Sus ojos se movieron hacia arriba—. Te he asustado, ¿verdad?

—Yo… Eso es… —Sacudí la cabeza—, ¿raro?

El silencio se extendió entre nosotros mientras me estudiaba de una manera que me hizo sentir transparente. Sus ojos marrones cambiaron a un color más oscuro, casi negros. Luego, se movió y regresó a la barandilla.

—Lo siento. —Me encontré a mi misma disculpándome sin saber por qué—. No quise decir...

Hayden alzó la mano, haciéndome callar.

—Está bien. Que seas precisamente tú la que me llama raro es una especie de cumplido.

¿Eso era un insulto?

—¿Qué pasó cuando me tocaste? Quiero decir, por unos segundos no pasó nada. Nadie, nada puede tocarme.

—Puedo tocarte durante un minuto o dos. Es como un amortiguador, Ember. Puedo soportar pequeñas porciones, pero me vencerías si persistes y no drenara tu toque.

—Pero me dejaste inconsciente, fue cómo hard-core[3].

Hayden pasó las puntas de sus dedos sobre la barandilla.

—Eso es lo que pasa cuando dreno tu toque. Con otros, se detiene lo que sea que estén haciendo. Si alguien es telequinético y puede mover cosas con la

---

[3] **Hard-core**: es un tipo de lucha.

mente, mi toque lo detendrá durante un tiempo. Si lo dreno sólo un poco, puedo quedarme con algo de sus dones. Por alguna razón, tú sólo te quedas inconsciente. —Me miró sobre su hombro—. Tal vez es porque tu don está muy atado a tu energía vital. No lo sé.

—Entonces, nos podemos tocar, pero al final uno de los dos termina… ¿herido?

Una lenta sonrisa se extendió a través de sus labios.

—Si no somos cuidadosos, sí. De cualquier manera, ¿cómo lo descubriste? Yo... Nosotros nunca lo vimos.

Recordaba que había pensado que él lucía familiar cuando lo vi por primera vez. *Había* vislumbrado partes de él.

—¿Ember?

—Después del accidente —dije finalmente—, tenía un gato llamado Sushi.

—¿Y? —Se alejó de la barandilla, poniéndose frente a mí otra vez.

—Lo recogí. —Respiré profundamente y miré hacia otro lado. Una parte de mí no entendía por qué estaba compartiendo esto, pero se sentía liberador decir la verdad por una vez—. Murió, en ese mismo momento. Luego traté de abrazar a Olivia.

—Whoa —murmuró Hayden—. Pobre niña. Pobre gatito.

—Sí… Bueno, le dije a Olivia que el gato se había ido. Eso fue antes de que entendiera lo que ella podía hacer. Quiero decir, entenderlo *de verdad*. —Mis mejillas estaban calientes, pero seguí hablando. Diarrea bucal, supongo—. Rápidamente aprendí que las plantas y los animales se desplomaban de inmediato. Las personas son diferentes. Mi toque los hiere al principio, luego… bueno, ya sabes lo que pasa.

—Fue un accidente —dijo sin vacilación—. Y *él* te tocó.

—¿De verdad importa cómo pasó? Está muerto por mi culpa.

—No es lo mismo. —Parecía como si fuera a decir otra cosa, pero sacudió la cabeza—. ¿Por qué estabas enojada? ¿Fue por la llamada telefónica?

Mentir sería inútil. El bulto de mi bolsillo era obvio.



—Tenía que llamar a mi amigo y decirle que estaba bien.

—¿Le contaste dónde estabas?

Apreté los labios y mentí, un poco.

—No.

Hayden pareció relajarse.

—Podemos ser nosotros mismos aquí. Los de fuera raramente son de confianza. Mi padre quiere ser diferente. Ser el alcalde que nos ayude.

—¿Él es el alcalde? —Las palabras de Cromwell volvieron a mí. *Tengo todo el derecho. Esta es mi ciudad.*

—No ilegalmente ni a través de la manipulación. —Dio un paso atrás y se inclinó sobre la barandilla, cruzando sus largas piernas—. Los de fuera aman a Cromwell. Todo el mundo lo ama.

—Grandioso. —Empecé a morderme el labio—. ¿Piensa que voy a correr por ahí y matar personas, porque ya sabes, eso es lo que hago? ¿Es por eso que nos trajo aquí?

Hayden inclinó su espalda y rió, realmente se rió. Era un sonido agradable. Fantástico.

—No. No pienso que crea que quieras matar a alguien accidentalmente.

Me concentré en la elección de sus palabras. *Querer* matar personas versus matar personas por accidente. Suspiré de nuevo, sintiéndome incómoda en mi propia piel.

Sus oscuros ojos brillaron hacia mí.

—No eres una anormal. Ninguno de nosotros lo somos. Y tal vez yo… nosotros podamos ayudarte a controlarlo. Todo lo que tienes que hacer es confiar en nosotros.

***

Confía en nosotros.





La confianza es algo mutuo que por lo general no empieza cuando una de las partes es secuestrada.

Me apresuré a escaparme de la cena aunque sabía que Olivia estaba montando una pataleta monumental. No entendía que necesitara pasar un tiempo a solas para pensar en todo esto, para decidir cuál sería mi próximo paso. Así que me salté la cena, pero seguí sin tener ni idea de qué hacer. Y ahora me estaba muriendo de hambre. Cuando ya estaba convencida de que si no comía algo, devoraría mi propio brazo, me levanté e intenté encontrar la cocina.

Los suelos de madera no crujían bajo mis pies y la pintura de las paredes era una colección de colores pasteles que te hacían sentir bienvenido. Pero no había nada como nuestra casa medio en ruinas de Allentown. Lo cierto es que la echaba de menos, daba igual lo tristes que habían sido mis dos últimos años allí. Esa casa era nuestra y esta no lo era.

Al final, encontré el camino correcto, pero la cocina estaba vacía, tal como esperaba. Me moví silenciosamente hacia la puerta, pero entonces oí voces y no sabía si volver a mi habitación o quedarme escuchando lo que obviamente era una reunión familiar acerca de… *mí*.

—¿Hablas en serio? Sólo lleva unas horas consciente y ya ha intentado atacarte.

—Está aterrorizada y no piensa con claridad, Gabe. Se ha despertado en una casa completamente desconocida. Piensa cómo te sentirías si te hubiese pasado a ti. O a Parker, o a Phoebe —dijo Hayden, con su tono de voz profundo y fácil de identificar.

—¡Te arrojaría al otro lado de la habitación, pero no intentaría matarte con mi toque!

—Déjalo. Ella se queda. Por ahora. —Cromwell sonaba como si estuviese muy acostumbrado a oírlos discutir.

Alguien dio un golpe.

—¿Vas a dejar que venga a la escuela con nosotros? ¿Qué pasa si le hace daño a alguien? —dijo Gabe.

—No va a ir por ahí tocando a la gente a propósito —soltó Hayden—. Ha pasado dos años sin lastimar ni a una sola persona.

—¡Mató a un chico! —dijo Gabe.

—Eso fue un accidente —respondió Hayden—. ¡El muy idiota la atacó! *Él* la tocó a *ella*. No fue su culpa.

Es agradable que me defienda. Con los ojos cerrados, seguí escuchando, inclinada contra la pared.

—Si le hace daño a alguien, o si creo que está pensando en hacerlo, me haré cargo —dijo Cromwell—. Se la entregaré a la Habilidad.

—¿Qué? —Ese era Hayden—. ¡No hablarás en serio! Sabes lo que le harán allí.

—Mejor eso que lo que ella podría hacernos a nosotros —contestó Gabe.

—No tienes ni idea de cómo es —dijo Hayden—. Yo sí. No se lo merece. Podríamos intentar trabajar con ella.

—Hayden —dijo Cromwell, exasperado.

—¿Qué? Podríamos enseñarle a controlar su don.

—Pero ella no tiene un don. —No reconocí la voz, pero sus palabras sonaban frías—. Esa maldita chica es un monstruo de la naturaleza y si alguien pertenece a la Habilidad, esa es ella. Su hermana es otra cosa. Ese pequeño angelito tiene un don, pero Ember no.

Hubo una pausa y el hombre empezó a reírse.

—Oh, por el amor de Dios, Hayden, no me mires como si acabara de pegarle a un bebé. Tan sólo estoy diciendo la verdad.

—Kurt, eres imbécil —dijo Hayden—. Ojalá ella te hubiese pegado más fuerte.

Abrí los ojos, sorprendida. El hombre león, el que iba de vaquero, estaba aquí.

—Como sea. Por lo menos no soy yo el que está empezando a enamorarse de la Parca escalofriante —espetó Kurt.



Estalló una cadena de insultos. Detrás de mi cabeza, la pared tembló. Salté hacia atrás, mirando a la pared. Se retorció como una serpiente por un segundo, luego se calmó. Las columnas de yeso flotaron y se separaron del punto dónde se unían al techo.

—¡Hayden, no! —ordenó Cromwell rápidamente—. Por ahora se queda. Está decidido y me niego a seguir discutiendo este tema. Y Hayden, mantente alejado de ella.

Alguien gruñó enfadado. Apostaría lo que sea a que fue Gabriel.

—Sé que crees que puedes ayudarla —dijo Cromwell— y entiendo que quieras ayudar, pero no voy a permitir que arriesgues tu vida por ella. No tienes experiencia con un don como ese. Sé lo que pasará si lo intentas.

—Papá…

—No voy a perder todo por lo que he trabajado, ni tampoco quiero perderte a ti. Si sigues insistiendo, no me dejarás más opción que echarla de esta casa.

Después del incómodo silencio que provocó la amenaza de Cromwell, Hayden dijo:

—Eso no será necesario, papá.

Deseando no haber oído nada de eso, me alejé de la pared. Mi corazón latía apresuradamente en mi pecho mientras atravesaba el vestíbulo, tenía náuseas. ¿Qué era ese lugar llamado "Habilidad" y él de verdad creía que simplemente iba a dejar que me entregaran?

Vagué por los pasillos, dejando atrás muchas habitaciones, hasta tropezar con mi hermana y dos personas que no conocía. Se parecían mucho, debían de ser gemelos. El chico era atractivo, aunque había algo frío y metódico en su expresión, como si su rostro hubiese sido esculpido en piedra y a alguien se le hubiese olvidado darle un toque de calidez. No alzó la mirada, pero se estremeció cuando entré en la habitación.

La chica estaba con Olivia, jugando a las muñecas. Era impresionante, con cabello negro, ojos verdes brillantes, pómulos bien marcados, piel perfecta, labios rojos exuberantes y un cuerpo por el que habría matado. Era el ideal de chica que a mí me hubiese gustado ser y que sabía que nunca alcanzaría.





Olivia se puso de pie en cuanto me vio, chillando mi nombre lo suficientemente fuerte como para hacerme temblar. El chico desvió la vista del libro que estaba leyendo. Su mirada no era hostil, pero tampoco la llamaría amigable. La chica, por otro lado, se puso de pie y le hizo una seña al chico. Se fueron sin dirigirme la palabra. Me senté al lado de Olivia, intentando ignorar su comportamiento. Tomé una de las muñecas, me di cuenta de que eran esas que Olivia me había estado pidiendo que le comprara desde hacía semanas.

—¿Emmie? ¿Sabías que Parker y Phoebe son gemelos? —dijo señalando la puerta por la que habían salido—. Me gusta la gente de este lugar.

—¿Sí? —dije haciendo caminar a la muñeca.

Asintió animadamente.

—Y Liz es buena. Juega a las muñecas conmigo cuando mami está durmiendo.

—¿Quién es Liz?

—Vive aquí.

Dejé la muñeca en el suelo, molesta porque algún extraño hubiese estado jugando con Olivia.

—¿Liz ha estado contigo desde que vinimos aquí?

—Sí. Vino a recogerme a la escuela cuando nos fuimos de casa y me compró una Cajita Feliz —dijo agarrando mi muñeca.

Cajita Feliz, el camino secreto para llegar al corazón de los niños. Muy astuto por parte de la *señorita Liz.*

—Todos son buenos —siguió, haciendo bailar a las muñecas—, conmigo y con mami.

Escuchar eso me puso furiosa, y sabía que era una estupidez, que debería sentirme aliviada de que alguien fuese tan amable con Olivia. Me puse de pie, investigando la habitación, en busca de una ventana que pudiese abrir… o destruir.

—¿No te gusta estar aquí, Emmie?

—Es genial. —Fruncí el ceño observando su cabecita inclinada—. Pero no es nuestra casa, Olivia.

—La señorita Liz dice que esta es nuestra casa a partir de ahora.

¿En serio? Estaba empezando a odiar a esa mujer.

—Y Emmie… me gusta estar aquí —dijo en voz más baja, tentativamente.

—Lo sé. —Quité un pelo que se me había pegado a la muñeca y me hice un recogido desordenado. Tenía la nuca un poco húmeda. Y la frente también—. Pero estas personas son extraños, Olivia. No podemos confiar en ellas.

—Yo confío en la señorita Liz. —Se puso de pie, con las manos cerradas formando dos puños diminutos—. Son muy buenos conmigo. Dicen que tengo un don…

—No me importa lo que digan, ¡maldita sea! —exploté delante de Olivia—. Lo siento. Estoy cansada… y no sé qué hacer.

Retrocedió un paso, con los ojos bien abiertos. Suspiré.

—Olivia, sé que te gusta estar aquí. Tienen un montón de cosas para que juegues, pero no es nuestra casa. Nuestro hogar está en Allentown.

Las mejillas de Olivia se desinflaron, señal inequívoca de que estaba a punto de montar una pataleta otra vez. Recogió una de las muñecas, una de porcelana con las mejillas pintadas de rosa. Y sabía perfectamente lo que vendría a continuación.

—¡Esta es nuestra casa!

—No —dije tranquilamente, agachándome—. Esta casa es muy bonita, pero…

—¡No! —gritó lanzando la muñeca al otro lado de la habitación. Se le rompió la cara y se le salió una pierna—. ¡No! ¡No!

Hice una mueca y me froté la sien.

—Olivia, para ya. Me duele la cabeza.

—¡No! ¡No quiero irme! La Señorita Liz…



Y volví a estallar.

—¡La Señorita Liz no es tu madre, Olivia! ¡Tu mamá está durmiendo arriba! ¡Y si yo te digo que tenemos que irnos, nos vamos!

Como si fuese un mini volcán, Olivia explotó en una mezcla de chillidos y lágrimas. Para ser alguien tan pequeño, podía hacer mucho ruido. Verla así no me hacía sentir nada bien. Me sentía fatal, como una especie de criatura malvada salida del infierno con el único objetivo de destruir todos sus sueños. Se echó al suelo, empezando a darle patadas. Intenté detenerla, pero el hecho de no poder tocarla dificultaba todo el proceso. Así que me quedé allí de pie, desesperanzada, esperando a que se cansara.

—¿Va todo bien? Suena como si un tren fuese a derribar toda la casa.

Una mujer delgada, de cabello oscuro y muy arreglada estaba en la puerta. Parecía como si al entrar hubiese apagado un interruptor; porque la pataleta de Olivia había parado. Ahora de pie, miró rápidamente a la mujer:

—¡Señorita Liz! No quiero irme.

Liz sonrió afectuosamente.

—Cariño, no tienes que irte. Ya te lo dije. Esta es tu casa si tú quieres que lo sea.

—¡Cállate! Deja de decirle esas cosas. Esta no es su casa. ¡Tú no eres su madre! —intervine.

Parpadeó, retrocediendo ligeramente.

—No estoy intentando ocupar el lugar de tu madre, Ember.

—¡Mentira!

Una mezcla de rabia y algo más hervía bajo mi piel. Atravesé la habitación. Olivia se interpuso entre nosotras, evitando que pudiese alcanzar a Liz. Extendió los brazos, y con un rápido movimiento de sus dedos, tenía a Olivia entre sus brazos. Me quedé paralizada. Olivia se abrazó a Liz, rodeándole el cuello con los brazos. Una emoción feroz y muy potente me dejó sin respiración. Traición. Reconocí la estupidez que había bajo mis emociones. Olivia no sabía lo que estaba haciendo, pero estaba claro que yo era la que había salido perdiendo en esta pelea.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Cromwell, de pie detrás de Liz.

—Ember quiere irse —dijo Olivia—. ¿Yo también tengo que irme?

Cromwell entró en la habitación, apoyando su mano en la espalda de Olivia.

—No. No tienes que irte. Ember tan sólo está cansada y confusa. A lo mejor es hora de que se vaya a descansar. Estoy seguro de que se sentirá mejor por la mañana.

Olivia escondió la cara en el hueco del cuello de Liz. Murmuró algo, pero no pude entenderlo. Había un zumbido en mis oídos y volvía a sentir náuseas en el estómago. Agaché la cabeza y salí del cuarto. Caminé por los pasillos y trepé por las escaleras. Me sentía como si el corazón se me fuese a partir en un millón de pedacitos.

Una vez en mi habitación, cerré la puerta de un portazo. Una vez. Dos veces. Eso siempre me hacía sentir mejor cuando discutía con mis padres. Pero no me sentía mejor ahora.

Al final, cerré la puerta lentamente y tragué saliva. Había perdido el control de Olivia completamente y en cuestión de minutos; ahora ella estaba en manos de extraños. Extraños que me odiaban y que estaban dispuestos a sacarme de aquí y enviarme a quién sabe dónde en el momento en que cometiera un error.

capítulo 7

traducido por onnanohino gin & eyeoc

corregido por veridity

Difícilmente pude dormir, qué sorpresa.

El sol apenas se asomaba por las montañas cuando salté de la cama. Insegura de por qué, quería registrar la casa en calma, empezando por el cuarto en el que habían alojado a mi madre, avancé con las manos metidas en el bolsillo delantero de mi sudadera.

Se sentó en una mecedora, mirando hacia un gran ventanal y examinando el jardín. Débiles rizos colgaban alrededor de su cara pálida. La vitalidad en su cabello parecía haberse opacado desde ayer. A su lado había un vaso de agua sin tocar.

Ignorando el crudo dolor de mi pecho, atravesé el cuarto y me senté con las piernas cruzadas encima de ella, descansando la barbilla en mi mano.

—Hay algo mal aquí —me detuve y reí cansadamente—. A parte de lo obvio. Pero él tiene estos niños aquí y me odian. Y creo que todos pueden hacer cosas.

Silencio.

—Hay una señora que quiere hacer a Olivia su propia hija. Eso te debe molestar, mamá. Está pisando tu terreno.

Mamá parpadeó. Me preguntaba si esa era una forma de comunicación, como código Morse o algo así.

—Han estado espiándonos durante dos años. Es realmente escalofriante.

Me gustaba creer que mamá estaba de acuerdo.

—Olivia no se quiere ir. Prácticamente escogió bando anoche. Sé que no lo entiende y todo lo que ve son juguetes nuevos y gente que la puede tocar.

Dejó salir un pequeño suspiro. La miré. Frunciendo el ceño.

—No sé qué hacer. No hay ninguna manera en la que pueda sacar a Olivia de esta casa y aun si pudiera. ¿A dónde iríamos? Todo se ha perdido, mamá.

Todavía no había respuesta. Suspiré otra vez.

—Mamá, ¿sabes que no estoy muerta, verdad? Sí, morí, pero no estoy muerta. Estoy sentada aquí, en frente de ti y… no sé qué hacer. No sé si debo quedarme aquí o tratar de huir con Olivia. No sé ni siquiera dónde están las malditas llaves de mi auto o si mi auto siquiera está aquí.

Descansó con la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tarareaba la misma canción que Olivia.

—Y a Olivia de verdad le gusta estar aquí. Está recibiendo tanta atención… Nunca la había visto tan feliz. —Dejé de hablar, cerrando los ojos—. Lo siento por escoger marisco esa noche. Sabía que querías ir a casa. Estaba tan enojada porque tú y papá estaban discutiendo… Si hubiera mantenido la boca cerrada, nada de esto habría pasado.

Mamá dejó de tararear, pero no respondió. Levanté las rodillas y apoyé la cabeza en ellas. Rindiéndome en la conversación unilateral, me quedé quieta. Después de un rato, me encaminé escaleras abajo. Realmente no tenía ni idea de a dónde iba. El hambre carcomía mi estómago, pero tenía miedo de que alguien estuviera en la cocina otra vez. Entonces me encontré mirando hacia la puerta principal. La libertad parecía estar a sólo un giro del picaporte y se alejaba por momentos.

Cuando abrí la puerta, me esperaba la libertad, no a Hayden medio desnudo. Cabello húmedo rizado alrededor de su frente y mejillas sonrojadas. Estaba sin camiseta. Completamente desnudo desde la parte de arriba de sus holgados pantalones para correr. Un reproductor de música estaba atado a uno de sus bíceps y un bajo zumbido salía de sus orejeras.

Hayden se quitó las orejeras, sonriendo.

—Oye, te levantas muy temprano, ¿no?

Mi garganta se sentía seca.

—Sí.

—¿Ibas a salir?

En vez de responder, mis ojos bajaron. Evidentemente era un deportista. Piel extendida sobre músculos tensos, caderas esbeltas, y un pecho de aspecto muy duro, guau, era un pecho muy atractivo. Mis mejillas repentinamente se sintieron calientes.

—¿Ember?

Forcé mis ojos hacia arriba. Estaba sonriendo con esa sonrisita ladeada.

—¿Qué?

—¿Ibas a salir? —Deslizó el reproductor musical por su brazo y comenzó a enredar las orejeras alrededor del mismo—. ¿Tan temprano?

—Sí, pensé… —Inhalé. Gran error. Hojas de otoño y algo salvaje tentaron mis sentidos. Olía increíble. La repentina urgencia de tocarlo era muy fuerte.

—¿Pensaste qué?

¿Qué estaba pensando? No podía tocarlo. Y no quería hacerlo.

—Se supone que no debes hablar conmigo.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Por casualidad, los escuché discutiendo anoche. Se supone que no debes hablar conmigo o lo que sea.

Hayden cruzó los brazos sobre el pecho.

—No eres muy buena escuchando a escondidas. Nunca me dijeron que no hablara contigo.

—Te dijeron que te mantuvieras alejado de mí.



—Eso puede interpretarse de muchas maneras. De todos modos, no estarás planeando huir, ¿no?

—No. —Di un paso a un lado—. Sólo quería ir afuera. ¿No tengo permitido salir?

Siguió de cerca mis movimientos, bloqueando la puerta.

—Tienes permitido hacer lo que quieras.

—¿Excepto irme?

—Excepto eso, pero es por tu propio beneficio —dijo—. Te perderías ahí afuera. Lo viste ayer. Estamos rodeados de bosque y hay alrededor de quince millas desde aquí hasta la ciudad.

Volví a sentirme irritada. Incliné la barbilla mientras me encontraba con sus ojos.

—No soy tan estúpida como crees que soy.

—Para nada creo que seas estúpida. —Hayden dio un paso adelante. Estaba cerca, demasiado cerca. Las puntas de sus tenis rozaban los míos—. Nunca, ni una vez, he pensado que fueses estúpida. No habrías durado tanto como lo hiciste cuidando a una niña de cinco años si lo fueras.

—Cómo lo… —me detuve. Por supuesto, había estado observándonos, observándome.

Imposible, parecía haberse acercado más. Mi espalda golpeó el marco de la puerta.

—Cuando volviste a la escuela después del accidente, los chicos eran unos imbéciles por lo de los guantes. Siempre usabas mangas largas, aun durante el verano. Pero no estoy seguro de si tus amigos te abandonaron, o si tú los alejaste.

Casi me ahogué.

—Me abandonaron.

Hayden agachó la cabeza y varios mechones de cabello húmedo cayeron sobre su frente.

—En unas pocas semanas cambió todo. Eras una animadora. Querías ir a la universidad, ¿Penn State? Para convertirte en doctora, como tu padre. —Su voz bajó a un susurro—. Todo eso desapareció. Olivia se convirtió en todo para ti. En vez de ir a la cafetería antes de la escuela, como los otros chicos, ibas a dejarla con la niñera.

Mis manos se alejaron de mi cuerpo, cayendo sin fuerzas a los lados. Sus palabras eran extrañamente compasivas, casi amables y muy escalofriantes.

—Te vi una vez, en la puerta del banco de la ciudad. Estabas molesta. Era la primera vez que podía recordar verte llorar. Quería… —Se detuvo, sus labios formaban una dura y apretada línea.

Sabía de qué día estaba hablando. Había sido hacía uno o dos meses atrás. El dinero del seguro de vida de mi padre escaseaba. Sabía que había algo en los ahorros, pero el banco me había dicho que necesitaban la firma de mamá para transferir el dinero. Mamá no había sostenido una pluma desde el accidente.

—¿Por qué nos estaban mirando tanto? —pregunté, sintiéndome genuinamente curiosa—. ¿Por qué no hablaron conmigo antes del día de la biblioteca? Entonces esto no sería tan… confuso.

Su mirada oscura se estableció en mi cara.

—No podía, Ember. No… se suponía que siguiera observándote, pero…

—¿Pero qué?

Una puerta se abrió en algún lugar de la casa, seguida por el sonido de pisadas. Hayden extendió la mano y quitó un rizo de mis mejillas. Mi corazón se detuvo. Su mano se cernía ahí.

—No deambules muy lejos. —Después se alejó, dejándome parada en la puerta abierta.

Aturdida, caminé por los alrededores. El aire olía fuertemente a pino y arce. El sol estaba todavía cálido para una mañana de finales de septiembre. Pequeñas gotas de agua salpicaron mi frente mientras recorría el área de la casa.



Era ridículamente grande. La parte principal tenía tres pisos de altura. Había alas de pisos individuales desplegados desde la mitad, complementando cada lado como una hoja de trébol. Únicamente la larga, sinuosa calzada y un pequeño trozo de jardín permanecían despejados. Todo lo demás era nada más que sombras y gruesos e imponentes arboles.

Aislamiento.

¿Cromwell escogió la casa por su localización? Podría gritar y nadie me oiría. Me estremecí y me forcé a mi misma a seguir caminando. Una gran cochera estaba situada a la orilla del bosque, en diagonal a la casa. Dentro había dos Porsche, ambos negros y brillantes cupé[4]. Detrás de ellos sobresalía una bonita SUV y dos autos más, absurdamente caros.

Situado a un lado de los autos, mi pobre Jeep lucía como una triste y lamentable criatura. Por primera vez desde que desperté, una sonrisa estalló a través de mi cara. No me importaba si era feo. Era mío, mi salida.

Partí hacia él, pero el sonido de llantas crujiendo contra la gravilla atrajo mi atención. La curiosidad me impulsó de vuelta hacia el frente de la casa. ¿Era el vaquero? ¿El chico que quería lanzarme por los aires en la cocina? Mis pasos se desaceleraron considerando las opciones.

Lo que no había esperado ver era el Toyota de la Sra. Lewis subiendo por la calzada. El Camry rodó hasta una parcela de estacionamiento, la puerta del auto se abrió antes de que apagara el motor. Rompí a correr.

—¿Adam? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo…? ¿Qué estás haciendo?

Adam salió del auto, sus lentes torcidos, camisa arrugada. Me dio una sonrisa boba.

—Google Maps[5], Ember. No fue difícil encontrar Petersburgo. Aparentemente, es muy conocida por esas rocas. —Apuntó al monstruo en el cielo—. He estado conduciendo toda la noche. Tomé dos bebidas energéticas y un café, probablemente me castiguen de por vida, pero estoy aquí. Vivo.

Lo miré, después estallé en carcajadas.

---

4 **Cupé:** es un tipo de carrocería de automóvil de dos o tres volúmenes y dos puertas laterales.

5 **Google Maps:** Es un servidor de aplicaciones de mapas que Google ofrece gratuitamente.



—Adam, estás metido en tantos problemas. Cuando tu mamá se entere, te va a matar.

Se encogió de hombros.

—Mira, necesitaba asegurarme de que estabas bien. Traté de llamarte, pero apagaste tu maldito teléfono. Pensaba que habías sido secuestrada y retenida en una cabaña de un solo cuarto en las montañas de Virginia del Oeste. Aparentemente, estaba equivocado. —Sus ojos se entrecerraron mirando a la casa, detrás de mí—. Estás retenida en una cabaña de ochenta cuartos.

Dios, quería abrazarlo. También quería estrangularlo.

—Adam, ¿cómo encontraste esta casa?

—Me dijiste el nombre del tipo. Busqué en Google a Jonathan Cromwell y me enteré de que es el alcalde. Entonces pedí indicaciones en la gasolinera para buscar un camino rustico llamado Patterson —explicó, claramente orgulloso de sus habilidades de investigación—. De cualquier forma, esto es lo que hacen los amigos. Se cuidan los unos a los otros. Mamá tendrá que aguantarse. No me puede castigar para siempre.

—Oh, Adam—susurré, y después inhalé profundamente. La esencia de detergente y familiaridad me inundó. Sandbox love[6], nada era más fuerte.

—Em, algo está mal en todo esto. Puedes decirme que estás bien todo lo que quieras. Sé que no lo estás.

No estaba bien.

—Es complicado.

Alzó las cejas, haciendo que las gafas le resbalaran por la nariz.

—Inténtalo. Algunos dicen que soy listo. Puede que exista la posibilidad de que lo entienda.

—Adam, no sé cómo explicarte todo esto. Ni siquiera…

---

[6] **Sandbox love:** Se utiliza para referirse a un vínculo entre amigos que se remonta desde la infancia.

—Ember, retrocede ahora mismo.

La autoridad patente en la voz de Cromwell me obligó a alejarme de Adam. Él sin embargo no reaccionó ante la orden, o no le importaba. Porque sabía que no me gustaba que me tocaran, así que me paró agarrándome de una de las zonas cubiertas de mi brazo.

—¿Quién es? —Sus ojos enfocaron algo por detrás de mí.

—Eh, ese es el Sr. Cromwell. Adam, probablemente deberías…

Adam frunció el ceño.

—¿No es muy joven para ser alcalde?

—¿Eh? —Me giré y me quedé de piedra. Me había equivocado en lo de la voz. Cromwell estaba de pie en el porche, pero era Hayden el que estaba detrás de mí y a quién estaba mirando Adam—. No… ese no es el alcalde.

—¿Ember, qué está pasando? —dijo Cromwell mientras se apresuraba a bajar los escalones.

Adam me soltó el brazo y se colocó delante de mí.

—Mi nombre es Adam Lewis. Soy amigo de Ember.

Debería haber estado prestando atención. En lugar de eso, miraba a Hayden. El chico extrañamente comprensivo que me había encontrado en el portal se había ido. En su lugar había alguien tan frio y duro como una de las estatuas de dentro.

—Adam —susurré—. Creo que deberías irte.

Él resopló:

—No pienso irme. ¿Es que no debería invitarme a pasar? Es el alcalde. ¿No debería ser amistoso e invitarme?

—Adam, ese no es... —me detuve. El vaquero estaba aquí. Kurt. Al igual que la mala hierba, salía de la nada.

Cromwell sonrió:

—¿Cómo llegaste hasta aquí, Adam?

—Internet —respondió secamente—. Así que, ¿eres amigo de la familia de Ember? Tiene gracia, porque la conozco desde siempre y nunca te ha mencionado.

—Adam, por favor…

Kurt se recostó sobre el capó del auto del Sr. Lewis.

—Obviamente ha sido ella la que le ha contado dónde estamos, Jonathan.

—Apártate del auto de mi madre. Si llega a ver un solo rasguño en el capó, estoy muerto.

Kurt sonrió:

—¿Tu madre sabe dónde estás jovencito? —preguntó Cromwell.

—¿A quién le importa? —dijo Adam frunciéndole el ceño a Kurt.

—Sabe demasiado, Jonathan —dijo Kurt, apartándose del auto.

—¿Qué? —Mi corazón latía desbocado—. No sabe nada.

—Sé lo suficiente —interrumpió Adam—. Lo suficiente como para saber que son una panda de raros que viven en el medio de la nada.

—¡Adam, cállate! —grité.

Me echó un vistazo rápido mientras rebuscaba algo en su bolsillo. Sacó el móvil.

—Em, ¿de verdad Olivia está allí dentro? Voy a llamar a la policía.

Varias cosas sucedieron a la vez.

—Límpialo —ordenó Cromwell agachando tristemente la cabeza.

Un segundo después, Kurt agarraba a Adam por la parte delantera de la camisa. Adam ni siquiera tuvo tiempo de abrir el teléfono.

—¡No! —Corrí hacia ellos y me detuvieron. Unos brazos de acero me agarraron de la cintura, arrastrándome hacia atrás.

—No —susurró Hayden en mi oído. Me alejaba cada vez más de Adam—. Tienes que irte, Ember. Ahora.

—No. Tiene que ver esto. Necesita entender que no toleraré ninguna amenaza. —Los ojos de Cromwell se encontraron con los míos—. No obtengo ningún placer de esto, Ember. Te pedí que no me decepcionaras. No me dejas otra opción.

—¿Papá? —Había sorpresa en la voz de Hayden—. No puedes…

El rostro de Cromwell se endureció:

—No es asunto tuyo.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer? —me retorcí, pero el abrazo de Hayden era irrompible. No podía usar las manos. Tocarlo estaba totalmente descartado.

Adam estaba petrificado, con los ojos bien abiertos por el miedo.

—¿Em? ¿Qué va a…

Kurt le tocó la frente. Tan sólo necesitó un dedo, eso fue todo. Adam cerró los ojos. Se quedó allí de pie, inmóvil, como una escultura.

—¿Qué estás haciendo? —grité—. ¡Deja de tocarlo! ¡Detente! ¡No sabe nada! No le he contado nada.

Suspirando ligeramente, Kurt retrocedió. Una minúscula sonrisa de satisfacción cruzaba sus labios. Me pareció oír a Hayden disculpándose, pero no estaba segura. Un zumbido me taponaba los oídos mientras tenía la sensación de que la sangre se me congelaba.

Hayden me soltó. Me precipité hacia adelante.

—¿Adam? ¿Estás bien? Adam, mírame. Abre los ojos.

Adam parpadeó lentamente, como si acabara de despertarse. Primero miró a Kurt, luego a Cromwell.

—¿Dónde estoy?

—En ninguna parte —contestó Cromwell con tranquilidad—. Tienes que irte a casa, Adam Lewis. Vete ahora, antes de que tu madre se preocupe.

—No quiero que mamá se preocupe —dijo llevándose una mano a la frente.

La sensación de terror desapareció y el nudo que tenía en la garganta se deshizo. Adam estaba bien. Tan sólo parecía cansado y confuso, pero bien.

—¿Adam?

—¿Qui… quién eres tú? —dijo Adam parpadeando otra vez.

Se me escapó una carcajada extraña.

—Ya sabes quién soy, idiota.

Jugueteó con sus gafas, subiéndoselas por el puente de la nariz.

—No tengo ni idea de quién eres, pero tengo que irme a casa. Mamá me va a matar. —Caminó hasta su coche, dejándome atrás y sacudiendo la cabeza—. Dios, estoy metido en un gran lio.

Me quedé mirándolo. Se metió en el auto, murmurando cosas todo el tiempo. Dio un portazo y arrancó. El motor rugiendo me sacó de mi ensimismamiento. Corrí hacia el auto.

—¡Adam, mírame por favor! Sabes quién soy.

Bajó la ventanilla, frunciendo el ceño:

—Lo siento, pero no te conozco. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Por favor, no hagas esto, Adam. Hemos sido amigos desde que me comí tu almuerzo a los cinco años. Te caíste de la bici cuando tenías diez y te rompiste una pierna. ¿Recuerdas?

Siguió mirándome sin reaccionar. El pánico hizo que empezara a gritar.

—Te sientas al lado de Sheila Cummings en biología. Lo odias, porque ella piensa que osmosis es sinónimo de mal aliento. La semana pasada te preguntó si era judía. Vamos, no me hagas esto. ¡Por favor!

—Ember —me llamó Hayden, con la voz rota—. Detente. Para ya. Por favor.

Lo ignoré.

—Adam, vamos. Eres mi amigo, mi mejor amigo. Has sido mi único amigo desde el accidente. Nosotros… nosotros…



Nos queríamos desde niños, ¿es que no se acordaba de eso? Adam empezó a subir la ventanilla, alzando las cejas.

—Lo siento. No te conozco.

El dolor me atravesó con tanta fuerza que me dejó sin respiración.

—No. No. —Golpeé la ventanilla con las palmas. Se movió, pero no la bajó—. Adam, por favor. Di mi nombre. Sabes quién soy. ¡Tienes que saberlo!

Sacudió la cabeza, mirándome con una sonrisa burlona, cosa que el Adam que conocía nunca había hecho.

—No te conozco. Dios. Así que deja de comportarte como una anormal.

Mi mano seguía contra la ventanilla. Parpadeé, deseando despertarme. Porque esto… esto tenía que ser una pesadilla. Seguramente, esto no era real, el dolor de mi pecho o el entumecimiento de mi cuerpo. Adam retrocedió el auto, sacudiendo la cabeza. Alguien hizo que me alejara, antes de que me atropellara los pies.

Se fue, de verdad, se había ido. Quería correr detrás de él, pero habría sido en vano. Su rostro mostraba la misma apatía que la de mamá cuando me miraba. Estaba muerta para él, igual que estaba muerta para mamá.

Me podría haber quedado allí durante horas. No me importaba. Era como si me hubiesen arrancado el corazón para destrozarlo delante de mí; después de todo lo que había aprendido a superar, no sabía cómo podía lidiar con esto.

Cromwell suspiró con cansancio:

—Siento tu dolor, pero no me dejaste ninguna otra opción.

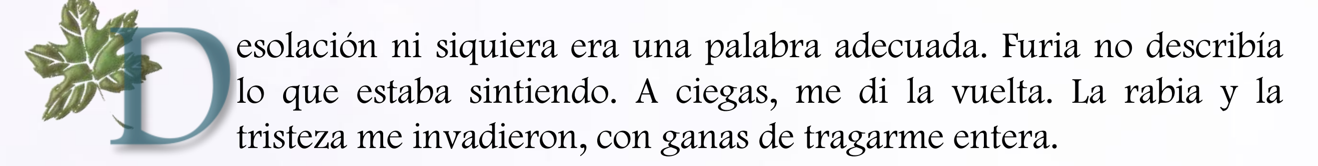
Notaba las mejillas húmedas. Tenía los ojos mojados. Cuando miré hacia la casa, vi que Cromwell había vuelto a entrar. Mamá pensaba que estaba muerta. Mi hermana prefería un montón de juguetes y una madre falsa antes que a mí. Nuestra casa ya no existía. Y ahora, me habían arrebatado lo único que aún me importaba.

Adam se había ido.

capítulo 8

traducido por val_277

corregido por enenitz



Desolación ni siquiera era una palabra adecuada. Furia no describía lo que estaba sintiendo. A ciegas, me di la vuelta. La rabia y la tristeza me invadieron, con ganas de tragarme entera.

—Sabía que esto era un error —dijo Kurt—. Le dije a Jonathan que no deberíamos haberla traído aquí. La pequeña, por supuesto; pero sabía que esta iba a ser un problema. Basta con mirarla, está a punto de estallar.

—Kurt, ¿puedes callarte? —Hayden se dirigió hacia mí.

—No puedes decirme que no estás preocupado por su presencia aquí. Está muy inestable en este momento. Es capaz de cualquier cosa. ¿En serio estás a gusto con ella paseando por tu casa?

—No es peligrosa —dijo Hayden en voz baja.

—Cierto. Me olvidaba. Estás cegado por tu obsesión con ella. —Kurt dio un paso adelante—. Todo el mundo lo sabe. Todas esas veces que volvías allí… No había ninguna razón.

—¿Has terminado? —dijo Hayden con calma.

—No —dijo—. Debería haber sido borrada…

Actué por el más bajo de los instintos, el más cruel de los deseos. Me zambullí en él, con el objetivo de exponer cualquier parte de mi cuerpo. Todo lo que podía ver era a Kurt tocando a Adam, eliminando todo rastro de mí. Así que ese era su don. Por alguna razón, me sentía como si debería haberme dado cuenta antes. Pero todo en lo que podía pensar era de qué manera iba a matar a Kurt.

La mano de Kurt me pilló de lado antes de que lo pudiera tocar. Oí una explosiva cadena de maldiciones y luego me empujó con fuerza. Incapaz de sorprenderme por lo que había hecho, caí hacia atrás sobre la gravilla, con la cadera en un ángulo incómodo. El dolor me quemaba, era inesperado e intenso.

Al estar en el suelo, no vi cómo Hayden llegó hasta Kurt tan rápido. Todo lo que sabía era que lo hizo y podía *sentir* su furia en forma de una explosión de energía al rojo vivo. Había un olor en el aire, como de goma quemada. Oí un chasquido sobre mi cabeza. Una enorme rama de árbol se balanceó y luego se soltó, aterrizando entre los dos. Ignorando el dolor en mi cadera, me deslicé hacia atrás.

—No vuelvas a tocarla —gruñó Hayden.

Kurt lo miró, con los ojos muy abiertos.



—¿Está amenazándome para defenderla? ¡Soy como tu hermano, Hayden!

—Puede que ya no.

Kurt parpadeó, una expresión de asombro se deslizó por su rostro.

—Me iba a tocar. Me defendí.

—No me importa. Mantente alejado de ella.

Durante un momento de tensión, se miraron a los ojos, el color de los de Hayden era más oscuro que el de la noche. El aire se espesó y se rompió. Levanté la vista hacia los árboles, asustada de que el bosque volase hacia nosotros. Ninguno de los dos se movió durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, Kurt giró sobre sus talones y se dirigió hacia la casa.

—¿Estás bien?

Me quedé en la rama. Era lo suficientemente gruesa como para romper un cráneo si hubiese golpeado a alguien.

—Sí —susurré.

Hayden inesperadamente extendió la mano, agarrando la mía. Aturdida por el contacto, no me alejé. Se agarró por un segundo, pero fue como una vida para mí. Sin pensarlo, mis dedos se cerraron alrededor de los suyos,



disfrutando de la suavidad de su mano, la forma en que sus dedos parecían doblarse alrededor de la mía, casi con impaciencia.

Pero luego me soltó la mano, como si le quemara. Por lo que me había explicado antes, unos segundos no podían haberle hecho nada. El silencio se extendió entre nosotros. Intenté centrarme en otra cosa que no fuese Adam, pero Hayden tenía que estar allí.

—¿Por qué me mentiste ayer? —preguntó—. Me dijiste que no le habías dicho dónde estabas. Si no me hubieses mentido, podría haber detenido esto antes de que ocurriera.

—No sabía que iba a venir. Adam no sabía nada. Nunca lo supo. —Me detuve, aspirando el aire, vacilante—. ¿Por qué estoy contándote esto? No importa ahora. Mentí. Habéis ganado, ¿de acuerdo? No me iré a ninguna parte, porque no tengo a dónde ir. A Olivia le encanta estar aquí, ¿no es eso lo que todos queremos? ¿Asegurarnos de que le gusta?

—Ember, no…

—Y ahora no tengo nada. —Mi voz se quebró—. Así que has ganado. ¿No estás feliz?

Alargó la mano hacia mí. Esta vez su mano tomó mi brazo.

—Esto no me hace feliz.

Bajé la vista hacia su mano. Sus dedos, largos y elegantes, rodearon mi brazo cubriéndolo completamente. Levanté la vista, nuestros ojos se encontraron durante uno, dos, tres segundos. Algo intenso fluía a través de su cara y dio un paso hacia adelante, tan cerca de mí que tuve que estirar el cuello hacia atrás.

—Tu dolor nunca podría hacerme feliz —dijo Hayden.

—No lo entiendes. Él era todo lo que tenía. Adam lo era todo. Y se lo llevaron.

Se estremeció y dejó caer el brazo.

—Eso no es cierto. Estoy aquí para ti.

Sacudiendo la cabeza, retrocedí.

—No te conozco, por lo que no significas nada para mí.

***

—¿Emmie? ¿Estás durmiendo?

Abrí los ojos, mirando el techo abovedado.

—No.

Olivia estaba tranquila. Segundos más tarde, sentí que se apoyaba sobre el borde de la cama. Se arrastró y se sentó al otro lado de modo que su cara estaba justo encima de la mía. Cerré y abrí los ojos, pero su rostro aún estaba plantado delante del mío.

—¿Por qué no comiste la cena?

—No tenía hambre.

Alargó la mano y tomó un mechón de mi pelo. Me preparé, pero se las arregló para no dejarme calva en este momento.

—La Sra. Liz dijo que tenías un mal día.

Ese era el eufemismo del milenio.

Tarareando suavemente, separó los rizos entre sus manos. Me quedé imposiblemente quieta, así sus pequeños dedos no rozaban mi cuero cabelludo.

—¿Estás enojada conmigo?

—No estoy enojada contigo.

—¿Estás triste? —Tiró de un grueso rizo a través de sus dedos.

No tenía ni idea de cómo saltó de estar enojada con ella a que estuviese triste. Me dolía la cabeza incluso al tratar de averiguarlo.

—Sólo estoy cansada.

Enderezó varios rizos, tiró el pelo en frente de mi cara. Sus dedos olían como Play-Doh. Me encantaba ese olor. La súbita oleada de lágrimas fue



inesperada. Cerré los ojos con fuerza. Soltó mi pelo, riendo cuando el rizo saltó hacia atrás.

—¿Emmie?

—¿Sí? —Incluso con los ojos cerrados, sentía su cara sobre la mía.

—Te quiero mucho.

Algo estaba mal con mis párpados. No estaban bloqueando las lágrimas. Deslicé las manos entre nosotras y me las llevé a la cara. Me mordí el labio para evitar que el horrible sonido se escapase.

Olivia tiró de mis mangas.

—¿Emmie?

—Yo también te quiero —dije con voz ronca.

Finalmente, se dio por vencida en el tira y afloja. La cama se hundió cuando Olivia se movió hacia abajo y envolvió sus brazos alrededor de mi cintura. No me atreví a moverme hasta que oí su suave ronquido. Bajé mis manos cuidadosamente a la altura del pecho.

Vagamente, me pregunté cuándo me convertí en tal cobarde. Había llorado después del accidente, la muerte de mi padre y mi propia muerte, pero pensaba que había usado hasta el valor de las lágrimas de toda la vida. Pero la pérdida de Adam era tan dolorosa que dejaba abiertas viejas heridas y creaba otras nuevas. Finalmente, mis fuerzas cedieron al agotamiento.

Mis párpados se cerraron y cuando los abrí de nuevo, Olivia se había ido.

Llorar siempre dejaba mi cabeza sintiéndose como si un baterista hubiese establecido su residencia en el interior de mi cráneo. Aparté las sábanas y balanceé los pies en la cama.

La luz suave de la lámpara de la mesilla de noche brillaba en la oscuridad. Encontré el camino al baño y se llevó todo lo que quedaba de mi festival de lágrimas. Entonces me quité la sudadera y la lancé de nuevo al dormitorio. Me negué a mirarme en el espejo después de eso. Con mi actual drama inducido por lo de Adam, probablemente me tiraría en el suelo después de echar un vistazo a mis cicatrices.

Incapaz de volver a dormir, me senté en el escritorio y encendí el ordenador. La esperanza despertó cuando revisé mi correo electrónico. Había mensajes antiguos de Adam, lo que demostraba que me había conocido en otro tiempo, y los que mi padre me había enviado antes del accidente, pero nada nuevo.

Ni siquiera sé lo que estaba pensando.

Por aburrimiento y una especie de desesperada necesidad de pensar en otra cosa, busqué en Google: «Dones». Los resultados no eran lo que estaba buscando. Luego busqué «poderes especiales». Wikipedia me dio risa, pero como no pensaba que estaba tratando con los *X-Men*, apreté el botón de retroceso.

Por último, me encontré con un sitio web dedicado a las superpotencias reales. Respirando profundamente, hice clic en el enlace y empecé a leer. Cosas como la clarividencia, la precognición, la capacidad de mirar hacia el pasado, el aprendizaje rápido, súper velocidad, la telequinesis, la telepatía, piroquinesis, la eliminación de memoria, manipulación del sueño y así sucesivamente. No había nada de traer a los muertos o un síndrome de «Toque Tóxico». Todos estos años nunca había considerado la idea de que Olivia tuviera «súper poderes», pero no había duda de que estaba dotada de ellos y también las otras personas en la casa.

¿Yo? Estaba maldita.

Bostecé y examiné el resto de la página. La curiosidad pudo más que yo y teclee «Habilidad». Después de varias páginas de tonterías, me di por vencida. No sé por qué había pensado que algún loco-instituto-de-investigación-roba-chicos tendría un sitio web.

Cansada, apagué el ordenador y recogí mi cuaderno. Hice varios intentos de dibujo, pero terminaron en fracaso. Todo lo encontraba mal, desigual. Arranqué las páginas una a una y las arrojé al suelo. Todo el tiempo mi cerebro seguía escupiendo preguntas que no tenían respuesta. Lancé el cuaderno al escritorio, me paré y miré la habitación. Las cortinas que cubrían las puertas del balcón se agitaban con la brisa nocturna.

Extendí la mano y recogí las cortinas. Fuera, las nubes gruesas rodaban por el cielo estrellado. Sólo una fina franja de luz de luna caía sobre el balcón, creando sombras en los árboles cercanos. Pero algo parecía extraño en la

oscuridad, cerca de la puerta del balcón. Fruncí el ceño, me acerqué y miré a través del cristal.

Una de las sombras parecía demasiado tupida, demasiado sólida y demasiado alta. Mis dedos se deslizaron por la cortina. Entonces, la sombra se movió.

Tiré de la puerta, tropezando con la silla en la que había estado sentada. Me sorprendí al chocar con el borde de la cama, tenía los ojos clavados en la puerta.

En el momento en que encontré el valor de mirar de nuevo, no había nada del otro lado ni en el balcón. Comprobé dos veces que la puerta estuviese cerrada con llave, una precaución inútil teniendo en cuenta con quienes vivía, pero me hizo sentir mejor. Me metí en la cama y me acosté en mi lado, tapándome con las sábanas hasta la barbilla. Mis ojos se quedaron fijos en las puertas del balcón.

Pasó mucho tiempo hasta que mi corazón se calmó lo suficiente como para que pudiera volver a dormir.




capítulo 9

traducido por josez57

corregido por eneritz

Me sentía como un fantasma.

Gabe, el chico rubio que me había echado de la cocina telequinéticamente, salía de la habitación cada vez que entraba. Los gemelos, Phoebe y Parker, sencillamente se negaban a reconocer mi existencia. Nunca en mi vida me había sentido tan rechazada y ya era decir bastante. En el momento en que Cromwell básicamente me ordenó ir con él a la cocina, me alegré mucho. Por lo menos alguien quería hablar conmigo.

Una vez allí, me encontré sentada en el mismo lugar que tenía hace dos días, pero esta vez Hayden estaba con nosotros. No hablaba mucho ya que estaba ocupado metiéndose un sándwich de un pie de largo en la boca.

—Quería hablarte de tu situación en la escuela. Ya estás registrada y lista para asistir mañana —dijo Cromwell.

Miré a Hayden. Comía increíblemente rápido y era más descuidado que Olivia. Trozos de tomate y pavo caían al plato, junto con pegotes de mayonesa y mostaza.

—En ningún momento se te permitirá hablar sobre cualquiera de nuestros dones con los de afuera.

—Sí, creo que ya sé lo que pasará si lo hago —espeté.

Cromwell suspiró.

—Ember, siento lo que pasó con tu amigo. Sin embargo, no me dejaste otra opción.

—Adam no sabía nada —dije por enésima vez.

Cromwell cruzó los brazos sobre la mesa.

—No voy a seguir discutiendo esto contigo, Ember. Pero entiende… si pienso que has dicho algo extraño acerca de nosotros, voy a hacer lo mismo. Una vez más.

—O podrías echarme de aquí.

Respiró hondo, visiblemente luchando por no perder la paciencia.

—Sí, eso siempre es una opción. ¿Lo entiendes, Ember?

Hayden dejó de comer el tiempo suficiente para escuchar mi respuesta.

—Sí. Entiendo.

—Bueno —dijo Cromwell—. Tengo algunas preguntas para ti. —Me quedé mirándolo hasta que su sonrisa se tensó.

—¿Puedo preguntar cuántas veces Olivia ha utilizado su don? Además de la vez que lo utilizó contigo.

Pensé en mentir.

—Sólo un par de veces desde ese día: un gato, una paloma y Chillón. He intentado hacerle comprender que no es buena idea, pero no puedo prometerte que no lo hará si ve algún animal muerto. —Miré a Hayden. El sándwich se había esfumado. Ahora me miraba fijamente—. Olivia tiene debilidad por los animales.

—¿Chillón? ¿El hámster que está arriba? —preguntó Cromwell.

Obtuve un turbulento placer al ver que los ojos de Cromwell se abrían con sorpresa.

—Síp. Chillón murió. Lo enterré. Olivia lo desenterró. Me desperté al día siguiente, con él sentado en mi pecho.

Cromwell parpadeó.

—Oh. Bien. Bueno, la mayoría de los niños de su edad no suelen asistir a la escuela pública hasta que tienen bastante control sobre sus dones. En los últimos días, no he visto ninguna razón para creer que Olivia sería un riesgo en la escuela pública.

—¿Qué pasa con los niños que sí representan un riesgo? —interrumpí—. ¿Van a la otra instalación?

—Alguien ha estado escuchando nuestras conversaciones. —Cromwell miró a su hijo—. Sí. Los niños que podrían beneficiarse de una escuela más especializada asistirían allí. Hayden fue durante varios años. Se le enseñó a controlar su don.

Eché otro vistazo rápido hacia él.

—Por lo que escuché, no suena como algo divertido.

Los labios de Hayden se tornaron en media sonrisa, pero no dijo nada. Cromwell no me hizo caso.

—Como he dicho, Olivia estará muy bien entre los de afuera. Ella es una niña brillante. Tiene un pasado de…

—Un alma vieja —terminé por él.

La sonrisa de Cromwell era de verdad esta vez.

—Y eso me lleva a ti, Ember. Hay algunas salvedades.

—Naturalmente —murmuré.

Hizo caso omiso de eso.

—Tu incapacidad para controlar tu poder es una de mis preocupaciones.

—Sabes que ya he vivido dos años con esto. —Empecé a impacientarme—. No es como si fuese a ir por ahí tocando a la gente. Lo que pasó con... Dustin no volverá a suceder.

—Eso puede ser cierto, pero ha habido severos casos en los que has perdido la calma desde que llegaste aquí —dijo Cromwell—. Esa es una de mis preocupaciones.

Solté un bufido. Me di cuenta por la forma en que Hayden se quedaba mirando mis dedos lo desesperante que era para él.

—Eso debería significar algo para ti —contesté.

—Me dice bastante. Cuando estás asustada o confundida, tu reacción es violenta. Inestable, incluso. Meterte en una nueva escuela, con gente desconocida, podría provocar la misma reacción en ti.

Mis dedos se congelaron sobre la madera. La sonrisa de Cromwell se volvió petulante. Sólo por un segundo, pero la vi.

—Sé que nunca le harías daño a un inocente, pero me temo que simplemente no eres capaz de controlarte a ti misma.

Empecé a tamborilear los dedos sobre la mesa. No tenía ningún problema con los pensamientos de Cromwell. Lo que sea, era su opinión. Hayden puso su mano sobre mi brazo. Le lancé una mirada asesina, pero cuando soltó mi brazo, no empecé de nuevo a jugar con los dedos.

—Es por eso que necesitas hacer todo lo que esté en tu poder para controlarte a ti misma, Ember. Quiero que estés con tu hermana, pero si pasa algo, no tendré más remedio que tomar medidas.

—Pero ella no va a hacer nada. ¿No? —preguntó Hayden, que me hablaba por primera vez desde, bueno, ayer. Nos habíamos cruzado un par de veces hoy, pero también me había ignorado.

—Um, voy a probar con un no.

—Me alivia oír eso. Ya tienes un punto en tu contra y no estoy jugando al béisbol —dijo Cromwell—. No llegarás a tres puntos conmigo.

Me costó todo mi autocontrol no poner los ojos en blanco o reírme en su cara. Dudaba que lo apreciara.

Cromwell se levantó y empujó su silla hacia atrás.

—Me alegro de haber tenido esta conversación.

Dirigí a Hayden una mirada cautelosa cuando Cromwell le dio una palmada en el hombro, antes de salir de la habitación. Solos, Hayden y yo, nos miramos el uno al otro. Creciendo un incómodo silencio, comencé a ponerme de pie.

Hayden se inclinó sobre la mesa.



Me tiré hacia atrás, pero me dirigió una sonrisa perezosa y envolvió sus manos alrededor de una gruesa vela marrón. Inmediatamente, la vela se derrumbó sobre sí misma. El aroma de arce y canela impregnaba el aire.

—Bueno, no eres sólo especial —dije secamente.

—No soy tan especial como tú. —Se echó hacia atrás—. ¿Por qué eres tan obstinada?

—¿Estabas en el balcón anoche? —pregunté.

Hayden pasó el brazo sobre el respaldo de su silla.

—No. —Sus ojos se posaron en el dedo que jugueteaba con el botón de mi suéter—. Pero estuve en tu habitación la noche anterior.

Me tomó un minuto responder.

—Mira, no quiero que me sigas por ahí. O lo que fuera que estuvieses haciendo en mi habitación...

Arqueó una ceja.

—No estaba haciendo nada en tu habitación, Ember. Liz estaba buscando a Olivia. Revisé tu habitación y la encontré.

—Oh. —Mis mejillas se sonrojaron.

—¿Por qué me preguntas si estaba en el balcón?

Me encogí de hombros.

—Me pareció ver a alguien.

—Bueno, ¿en serio?

—Supongo que estaba imaginando cosas.

Hizo una especie de sonido afirmativo y me miró. Sus ojos oscuros se estrecharon en la pared, las líneas de su rostro se tensaron.

Me aclaré la garganta.

—Así que, sí, gracias por... um, encontrar a Olivia.

Sus ojos oscuros se giraron hacia mí. Mechones de pelo caían sobre su frente.

—Creo que puedes controlar tu don.

—No es un don —solté—. No es nada como lo tuyo o como lo de Olivia. Sólo estoy arruinada. Eso pasa cuando te mueres, supongo.

—No puede ser eso, Ember. Yo no creo eso.

—Bueno, no sé qué decirte, entonces.

Hayden se quedó mirándome en silencio y creció un silencio incómodo otra vez. La forma en que lo hizo me hacía sentir como si pudiera ver a través de mí.

—Te puedo ayudar —dijo finalmente—. No hay ninguna acción en el mundo que no se produzca sin un pensamiento, un deseo o una necesidad detrás de él. Si podemos entender…

—No. —Negué—. Te dijo que no lo hicieras.

Me envió una sonrisa socarrona.

—No siempre hago lo que me dicen.

—Yo tampoco, pero soy la que se lo juega todo. No tú. Oí a Cromwell. Me enviaría lejos.

—No nos atraparán y no te enviaría lejos. Sólo lo dijo para que los demás se sientan mejor. —Se detuvo cuando vio mi mirada dudosa—. Mira, no lastimaríamos a nadie. ¿No quieres ser capaz de tocar a alguien? ¿Tomar la mano de tu hermana?

—No va a funcionar, Hayden. No soy como tú.

Giró sus piernas a modo de enfrentarme cara a cara.

—¿Así que prefieres no hacer nada? ¿Abandonar?

—¿Por qué te importa?

—¿Quieres irte? —dijo en lugar de responder a mi pregunta—. Debido a que hay algunos aquí que están esperando que metas la pata.

—Vaya, gracias.

—Pero si pudieras controlar tu toque, entonces nadie tendría nada de qué preocuparse. —Se acercó más, sus rodillas presionándose contra las mías. Mi estómago oscilaba—. Pensaba que nunca podría controlar mi don, pero lo hice. No lo sabrás hasta que lo intentes.

—No quiero intentarlo y fallar. —Las palabras salieron. Quería parar, pero no pude—. Y no podría hacer frente a la esperanza y luego al fracaso, ¿sabes? Porque eso es lo que va a pasar.

Una serie de emociones parpadeaban sobre su rostro, sus ojos rápidamente volviéndose de color marrón a negro. Se inclinó hacia adelante. Me deslicé hacia atrás.

—No lo hagas. —Se detuvo, con un brazo extendido. El calor de su piel me tocaba.

—No quiero tu compasión.

—No me compadezco de ti, Ember. En todo caso, te admiro. No hay mucha gente de nuestra edad que pueda hacer frente a lo que has tenido que pasar. Sabes, mi padre siempre ha pensado que Olivia era la única increíble, la que tiene un don extraordinario. Pero yo siempre he pensado que eras tú. —Se puso rígido y miró hacia otro lado—. Así que no, no me compadezco de ti.

La sangre se me subió a las mejillas. Los cumplidos hoy en día eran tan escasos que no tenía ni idea de cómo actuar. Una parte de mí se calentaba y no de vergüenza. Oírle decir eso no me hacía sentir como una anormal.

Me moví torpemente y, finalmente, dije algo realmente estúpido.

—Soy especial porque puedo matar a la gente. Así que yo diría que estás obligado a decir eso. O de lo contrario…

Hayden me dio esa sonrisa torcida. Un hoyuelo en la mejilla derecha. Me preguntaba si la mejilla izquierda tenía uno también.

—No es lo que puedes hacer, Ember. Es lo que eres.

—Pero realmente no me conoces. Sí, me viste un par de veces. Lo que sea. Pero no sabes quién soy. O lo que soy. La muerte tomó algo de mí, creo. Y...



—¿Y qué?

—Nada. —Sacudí la cabeza, me aparté de la mesa—. No sé lo que estaba diciendo. Olvídalo.

Parecía que no iba a dejarlo ir.

—Está bien, pero vamos a intentarlo.

Abracé mis codos.

—Pero…

—No hay razón para no hacerlo. No vamos a ser atrapados. No me harás daño. Puedo controlarlo. Soy como tu kriptonita.

—No tengo elección, ¿verdad?

—No.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué quieres ayudarme?

Los ojos de Hayden bloquearon los míos y él tenía un magnetismo extraño para atraerlos.

—Lo hago porque quiero.



capítulo 10

traducido por jane kent

corregido por jut

Tenía un aspecto desagradable, se habían formado círculos oscuros bajo mis ojos; ser prisionera a la fuerza ahuyentaba cualquier oportunidad de dormir y hacía que mis pensamientos se enredaran. Mis ojos aún se sentían hinchados y estaba segura de que tenía un grano del tamaño de Canadá en la frente.

Y tenía que ir a la escuela, a una nueva escuela.

Enumerando las formas en que mi vida actual daba asco, se me hizo tarde. Para el momento en que bajé, la Señorita Liz ya había llevado a Olivia a su nueva escuela.

Llevar a Olivia a la escuela era *mi* trabajo, mi responsabilidad. ¿Cómo se atrevía ella a pensar que podía llevarla? Para rematar lo que era un grandioso día, Cromwell me informó de que no me devolvería las llaves de mi auto hasta que me volviese a ganar su confianza. *¿Su confianza?* ¿Cuándo era él la persona que agarraba niños de la calle y los coleccionaba como estatuillas?

¿Qué pasaba con mi confianza hacia él?

Si me daba las llaves de uno de los Porsches del garaje, confiaría en él. Hasta entonces, era más probable que empezara a llamarlo "Papá" que confiar en él.

Así que ahí estaba yo, en el portal, con mi nueva mochila y vistiendo mis nuevos jeans, guantes y un viejo abrigo con botones bajos, esperando a mi niñera.

Hayden. Por supuesto.



—¿Estás lista?

Salté al oír el sonido de su voz. Volteándome, vi que estaba parado detrás de mí. No lo había escuchado saliendo de la casa; era así de silencioso.

Se rió entre dientes mientras se acercaba a mí.

—Vamos. A pesar de que no nos darán ninguna nota de retraso, supongo que no deberías llegar tarde en tu primer día.

Gimiendo, seguí a Hayden hacia el garaje. Abrió la puerta de su camioneta Infinity y me hizo señas para que entrara. Murmuré algo medianamente coherente y subí al auto. Por el rabillo de mi ojo, vi a Gabe y Phoebe meterse dentro de uno de los Porsches. Gabe gritó algo de lo cual obtuvo una risa de Hayden. Los ojos de Phoebe se demoraron en Hayden mientras él entraba en su auto.

—¿Dónde está Parker? —pregunté curiosa.

—Estudia en casa. —Arrancó y salió del garaje.

La manera en que lo dijo no dejaba lugar para preguntas, pero la hice.

—¿Por qué?

—Es muy difícil para él. —Continuó antes de que pudiera presionar para sacar más información—. Te ves cansada.

Mi pálido reflejo me devolvió la mirada desde el espejo lateral. El pálido azul de mis ojos se veía más suavizado de lo normal. Me hundí en el asiento y miré adelante.

—¿Has estado durmiendo bien?

Asentí. El viaje a la ciudad fue un gigantesco fracaso. Hayden trató de iniciar una conversación trivial, pero lo ignoré y me concentré en el entorno. Petersburg era el tipo de ciudad que si estornudabas, te la perdías. Vi un McDonald's, un par de pizzerías, varios centros comerciales y poco más durante el camino hacia la escuela.

Después de superar la amargura que me había autoimpuesto, admití que la ciudad tenía buena pinta.

Rompí el silencio.

—¿Cómo terminaron aquí?

—Mi padre nació aquí, pero yo soy de Montana. Quería volver a casa y me dio la opción de venir con él. Me alegro de haber venido. —Se detuvo como si hubiera dicho demasiado—. Hago senderismo. Las montañas de Senaca Rocks son lo mejor de por aquí. Son las montañas que puedes ver desde la casa.

Me estremecí.

—Odio las alturas.

—Supongo que escalar está fuera de discusión. —Me dirigió una mirada astuta.

La ignoré.

—¿Qué pasa con los otros chicos?

—A través de los años, Cromwell los fue encontrando.

—¿Qué? ¿Él los encontró? ¿Cómo nos encontró a Olivia y a mí?

Hayden frunció el ceño.

—Sí, así como las encontró a ti y a Olivia.

—¿Qué pasa con sus padres?

—No los querían, Ember. Si lo hubieran hecho, Cromwell no se los habría llevado.

—¿Así que ninguno de sus padres los querían? ¿Todos fueron adoptados por él? —Me detuve y me imaginé padres abandonando a sus hijos a su suerte. Para mí, algo no encajaba bien—. Eso apesta.

Hayden soltó una risa baja.

—Cuando lo dices así, supongo que apesta, pero sí, todos hemos sido adoptados por Cromwell.

—¿Qué pueden hacer? Sé lo que Gabe puede hacer, pero ¿qué hacen Phoebe y Parker?

Él asintió, sus dedos golpearon el volante.

—Phoebe es una empática, puede sentir las emociones de los demás y a veces controlarlas. Parker es un telepático.

Arrugué la nariz.

—¿Puede… leer los pensamientos de las personas?

—Cuando Cromwell los trajo por primera vez a la casa, Parker era un desastre. No hablaba con nadie y gritaba cuando alguien intentaba acercarse. No lo podía controlar. ¿Te puedes imaginar escuchar los pensamientos de las personas siempre? ¿Sin ser capaz de callarlos nunca?

—No. —Me giré a la ventana—. ¿Así que por eso no va a la escuela?

Hubo una pausa.

—Hay demasiadas personas, aulas muy pequeñas y gente rodeándolo. Liz es la que está organizando lo de la educación en casa.

—¿Y está Cromwell ayudándolo a controlarlo? ¿Cómo si él no lo hiciera todo el tiempo?

—Sip. Parker sigue sin hablar mucho, pero puede bloquear la mayoría del parloteo siempre que no esté rodeado de muchas personas.

Dejé escapar un profundo suspiro. Cromwell era simplemente genial.

—¿Qué es él de todas maneras? ¿Qué puede hacer Cromwell? ¿Caminar por las paredes? ¿Volar? ¿Saltar edificios altos?

—No somos superhéroes, Ember.

—Entonces, ¿qué sentido tiene reunirnos a todos? ¿Qué quiere Cromwell?

—Él sólo quiere ayudarnos. —Una mirada reflexiva cruzó por su cara mientras se concentraba en la carretera—. Estás teniendo dificultades para creer eso, ¿verdad?

—Obviamente.

—Cromwell tiene habilidad psiónica —dijo Hayden, mientras la camioneta desaceleraba.

—¿Qué es eso? —Mis ojos se agrandaron cuando vi la escuela. De un piso, el edificio de ladrillos era sorprendentemente grande para un pueblo tan pequeño y parecía recién construido.

—Es la habilidad de hacer que alguien… crea lo que tú quieres que crean, entre otras cosas.

Giré en mi asiento, enfrentándolo.

—¿Me estás tomando el pelo?

Hayden estacionó y apagó el motor.

—No lo usa, Ember. No con nosotros. Si dudas de eso, entonces pregúntate por qué estás teniendo tantos problemas en aceptarlo. Podría cambiar eso fácilmente, si quisiera.

Admito que ese era un buen argumento, pero mi estómago se volcó cuando Hayden abrió la puerta. Cromwell ya no era mi preocupación. La escuela sí.

Hayden dejó caer en mi mano un papel arrugado.

—Olvidaba darte esto. Es tu horario de clases.

Lo tomé y miré el horario. Era igual al que tenía en Allentown. Lo llevé hasta mi bolsillo y seguí a Hayden por el campus. Por costumbre, mantuve los ojos pegados al suelo.

—No tienes que hacer eso aquí —dijo en voz baja.

Sonrojándome hasta parecer una sombra morada, lo miré a través de mis pestañas. Sus ojos encontraron los míos.

—Lo vas a hacer bien, Ember. No pienso que vayas a correr por los alrededores y empezar a estrangular personas.

Incapaz de evitarlo, me reí de la imagen mental.

—No. Supongo que no.

Una enorme, impresionante sonrisa, apareció en su cara. Y tenía hoyuelos. Por imposible que fuera, mis mejillas se calentaron más.

—Deberías hacer eso más a menudo.

—¿Hacer qué?

—Reír.

Presioné mis labios y haciendo un débil cabeceo. Tan pronto como cruzamos la entrada, el familiar olor de loción para después del afeitado y demasiado perfume me sorprendió. Por todo el lugar, las personas hablaban, reían, se saludaban unos a otros. Las chicas se reían con los chicos, y algunos insultos lanzados por ahí. Nadie en realidad me prestó atención.

—Tengo matemáticas en la otra ala. —Se inclinó sobre mi hombro, estudiando mi horario—. Tu clase de inglés es al final del pasillo, a la derecha. Es el cuarto 104. Vamos.

La costumbre de mirar al piso fue difícil de superar, pero me las arreglé para mantener mi cabeza en alto mientras que con cuidado me encaminaba por los pasillos llenos de gente.

—Allá vamos —Hayden se apoyó contra un casillero—. Tengo el almuerzo y biología contigo en la tarde.

—Está bien. —Tragué, de repente me preguntaba cómo le estaría yendo a Olivia. Después pensé en Adam. Mi garganta se cerró.

Se inclinó hacia delante.

—Te veo en el almuerzo, ¿de acuerdo? Lo harás bien.

De alguna manera, encontré el camino al aula y me senté en el fondo, disimuladamente estudié a todos mientras garabateaba en mi cuaderno y pretendía que no era la chica nueva. Un sonido de aplausos llamó mi atención.

—Muy bien niños, dense la vuelta. Hora de volver a la vieja Holden Caufield. —anunció un profesor bastante joven desde el frente de la clase—. Sé que lo extrañaron durante el fin de semana.

Uno de los chicos del frente resopló.

—No se puede decir que realmente lo extrañemos.

Un par de chicos rieron. La sonrisa del profesor era fácil y amistosa.



—Bueno, vamos. Todos quieren atrapar niños mientras caen de un precipicio. —Sus oscuros ojos se desplazaron por toda la clase, parándose en mí y su sonrisa fácil flaqueó—. Oh, tenemos una nueva estudiante hoy.

Con todos los ojos puestos en mí, me deslicé hacia abajo en mi asiento.

—Oh, sí. Ember McWilliams. Mi nombre es Theodore Greensburg. Por favor no me llames Theodore. Odio eso. Además, el director desaprueba lo del nombre de pila. Así que puedes llamarme Sr. Theo. —Guiñó un ojo—. Vamos, clase; démosle una gran vieja bienvenida.

Oh, no.

—Hola, Ember —dijo la clase. La mayoría dijo "Amber".

Mortificada, murmuré un gracias y me desplacé más en mi asiento mientras que el Sr. Theo se arremangaba.

Apoyándose en el borde del escritorio, su mirada sostuvo la mía durante un largo segundo antes de abrir un libro y empezar a leer de éste. Me encontré a mí misma extrañamente cautivada por su apasionante forma de leer, probablemente eso explicaba las miradas enamoradas que lucían las chicas de la clase.

Unos cuarenta minutos después, la campana sonó y el Sr. Theo se deslizó por el escritorio, hablando sobre los libros que se cerraban mientras un montón de pies golpeaban el suelo.

—Muy bien, no olviden leer el capítulo cuatro esta noche. —Su mirada se desplazó por la clase, deteniéndose en mí—. Srta. McWilliams, ¿puede quedarse un momento?

Mientras los otros chicos se apresuraban a salir, me quedé parada al frente del Sr. Theo sin ninguna pista de por qué quería hablar conmigo.

Puso el libro en el escritorio y cruzó los brazos.

—Siempre me gusta saber más sobre mis nuevos estudiantes. Sé que el cambiar de escuela, incluso al comienzo del año escolar, puede ser difícil. Esta es una nueva escuela para mí también —sonrió—. Sólo quiero que sepas que, si necesitas algo, puedes venir a mí o a cualquier miembro del profesorado.

Se formaron una docena de comentarios sarcásticos y todos ellos desaparecieron en el momento en que encontré sus ojos. Mi cerebro parecía vacío. Miraba al hombre como una idiota.

El Sr. Theo sonrió como si estuviera acostumbrado a este tipo de cosas.

—Vi en tu expediente que te transferiste desde William Allen High School. Tus notas son excepcionales.

Parpadeé un poco, relajándome al encontrarme en territorio familiar. Mis notas eran impresionantes, ya que no tenía nada más que hacer a parte de estudiar cuando sólo tenía un amigo.

—Gracias.

—Tengo que dar créditos cuando se gana. Especialmente si ves las notas que típicamente pongo.

Apoyándome en un escritorio detrás de mí, sonreí.

—Espero que tus notas no desciendan con el cambio y eso —dijo—. Supongo que no fue un cambio fácil, ¿no?

—Fue… —No fue un cambio fácil, por supuesto. Y había algo en su sonrisa y el calor en sus ojos marrón verdosos que no tenía que cuestionar. Quería decirle la verdad.

—¿Fue…? —preguntó.

Pero no pude. ¿Qué haría el Sr. Theo si le dijera la verdad? Llamaría a las autoridades como cualquier otro profesor. De repente me sentí mareada.

—Fue… muy fácil.

—Maravilloso. Bueno, no quiero que te pierdas tu próxima clase. —Volvió a su escritorio y se sentó—. Nos vemos mañana, Señorita McWilliams.

Me quedé ahí parada durante un momento, reacia a irme.

—Muy bien, gracias… por el cumplido de las notas.

El Sr. Theo sonrió.

—Ten un buen día, Ember.

Prácticamente tiré de mi cuerpo para salir del aula, me apresuré a encontrar mi próxima clase.

En trigonometría, me habría quedado dormida si no hubiera sido por el chico que se sentaba en frente de mí. Cada vez que el profesor se volteaba a la pizarra, él giraba y me hacía una pregunta. Estaba medio segura de que su nombre era Cory. Me recordaba a Dustin, grande y musculoso, mandíbula cuadrada y una encantadora sonrisa.

Hacia el final, agarró mi arrugado horario.

—Genial. Tenemos biología juntos. Último período.

—Genial —mascullé, sabiendo que sonaba patética. Cory al parecer ni se dio cuenta. Noté que tenía un acento leve. Casi como un acento sureño.

—Así que, ¿qué hay con los guantes? —preguntó Cory después de que la campana sonara y estábamos recogiendo nuestras cosas.

Sentí mis mejillas enrojecer.

—Estuve en un accidente.

—Oh. —Cory se puso la mochila en sus hombros—. ¿Están en mal estado o algo?

La pregunta no fue hecha en un modo rudo, pero quise correr.

—Sí.

Cory sonrió.

—Bueno, nada del otro mundo. Nos vemos después.

Lo vi correr fuera del aula. ¿Los guantes no eran nada del otro mundo? ¿Desde cuándo?

Para el final del cuarto período, los músculos de mis hombros dolían, pero algo de la tensión se liberó cuando vi a Hayden. Esperaba fuera de mi clase de historia, una media sonrisa apareció cuando me vio.

—¿Estás aguantando por ahora?

—Sí. —Di un paso a su lado.

Nos dirigimos a la cafetería y tomé lo que pensaba que era un pedazo de pizza y una soda. Luego, me giré hacia el cuarto lleno de gente. Varios estudiantes levantaron la vista, la mayoría chicas, todos mirando a Hayden. Él parecía estar ajeno a esto mientras se quitaba el pelo de la frente.

Empecé a caminar hacia delante, pero él agarró la parte de arriba de mi mochila.

—¿Qué? —pregunté.

—Nosotros no comemos en la cafetería.

—¿No lo hacemos?

Hayden echó su cabeza a un lado y rió.

—Sígueme.

Seguirlo no sonaba una mala idea, pero no tenía ni idea de a dónde íbamos. Terminamos fuera, atravesando el campus, dirigiéndonos a la parte trasera de la escuela.

—¿Está permitido que estemos aquí afuera?

—No.

Mi ritmo disminuyó.

—¿Nos vamos a meter en problemas?

—¿Estás preocupada?

Pensé en eso.

—No, supongo que no.

Se detuvo junto a la valla de protección del campo de fútbol y me encaró.

—No es como si fuera tu otra escuela, Ember. Las cosas son diferentes aquí.

Varias preguntas aparecieron, pero me encontré a mí misma sonriéndole en su lugar.

—Eso… suena bien.

La sorpresa cruzó su cara. Mirando a otro lado, dio un paso atrás.

—No creo que te haya visto sonriendo alguna vez. —Empezó a caminar. Por un instante, me quedé detrás de él.

—Entonces, no has estado prestando atención. —Tuve que caminar más rápido para seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—Supongo que no. —Se agachó, enlazando su brazo a través del mío.

Tropecé. Hayden sonrió.

—Eres demasiado lenta, Ember. Podrías usar algo de mi ayuda.

Era un par de pies más alto que yo, así que tuve que estirar el cuello. En ese momento, olvidé los últimos dos años. La vieja Ember volvió a aparecer.

—Si no lo supiera, pensaría que sólo querías tomarme la mano.

Hayden abrió la boca, pero no salió nada. Luego rio y el sol salió de las nubes, destacando su cabello con una docena de sombras rojas y doradas mezcladas con marrón.

La risa burbujeaba y la hubiese liberado si no hubiéramos girado la esquina. Sentados en un afloramiento de grandes piedras de color arena estaba el dúo horripilante. Respirando profundamente, me deslicé lejos de Hayden e ignoré la urgencia de correr en la dirección opuesta.

Gabriel saludó a Hayden con una mano, pero cuando me miró, su sonrisa se desvaneció. Estaba segura de que estaba imaginándose mandarme a volar a través de la portería.

Phoebe se sentó en una roca al lado de él, sus manos se cerraron en puños.

—Hola. —Se las arregló para decir.

Considerando que ésta era la primera vez que me dirigía la palabra, podía haberlo hecho mucho mejor.

Hayden me codeó. Exhalé lentamente y miré alrededor. Pasto alto cubría cualquier cosa que estuviese más allá de las rocas. Me senté en una superficie relativamente plana.

—Hey.

—A veces comemos aquí afuera —explicó Hayden—. Cuando el clima es bueno.

—O en el restaurante, cruzando la calle —intervino Gabe—. O en cualquier lugar. A veces vamos a casa para el almuerzo. No siempre volvemos. ¿Usabas la cafetería para comer en tu escuela? ¿Cómo el resto de los *Norms*?

—¿Norms?

—Normales —suspiró Hayden.

—Sí, no se nos permitía ir afuera. —Coloqué mi plato en mi regazo, ignorando el hecho de que Hayden eligiese sentarse en mi piedra.

—Tampoco a nosotros —dijo Phoebe, su voz sonaba fría—. Pero eso no nos detiene.

Me hablaban sólo porque tenían que hacerlo, me di cuenta. Hayden probablemente los obligaba, pero no había ni una pizca de cortesía en sus tonos.

Hayden tomó un bocado de su pizza.

—Las cosas eran diferentes en su vieja escuela, Phoebe.

Mirando hacia sus uñas, ella se encogió de hombros.

—Como sea. —Empujó el brazo de Gabe y le susurró algo.

Mordí mi pizza, manteniendo los ojos en el suelo de hierba irregular, tratando de no mostrar lo incómoda que estaba con ellos.

—Entonces, ¿qué se siente tener el don del toque de la muerte? —Gabe envolvió algo y lo metió en una bolsa de comida rápida.

—Ella no tiene un don —espetó Phoebe antes de que pudiera contestar—. No es como nosotros.

—Phoebe —advirtió Hayden.

—¿Qué? Sólo estoy diciendo la verdad. Ella murió. No nació con un don.

Entre la pregunta de Gabe y el resentimiento obvio de Phoebe, perdí la habilidad de hablar.



—Ella sí es como nosotros, Phoebe. No importa cómo consiguiese su don —dijo Hayden—. Dale un descanso.

Phoebe tiró su cabello sobre su hombro.

—La única razón por la cual está aquí es por el fracaso de ya sabes quién. Está obsesionado, como tú. ¿Crees que eso es justo para cualquiera de nosotros?

Finalmente, encontré mi voz.

—¿El fracaso de quién? ¿Y qué es lo que no es justo para ti?

Phoebe no me miró.

—Ninguno de nosotros la quiere aquí, Hayden. ¿Entiendes eso? Va a arruinarlo todo… ¡Todo!

Sus ojos transmitieron fuego.

—Phoebe, cierra la boca.

—¿Arruinar qué? —pregunté, pero nadie me estaba escuchando.

—¡No. Me. Digas. Que. Cierre. La. Boca! ¡Tú eres el único que la quiere aquí! —Hizo una pausa, finalmente mirándome—. Kurt debía deshacerse de ti.

Deshacerse de mí como lo hizo con Adam. Rabia pura rugió a través de mí. Me puse de pie. El momento en el cual su arrogancia desapareció para dejar paso al miedo, una salvaje, vengativa sonrisa se extendió por mi rostro.

Moviéndose a la velocidad de un rayo, Hayden se puso en frente de mí. El calor de su cuerpo bloqueó la fría brisa.

—No.

Una palabra dicha tan baja, tan poderosa y todos se congelaron.

Luego, Hayden se giró hacia Phoebe.

—Vete de aquí.

Sus flameantes ojos verdes miraron hacia los de Hayden.





—Te vas a arrepentir, Hayden. Todos lo harán. —Tomó su mochila y atravesó el campo.

Gabe se paró, sus ojos eran grandes y sus labios delgados.

—Bueno, esto salió tal como lo planeado, ¿eh?

Hayden se giró muy rápido hacia el chico, mi cabeza daba vueltas. Gabe levantó las manos.

—No explotes nada, Hayden. Sólo era un comentario. —Se giró hacia mí, luciendo realmente avergonzado—. Lo siento. Pienso que tu hermana pequeña es bastante genial pero todos tenemos mucho que perder.

Apenas lo escuché. Todavía estaba luchando con la urgencia de ir tras Phoebe y meter las manos profundamente en su brilloso cabello negro.

El almuerzo se arruinó después de eso. Gabe siguió a Phoebe; sólo Hayden y yo nos quedamos en las piedras. La furia aún irradiaba de él como ráfagas de aire caliente. Miré hacia abajo a mi pizza a medio comer.

—Lo siento por Phoebe, por todos ellos.

Sacudiendo la cabeza, agarré mi mochila.

—¿Qué es lo que estoy arruinando estando aquí? ¿El mundo se va a desplomar por eso?

—No —dijo Hayden mientras pasaba sus manos a través de su cabello.

—¿Por qué está enloqueciendo tanto?

Él se apartó de la piedra y cruzó los brazos.

—Está preocupada de que hagas algo que llame la atención sobre nosotros.

Lo miré.

—¿Cómo qué?

—Todos nosotros hemos sido entrenados para controlar nuestros dones, Ember y el don de Olivia no es peligroso, pero…

—¿Pero el mío lo es?



—Tienen miedo de que la Habilidad venga y todos nos tengamos que ir a Dakota del Sur. Nos gusta estar aquí y créeme, no te gustaría aquello.

Un escalofrío levantó el vello fino de mi cuello.

—¿Qué pasó ahí?

Su cara se volvió distante, incluso fría.

—Nada, no hay de qué preocuparse ahora. Mira, todas nuestras vidas están afectadas. Quiero decir, todos nosotros tenemos que ser cuidadosos.

—No lo entiendo. ¿Cómo se supone que voy a tener cuidado de la Habilidad si no sé qué o quiénes son ellos?

—Está bien. La Habilidad es como… como la policía de los dotados. Sé que suena estúpido, pero ellos crean las reglas y se aseguran de que las cumplamos.

—¿Qué tipo de reglas?

—Hay muchas, Ember, pero la más importante es que no perdamos el control de nuestros dones y nos expongamos a los de afuera.

Apreté los labios. Mirando a Hayden, no estaba muy segura de que tuviese un sólido control sobre su don. Incluso ahora, lucía como si quisiera destruir una ciudad completa.

—Estás muy presionada, Ember. Podría no ser justo, pero si no puedes controlar tu don, algo tiene que suceder —dijo Hayden—. Y no sólo Olivia se verá afectada. Todos nosotros también.



capítulo 11

traducido por josez57 y alexiia_rms

corregido por Bibliotecaria70

Presión.

Las palmas me sudaron durante el resto del día. Grotesco. Siempre había pensado que mi maldición no afectaría a nadie, siempre y cuando no tocara a la gente, pero no podía continuar ocultando el hecho de que un día podría matar a alguien de nuevo. Por accidente... o intencionalmente.

Y eso sería traer a la Habilidad a nuestro mundo.

Todo lo que sabía de la Habilidad eran las cosas que se comentaban aquí y allá. Existía en algún lugar en Dakota del Sur. Si la gente con dones se sobrepasaba o hacía algo que atraía atención no deseada, terminaban allí y finalmente, encerraban a los dotados que no podían controlar sus habilidades.

Sonaba como la principal candidata a ello, lo que me dejo en una especie de nube durante el resto del día. En bio, me asignaron el asiento al lado de Cory.

—¿Qué te parece este lugar? —Cory pasó una mano por su pelo corto.

Dejé de juguetear con la pluma y lo miré. Parpadeó y se echó hacia atrás varios centímetros.

—Es muy agradable —dije.

—Eso es bueno. —Cory miró hacia el frente de la clase y se mordió el labio.

—¿Cómo se llama el profesor? —pregunté, con la esperanza de que fuera una pregunta apropiada y normal.

—El entrenador Ashford. Es un buen tipo. Entrena al equipo de fútbol —explicó—. Soy el mariscal de campo.

Vaya, qué interesante. Traté de no bostezar en la cara del tipo.

—Oh, eso suena interesante.

Cory asintió con entusiasmo.

—Sí, tengo la esperanza de que me den una beca completa para ir a la Universidad. El entrenador dice que tengo posibilidades, siempre que no la cague. —Se rió como si fuera divertido—. Tengo que mantener este brazo...

Estaba en terreno desconocido en ese momento y me enfoqué en la parte delantera de la clase. En realidad, me quedé mirando la espalda de Hayden. Su compañero de laboratorio parecía ser muy hablador, pero hacía un excelente trabajo escuchando. Y eso me hizo sentir como una mala persona, así que me obligué a mí misma a centrarme en lo que estaba diciendo Cory.

El entrenador Ashford llegaba tarde, encendió inmediatamente el proyector y se sentó detrás del escritorio. Confundida, miré a mi alrededor y vi a la gente tomando notas rápidamente. Todos excepto Hayden. Él sólo estaba tomando una siesta. En ese momento, me di cuenta de que teníamos que copiar las diapositivas, el entrenador pasó a la siguiente.

El resto de la clase fue así. Al final, estaba bastante segura de que Hayden se había dormido durante la mayor parte de ella y que Cory sufría de algún tipo de trastorno de hiperactividad.

Hayden me esperaba en el pasillo después de la clase. Sus ojos se posaron en la cantidad de libros que había en mis brazos.

—No vas a llevarte todos los libros a casa, ¿verdad?

—No. Tengo que ir a mi casillero.

—¿Nos vemos afuera?

—Claro —me dirigí hacia mi casillero, que parecía estratégicamente ubicado al otro lado de la escuela.



Luché con la cerradura hasta que se abrió en el tercer intento. Uno de mis libros se me resbaló y cayó al suelo a mis pies. Era mi libro de matemáticas, ridículamente enorme e innecesario. Odiaba trigonometría.

Me agaché para recoger el libro y me quedé congelada. Mi mente se sublevó. Tenía que ser un peluche dejado por alguien, tenía que ser sólo una broma horrible. Simplemente no podía ser lo que parecía.

El olor a moho y muerte me demostró que estaba equivocada. Situado en el fondo de mi armario había un conejo; un conejo, de verdad, del tipo que quería como mascota cuando era niña. Del tipo que a Olivia le hubiera encantado para acurrucarse, todo mullido y de aspecto suave.

Pero su piel blanca ahora se teñía de color rojo. Su estómago estaba desgarrado, el interior parecía gelatinoso. El conejo tenía que ser falso, porque esto... esto no podía ser real.

Me tapé la boca, pero no pude dejar que el grito de horror se me escapara. El tiempo se detuvo y por primera vez en mi vida, quise tener el don de Olivia. Quería llegar al interior de ese casillero y revivir al pobre conejito destripado.

—Srta. McWilliams, ¿está bien?

La voz me sacó del aturdimiento. Me alejé de mi casillero, respirando con dificultad.

—Ember, ¿qué está... —La voz del Sr. Theo se apagó cuando sus ojos se posaron en el casillero—. ¿Es esto una especie de broma?

Náuseas se acumularon en mi estómago.

—No lo sé.

—Bien. —El Sr. Theo volvió a colocar su mano sobre mi hombro, pero se detuvo en seco. Se echó hacia atrás, sacudiendo la cabeza—. No lo mires.

—¿Por qué alguien haría eso?

—¿Alguien te ha estado haciéndolo pasar mal aquí? —Miró de nuevo dentro del casillero.





—No. No conozco a nadie aquí. —Pero se me ocurrieron tres personas a las que justo ahora no les agradaba. Pero, ¿a alguno de ellos no les gustaba lo suficiente como para destripar a un pobre conejo? Me estremecí. Dios, esperaba que no. Quién fuese que hubiera hecho esto estaba perturbado, realmente muy perturbado.

Quería vomitar.

—¿Estás segura, Ember? Las personas, bueno, las personas simplemente no hacen este tipo de cosas.

El sonido de pasos resonó en la sala vacía, llamando mi atención. Hayden se acercaba por el pasillo.

—¿Qué está tomándote tanto... —Sus palabras se desvanecieron al detenerse a mi lado—. Ember, ¿estás bien?

Señalé el casillero, bastante segura de que si abría la boca, vomitaría.

—Mierda. —Hayden dio un paso adelante, con los ojos entrecerrados—. Tienes que estar bromeando.

—Sr. Cromwell, ¿tiene alguna idea de quién pudo hacerlo? —dijo el Sr. Theo en un claro tono de sospecha.

Hayden lo negó, con los ojos ardiendo de rabia. Juré que la temperatura del pasillo se disparó.

—No, pero me gustaría saber quién lo hizo.

—Lo mismo digo —dijo el Sr. Theo.

—Quiero un nuevo casillero. —Mi voz sonó débil, pero detuvo a los dos.

Theo se aclaró la garganta.

—Eso se puede hacer. Voy a hablar con el director y conseguiré que te reasignen uno, pero no me preocupa eso en este momento. ¿Quién querría poner esto en tu casillero?

Ya tenía mis sospechas, pero no era como si pudiera expresarlas, no con mi profesor de inglés al lado. El Sr. Theo siguió haciendo preguntas para las que no tuve ninguna respuesta y lo único que quería era alejarme del casillero, lejos de lo que había allí.

—¿Puede hacerse cargo de esto? —preguntó Hayden—. Me gustaría sacar a Ember de aquí.

—Sí, pero quiero enterarme si algo como esto vuelve a suceder —dijo Theo. Lo miré y asentí—. Está bien. Limpiaré esto.

Hayden recogió mis libros y los acunó bajo su brazo.

—Salgamos de aquí —dijo con la voz más suave que jamás había oído.

Dejamos al Sr. Theo lidiando con el conejo. Unos minutos más tarde, estábamos fuera, en su coche. La caminata había sido en silencio. En mi mente, seguía viendo al pobre conejito. Qué pensaba Hayden, no tenía ni idea. Sólo después de haber arrojado mis libros en el asiento trasero y zafado la correa de mi mochila lejos de mis dedos, él habló: —¿Estás bien?

¿Qué podía decir? Sí. No, no todos los días me encontraba con un conejo blanco sacrificado en mi casillero.

—Es que es tan enfermizo. ¿Quién querría hacerle eso a un animal? Nadie me conoce aquí. Quiero decir, en mi antigua escuela, esperaría algo extraño, ¿pero aquí? Nadie me conoce, excepto...

—Excepto nosotros. —Ira brilló en sus ojos como pequeñas llamas—. Ember, sé lo que estás pensando, pero ninguno de nosotros hubiera hecho algo así.

Me dejé caer de nuevo en el auto, mirándole.

—Entonces, ¿quién?

Hayden miró hacia otro lado, respirando profundamente.

—Ember…

—Kurt no me quiere aquí. ¡Ya lo oíste! Y Phoebe me odia. ¿Quién más querría hacer eso? ¿Y por qué? ¿Para asustarme y que salga corriendo? ¿Para hacer que me vaya? O llamar la atención... —Mi voz se apagó, mi corazón se paraba—. Oh, Dios mío, no puedes dejar que tu padre se entere.

—¿Qué? —me miró—. Tenemos que decírselo. Alguien destripó un conejo y lo metió en tu casillero. Tiene que saberlo.

—No. —Abracé mis codos, temblando—. Por favor, prométeme que no lo harás. Pensará que dije o hice algo. Entonces él... él me echará. Hará que me vaya.

—Ember, no te va a…

Me salí del coche.

—Por favor. Hayden, por favor no se lo digas. Olivia realmente me necesita. Por favor. —Mi voz se quebró, y aparté la mirada, avergonzada—. Ella es todo lo que tengo.

Hayden hizo un suave sonido profundo con su garganta. Luego juntó los codos y me llevó hacia él. Sus brazos se deslizaron con cuidado alrededor de mi cintura, atrapándome en un abrazo.

Podría haber sido el conejo. Diablos, podrían haber sido los dos últimos años que de repente me hacían querer estar en brazos de Hayden. Seguramente, seguramente no era por el modo en que su calor descongelaba el hielo que encerraba todo mi cuerpo. O lo fuerte que su pecho se sentía bajo el suéter... o lo bien que encajaba contra él. Y era un tipo de hombre caballeroso. ¿Cierto? Quería ayudarme a controlar mi don, por ridículo que eso sonaba. Consuelo, me ofrecía consuelo y tenía que recordar eso. Sus brazos alrededor de mi cintura hacían difícil, muy difícil, mantener eso en mi mente.

—Está bien. —El aliento de Hayden agitó el pelo alrededor de mi oreja—. A pesar de que creo que debo decírselo, no lo haré. Pero voy a averiguar quién hizo esto.

* * *

—¡Emmie, hice esto para ti!

Aparté la mirada de la televisión cuando Olivia me pasó una hoja de cartulina. Había hecho un dibujo de lo que supuse era ella y yo... y la Sra. Liz.

—Oh... es muy bonito.

—Se trata de ti. —Señaló la figura de palos con enormes marcas de color rojo rizado y ojos azules—. Y esta es la Sra. Liz.



¿Mi pelo realmente se veía así? Me pasé la mano por la cabeza, sintiéndome un poco como en "La Pequeña Annie".

—¿Ves cómo estamos tomadas de la mano? —Señaló.

—Sí.

—Veo a las tres tomadas de la mano.

Eso era tan probable como… Miré hacia arriba, mis dedos apretando el papel.

—¿Qué quieres decir con que ves eso, Olivia?

Olivia señaló a un lado de su cabeza.

—Lo veo todo el tiempo.

Si cualquier otro niño me estuviese diciendo esto, habría pensado que tenía una imaginación hiperactiva, pero viniendo de Olivia podría significar casi cualquier cosa.

Me palmeó la rodilla, con aspecto muy maduro.

—Me divertí mucho hoy. ¿Y tú?

Tragué saliva. Conejitos muertos generalmente no eran sinónimo de diversión, tampoco la cena incómoda a la que cada miembro de la familia Cromwell asistió esa noche.

Durante la cena, me preguntaba cuál de ellos mataba conejos en su tiempo libre.

—Sí. —Forcé una sonrisa—. ¿Y tú?

Olivia se arrastró hasta el sofá y se sentó a mi lado. Me hizo una lista de todos sus nuevos amigos. Amaba a su nueva maestra, la Sra. Tinsley. Estuvieron jugando en el horario de la siesta. Estaba tan celosa de eso. Después, habían visto una película sobre modales.

Yo me perdí el kindergarten. Las cosas habrían sido mucho más fácil entonces.



Varias horas más tarde, Olivia se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi regazo y me encontré pegada al sofá, literalmente. Había dejado los guantes en el dormitorio, como una idiota. Distraída, di la vuelta a través de los canales, totalmente atornillada. Y estaba cansada, lista para meterme en la cama después de un día tan extraño. Aparentemente, no había manera de que pudiera sacármela de encima.

Otra hora pasó y estaba elaborando planes estratégicos en mi cabeza. Una manta para recogerla ayudaría, pero no había ninguna cerca. Tirarla del sofá, no sería muy agradable. La miré. Gruesos rizos idénticos a los míos le cubrían la mitad de la cara. Tenía el aspecto de una pequeña querubín con sus labios en forma de arco y las manos dobladas bajo su mejilla.

—¿Qué estás haciendo levantada a esta hora?

Me di la vuelta, viendo a Hayden en la puerta.

—Mirando el... uh, —me volví, frunciendo el ceño ante la pantalla— la forma... de emparejamiento de los tigres. —Suspiré. Maldito seas, *Discovery Channel.*

Se rio entre dientes.

—No sabía que ese tipo de cosas te interesaban.

—Oh. Sí, tenía curiosidad por saber cómo eligen sus novios.

Se sentó en el brazo del sofá y miró a Olivia. Un chispazo de entendimiento cruzó su rostro.

—Ya veo. —Fue todo lo que dijo. Pasó un minuto—. Quería trabajar sobre, ya sabes, pero a partir de hoy...

Me concentré en la pantalla, donde un tigre perseguía a otro.

—Siempre hay un mañana, supongo.

Asintió, se levantó y dio vueltas durante unos momentos. Alzó los brazos por encima de la cabeza y se estiró como un gato haría bajo el cálido sol abrasador. La camisa azul pálida que llevaba se elevó hasta su estómago, dejando al descubierto una hilera de músculos tensos.



Lo miré mientras sentía mi cara sonrojarse. Me pareció una reacción tan natural. Mi cerebro también eligió ese momento para recordar cómo lo había mirado sin camisa. Me volví hacia la pantalla, preguntándome cómo podría volver a mirarlo cuando pensaba este tipo de cosas.

—Vamos, vamos a la cama —se inclinó y con sorprendente delicadeza, levantó a Olivia.

Inmediatamente, la sangre corrió de vuelta a mis piernas y pies.

—Gracias. Realmente, lo digo en serio. Pensaba que estaría aquí toda la noche.

—No hay problema. —La acunó en sus brazos. Olivia volvió la cabeza, babeando en el frente de su camisa.

—Uh, ¿eso sucede a menudo?

Me reí, pero todavía era incapaz de mirarlo a los ojos.

—Eso significa que le gustas.

—¿Qué puedo decir? —Empezó a salir de la habitación—. Las chicas siempre están babeando por mí.

—Debe hacer maravillas en tu ego cuando lo hace una niña de cinco años de edad. —Mi voz detrás de él, pensando en Hayden como una especie de alguien que te hace babear. Bueno, no una especie. *Definitivamente* alguien sexy que te hace babear.

—Simplemente no pueden evitarlo. —Me envió una sonrisa por encima del hombro mientras subía las escaleras.

Liz había preparado la habitación de Olivia con sorprendente precaución. Olivia amaba todas las cosas de color rosa y parecía como si alguien hubiese vertido Pepto[7] en todo. Desde las cortinas y las paredes, a la alfombra y los muebles, todo era de color rosa.

Eso no era lo mío.

---

[7] **Pepto:** un amoroso y grande pollito rosa de peluche.

Hayden la colocó cuidadosamente en la cama mientras buscaba uno de sus animales de peluche. Me encontré con un conejo primero y rápidamente decidí elegir otro. Después de encontrar un mono de peluche debajo de la cama, lo metí con ella. Envolvió un brazo regordete alrededor de él y se puso de lado.

Sonreí débilmente y salí de la habitación.

—Gracias de nuevo.

Aflojó la puerta cerrada.

—¿Qué hacías antes?

—¿Antes de qué?

Empezamos a subir las escaleras, uno al lado del otro.

—Antes de tener a alguien para sacarla de encima de ti.

—Me sentaba allí hasta que despertara. A veces era así toda la noche, pero odiaba despertarla.

Mi mano se arrastró a lo largo de la barandilla, la madera era fresca y suave.

—Tienes mucha más paciencia que yo.

Me quedé junto a la puerta de mi dormitorio, agotada pero extrañamente despierta.

—Ha sido un día raro, ¿eh?

Se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados.

—Sí, ¿cómo lo estas llevando?

—En realidad no he pensado en ello. —Eso era una mentira. Había estado pensando en ello toda la noche.

—Bueno, yo sí y ¿sabes lo que pienso? Podría haber sido una broma.

—¿Apuñalar a un conejo hasta la muerte es una broma? —Mi voz se elevó.

Una puerta se abrió en el pasillo, dejando al descubierto un Gabriel desaliñado. Sus ojos saltaban entre nosotros.

—Vuelve a la cama. —La voz de Hayden era silenciosa, pero el mensaje fue fuerte y claro.

Gabe puso los ojos en blanco y volvió a entrar, cerrando la puerta.

—Él podría haberlo hecho —dije—. ¿Ni siquiera tiene que tocar el conejo o el cuchillo para poder hacerlo no? No con su don.

Hayden me agarró del brazo y me arrastró hasta el dormitorio.

—Gabe no haría nada de eso, Ember.

Incluso con mi suéter grueso, sentí su mano ardiendo a través de la tela. Un tanto sorprendida por la facilidad con que me manejaba, me quedé mirándole fijamente durante un segundo. Realmente no parecía tener miedo de tocarme accidentalmente… estaba loco. Saqué mi brazo y di un paso atrás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco desde hace años y es como un hermano para mí.

—¿Al igual que Phoebe es una hermana para ti?

—Sí, así es. —Se cruzó de brazos, con las piernas extendidas como un luchador—. Y no digas que crees que es ella. Ambos estaban en clase, Ember.

—¿No tienen tiempo para escaparse de clase y hacerlo? —Me dejé caer en el borde de la cama—. El hecho de que conozcas a alguien no significa que no sean psicópatas.

Se agachó delante de mí, mirándome a los ojos.

—Ember, tienes que confiar en mí cuando digo que no podría ser alguno de ellos.

—Está bien. —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué pasa con Kurt? Luce como un psicópata.

—Kurt *tiene* un aspecto psicópata, pero no está loco.

—Entonces, ¿quién crees que podría ser?



—No lo sé. —Se pasó la mano por el pelo—. Hay una posibilidad de que sea uno de los chicos de la escuela… un extraño.

—¿Por qué? No saben nada de mí.

—No tienen que saberlo. Podrían haber hecho eso sólo para meterse contigo. Algunos de los chicos de por aquí son realmente extraños con la gente nueva.

Una docena o así de estereotipos acerca de Virginia Occidental me vino a la cabeza. Había visto la película *Wrong Turn* con Adam. Hayden podría tener razón y era mejor que pensar que era alguien que vivía aquí.

—¿De verdad lo crees?

Sus ojos se suavizaron a un marrón cálido.

—Sí, lo creo. Estoy seguro de que no tendrás más problemas. Así que no te preocupes y duerme un poco, ¿de acuerdo?

Asentí. Hayden cerró la puerta detrás de él. Sola, me dejé caer en la cama y me di la vuelta a un lado. Quería creer que había sido una broma estúpida, pero la preocupación persistente en la boca de mi estómago me decía algo diferente. La gente simplemente no hace esas cosas. Suspirando, envolví mis brazos alrededor de la almohada y cerré los ojos.

Mi sueño fue de visiones de conejitos siendo perseguidos con un cuchillo.





traducido por alexiia_cms

corregido por estefidenise

El Sr. Theo me preguntó a los pocos días después:

—¿Has tenido más problemas?

Eché un vistazo a la hoja de papel que decía cuál era mi nuevo casillero asignado.

—No. Tres días sin una sola broma.

—Me alegra escucharlo. Tengo que admitir que, al ver ese conejo, incluso yo me asusté un poco. Me hizo preguntarme si había sido buena idea aceptar este trabajo en Virginia Occidental…

Se ajustó las gafas sobre la nariz, sonriendo. El acto me recordó mucho a Adam y mi corazón se encogió.

—Sí, supongo que era sólo una broma inofensiva para darle la bienvenida a la nueva o algo así.

—Siendo honesto, no creo que fuese sólo una broma inofensiva. —Me miró a los ojos—.Las personas simplemente no hacen ese tipo de cosas.

Se sentía bien saber que alguien más era tan fácil de engañar ni era tan positivo como Hayden. Él, por cierto, se negaba incluso a considerar que uno de los miembros de su familia adoptiva podría haber tenido algo que ver con eso.

—Lo sé —dije finalmente—, pero nada más ha sucedido.

—Bueno, si hay algo que pueda hacer, quiero que te sientas cómoda y vengas a mí o a otro miembro de la facultad. ¿Si?

Lo extraño del Sr. Theo era que me hacía sentir lo suficientemente cómoda para decírselo. Demonios, me hacía sentir que podía confiar en él. Lo cual era extraño, porque ¿quién sentía que podía hablar, realmente hablar, con alguno de sus maestros? Tal vez fuese porque era muy joven, más como un hermano mayor que una figura de autoridad. Cambié la mochila a mi otro hombro.

—Está bien. Gracias de nuevo por el nuevo casillero. Realmente lo aprecio.

Algo pequeño y brillante me llamó la atención; una moneda de plata junto a su libro de calificaciones. No sé qué me pasó. Nunca tocaba las cosas de los escritorios de los profesores, había reglas en contra, pero era como si me sintiera obligada. La recogí, lentamente, dándole vueltas en mi mano. Un carrusel estaba impreso en un lado y las palabras "Ex Mente" estaban grabadas en el otro. La moneda se sentía pesada y caliente en mi mano.

—Mi amuleto de la suerte —dijo el Sr. Theo, echándose hacia atrás en su silla—.No estoy seguro de si funciona, pero me gusta pensar que sí.

—Oh. —La froté con mi pulgar—. ¿Qué significan estas palabras?

—Las palabras significan "de la mente" en latín. Creo que todas las grandes cosas vienen de la mente. —Abrió su agenda, mirándome—. Puedes quedarte con ella.

—Oh, no. —Mis mejillas se sonrojaron—. No podría hacer eso. Es su amuleto de la suerte.

Hizo un gesto con la mano.

—No la necesito. Tómala. Tal vez puedas utilizar su buena suerte.

Empecé a discutir, pero me di cuenta de que podría utilizar la suerte. Hayden había dicho que quería empezar a trabajar con mi don... a partir de hoy después de la escuela.

No tenía ni idea de lo que había planeado, así que si alguien necesitaba toda la suerte del mundo, esa era yo.

Una oleada repentina de vértigo se apoderó de mí. Parpadeando, di un paso atrás y deslicé la moneda en el bolsillo de mi sudadera. Creo que estaba más asustada por la secreta sesión de entrenamiento de lo que pensaba. —Gracias —murmuré.

—No hay problema. Sólo cuídala. —Luego se volvió de nuevo a su agenda, marcando algo.

Corrí a mi siguiente clase y al resto de las clases del día también. De vez en cuando, sintiéndome mareada y nerviosa. Hayden se dio cuenta, pero no preguntó. Creo que intuía que estaba preocupada por lo de esta noche. Tenía fe absoluta en que mi "don" podía ser controlado. No tenía ni idea.

Me arrastré hacia Biología justo cuando sonaba la última campana. Desde su asiento, Hayden me miró con las cejas levantadas cuando me lancé a mi silla. Sentí que mis oídos se volvían rosas.

—Examen sorpresa —anunció el entrenador Ashford, entregando varias hojas con las preguntas más vagas que jamás había visto —.Ojos en sus propios papeles, chicos.

—¿Examen sobre qué? —murmuró Cory.

—Creo que sobre el núcleo de la célula —dije.

—¿Eh?

Señalé la última diapositiva de ayer, que aún seguía en el proyector.

—Supongo que será eso.

—¿Qué haría yo sin mi nueva compañera de laboratorio? Estaría perdido. —Sonrió y golpeó mi mano con su lápiz.

Empujé con tanta fuerza la silla que chirrió por el suelo. El entrenador Ashford me miró con el ceño fruncido desde la revista de deportes en la que tenía la nariz pegada. Y lo mismo hicieron varios chicos de la parte delantera de la clase.

Hayden me envió una mirada de perplejidad.

—Eh. Lo siento. No era mi intención asustarte —dijo Cory.

Tenía que recuperar el aliento.

—Sí, estoy un poco nerviosa.

—¡Eh! ¡Eh! No hablen o quitaré la diapositiva —dijo el entrenador.

Varios gemidos sonaron e incluso unas cuantas miradas de muerte se dirigieron hacia nosotros. Empecé a garabatear las respuestas mientras que mi corazón martilleaba.

Tenía los guantes puestos, pero aún así me había atrapado con la guardia baja. En mi antigua escuela, nadie me tocaba ni por casualidad. Era como si fuera una portadora de plaga, por lo menos hasta la noche en que Dustin me tocó fuera de la tienda de comestibles.

Me estremecí.

El entrenador se levantó, caminando entre las mesas.

—Se acabó el tiempo. Pásenlos hacia adelante.

Cory se inclinó, casi rozando mi brazo cuando agarró mi examen. Mi nivel de ansiedad se disparó. Apretando las manos, levanté la vista y vi a Hayden girado en su asiento, con sus oscuros ojos fijos en mí.

—¿Qué? —susurré.

Miró fijamente a Cory antes de que se diera la vuelta.

—Comenzamos una nueva unidad el lunes —anunció el entrenador, finalizando la clase—. Empezaremos con los humanos. —Hizo una pausa, bajando la mirada a sus notas.

—¿Anatomía? —preguntó una chica de la primera fila.

—Sí. Eso es todo.

Después de que la campana sonara, por poco atropello a Hayden al salir del salón de clases.

—¿Qué pasa con esa mirada?

Su sonrisa era deslumbrante, demasiado inocente.

—¿De qué estás hablando?

Luché para acoplarme a su ritmo de piernas largas.

—¿Creías que iba a tocarlo?

—Más bien, creí que Cory iba a tocarte —contestó cuando nos detuvimos en nuestros casilleros—. Cory estaba demasiado amistoso, ¿no?

Con bastante miedo, poco a poco abrí mi casillero. Nada. Una sensación de alivio me recorrió. El cuarto día sin cosas muertas, era impresionante.

—Él me dio un golpecito con el lápiz. No lo llamaría amistoso. Y tengo mis guantes. —Moví los dedos.

—Lo que sea. —Cerró su casillero, con las manos vacías. Nunca se llevaba libros a casa.

Me preguntaba cómo, o si, aprobaba todas sus clases.

* * *

Media hora después de la cena, Hayden me llevó fuera, por el garaje.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Ya lo verás.

Levanté las cejas mientras se dirigía directamente hacia la línea de árboles densos.

—¿Vamos a ir allí?

Hayden se rió entre dientes.

—Sí.

—¿Por qué? —Me apresuré para alcanzarlo.

—Necesitamos un lugar privado, donde no nos preocupemos por si alguien nos vigila.

Mi estómago dio vueltas.

—Hay, como, cien habitaciones en la casa.

—No hay un centenar de habitaciones y no quiero que alguien nos atrape.

Los giros fueron a un nivel superior.

—¿No nos vamos a quedar atrapados aquí? —Me estremecí en mi suéter mientras que Hayden, con sólo una camisa fina, parecía no inmutarse por el aire fresco—. ¿O ser atacados por Pie Grande?

Se echó a reír.

—No nos quedaremos en el bosque, Ember. Vamos a la cabaña de caza.

—¿Cabaña de caza?

—Sí. Algunos de los de afuera la utilizan, pero prácticamente me he apropiado de ella. Es un buen lugar para evadirte de las cosas.

—Oh, bueno, eso… ¡Mierda! —Por no estar prestando atención por dónde caminaba, me tropecé, mi pie se había enganchado en una raíz de árbol retorcida.

Hayden se dio la vuelta y agarró mis hombros antes de que comiera tierra. Me puso de pie otra vez con una sonrisa torcida en la cara.

—Gracias —murmuré.

—Tienes que tener cuidado. Hay un montón de agujeros y raíces por el suelo.

—¿Y ahora me lo dices?

Su sonrisa se amplió y me di cuenta entonces de que Hayden todavía me sostenía. Y estábamos tan cerca que mis zapatillas rozaban sus zapatos. Levanté la cabeza, desconcertada por el repentino deseo que me atraía hacia él. Nuestros ojos se encontraron. Hubo un largo silencio mientras nos mirábamos. ¿En qué estaba pensando? ¿Y por qué no me alejaba? Una especie de sonrisa salvaje apareció por un momento antes de que dejara caer sus manos y retrocediera.

—Vamos. Sólo nos falta un poco más. Creo que te gustará. Nadie más que nosotros sabe que existe siquiera.

Metí las manos en mi sudadera con capucha, mis dedos de inmediato buscaron la moneda rara. La apreté e ignoré lo rápido que latía mi corazón. Unos veinte minutos más tarde, una acogedora cabaña de madera apareció a





la vista. Rodeada de árboles altos y maleza gruesa, la cabaña parecía aún más aislada que la casa.

Sonriendo, Hayden buscó las llaves y abrió la puerta. El olor a humedad me recordó a los viajes al campo familiares y el aroma de los granos de café me saludó mientras entraba. Dejó caer las llaves en una pequeña mesa y empezó a encender velas con un encendedor que sacó de su bolsillo.

—La cabaña no ha tenido electricidad durante un tiempo —explicó Hayden cuando las llamas bailaron en su rostro—. Yo uso la estufa si estoy aquí en invierno.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No últimamente, pero antes sí. Es muy tranquilo. —Hizo una pausa—. De todos modos, ¿qué te parece?

Cuando hubo terminado, la luz suave alejó la oscuridad y reveló una habitación bastante grande equipada con una pequeña cocina, un sofá de aspecto antiguo y una... una cama. Nerviosa, me di la vuelta y me crucé de brazos. El lugar me recordaba más a un nido de amor que a cualquier otra cosa. Por otra parte, los rifles colgando de la pared como que arruinaban el ambiente acogedor.

—Es bonita.

—Qué extraño —Hayden pasó junto a mí, hacia la cama.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué?

—Alguien ha estado aquí. —Se detuvo en la cama, con el ceño fruncido. No sabía lo que había visto que lo delataba.

—¿Crees que alguien nos va a encontrar aquí?

Miró hacia arriba.

—No. Parker es el único que alguna vez se aventura a venir. Las cabañas no son del tipo de cosas de Phoebe.

—¿Qué pasa con Gabe?



—Nada de televisión significa nada de Gabe.

Sus ojos se encontraron con los míos. La media noche no tenía nada que hacer comparada con ellos, eran profundamente negros. Me mordí el labio.

—Entonces, ¿qué tienes en mente?

Sus ojos aún estaban fijos en los míos.

—Tengo un montón de cosas en mente.

Todo el aire abandonó mis pulmones. Me sentía mareada.

—¿En serio?

Una sonrisa de lobo cruzó por su llamativa cara antes de que se volviera y agarrara una planta de una maceta.

—A entrenar, Ember. Toma asiento.

Sintiéndome como una idiota, opté por el sofá mientras que Hayden agarraba una silla de madera de la pequeña mesa y la colocaba frente a mí. Luego se sentó, con sus rodillas tocando las mías y la planta en su regazo. —Quítate los guantes.

No quería hacerlo, pero lo hice. Respirando profundamente, los dejé a un lado.

—¿Qué esperas que haga?

—Sólo tocarla.

Echándose hacia atrás, me encontré con su mirada oscura.

—¿Por qué?

—¿Vas a estar así todo el rato? —suspiró—. Ember, si tenemos alguna esperanza de conseguir que esto funcione, tienes que hacer lo que digo.

—Tú esperas que esto funcione. Yo no. Yo trato con la realidad.

Hayden arqueó una ceja.

—Ember, ni siquiera sabes qué es la realidad. No sabes nada acerca de los dones.



Rodé los ojos, pero no dije nada. Parecía una especie de engreído.

—Bien, entonces enséñame. ¿Cómo funcionan de la manera en que lo hacen, qué te hace tener un don?

Hayden deslizó sus palmas sobre una olla de cerámica.

—Una persona normal utiliza sólo una pequeña porción del cerebro en cualquier momento dado. Nosotros utilizamos todo nuestro cerebro a la vez. Ponnos a cualquiera de nosotros en una máquina de resonancia magnética cuando estamos usando nuestros dones y es como el Cuatro de Julio. No es la mejor prueba, pero es todo lo que ellos han sido capaces de encontrar. Es la única diferencia entre nosotros y los de afuera.
—¿Quiénes son "ellos"?

La expresión en su rostro se volvió distante y fría, cerrándose.

—La Habilidad lleva años intentando averiguar por qué estamos dotados. Así que mi padre, a pesar de que los gemelos tienen dones, opina que no suele ser hereditario. Porque si lo fuese, entonces Cromwell no tendría que interferir con los padres tan a menudo.

Mi estómago se retorció.

—¿Alguna pregunta más? Si no, me gustaría ver lo que puedes lograr esta noche.

—Por supuesto. Vamos a hacer esto.

—Toca la planta, Ember.

No estaba segura de cuál era el propósito de esto, pero, oh, bueno. Deslicé mis dedos a través de la hoja aterciopelada. Por un momento, no pasó nada. Entonces, la hoja se estremeció. Los extremos se curvaron hacia adentro mientras el vibrante verde se descoloraba a una textura crujiente y de color marrón. La muerte fluyó a través del resto de la planta y en segundos, no quedó nada sino un tallo seco, que incluso colgaba débilmente hacia un lado. Inhalé bruscamente y al mismo tiempo, me sentí avergonzada. Detestable. Monstruosa.

—Está bien —dijo unos minutos después—. ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé. Realmente no estaba pensando en nada.



—Tuviste que estar pensando en algo, Ember.

Me encogí, buscando la moneda en mi bolsillo. Sostenerla era una especie de consuelo.

—Supongo que estaba pensando en lo que querías que hiciera.

—Está bien. ¿Qué más?

—Eso es todo. Quiero decir, pude haber estado pensando en otras cosas, supongo.

—¿Cómo qué? —Hayden se puso de pie y caminó hacia la pequeña zona de la cocina. En frente de un gran ventanal, varias plantas tomaban el sol del atardecer que se desvanecía poco a poco. Agarró una flor, una flor con pétalos bonitos, blancos y rosas. Cerré los ojos y me obligué a concentrarme.

—Escuela. Olivia. El conejo muerto. Por qué Cromwell realmente tenía a todo el mundo aquí. Mamá y papá. —Me detuve, echando un vistazo a la cama. No ser capaz de tocar a alguien. Morir virgen. ¿La espinilla en mi frente todavía era del tamaño de un pueblo?— .Ese tipo de cosas.

—Bien. —Hayden se sentó, y sus rodillas una vez más presionaron las mías—. Eso es mucho.

Solté un bufido.

—Lo siento.

Sonrió.

—Trata de olvidarte de todo eso. Deshazte de ello. Cuando no estés pensando en nada, toca la planta de nuevo.

Suspiré.

—Es una flor demasiado bonita.

Sus labios se movieron como si luchara para reprimir una sonrisa.

—¿Estás lista?

Sacudí los hombros y traté de no pensar en nada, pero era muy difícil. Mi cerebro arrojaba cosas al azar, pero lo intenté. Cuando pensé que mi cerebro

estaba apropiadamente vacío, me incliné hacia delante. El movimiento colocó nuestras rodillas más juntas. Tan loco como sonaba, juraría que podía sentir el calor de su piel a través de la ropa, calentándome.

—¿Ember?

Pasé los dedos por la planta. Como si se riera en mi cara, los pétalos coloridos fueron primero. Pétalos rosas y blancos se separaron y en el momento en que llegaron al suelo, se habían vuelto marrones. Ugh. Realmente era la muerte en zapatillas.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Hayden.

—Nada.

—Siempre tenemos algún pensamiento, aunque sea de forma subconsciente. ¿Qué está pasando en los tuyos?

Ahora mismo estaba pensando en lo hermosos que se veían sus ojos, pero me afeitaría la cabeza antes de admitirlo.

—No lo sé. No está pasando nada en mi subconsciente.

Hayden colocó la planta en el suelo. Su rodilla se deslizó por la mía y terminó contra mi muslo. Los temblores corrieron por mis piernas. —Trata de concentrarte, Ember. Siempre hay un pensamiento para cada acción. Como un desencadenante.

Realmente no quería compartir la idea que tenía en estos momentos. Mis mejillas ardían. Ni siquiera sabía lo que estaba mal conmigo, ¿por qué seguía pensando en él?

Hayden se enderezó, su rodilla acomodada de nuevo. Sus ojos se encontraron con los míos y brillaron.

—Vamos a hacer esto otra vez.

—Claro —tartamudeé.

Y así lo hicimos durante un tiempo. Matar otra planta inocente. Hayden me preguntaba qué estaba pensando. Su pierna coqueteaba con la mía. Yo decía que no estaba pensando en nada y él respondía algo increíblemente motivador. Un holocausto de plantas después, Hayden lo dio por terminado.





—Lo intentaremos de nuevo mañana. Lo estás haciendo muy bien.

Desde mi posición me desplomé, levantando las cejas.

—¿En serio?

Me sonrió, asintiendo.

—Te ves cansada.

¿Cansada? Más bien agotada y todavía tenía deberes que hacer. Dejé caer mi cabeza, cerré los ojos. Los minutos pasaron y sabía que Hayden todavía estaba allí porque sus piernas apretaban las mías. Tal vez por eso no estaba deseando irme para hacer la tarea.

—Realmente lo intenté, ¿sabes? —dije.

—Lo sé.

—Soy un gran fracaso. Tal vez no haya nada que puedas hacer. Eso es lo que pasa, como un "lo rompes, lo pagas".

La risa de Hayden retumbó a través de mí.

—¿Qué?

Abrí los ojos e incliné la cabeza hacia adelante. Su sonrisa era muy grande, llegaba a sus ojos, calentándolos como piscinas de chocolate líquido. De repente, fue como despertarme o simplemente darme cuenta de algo muy importante. Pero no tenía ni idea de lo que era.
Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en sus rodillas. Varios mechones de cabello le cayeron hacia adelante cuando apoyó la barbilla en sus manos.

—Tienes que explicarme eso.

—Ya sabes, cómo cuando vas a las tiendas y tienen carteles que dicen "si lo rompes, lo pagas". Mi vida es algo así. Si toco a alguien, lo mato. Así que es algo parecido.

Arqueó una ceja.

—Piensas cosas muy extrañas.





—¿Eso crees? —Por curiosidad, imité sus movimientos anteriores. Nuestros rostros no estaban a más de unas pulgadas. Cualquier persona en su sano juicio se movería. Hayden no—. ¿Qué pasa contigo? —pregunté—. Parece que no tienes miedo de acercarte a mí. Incluso las personas que no saben lo que puedo hacer, los de afuera, tienen miedo de estar cerca de mí. Como si de alguna manera pudieran sentir que estoy muerta. —Hice una pausa—. O tal vez son mis ojos. Asustan a la gente.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Por qué habría de tenerte miedo? Sé que no vas a hacerme daño y si me tocaras, siempre podría detenerlo.

Hice una mueca.

—Dijiste que no lo harías otra vez.

Se acercó más.

—Sí, lo dije.

—¿Así que no me noquearías, si te toco en este momento?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

Moví una mano y la llevé a su mejilla. No lo iba a tocar, porque en serio, no era una psicópata o algo así. Quería probarlo. En cualquier momento se haría atrás; pero sólo por un momento, pude ver sus ojos hacer lo del cambio de color y luego los cerró. Su rostro estaba increíblemente relajado.

—¿Vas a hacerlo o no? —preguntó.

Atónita, dejé caer mi mano.

—Estás loco.

Abrió un ojo.

—No. Dolería con el tiempo, si no me dejaras de tocar. Pero no lo harías.

—No lo sabes. Mira lo que le pasó a…



—Eso no fue tu culpa. —Hayden se movió hacia adelante, envolviendo sus manos alrededor de mis brazos—. Sabes, podría decir lo mismo de ti.

Mi mirada cayó a sus manos. Los breves momentos en que su piel había tocado la mía eran muy fáciles de recordar y ahora, sus manos estaban muy cerca de mis muñecas desnudas.

—¿Cómo es eso?

—Mi don podría pararte los pies, pero no te veo corriendo hacia la puerta. —Sus manos se movieron para acariciar mis codos—. No tienes miedo de mí.

—Pero... tú no me harías eso.

Una pequeña sonrisa tiró de sus labios.

—Ember, no me conoces tan bien como yo a ti.

Sus manos flotaron hasta mis hombros antes de deslizarse hacia abajo a los puños de mi suéter, como si estuviera tratando de hacerme entrar en calor. Lo estaba haciendo. Su toque, a pesar de que no estaba contra mi piel, estaba haciendo cosas extrañas que me afectaban de una manera que creaba un rubor caliente por todo mi cuerpo. Luchaba por encontrar algo inteligente que decir. No se me ocurrió nada. Así que me decidí por una pregunta que me había estado molestando.

—¿Por qué seguías viniendo a verme, Hayden?

—Me interesabas.

—¿Eso es todo? ¿Viajabas horas porque te interesaba?

Sus labios se fruncieron.

—Porque sé lo que se siente ser un paria. Durante mucho tiempo estuve... solo. Así que sé cómo es. Era algo que teníamos en común y era más que eso. —Hizo una pausa, pareciendo incómodo—. Y sé que suena raro…

—Sí, totalmente raro.

Frunció el ceño, pero no llegó a sus ojos. Ellos parecían bailar.

—No estás ayudando. Estoy tratando de admitir algo vergonzoso.

—Está bien, adelante —dije, luchando contra una sonrisa.

—Bueno, estaba preocupado por ti. Yo... quería asegurarme de que estabas bien. Había tantas cosas con las que estabas tratando. Quería ayudar.

Impulsivamente, cerré los ojos mientras hablaba y me permití disfrutar de la sensación de sus manos corriendo sobre mis brazos. No había daño en esto. Un suéter separaba mi piel y no se rompía mi política de "no tocar".

—Mirando hacia atrás, estoy seguro de que había algo que podría haber hecho. Dinero o...

—¿O qué?

Hayden se quedó callado durante lo que me pareció una eternidad.

—Encontrar una manera de hacer que esos niños pagaran por ser tan malos contigo.

Me estremecí. No por lo que dijo, sino porque, bueno, estaba bastante segura de que había algo que habría querido hacer. Como, por ejemplo, volar sus casas, o a ellos.

—¿Por qué, finalmente, me hablaste el día en la biblioteca?

—No lo sé —dijo en voz baja—. Sólo te veías más triste que normalmente. Y sabía que me habías visto en la escuela. Sólo quería hablar contigo después de eso.

—Citando a Oscar Wilde. —Sonreí.

Hayden se echó a reír.

—Sí, eso fue, como un estilo de bicho raro.

—No. Fue algo genial.

Nos quedamos en silencio. Siguió con lo de las manos, llegando varias veces a estar peligrosamente cerca de mi piel. Después de un rato, mis brazos hormiguearon, algo así como cuando nuestra piel se había tocado antes, pero no era tan abrumador. Cuando finalmente volví a abrir los ojos, Hayden tenía esa mirada seria en su rostro.

—¿Qué? —murmuré.

Sacudiendo la cabeza, dejó caer las manos y se levantó. Sentí la pérdida.

—¿Sabes qué es lo más triste? Confías en mí y ni siquiera confías en ti misma.

Lo miré a los ojos. Estaba tan bien.

—No me fío de tu padre.

—Lo sé. —Un atisbo de sonrisa apareció—. Pero tal vez un día puedas aprender a confiar en él... y en ti misma.

—Probablemente, eso no va a suceder.

Hayden se cruzó de brazos.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. El tipo era su padre, por lo que no era como si le pudiera decir que Cromwell me parecía espeluznante. Así que no dije nada.

—¿Estás lista? —preguntó, dejando que el tema desapareciera.

Asentí e hicimos el camino de vuelta a través de las maderas oscuras, en silencio. Por la noche, el bosque adquiría una atmósfera casi surrealista, aquella en la que todo tipo de criaturas esperaban en los matorrales. No hace falta decir que me sentí extasiada cuando entramos en la casa.

Hayden se dirigió a su habitación, pero lo detuve con dos palabras.

—Lo siento.

Se giró, con la cabeza inclinada.

—¿Por qué?

Me mordí el labio.

—Lo siento por lo que dije antes. Cuando dijiste que estabas aquí para mí y dije que no significaba nada.

Esperó.

Ruborizada, pasé las manos por mis brazos como él lo había hecho. La sensación no era la misma.

—Fue grosero.

—Estabas enojada. —Hayden se encogió de hombros, una mirada de preocupación llenaba su cara—.Adam… lo era todo para ti.

Me estremecí. Adam era nada para mí ahora.

—De todos modos, lo siento.

Hayden asintió.

—Todo está perdonado, Ember. ¿Amigos?

Sentí mis labios curvarse.

—Amigos.







capítulo 13

traducido por maryjane♥

corregido por jut

La emoción zumbaba a través de biología, última clase del día, también viernes, y oh sí, la llegada del fin de semana. Abu-rrido.

—¿En serio que no vas al partido? —La incredulidad llenó la voz de Cory. Como si nada más en este mundo pudiera ser tan importante como "el partido".

—No. —Miré al entrenador Ashford, que tenía los pies cruzados en los tobillos y apoyados en la mesa. Su cabeza se caía y, entonces, la levantó de nuevo y parpadeó.

—¿Y tampoco vas al baile?

Bostecé ruidosamente.

—No.

Cory negó con la cabeza.

—Pensé que las chicas vivían para ese tipo de cosas.

Lo hacíamos, lo hacía, pero mi cita (si tuviera una) no sobreviviría la noche, lo que le quitaba la diversión del todo.

—Sólo no es mi tipo de cosas.

—Oh. —Cory hizo girar el lápiz entre sus dedos y se aclaró la garganta—. Billy va a hacer una hoguera después del baile. Debes venir.

Simplemente me quedé mirándolo. Billy McIntyre estaba en mi clase de inglés. Buen chico, capitán del equipo de fútbol.

Apenas hablaba con el chico.

Las mejillas de Cory se volvieron de un color rojizo.

—Bueno… los otros van, los que viven aquí. Por lo general, voy, incluso Hayden. Es como tradición por aquí. Ir a los campos de maíz, emborracharse, lo que sea. De todos modos, tienes que venir.

—Oh. —Me mordí el labio. Hayden no lo había mencionado. Tampoco había mencionado el baile, a pesar de que Phoebe le había hablado de ir. Ella tenía una cita, un tipo de aspecto pensativo con el pelo oscuro y labios llenos.

Me preguntaba a quién llevaría Hayden al baile. Quiero decir, tenía que hacerlo, ¿no? Más de la mitad de la población femenina se detenía a babear sobre él cuando se cruzaba en su camino. ¿Y por qué no había mencionado la fiesta? Éramos amigos. ¿Los amigos hablan acerca de estas cosas?

—¿Ember? —dijo Cory.

—Oh. Uh, no lo sé.

Cory frunció el ceño.

—Piensa en ello, ¿por lo menos? Va a ser divertido.

—Seguro.

Afortunadamente, sonó el timbre. Una fiesta sonaba divertida. Pero si Hayden quería que yo fuera entonces hubiera dicho algo, ¿no? Por supuesto, el momento en que Hayden y yo caminábamos a nuestros casilleros tuve que abrir mi gran boca.

—¿Vas a la hoguera del sábado por la noche?

Hayden palmeó su libro de biología.

—¿Cómo sabes lo de la fiesta?

Un ceño arrugó mi frente.

—Cory me invitó.

—¿Lo hizo? —Su voz era suave, aparentemente tranquila.

—Sí, ¿así qué?



Nos detuvimos en su casillero. Con un intento, él lo abrió y tiró su libro en su interior.

—No estoy pensando en ir este año.

—¿Por qué?

Él me dio una mirada de complicidad.

—No pensé que te gustaría ir.

—¿Qué tiene eso que ver con que vayas a ir? Y ¿por qué no pensaste que me gustaría ir?

—Bueno, pensé que podríamos trabajar en el *asunto,* ya que todo el mundo se irá. —Cerró su casillero—. Además, no creo que estés lista para estar cerca de tanta gente.

—Me gusta la gente. Me gustan las fiestas. —Nos dirigimos por el pasillo.

—Te llevaré, si quieres.

Me detuve y miré a mi casillero. ¿Se estaba ofreciendo, porque ahora se sentía obligado?

—Mira, no tienes que llevarme si no quieres. —Terminé de marcar los números, le di un tirón de la manija, luego suspiré y marqué la combinación de nuevo. Y entonces, dije algo que no tenía intención de decir—. Puedo ir con Cory.

Sus ojos oscuros brillaron, como llamas.

—Quiero llevarte. Si no quisiera, no preguntaría. Quieres ir, ¿no?

Mi estómago se calentó sin razón alguna.

Hayden se apoyó en un armario junto al mío y suspiró.

—No bailo, nunca. Un elefante tiene mejores movimientos que yo.

Yo como que lo dudaba.

—No tengo ritmo. Y odio los esmóquines y cosas como ramilletes y ponche malo. Sólo pensar en todo eso me da ganas de sacarme los ojos.



—Está bien. —Me reí en voz baja—. Sin baile.

—Pero te voy a llevar a la fiesta.

Una estúpida sonrisa se abrió paso en mi cara.

—¿Es así?

Él asintió, con una mirada desafiante en sus ojos.

—Así que no se te ocurra discutir conmigo sobre ello.

—Está bien. Supongo que puedo… —El casillero, finalmente se abrió. La sangre abandonó mi rostro, de todo mi cuerpo.

Hayden se puso rígido a mi lado.

—¿Qué demonios?

En la plataforma estaba uno de esos modelos de autos que alguien por lo general tenía que ordenar y armar con pegamento y esas cosas. Pero no se trataba de cualquier modelo de auto, era la réplica exacta del Lexus de papá: blanco, cuatro puertas, edición de lujo. Que alguien supiera ese tipo de detalles me sorprendió.

Pero fue el lado del conductor del coche modelo lo que me sorprendió en el silencio. Alguien la había golpeado. Todo el lado del pasajero estaba intacto. Incluso habían sido creativos, dibujando pequeñas líneas rojas en la parte posterior, como delgados ríos de sangre. Garabateado en el lado había un mensaje. En voz alta y clara.

Los muertos deben permanecer muertos.

Hayden se acercó y lo recogió. Una furia salía de él en olas de calor.

—¿Vas a decirme ahora que no es uno de ellos? —pregunté, mi voz temblorosa.

Sus ojos se levantaron y di un paso atrás.

—Tenemos que decírselo a mi padre.

—No. —Cogí el auto.

—Él no te va a enviar a ningún lugar, Ember. —La voz de Hayden era apenas un susurro—. Tiene que saber lo de esto.

—No. —Me di la vuelta y mi dirigí a la papelera. Haciendo caso omiso de las miradas curiosas de los chicos fuera de clase, tiré el modelo de coche en la caja—. Olvídalo.

Hayden ya había cerrado la puerta de mi armario. La ira surcaba su rostro. Sin previo aviso, la basura dio la vuelta. Me eché hacia atrás cuando los lados del plástico crujieron, luego se rompió. La basura estaba por todas partes.

Los chicos que quedaban en el pasillo chillaban. Alguien gritó llamando a un profesor. Algunos abuchearon. Girando alrededor, agarré el brazo de Hayden y tiré de él por el pasillo.

—Vaya —murmuró.

Le lancé una mirada con los ojos abiertos.

—¿Vaya? Caray. No llamaría el destrozar un cubo de basura "vaya".

Él se apartó, encogiéndose de hombros.

—Sucede.

No dije una palabra más hasta que estuvimos en el auto.

—Quiero ir a casa.

Las llaves estaban apretadas en sus manos. Di una rápida mirada a su cara. Aún no había terminado de frenar su habilidad.

—¿Por qué no dejas que se lo diga a mi padre, Ember? —preguntó finalmente.

—No confío en él.

Sus ojos se abrieron.

—¡Honestamente no puedes creer que tuvo algo que ver con esto!

Me di la vuelta en el asiento y lo enfrenté.

—No es eso. ¡No confío en que no me vaya a enviar lejos! Sé que no me quiere aquí, Hayden. ¡Nadie más que tú me quiere aquí! Todo lo que necesita es una razón para enviarme lejos.

—Ember…

—Y sí, no confío en él. Nadie lo sabría, Hayden. —Me incliné lejos de él—. Ese coche luce como el verdadero. El daño hecho era como una copia perfecta. Así que no me digas que no puede ser uno de ellos. Porque, en realidad, ¿quién más podría ser?

Hayden dio la vuelta, los labios torcidos.

—¿Y quién más podría poner un mensaje así en él?

Metió las llaves en el contacto.

—Aunque creo que es estúpido y es realmente estúpido, Ember, no se lo diré a nadie. Pero si sucede otra vez, eso es todo.

Me dejé caer en mi asiento, echando humo. La tensión y la ira en su auto eran palpables. Condujimos por un momento en silencio absoluto.

La mitad del tiempo no quería estar aquí, pero *estaba* aquí, y no iba a ninguna parte. Y ni siquiera sentía que no se merecía esto, tal vez yo, como una especie de penitencia que tendría que pagar por volver de entre los muertos y por lo que le pasó a Dustin. Era antinatural y mala. Podía entender por qué alguien no me quería aquí.

Pero Olivia estaba aquí y eso significaba que me quedaba.

***

No quería ir a la fiesta después del incidente con el Lexus de juguete, pero Hayden había insistido.

—Tienes que hacer algo normal —dijo después de la cena—. Además, quiero que vayas. Conmigo.

Esas dos pequeñas palabras prácticamente sellaron el trato. Así que traté de forzar a que todo saliera de mi cabeza mientras escarbaba en mi armario. Me decidí por una minifalda vaquera y medias opacas negras que en

realidad iban con mi grueso suéter. También encontré un par de botas de piel de oveja totalmente feas, pero mantenían mis pies calientes.

Conseguir que mis rizos no se vieran como una gigantesca bola de pelo cardado tomó unos cuarenta minutos, sobre todo porque Olivia vació media botella de revitalizador de rizos sobre su propia cabeza.

—Mío. —Se lo arrebaté e hice una mueca.

Olivia se sentó en el borde de la cama, moviendo sus pies hacia atrás y adelante.

—¿Por qué no estás vestida como Phoebe?

Phoebe se había ido hace más de una hora, con un vestido negro asesino que empujaba en serio el código de vestimenta con su escote. Y ella se veía bien.

Volví al espejo del baño y fruncí los labios. Olivia se rió desde la cama.

—Ella fue a un baile.

—¿Por qué no fuiste a bailar?

—Los bailes son absurdos, Olivia —dije, diciéndome lo mismo. Una vez estuve satisfecha con mis rizos, arrojé la botella en una cesta y me giré hacia Olivia.

Ella aplaudió un poco entusiasta.

—Estás muy guapa, Emmie.

—*Emmie* es bonita.

El sonido de la voz de Hayden me llevó a levantarme de golpe. Se puso de pie en la puerta, vestido con un jersey oscuro, pantalones holgados y una gorra de béisbol negra. Mechones marrones sobresalían a los lados, añadiendo un encanto juvenil.

También tenía sus manos apoyadas detrás de la espalda.

—Hey —dije.

Hayden me dio una sonrisa torcida antes de pasar a Olivia.

—La tía Liz está horneando galletas.

Sus ojos se iluminaron como si alguien mostrara un diamante en su rostro.

—¿Galletas? ¿Coca-chip?

—Uh-huh, pero ¿no es hora de dormir? —preguntó Hayden—. Es probable que perdieras la oportunidad.

—Nooo. —Ella arrastró la palabra, los ojos muy abiertos.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Qué mal.

Él me sonrió.

—Tal vez si te apuras, te den a probar un poco antes de ir a la cama.

Olivia saltó de la cama y tiró su trasero fuera de la habitación. Las galletas Coca-chip eran mucho más importantes que su hermana. Su partida nos dejó solos... en mi dormitorio.

Nerviosa, cogí la moneda y la puse en mi bolsillo.

—Más te vale que haya galletas de chispas de chocolate ahí abajo, u oirás gritos en un minuto.

Hayden se echó a reír.

—Hay galletas ahí abajo. Puedo hacer muchas cosas, pero no mentir a los niños.

Me pregunté qué quería decir con eso.

—¿Qué tienes tras la espalda?

Se sentó en la cama.

—Ven aquí.

—¿Qué? —Me senté a su lado, pasando las manos sobre la falda vaquera.

Se movió. Un par de guantes tejidos estaba en sus manos, gris jaspeado, siempre un buen color.

—Los robé de la habitación de Phoebe. Va a hacer frío allá afuera. Los vas a necesitar. Y van a tener sus manos más calientes que los que normalmente

usas. Sólo quiero que te diviertas —prosiguió en voz baja—, y no tienes que preocuparte de nada. Necesitas divertirte esta noche.

Mis ojos se sentían extraños, como si algo se hubiese quedado atascado en ellos. Parpadeé un par de veces e ignoré la forma en que mi garganta se sentía apretada.

—Gracias.

Hayden asintió sin mirarme a los ojos.

—Extiende tus manos.

—Puedo hacer… —Sus ojos encontraron los míos. Tenía esa mirada. Suspirando, extendí mis manos.

El fantasma de una sonrisa apareció. Hayden tiró cuidadosamente un guante sobre mi mano derecha. Las puntas de sus dedos apenas rozaron la piel alrededor de mis muñecas, pero se sentía como un millar de golpes de electricidad. La mano izquierda siguió y sus dedos rozaron mi piel una vez más. Escalofríos corrieron por mis brazos, luego hacia abajo en todas partes.

No podía creer lo imprudente que era. Nadie en la casa se atrevía incluso a ser tan casual sobre tocar accidentalmente mi piel, ni siquiera Olivia.

Una vez hubo terminado, sus manos se demoraron un par de segundos antes de que él las dejara.

—¿Lista?

Asentí, sin confiar en poder hablar.

Liz ya tenía a Olivia en una de las salas con un plato de galletas y leche. Me preguntaba cómo ella pensaba que iba a llegar a dormir ahora. La chica estaba a punto de tener un alto nivel de azúcar.

Gracias a Dios, yo no estaría aquí para experimentarlo.

Casi logramos salir de la casa sin ser detenidos, pero Hayden quería tomar una botella de agua para el camino. En la cocina, Cromwell se apoyó en el mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho. Primero apareció solo, pero Hayden se tensó a mi lado.

Kurt se sentó a la mesa. Los pelos por todo mi cuerpo se erizaron. Kurt inclinó la cabeza ante nosotros, una sonrisa satisfecha en su rostro.

—¿A dónde van, chicos? —preguntó Cromwell.

—Una fiesta de los chicos —contestó Hayden.

—¿Los dos?

—¿Es eso un problema? —pregunté en probablemente uno de mis peores tonos cada vez más del tipo que solía ganarse la severa mirada de mi padre.

Cromwell tenía la misma mirada en su cara, excepto que él no era mi padre. Así que no me importaba. Después de un largo rato de silencio, Cromwell habló a Hayden.

—El toque de queda es a las once.

—¿Qué? —Los ojos de Hayden se estrecharon—. Tú nunca me has puesto antes un toque de queda.

—Hay uno ahora.

La postura de Hayden cambió. Sus piernas se extendieron, los hombros hacia arriba.

—Las once es una hora ridícula.

La mirada de Cromwell parpadeó brevemente a mis manos.

—Medianoche, no más.

Al parecer, Hayden consideraba insistir en el tema, pero sólo se encogió de hombros. Cogió una botella de agua mientras yo miraba a Kurt por el rabillo de mi ojo. ¿Parecía alguien que destrozara a un conejo y pusiera un coche de juguete destrozado en mi armario? Sí.

No podía salir de la cocina con la rapidez suficiente, pero la voz profunda y casi divertida nos detuvo en el pasillo.

—Que se diviertan —gritó Kurt—. No hagas nada de lo que te arrepentirás. Eso va para los dos.



capítulo 14

traducido por val_277

corregido por jut

Algún tiempo después, me senté rodeada por chicos que me eran familiares de los pasillos de la escuela y unos pocos con los que intercambiamos tal vez una frase entera. Alguien me había metido un vaso de plástico rojo en la mano, ya habíamos llegado al barril de cerveza barata que sabía tan malo como olía, pero bebía, de todos modos. Despacio.

Cory parecía emocionado de verme cuando llegó del baile, vestido con un esmoquin completo. Se veía tan tonto, vestido tan formal entre el maíz y las sillas de jardín maltratadas. Afortunadamente, Hayden había pensado antes y cogió una manta. Ahí es donde me alojé, mis piernas dobladas debajo de mí y un vaso de cerveza de mierda en mi mano.

Y me estaba divirtiendo.

Una vez que los chicos se aburrieron con el baile, llegaron por camiones. Las chicas todavía llevaban sus bonitos vestidos, pero la mayoría de los chicos se habían cambiado. Cuando me bebí mi primer vaso de cerveza, me negué a una segunda. Estaba tan ligera y contenta viendo a Hayden interactuar con otras personas ajenas. Me fascinó.

Él era natural. Encantador y divertido y Dios, todas las chicas semidesnudas acudían a él, sólo querían hablar con él, estar a su lado. Los chicos, bueno, eso parecía una historia totalmente diferente. Se mantuvieron a distancia, tratándolo con el tipo de estima que por lo general es el resultado de un miedo innato. A pesar de que Hayden se mezclaba, nunca vagó demasiado lejos de donde estaba sentada, casi como si se hubiera nombrado a sí mismo mi tutor o algo así. Estaría mintiendo si dijera que no me sentía halagada, pero también me sentí en una especie de mal. ¿Estaba él guardándome de sus amigos?



Al parecer, Gabe pensaba eso.

—Es bueno verlo salir. —Se dejó caer sobre la manta de la nada, todavía vestido con su camisa de vestir, a pesar de que se había puesto los pantalones vaqueros. Una chica con el pelo castaño y un espantoso vestido púrpura que se aferraba a su cuerpo esperaba cerca—. Ha estado tras tu culo desde que llegaste.

Fruncí el ceño.

—No es que no sea un buen culo para perseguir, pero quiero decir, ¡vamos! ¿Qué está recibiendo de pasar tanto tiempo contigo?

Mi ceño fruncido se metió en una mueca.

—Definitivamente no está consiguiendo poco, ¿así que cuál es el trato, Ember? ¿Qué has estado haciendo con los chicos?

—Nada de eso es de tu incumbencia.

Gabe echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No te gusto, ¿verdad?

Me pareció que era una pregunta estúpida.

—No me gustas.

—Es cierto. —Se rió de nuevo y luego se levantó. Un segundo después, Phoebe se puso en su lugar. Suspiré.

—Bonitos guantes —dijo.

Miré hacia abajo.

—Lo siento. Hayden los cogió.

—¿Él? —Se tambaleó hacia la izquierda, un vaso de plástico colgando de sus dedos—. Qué bueno es, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Phoebe dio un paso a la derecha, se detuvo y luego se rió cuando se inclinó por la cintura. Sólo Dios sabe lo que el grupo de chicos vio desde su punto de vista detrás de ella.

Puse los ojos en blanco, pero Phoebe se encogió de hombros.

—De todos modos, como decía. Qué lindo de parte de Hayden. ¿Crees que es como un gran caballero blanco? ¿Eh? Pero es más como el caballero negro. El chico tiene daños serios. Sí, los tiene.

Mis cejas se elevaron un poco a la frente, mientras más hablaba. Me pregunté cuántas veces había llenado su vaso de plástico.

—Apuesto a que no te ha dicho por qué lo echaron de la casa de su padre, ¿verdad? Por supuesto que no… —Ella arrastraba las palabras—. Tú no lo conoces como yo.

—Tal vez deberías dejar de beber —sugerí.

—Tengo que hacer pis —anunció a nadie en particular.

—Bien por ti.

—Se supone que tienes que venir, Ember. Las chicas no dejan que las chicas orinen en el campo de maíz solas. —Se rió y señaló la copa hacia mí. Tiré hacia atrás, pasando muy de cerca una cascada de cerveza—. No es que tú lo supieras. Apuesto a que no te invitan a una gran cantidad de fiestas.

Miré a mí alrededor buscando a Hayden, encontrándolo con Gabe y un par de chicos que no conocía. Me di cuenta de que él no dejaba de mirar por encima de nosotras, pero estaba bastante segura de que no había oído a Phoebe. Y no quería molestarlo.

—¿Vienes o no? —Ella hipó y se tapó la boca—. Uf, creo que acabo de vomitar en mi boca un poco.

—Oh, eso es asqueroso.

Se rió.

—Sí, lo es.

Prefiero correr alrededor desnuda que llevarla a hacer pis, pero una sensación de muchacha de servicio se levantó en mi interior. Empujé hacia abajo. Se volvió con fuerza. La chica apenas podía caminar en línea recta. Había una buena probabilidad de que se perdiera.

No es un mal pronóstico.

—¿Ember...?

Gimiendo, me paré.

—Vamos.

Phoebe tropezó delante de mí, pero lo hizo al borde del campo de maíz. Cuanto más nos aventuramos, más sombras consumían el resplandor de fuego de la hoguera. Miré a mí alrededor, sólo era capaz de distinguir las formas de los árboles y arbustos.

Me estremecí.

—¿Es esto suficientemente bueno para ti?

—Por supuesto. Lo que sea. —Phoebe se echó hacia atrás. Bueno, se cayó de espaldas, pero se las arregló para llevarme fuera de la clase de gracia que nunca tendría. Su vestido se subió por las piernas, revelando varias líneas finas que atraviesan el interior de sus muslos. Eran líneas rectas perfectas, tres de ellas, uno después de la otra. Heridas frescas.

Entrecerré los ojos. Había más en sus muslos. Algunos estaban desvaneciéndose mayormente en rosa, en delgadas líneas blancas al lado de los tres cortes enojados y moretones alrededor de los bordes.

Incluso en su estado de embriaguez, se dio cuenta de que lo sabía. Poco a poco, tiró de su vestido hacia abajo y sonrió.

—Júzgame. No me importa.

—No te estoy juzgando. Phoebe, tú…

—Tú no sabes lo que es sentirse siempre así. —Se puso de pie lentamente—. Ser empático es una mierda. Tal vez no es tan malo como tú, pero a veces tengo que detenerlo. ¿De acuerdo? El dolor se detiene por un momento, pero luego todo vuelve. Odio. Amor. Lujuria.

—¿Pensé que Cromwell te enseñó cómo controlarlo?

Phoebe soltó un bufido.

—Sí, claro. Sabes, solía ser capaz de alejarlo en casa, pero ya ni siquiera puedo. Caray, es una mierda. ¿Por qué estoy contándote esto? No sabes nada. Ni siquiera eres *dotada*.



Cualquiera que fuera la simpatía que sentía por ella se escapó.

—Sólo tienes que utilizar el maldito baño.

—No sabes nada. ¿El accidente? —Arrojó su espesa melena por encima del hombro, riendo—. Eso no fue un accidente.

Me apretó el estómago. Un zumbido extraño llenó mis oídos.

—¿Qué?

—No seas tan tonta al respecto. Querían a Olivia. No a ti. No a tu familia. Así que fueron por ello. Nadie sabía que traería tu culo. Supongo que has jodido sus planes, ¿eh?

Sus palabras quedaron flotando entre nosotras. Todo lo demás en el mundo llegó a un punto muerto. Me sentía caliente, entonces fría. Seguramente había escuchado mal.

Me señaló.

—Debes ver la expresión de tu cara.

—¿Cómo sabes eso?

—Vamos, es obvio. Ninguno de nuestros padres nos quería, o a cualquiera de los otros dotados. Pero la tuya no quería renunciar a ella. —Miró su copa, con el ceño fruncido—. Mi copa está, como, vacía.

Quería sacudirla.

—Phoebe, ¿sabes que causó el accidente?

Phoebe levantó la cabeza lentamente. Alguna de la niebla de la cerveza se desvaneció de su rostro.

—Realmente no tengo ni idea de lo que estoy hablando. Ni siquiera tengo que orinar más.

Mi boca cayó al suelo.

—Phoebe…

—Ya he terminado aquí. —Levantó la mano—. Tus malditas emociones están ahogándome en la mierda.

Me dirigí hacia ella, pero bajaba a mí alrededor.

—Por favor. ¡No me puedes decir algo así y luego irte!

—Mira, estoy borracha. Ni siquiera sé de lo que estoy hablando. —Empezó por el camino oscuro. Entonces corrió hacia los arbustos, desapareciendo de mi vista.

No había manera de que estuviera dejando esta caída. Era evidente que sabía algo. Corrí detrás de ella, con la esperanza elegí los arbustos adecuados para exprimir mi pasado. La ira arañó a través de mí. ¿Cómo iba a decir algo así y luego decir que no sabía de lo que estaba hablando?

Cuanto más me fui, más ramas delgadas se quedaron en mi cabello y mi ropa, pero vi su esbelta figura redondeando en torno a un árbol.

—Phoebe —grité, golpeando una rama en mi cara.

La maleza gruesa hizo que fuera difícil seguir y me pregunté cómo Phoebe había llegado tan lejos hasta ahora. Me tropecé más de una vez.

Y entonces me perdí.

Me detuve, abrazando mis codos mientras escaneaba la oscuridad. Ni siquiera podía oír nada de los chicos o ver la fogata. Todo lo que me rodeaba eran sombras. Un escalofrío se posó sobre mi piel.

—¡Phoebe! —Mi voz se quebró como mi estómago vaciado.

Poniendo mi ritmo, me abrí paso entre arbustos espinosos que agarraron mis medias. Una de las ramas se enganchó en mi pelo de nuevo. Me tiré a un lado, perdiendo algunos mechones en el proceso. Mi corazón cayó sobre sí mismo mientras aspiraba el aire.

—Mierda —susurré.

Las sombras parecían reírse de mí.

Temblando, comencé a caminar de nuevo. A mi alrededor, ramitas rompieron las *cosas* a lo largo de la oscuridad. Estoy bastante segura de que estaba a punto de ser devorada por un oso y empecé a correr. El terreno en pendiente hacia arriba apareció de repente delante de mí. Tropezando, caí de rodillas. El dolor en mis rodillas, haciéndome gritar.

El ruido sobresaltó lo que estaba en los árboles. Las ramas temblaron y las hojas caían a mí alrededor como ¿murciélagos? Yendo al cielo, agitando las alas.

Con el corazón acelerado, me puse en pie y caminé hasta la pequeña colina. Dejé escapar un suspiro de alivio cuando vi la carretera por la que Hayden y yo habíamos llegado. Ahora sólo tenía que averiguar si debía ir a la izquierda o a la derecha. Recorrí el camino de una señal, finalmente detectando un pequeño lugar verde que reconocí.

Girando alrededor, me dirigí hacia la derecha. Cuando regresé a la fiesta, iba al encuentro de Phoebe, azotándola con mis guantes y estrangulándola. Pero en este momento me abracé a mí misma y oí cañones por el lado de la carretera. El aire frío azotó contra mí y me encontré queriendo estar cerca de Hayden. Siempre tenía ese maravilloso calor, calentando más que mi piel. Rodeada por la noche y sola, podía admitirme que me sentía atraído por a Hayden, en realidad, ridículamente atraída por él. Una atracción sin sentido, pero eso no cambiaba lo que sentía.

¿Hayden se había dado cuenta de que me estaba perdiendo?

Seguí adelante, aliviada al ver las formas de los coches aparcados en la entrada del campo de maíz en el camino por la carretera. Una ráfaga de viento brutal entró por mi ropa y, una vez más, me imaginé mis manos envueltas alrededor de la garganta de Phoebe.

Uno de los coches aparcados en el lado de la carretera estaba volteado con luces altas, momentáneamente cegándome. Me encontré un paso atrás, protegiéndome los ojos contra la luz intensa. Durante el fuerte viento, oí el motor encendido, ronroneando a la vida. No sonaba nada como el trozo de metal que solía conducir.

Bajé mi brazo cuando el coche se detuvo en el camino. Un rayo de luz de luna se escabulló de las nubes, brillando con la negra y brillante superficie del coche. Algo sobre el vehículo provocó un recuerdo, pero era demasiado oscuro para que realmente fuera otra cosa que un cupé de algún tipo.

El coche desaceleró y yo empecé a caminar más rápido. Mirándolo por el rabillo de mi ojo, me di cuenta de que las ventanas debieron de haber sido teñidas, como el Porsche en el garaje de Cromwell. Negro, coches de dos puertas...

Sin previo aviso, el coche aceleró y giró a la derecha hacia mí. El pánico me clavó en el suelo. No me podía mover, no podía respirar mientras el coche se abalanzaba sobre mí.

capítulo 15

traducido por josez57 & onnanohino gin

corregido por jut

El instinto me impulsó a la acción. Salté a un lado, evitando por poco la trompa ya que el auto voló por delante de mí, levantando grava suelta. Mi pie se resbaló. Me caí hacia atrás, deslizándome por la pendiente. Hubo un chirrido cuando el auto se desvió de nuevo en la carretera y giró por la autopista.

Me quedé allí, tirada en la hierba, mi corazón latía con fuerza mientras miraba hacia el cielo nublado, oscuro. Me tomó varias respiraciones profundas llevar aire a mis pulmones.

Aturdida, me senté y me revisé. Mis piernas dobladas hacia adentro, todavía funcionaban. Subí mis rodillas y me levanté. El auto era cosa del pasado, pero mi corazón todavía tronó contra mis costillas.

Comencé a caminar hacia los coches aparcados, recuperándome de lo que acaba de suceder. *Podría haber sido accidente. Los chicos estaban bebiendo. Estaba oscuro y probablemente no esperaban que nadie a este caminando a lo largo de la carretera.*

No podía ser que alguien había intentado deliberadamente atropellarme.

Cada parte de mi cuerpo estaba temblando en el momento que pasé los autos y vi el resplandor de la hoguera.

Me abracé a mí misma, pero mi cuerpo se estremecía del agobio.

Pequeños grupos de chicos se enganchaban alrededor de los coches, reían y pasaban un buen rato. Eran completamente ajenos a mí tropiezo delante de ellos, no sabían que sucedió en la carretera.

—Ember.

Me volví al oír la voz de Hayden. Salió de las cargadas sombras que rodean el campo de maíz, el sombrero de béisbol puesto bajo en la frente. Me quedé mirando, incapaz de responder.

Agarró mis brazos.

—Ember, ¿dónde has estado? Yo te vi salir con Phoebe, pero luego volvió sin ti. ¿Estás bien?

—Me dejó en el bosque. —Mi voz era ronca y temblorosa—. Me perdí.

Su agarre me apretó.

—¿Ella hizo *qué*?

De repente, todo el incidente con el auto en la carretera no era importante ya. Recordé lo que Phoebe había dicho antes de que desapareciera. Me removí de las manos de Hayden.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con ella .

Hayden agarró mi brazo de nuevo, me detiene.

—¿Qué está pasando?

—Ella dijo que el accidente no fue un accidente. —Me gustaría poder leer su expresión—. Tengo que hablar con ella. Hayden, tú no lo entiendes. ¡Tengo que hablar con ella!

Se inclinó, el sombrero marcó sombras profundas en sus mejillas y sus ojos.

—No, nosotros tenemos que hablar.

El miedo avanzó su camino por mi espina dorsal.

—Lo sabes, ¿no? —Mi voz se redujo a un susurro—. Oh, Dios... Lo sabes.

Hayden me estudió un momento y luego su mano se deslizó por mi brazo. En vez de dejar que me vaya, entrelazó sus dedos con los míos. Incluso a través de los guantes, podía sentir su calor.

—No sé cómo Phoebe sabía ni por qué lo dijo así.

Traté de tirar de mi mano libre, pero su agarre me apretó.

—¿Hayden...?

Pasos se acercaban y una risa estridente cortó toda la noche. Sin decir una palabra, Hayden me atrajo hacia el lugar donde habíamos aparcado.

—¿Qué estamos haciendo?

—Vamos a un lugar a donde podamos hablar en privado.

Busqué en mis pies.

—Quiero hablar ahora.

Hayden se detuvo, su mano me apretó suavemente.

—Sé que esto es importante para ti, pero no quiero estar aquí al aire libre y hablar de ello. —Bajó la voz—. Tenemos que ir a algún lugar privado. Sólo confía en mí, Ember. No vas a querer estar alrededor de gente... después de esto.

—Está bien —dije en voz baja—. Pero no quiero volver a casa.

—¿Por qué? Es el lugar más seguro para hablar de esto.

Pensé en el auto. Había estado demasiado oscuro como para ver, pero podría haber sido uno de los Porsche.

—No lo creo.

Hayden hizo un sonido exasperado.

—Está bien. Hay otro lugar. Podemos ir a la cabaña.

—¿Cómo vamos a llegar en medio de la noche y con el toque de queda?

—Sólo tienes que confiar en mí, Ember.

Confié en él. Y probablemente era estúpida para hacerlo, sobre todo cuando él me había seguido durante años y realmente no sabía mucho sobre él. Pero no cambió que me sentía segura a su alrededor. No volvimos a hablar hasta que nos metimos en el auto. Se quitó el sombrero y lo tiró en el asiento trasero.

Hayden se pasó una mano por el pelo, mirándome con el ceño fruncido.



—¿Qué es todo esto sobre ti? —Estiró la mano, recogiendo una hoja triturada de mi brazo y el hombro. Su mirada se encontró con la mía—. ¿Estabas dando vueltas en el bosque? ¿Algo que quieras decirme?

—Estaba perdida. —Me mordí el labio, mirando a otro lado. Parecía absurdo afirmar que había sido a propósito—. Encontré la carretera y estaba muy oscuro. Un auto... casi me golpeó. Me zambullí del medio.

Él estaba increíblemente quieto en el asiento de al lado.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo me asusté —Tragué saliva—. Estoy bien, sin embargo.

—Voy a matar a Phoebe.

Mis labios temblaron.

—No antes que yo. ¿Por favor?

Hayden no respondió. Condujo en silencio, con las manos apretando el volante hasta que sus nudillos se volvieron un blanco fantasmal. Miré por la ventana, incapaz de calmar la tormenta dentro de mí. Sabía, sin lugar a dudas, que esta noche iba a cambiar todo.

***

Volvimos a la casa con tiempo de sobra. Cromwell había estado esperando, y yo pensaba que se había visto seriamente decepcionado cuando se dio cuenta que no nos podía castigar por llegar tarde. Tomó todo en mi poder no correr a él y exigirle respuestas, pero le había prometido a Hayden que lo dejaría explicarme antes de ir con Cromwell.

Al igual como Hayden me había dado instrucciones en el auto, me fui directamente a mi habitación y me cambié a una sudadera con capucha. Me puse las botas de nuevo a pesar de que parecía un lío caliente, pero pensé que la caminata sería bastante fría.

Mi estómago se retorció y revolvió todo el tiempo que esperé. *Eso no fue un accidente*. Aquellas palabras cortaron a través de mí. No podía quedarme quieta y cuando me puse de pie, mareos y náuseas me inundaron. En medio de todo esto, las palabras de Kurt volvieron a atormentarme, como si hubiera

sabido que algo iba a suceder que irrevocablemente cambiaría todo. *No hagas nada de lo que te arrepentirás.*

¿Él había sido el que conducía el auto?

Tan pronto como ese pensamiento surgió, sentí frío. No había manera de saber si había sido un accidente o si alguien había tratado de atropellarme. Y ahora mismo, no podía concentrarme en eso, no cuando estaba a punto de averiguar si el accidente que había matado a mi padre y a mí no había sido un accidente.

Una hora más tarde, Hayden llamó suavemente a la puerta y me deslicé los guantes. Nos colamos fuera de la casa en silencio. Caminar hacia la cabaña en medio de la noche no era mi idea de diversión. Cada chasquido de una ramita o sombras moviéndose, causaban que mi corazón saltara.

—Esto es tan raro. —Recorrí la oscuridad que rodeaba al peligro.

Me agarró la mano con la suya libre, dándome un pequeño apretón mientras el haz de su linterna rebotaba sobre el terreno por delante.

—Vamos.

Me sentía mejor con su mano envuelta alrededor de la mía. Acerca de la mitad del camino, algo se precipitó a través de los arbustos detrás de nosotros, y apreté su mano.

—¿Qué fue eso?

—Sólo un ciervo.

En el momento en que llegamos a la cabaña, yo ya había tenido acerca de cinco ataques al corazón y ya estaba temiendo el camino de vuelta. Esperé junto a la mesa, mientras que Hayden cerraba las persianas y encendió algunas velas.

Color suave brillaba a través de la habitación.

Hayden pasó junto a mí, el olor del jabón y el aire fresco momentáneamente me envolvió. Vi como se sentó en el borde de la cama. La idea de la cabaña había sido genial para no volver a la hoguera, pero ahora en serio quería patearme a mí misma.

¿Qué demonios había estado pensando? ¿Irme furtivamente con Hayden y encerrarnos en una pequeña y acogedora cabaña?

La parte espontánea de mi cerebro vomitó todo tipo de imágenes, ninguno de ellos ni remotamente posible en la realidad. Él no me habría traído aquí por algo así. No podíamos ni siquiera tocarnos.

Pero podíamos, ¿no? Durante unos segundos, tal vez aún más. Sacudí la cabeza para deshacerme de la imagen que apareció.

—Ember ¿estás bien?

Invoqué a mis sentidos y propósito común, me quité los guantes y los dejé caer en el respaldo del sofá. A pesar de que mis hormonas habían totalmente elegido un momento extraño para volver a la vida, no estaba aquí para babear sobre Hayden.

—Dime lo que sabes —le dije.

—El accidente no fue un accidente, Ember.

Mi corazón se sacudió. Intenté decir algo, pero nada iba a salir.

—Se suponía que no lo supieras. Mi padre pensó que sería mejor si no lo hicieras. Nadie quería que te preocupes, que tengas miedo. Pensó que sería lo mejor, pero ahora...

—¿Lo que le pasó a mi papá, a mí? ¿Nada de eso fue un accidente?

—Todo lo que sabemos nos indica que fue a propósito.

Lo perdí.

—¡Tú sabías esto! ¿No crees que yo tenía derecho a saberlo? —Todo mi cuerpo se tensó con emociones que no podía ni empezar a nombrar—. ¿Alguien mató a mi padre? ¿Me mató? ¿Y ninguno de ustedes cree que debía decirme?

Hayden negó con la cabeza.

—Ya tenías tanto dolor, yo… nosotros queríamos protegerte.

—¡No sabes lo que es mejor para mí, Hayden! —Caminé al lado de la cama y me detuve frente a él—. Puedo cuidar de mí misma.

Él miró hacia otro lado.

—¿De qué sirve saberlo, Ember? ¿No te hace sentir aún más dolor? ¿Cambia en algo?

—¡Lo cambia todo! —grité. Estaba a punto de llorar, cerca de descomponerme—. ¿Sabes quién hizo esto, tuviste algo que ver con eso? —Tan pronto como las palabras salieron de mi boca supe que quería llevarlas de vuelta dentro. La idea de vivir con mis asesinos, los asesinos de mi papá, era demasiado para considerar.

Le di una patada al borde de la cama, pero eso no sirvió de nada. Me arrojé a Hayden.

Debe de haberlo esperado, porque él me cogió por la cintura y me volcó sobre la cama en un movimiento fluido. Me empiné hacia arriba, cogiéndolo por el estómago con el codo antes de empujar mis hombros con fuerza hacia abajo.

—Detente. —Él hizo un sonido bajo en su garganta mientras seguía luchando—. No tenemos nada que ver con eso, Ember. Mi padre no trata de matar a personas inocentes o llevar a niños lejos de sus padres. Sé que no confías en él, pero confía en mí. Sé que lo haces.

Hice varias respiraciones profundas y me quedé inmóvil bajo él.

—¿Ember? —me preguntó en voz baja.

—Si no fue tu padre, ¿quién fue?

Sus manos se flexionaban sobre mis hombros, una y otra vez.

—No lo sabemos. Mi padre incluso fue a la Habilidad para ver si tenían alguna idea, pero a pesar de todos sus medios para descubrir cosas, ellos no tenían respuestas.

Mis manos se cerraron sin poder hacer nada a mis costados.

—Entonces, ¿cómo sabes que no fue un accidente?

—No lo sabíamos. No hasta que las trajeron aquí. —Él tomó otra profunda bocanada de aire y trató de sonreír—. Liz tiene un don único. Ella puede sentir cuando un superdotado nace, encontrando la ubicación y la hora



exacta. Pero mi padre no se lanza en picado e interviene. Él comprueba, en primer lugar, y si las cosas no están bien, entonces él trata de ayudar.

—No lo entiendo.

Hayden me movió y se sentó.

—Siempre supimos sobre Olivia, porque Liz la sentía. Pero entonces, hace dos años, Liz sintió un nuevo talento que nació en el mismo lugar que Olivia, excepto que ella dijo que se sentía —fuera—. No podía saber lo que era. Por supuesto, eso hizo que mi padre sintiera curiosidad, por lo que quería comprobarlo. Kurt y yo fuimos.

Me dirigí a la parte superior de la cama y puse mis piernas en mi barbilla.

Hayden se volvió hacia mí.

—La dirección que nos dio Liz era exactamente en la intersección del accidente. Supimos de inmediato que algo malo había pasado. Recorrimos los alrededores durante unos pocos días. Luego vimos un artículo de prensa sobre el accidente... que mató a un médico local, y como uno de los pasajeros había sobrevivido milagrosamente. El artículo indicaba la intersección que Liz había sentido. Nos pareció curioso, y empezamos a investigar, pero sólo te vimos a ti y a Olivia.

—Nunca a mamá. —Recordé cómo había sido. Mamá volvió a casa, se encerró en su dormitorio con Olivia, y me dejó afuera. La última vez que me habló fue en el auto, justo antes del accidente.

—Nos tomó un tiempo averiguar lo que pasaba, que tú eras lo que Liz sintió. Pero mi padre pensó que, dado que tu madre estaba viva, no había razón para intervenir. El día que fuiste al banco, supe que algo no estaba bien.

Parpadeé.

—¿No se habían dado cuenta de que mi mamá... no estaba bien hasta entonces?

—Ya sabes lo que dijo Kurt. —Miró hacia otro lado y luego dijo—. Seguí el rastro, a pesar de que nadie me lo había encargado. Sabía que algo no estaba bien, y cuando le dije a mi padre lo que había visto, empecé a seguirte.

Y el resto es historia, pero no me había respondido a una cosa.



—¿Cómo sabes que el accidente no fue... no fue un accidente?

Hayden se dio la vuelta hacia donde yo estaba acurrucada. Puso sus manos a cada lado de mis piernas. La luz de las velas bailaba en su rostro, suavizando sus facciones.

—Al usar sus poderes, Kurt encontró a tu mamá. Eso era lo que estaba tratando de hacer cuando llegaste a casa. Una vez que la vio, supo lo que había pasado.

Su rostro se ensombreció y de repente, no estaba muy segura de si quería escuchar esto.

—Habían vaciado la mente de tu madre, Ember. Tenía que haber ocurrido después del accidente, y era un trabajo muy mal hecho. Dañaron su mente, destruyeron su capacidad de procesar las cosas correctamente. Kurt piensa que quien lo hizo fue interrumpido, porque recuerda a Olivia, pero en cuanto a ti... no te recuerda.

Y entonces me di cuenta. El día en que Adam había sido atacado, la mirada en blanco que le había quedado… ya sabía por qué me había parecido tan desgarradoramente familiar. Esa expresión en su rostro había sido como un puñetazo en el estómago, sólo que peor. De pronto, noté que tenía el cuerpo entumecido.

—Ember, lo siento.

Me deslicé en la cama, pero Hayden seguía hablando.

—No. —Alcé la mano, sosteniéndola en alto. Todo mi brazo tembló—. Necesito un momento.

Hayden retrocedió, pero sentía que me miraba fijamente.

—¿Se puede deshacer? ¿Mi mamá puede recuperar sus recuerdos? ¿Puede alguien... arreglarla?

—No.

—Por supuesto que no —susurré. Mi mente continuaba asimilándolo, tardé bastante en procesar todo esto. Mi padre había muerto. La mente de mamá había sido vaciada. Yo era un maldito monstruo. ¿Y todo por el don de Olivia?



Rabia, intensa y poderosa, invadió todo mi ser. Por un momento, sólo un momento, odié a Olivia, la odiaba por algo que estaba totalmente fuera de su control. La culpa no se hizo esperar, pero no fue suficiente como para cerrar la herida. Ni tampoco me hizo sentir más aliviada.

Mis manos temblorosas se movieron a través de mis rizos, tirando de ellos hacia atrás.

—Siempre pensé que me odiaba, me culpaba por el accidente. Y yo la había odiado por ello, odiaba que ella fingiese que estaba muerta cuando más la necesitaba. Todo este tiempo… mamá no podía evitarlo. ¿Por qué no me lo dijiste?

Hayden se sentó a mi lado, hombro contra hombro, pierna contra pierna. Un músculo palpitó en su mandíbula.

—No había una buena razón para no decírtelo.

Salió una especie de jadeo de mi garganta

—¿Entonces, por qué? ¿Todo esto es por lo que puede hacer Olivia? —Bajé las manos a mi regazo y me quedé mirándolas—. Arrancaron a mi familia de mi lado. ¿Y por qué? ¿Por un don… un don que convierte a las personas en la Parca?

Agarró mis muñecas y llevó mis manos a su pecho, donde su corazón latía bajo su suéter.

—Nada de esto es tu culpa, o de Olivia. No había manera de que pudieses saber lo que le habían hecho a tu madre.

Otro pensamiento me golpeó. Hielo puro fluyó a través de mí.

—¿Piensas que a mí también querían matarme? ¿Y a mamá? ¿Lo… lo que significa que seguramente todavía nos quieran muertos? Lo que pasó con mi taquilla es por…

—No. No pienses en eso —dijo.

Mis ojos se encontraron con los suyos por un instante, y se retiraron.

—Kurt puede borrar recuerdos. ¿Cuántas personas hay por ahí que puedan hacer lo mismo?

—No hay forma de saber cuántos comparten el mismo tipo de dones. Tenemos una idea general de cuántos de los nuestros han nacido en los últimos años, gracias al don de Liz, pero no sabemos lo que pueden hacer a menos que los investiguemos.

Respiré profundamente, pero el aire se quedó atrapado en mis pulmones. Me dejé caer sobre mi espalda y me quedé mirando el techo oscuro.

—¿Crees que el que estaba detrás del accidente puede estar detrás de lo que pasa con mi taquilla?

—No sé qué pensar. —Miró hacia otro lado por un momento—. Pero no creo en las coincidencias.

Me pasé las manos por la cara. Si había aprendido algo en los últimos dos años, era que no podía cambiar el pasado. Sólo tenía un futuro, sin importar lo terrorífico que pudiese ser.

—

—¿Estás tratando de entender... esto? —Su voz era tan suave que casi pensé que lo había imaginado.

—Realmente no lo sé. No creo que sea posible entender todo esto de una vez. Estoy destrozada por lo de mi mamá, pero aliviada de que ella no me odie. Estoy enojada con Olivia, y ni siquiera es su culpa. Estoy furiosa y tengo miedo de que el que estaba detrás del accidente pueda… oh Dios, aún podría querer a Olivia.

Hayden se movió hacia un lado y se puso las manos en el pecho.

—No voy a dejar que nada te pase. No tienes que preocuparte por eso.

Lo miré. Cada célula de su cuerpo parecía perfectamente controlada y sin embargo, apareció una sombra de incertidumbre en sus ojos.

—No habrá más secretos. Prométemelo.

—No habrá más secretos.

El silencio nos rodeaba, y en la oscuridad, una repentina sensación de determinación me hizo sentirme viva.

—Quiero saber quién mató a mi padre. —Estaba ardiendo de rabia por dentro.

—Lo sé.

—Y Kurt es la apuesta más probable. Ya sabes que...

—No sé qué creer. Lo conozco desde hace años, Ember. Y si es él, ¿por qué lo hace? ¿Por qué querría a Olivia? —preguntó Hayden—. Él es el socio de mi padre desde hace mucho tiempo. Sabe lo difícil que es la vida para los que tenemos un don. Simplemente no tiene sentido.

—No lo sé, pero ¿qué pasa con las cosas de mi taquilla? Tiene que ser uno de ellos...

No contestó. En su lugar, se dejó caer sobre su espalda, manteniendo una distancia de seguridad entre nosotros. Después de todo lo que había aprendido esta noche, mi corazón seguía bombeando demasiado rápido.

—Deberíamos regresar pronto —dije.

—Tienes razón.

Pero no lo hicimos.

Hablamos sobre Kurt y su padre.

—Nunca vamos a estar de acuerdo en esto.

Hayden resopló.

—Y sigo pensando que tenemos que contárselo todo a mi padre. Esto podría… ¿Qué es esto? —Se sentó, agarrando algo pequeño de la cama.

Tuve que inclinarme hacia adelante para ver lo que tenía. Algo pequeño y redondo descansaba en su palma. Instintivamente, supe que era la moneda.

—Oh. Debe de haberse caído de mi bolsillo.

Me miró a través de sus pestañas.

—No sé qué tiene grabado.

—No es nada —dije, deseando poder recuperarla—. ¿Puedes devolvérmela? —Le tendí la mano.

—Claro, pero ¿por qué tienes una moneda en el bolsillo? No es algo muy común.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Es algo así como un amuleto de buena suerte.

Hayden la dejó caer de nuevo en mi mano. Podía notar la gracia en su voz.

—Entonces será mejor que no la pierdas.

—No. —La puse de nuevo en el bolsillo y esperaba que se quedase allí.

Después de eso, nos quedamos en silencio un momento. Entonces oí la respiración pausada de Hayden, señal de que se había quedado dormido. Le envidiaba. Mi mente no quería desconectar.

En algún momento, me di la vuelta y me incorporé sobre el codo. No sé por qué lo hice, pero lo medité. Me di cuenta de cosas que no había visto antes, como el grosor de sus pestañas o que sus cejas parecían tener un arco natural en el medio. Mis dedos rogaban por acariciar la curva de su mejilla, la línea de su mandíbula. Mi mirada se desvió hacia abajo, sobre sus labios entreabiertos, y luego más allá. Sus manos se posaban sobre su vientre plano. Me pareció extraño que esos largos y elegantes dedos tuviesen el poder de hacerme daño.

Inspeccioné mis propias manos, me pregunté si alguna vez él miraba las mías y pensaba lo mismo. Sin embargo, mis dedos no eran tan elegantes como los suyos. Siempre parecían manchados con marcas de lápiz, a veces de carbón. Y mis dedos muertos, todo por el don de Olivia, y todo porque alguien había querido su don.

Poco a poco, me acurruqué en mi lado y vi la suave subida y caída del pecho de Hayden hasta que mis ojos se cerraron. Caí en un profundo sueño, los sueños agradables ni siquiera podían entrar.

***

Mamá parecía diferente; ahora sus gruesos mechones de pelo rojo no parecían tan aburridos, su cara no estaba tan pálida. Incluso la forma en que tarareaba no me molestaba como antes. Puse una taza de té caliente en la mesa de al lado de donde estaba sentada y retrocedí un par de pasos.

—Mamá, te entiendo. —articulé lentamente—. Sé que peleábamos mucho antes del accidente, pero siempre te quise. ¿Lo sabías? Ya sé que mi forma de actuar no lo demostraba. Fui tan estúpida, me gustaría que pudieses escucharme. Lo siento por cómo me comporté. Lo siento por escoger marisco esa noche, y... y lo siento por haberte odiado todo este tiempo.

Me detuve y cerré los ojos. La necesidad de esperar una respuesta se evaporó en el silencio que había entre nosotras.

Por la mañana, en el camino de regreso a la casa, Hayden me había explicado que vaciar una mente era algo que tenía que hacerse con cierta delicadeza. "Como un arte", había dicho. Mal hecho, las consecuencias eran terribles y el daño era casi siempre permanente. La ira y una sensación de impotencia me invadieron. Mamá no se merecía esto. Clavé las uñas en mis palmas.

—Sé lo que te ha pasado —dije—. Sé que no hay nada que podamos hacer para cambiarlo, pero voy a hacer las cosas bien a partir de ahora. Cuando me entere de quién te hizo esto, voy a hacérselo pagar. Voy a…

El suelo de madera del pasillo crujió una vez, luego dos veces. Me volví hacia la puerta, apretando los labios. Me acerqué a la puerta y me asomé al pasillo vacío. Sin saber si alguien había oído lo que había dicho, me aparté de la puerta y volví con mamá. Mi corazón se detuvo. Ella me miró, con los ojos desmesuradamente abiertos y con un tono verde sorprendentemente brillante.

—¿Mamá?

Entonces me di cuenta de que no me miraba a mí, sino a algo que había detrás, en la puerta, como si también hubiese sentido que había alguien en el pasillo.



Capítulo 16

traducido por jhos

corregido por jut

La auto reflexión era como prepararse para el SAT[8]. No quería hacerlo, pero sabía que tenía que hacerlo. Y cuando lo hiciera, iba a apestar en su mayoría. También iba a tomar un tiempo- la mía me llevo dos semanas y un par de días.

Supongo tenia Holden Caulfield para agradecer por ello.

El Sr. Theo se sentó en el borde de su escritorio, *Guardián entre los centenos* en sus manos. Siguió hablando sobre como Holden tuvo que apartarse como una forma de auto conservación, lo que lo llevo a la soledad. Y luego algo sobre la soledad siendo una forma de seguridad.

De cualquier modo. Al menos Holden había tenido una opción de convertirse en marginado.

Pero tuve una epifanía mientras la suave voz del Sr. Theo leía una línea del libro. "La mejor cosa, sin embargo, en ese museo era que todo siempre permanecía justo donde estaba. Nadie se había movido… nadie es diferente. La única cosa que sería diferente serias tú."

El Sr. Theo cerró el libro y miró a la clase; su brillante mirada parecía centrarse en mí.

—¿Qué es lo que eso significa para ustedes?

—El tipo necesitaba echarse un polvo —respondió Billy.

---

8 **SAT**: antes conocido como *Scholastic Aptitude Test* o *Scholastic Assessment Test*, una prueba estandarizada frecuentemente usada para seleccionar el ingreso a la educación superior en los Estados Unidos.

Ignoré las risas y la respuesta del Sr. Theo. Estaba demasiado enfocada en el hecho que no quería ser una de esas estatuas en el museo —nunca moviéndose, nunca cambiando— por siempre ser la chica que ni siquiera podía tocar una planta. Quería cambiar *necesitaba* cambiar, pero después de dos semanas de masacrar cada planta que tocaba, los cosas no estaban funcionando.

Cada noche, Hayden y yo nos escabullíamos a la cabaña y comenzábamos con las plantas. Después nos sentábamos en el sofá y hablábamos sobre cualquier cosa. Algunas veces nos acostábamos en la cama. En esas noches, normalmente nos quedábamos dormidos, y luego nos escabullíamos de regreso en cada romper el alba, rogando por no ser atrapados.

Pero tal vez no estaba tratando lo suficientemente fuerte. Tal vez iba al entrenamiento así podría pasar tiempo con Hayden, porque me gustaba quedarme dormida junto a él. Me gustaba estar así de ser de alguien.

El estridente sonido de la campana me sorprendió, y casi caigo de mi asiento. Los estudiándose se lanzaron sobre sus pies, parpadeando lejos de las miradas aturdidas en sus rostros.

El Sr. Theo puso el sobre el escritorio.

—Ember, ¿Puedes esperar un momento?

Sin sorprenderme del todo por su petición, ignore los muchos "oohs" y empuje mi libro en mi bolsa. El Sr. Theo la gustaba comprobar de vez en cuando. Creo que todavía se siente mal sobre el conejo muerto.

Él asintió al último estudiante persistente cuando rodeo su escritorio. Una vez la habitación estuvo vacía, sonrió hacia mí.

—¿Ha sucedido algo?

—No —mentí, inmediatamente sintiéndome como mierda por hacer eso. Deje salir un suspiro y me deje caer en uno de los asientos del frente—. Bueno, hubo una pequeña muñeca rota empujada en mi casillero ayer. —Deje salir el ruido que había descubierto el lunes después de la bienvenida. El Sr. Theo ya sabía sobre ello desde que me había pedido que me quedara después de clases ese día también. Por alguna razón, pareció sorprendido de verme en clases ese día, probablemente porque yo había desarrollado un frio desagradable.

Hayden tampoco sabía sobre lo que había descubierto en mi casillero. Lo había ocultado de ellos así él no habría estallado la escuela completa.

El Sr. Theo sacudió su cabeza.

—Ember, en verdad creo que necesitas hablar con el director. Te lo he dicho antes, la facultad aquí no acepta la intimidación.

Y le he dicho antes que no quiero involucrar a nadie más. Estaba a punto de decirlo de nuevo, cuando me sentí mareada.

—¿Cómo está tu vida familiar?

—Está… está bien. —Mi cabeza giraba un poco. No había comido el desayuno esta mañana, mala elección—. ¿Por qué… por qué pregunta?

El cruzo sus brazos, pareciendo incomodo.

—Sé que solo soy tu profesor, pero me mudé alrededor un cuando tenía tu edad. Se como de difícil es hacer amigos con chicas y vivir con extraños.

—¿En serio? —la luz parecía increíblemente brillante.

—Mi madre estaba muy enferma cuando yo estaba creciendo. Nos mudamos con un montón de diferentes familiares y amigos de la familia que no conocía bien. Recuerdo a los otros chicos no siendo muy amigables, haciendo bromas. —Se quito sus lentes, jugueteando con ellos—. Si uno de ellos hace esto, necesitas decirle a alguien.

Asentí lentamente, y la verdad —o lo que creí seria la verdad— estaba justo allí, en la punta de mi lengua. Quise decirle todo, porque tal vez —*sólo tal vez*— *él* me creería.

—¿Ember?

Salí de ello. qué pasaría si le dijera al Sr. Theo la verdad. Incluso pensaría que estaba loca o llamaría a las autoridades. Dudé que Cromwell respondiera bien a eso. Mira lo que le pasó a Adam. Que quede allí, inclinada contra el escritorio.

—Todos en casa son geniales. No creo que lo hiciera ninguno de ellos. De todos modos, voy a llegar tarde.

Un ceño fruncido tiro de sus labios. Deslizo sus lentes de regreso y asintió.

La culpa me hizo sentir incluso peor. Además de Hayden, el Sr. Theo parecía como la única otra persona que en verdad le importaba. Tal vez se sentía obligado como mi maestro, o tal vez vio un poco de sí mismo en mí; no importa la razón que fuera. Me sentí terrible.

—Gracias por su oferta, pero todo en casa está bien.

—No hay problema. —Regreso a su escritorio—. Sólo no olvides que tienes personas fuera de esa casa que pueden ayudarte si tienes problemas, Ember.

—Está bien. —Asentí, sabiendo que nunca le diría que sospechaba que Cromwell o uno de sus chicos con dones estaba detrás de la cosa en el casillero… y posiblemente por algo más terrible.

***

Para el momento que deje el cuarto periodo y la conversación sin fin de Cory, me olvidé sobre mentirle al Sr. Theo. Hayden esperaba por la puerta como siempre hacia, y mi estómago hizo un raro tipo de cambio cuando mi mirada se poso en la de el —algo que había esperar y ser cautelosa. Hoy vestía este suéter… y abrazaba a la parte superior de su cuerpo como una segunda piel. Con cada movimiento que hacía, los músculos estiraban la ropa sobre su pecho. Como ahora, cuando extendió su mano para cepillar su cabello lejos de su frente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Desde que estaba mi mirada estaba al nivel de su pecho, bueno, mirando a su pecho. Y no me llevaba mucho para imaginar su pecho desnudo. La imagen estaba siempre marcada en mi memoria.

Wow.

—¿Ember?

Me forcé a apartar la mirada.

—¿Dónde vamos a comer?

—Donde sea que quieras —Agarro mi bolsa y se la colgó sobre un ancho hombro.



Empuje mis manos en mi sudadera mientras nos arrastrábamos por el pasillo lleno de personas.

—En cualquier lugar pero las rocas están bien conmigo.

Me dio una mirada simpática.

—Sí. Sí. ¿Qué sobre la cafetería?

—Seguro.

Nos dirigimos en el frío aire de noviembre sin un sólo maestro nos detenga. A la cafetería atravesando la calle, cogí una cabina junto a la ventana así podría ver los árboles afuera. Sus hojas eran una colección de café, amarillo y rojo.

Tan hermoso.

—Pareces tranquila. —Comentó Hayden después que la mesara dejó nuestra mesa. Él había ordenado un emparedado de queso a la plancha con encurtidos. Asqueroso—. ¿No es por anoche, o sí?

Me gire de la ventana, encogiéndome. Anoche había llevado una familia entera de cactus durante la práctica. No del tipo espinoso, sino las bonitas flores que florecen en noviembre.

—No. Sólo he estado pensando.

—¿Sobre?

Jugando con la pajita, me encogí de hombros.

—¿Qué hiciste para ganar el control de tu don?

Hayden apoyo sus codos sobre la mesa.

—Tuve que averiguar que causaba que ocurriera cuando no quería que lo hiciera.

—¿Qué era? —levante la mirada.

Él aparto su mirada.

—Era una mezcla de cosas.



Fruncí el ceño. Sin importar cuán privado, Hayden normalmente respondía cualquier pregunta que hacía. Pero debo haber golpeado una llaga. Hayden había recibido un montón de entrenamiento en la Habilidad, sino todo el tiempo que había pasado con el cada noche caíamos dormidos hablando, él no iría allí. Y deber haber ido inconscientemente allí.

—Olvida que pregunte. No es nada, no es gran cosa.

—Miedo —admitió, todavía mirando a sus manos—. Miedo a que nunca podría controlarlo, que terminaría lastimando a alguien.

Miedo a lastimar a alguien sonaba todo tan familiar.

—No fue fácil conseguir pasarlo, Ember. Tuve que aceptar lo que era, y por mucho tiempo pensé que podría ocultarlo de alguna forma —Hayden miro a través de sus pesadas pestañas—. Solo cuando comencé a confiar en mí mismo, confiar que podía controlarlo, comencé a controlarlo.

—Pero tu don es natura, algo con lo que naciste.

Hayden suspiro, envolviendo sus dedos alrededor del puño de mi suéter. Había estado haciendo eso un montón últimamente. Nunca tocaba mi piel, así que no me importaba. Me gustaba pensar que quería tocarme.

—No eres antinatural, Ember.

—Tu padre dijo que lo que podía hacer era antinatural.

Ira llameó en sus ojos, aguda e intensa.

—Estoy seguro que no quería decirlo de la forma en que estas tomándolo —Su voz cayo—. Tienes un don, Ember. Al igual que yo, como todos nosotros. ¿No crees que la forma de verte a ti misma te detenga?

—No lo sé. Quiero decir, yo y yo no somos lo mismo. Eres perfecto a…

—No soy perfecto. —Dejando ir mi manga, se sentó hacia atrás contra el rojo vinilo y miro fuera de la ventana. Su expresión se tornó preocupada, una mirada que tiene antes de caer dormido, cuando lo observo sin que él lo sepa—. Todos nosotros todavía luchamos por el control de nuestros dones. Lo hago. No siempre he sido capaz de controlarlo.



—Pero te controlas a ti mismo, y bueno, admiro tu fuerza. —Mis mejillas quemaron, pero continúe, porque lo decía en serio—. No puedo. Algo está mal en mí.

Hayden rodo sus ojos.

—Tienes esa fuerza también. No eres malvada, Ember. Fuiste bendecida, no maldecida.

Una sombra cayó sobre nuestra mesa, y levanté la mirada, pensando que sería la camarera de aspecto demacrado, pero era la última persona que esperaba.

Phoebe parecía enojada.

—Gabe se fue a casa o algo así y me rehúso a comer en la cafetería. Muévete más, Hayden.

Ella todavía odiaba abiertamente mis entrañas, incluso más después de la fogata. Parker todavía tenía que decirme unas palabras y básicamente me evitaba tanto como fuera posible, pero seguía recordándome lo que Hayden había dicho sobre él. Parker era como mercancía dañada, del tipo como yo. Al menos Gabe ya no parecía como si quisiera arrojarme frente a un autobús.

Hayden se escabulló.

—¿Vas a jugar limpio?

Phoebe dejo caer su bolsa en el piso.

—Siempre lo hago. —Miró hacia mí.

Levanté mis cejas a ella. No había olvidado lo que dijo en la fogata. De cualquier modo, estaba extrañamente agradecida por su interrupción. Llevo la atención fuera de mí, y ella era buena manteniendo a Hayden ocupado. Estaba bastante segura que Phoebe tiene una cosa por él.

Ella jugueteó con el borde de su camisa corta, y luego cepillo su mano oh-tan-casualmente sobre la suyo mientras comíamos.

No que pudiera culparla. Me encantaría hacer lo que ella estaba haciendo.



Antes del accidente, Hayden no había sido el tipo de chico por el que iría. Observarlo coquetear con Phoebe, su cabello constantemente cayendo sobre su frente, me di cuenta que no he probado alguno antes del accidente. Ahora desee haber conocido a Hayden antes, cuando no éramos la kriptonita del otro.

Era una comprensión estúpida y sin sentido.

Me hundí en mi asiento y cruce mis brazos mientras ellos hablaban. Algo se desplego en mi estómago, matando mi apetito. Rechacé nombrar la emoción.

Cuando Hayden se levanto para hacerse cargo de la cuenta, Phoebe y yo caímos en un épico mirar hacia abajo. Tan inconveniente como era, cuando recordé mi auto reflexión.

Rompí el silencio.

—Mira, se que tú y yo no nos llevamos bien.

Ella arqueó una ceja perfectamente arreglada.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ignoré eso y traté de olvidar como se negaba a decir cualquier cosa sobre el accidente.

—No quiero arruinarte la vida, Phoebe. No voy a tocar a nadie. No tienes que preocuparte porque la Habilidad venga a por ti.

Phoebe miró hacia donde Hayden esperaba por el cajero. Cuando me enfrentó de nuevo, se inclinó hacia delante.

—¿Sabes qué? Siento lástima por ti. Siento lástima por tu hermana y tu mamá.

Maldición, creo que hubiese preferido ser golpeada en el rostro.

—Pero más que todo, siento lástima por Hayden, —continuó, su voz ahora mezclada con amargura.

Me incline más cerca.

—¿Qué?

Ella miró hacia Hayden de nuevo.

—Porque por alguna razón, está enganchado a ti como algún tipo de droga. Sé que se siente mal por ti. Puedo sentirlo irradiando fuera de él. Comprendo eso. Tiene que apestar ser tú.

Presioné mis labios juntos, desgarrada entre el deseo de pegarle y esperar a golpear la mierda fuera de ella.

—Pero no confundas pena con preocupación, Ember —continuó—. Hayden siempre ha tenido una debilidad por todas las cosas… perdidas y rotas.

***

Más tarde esa noche, empujé mi tarea fuera de la cama e hice mi camino escaleras abajo para encontrarme con Hayden. Un viernes por la noche pasaba matando plantas, no podía conseguir más tonto que esto.

En la cena, Gabe había tratado de hablar a Hayden en ir al último juego de fútbol de la temporada con él y Phoebe, pero él paso. Creo que estaba más dedicado a este entrenamiento que yo.

Decidí agarrar una soda de la cocina primero, pero estaba ocupada. Reconocí el profundo retumbar de la voz de Kurt, me detuve en la entrada y trate de convencerme que tenía una razón válida para quedarme.

—Está cometiendo un error, Liz.

—Kurt. —Liz sonaba exasperada—. Él sabe lo que está haciendo. Tienes que confiar en él.

—Eres increíblemente ingenua si piensas que cualquiera de eso va a terminar bien. No estuviste alrededor la última vez. Lo que le hizo a él cuándo fallo. No puedo permitir que esto continúe.

El cabello en la parte de atrás de mi cuello se erizo. ¿Permitir continuar qué?

—No soy ingenua o estúpida —Liz insistió—. Él hará lo correcto.

—¿Lo correcto? —repitió, sonando desconcertado—. Tal vez tú y yo tenemos dos vistas diferentes de lo que es correcto.

El agua ahogó una buena parte de la conversación. La siguiente cosa que escuche fue a Kurt.

—No puedes ver más allá de la pequeña, Liz. Todo lo que has querido era un niño. Y ahora tienes uno. Pero ella vino con un precio, y es esa *cosa* caminando alrededor de esta casa. Si Jonathan sabe lo que es mejor para él, Cromwell enviará a Ember a la Habilidad. Deja que sea su problema.





capítulo 17

traducido por onnanohino gin

corregido por jut

Esa cosa caminando por la casa… Odiaba a Kurt, odiaba cómo constantemente me hacía sentir como una anormal.

—¿Estás bien?

Apreté la moneda hasta que la enterré en mi palma. Si Hayden verdaderamente pensaba que estaba perdida y triste, me guardaría las palabras de Kurt para mí misma. Y Phoebe sabría lo que él sentía, ¿no? Era una empática. Los empáticos sienten las emociones de los demás. ¿Y qué iba a ganar contándole a Hayden lo que había oído a escondidas? Kurt no me quería aquí. No es que fuese una sorpresa.

—¿Ember?

—Sí, estoy bien —dije poniendo una de mis mejores sonrisas—. Es que odio hacer esta caminata. El chupacabras nos va a matar.

—Vaya. ¿Chupa-qué?

—Es como Pie Grande, pero mata cabras —dije encogiéndome de hombros.

Hayden estalló en carcajadas en la oscuridad que nos rodeaba.

—Has visto demasiadas películas de ciencia-ficción.

Puede que eso fuse cierto, el chupacabras se desvaneció de mi mente en cuanto divisé la cabaña. El suave brillo de las velas era inconfundible. Me detuve, con el corazón dando saltos.

—Espera. Hayden, hay alguien dentro.



—Lo sé. —Hayden se colocó delante de mí—. Quería probar algo distinto esta noche. Después de lo que hablamos en la cena, creo que ya sé cuál es el problema.

Me estremecí y me bajé la capucha.

—Muy bien. ¿Y por qué no puedes decirme cuál es?

—Todavía no lo tengo confirmado —dijo Hayden, sacudiendo levemente la cabeza—. Y tengo la sensación de que no vas a estar de acuerdo hasta que lo veas. A veces es difícil ser consciente de los propios pensamientos.

La sospecha acerca de quién estaba en la cabaña me hizo retroceder.

—¿Quién está allí?

—Parker.

—¿Qué? —dije casi gritando—. ¿Y si le cuenta a Cromwell lo que estamos haciendo? ¡Diablos, Hayden! Vas a meterte en problemas.

Una mirada extraña cruzó el rostro de Hayden.

—Parker no dirá nada, Ember. De todas las personas que conozco, él es el que mejor entiende lo importante que es controlar un don. No se lo contará ni a un alma.

—Parker se llevará el secreto a la tumba, muy bien. Pero no pienso permitir que escarbe en mi cabeza.

—No va a escarbar. Parker únicamente estará escuchando tus pensamientos mientras usas tu don.

—Eso es escarbar.

Hayden cruzó las piernas, adoptando una postura que expresaba que esto iba para largo.

—Ember, esto es para ayudarte. Si Parker se entera de lo que realmente piensas, entonces podríamos deducir qué es lo que desencadena tu don.

La idea de compartir mi intimidad con alguien más no era nada tentadora. Ninguno de ellos sabía lo mortificante que era no poder tocar nada sin matarlo.

—Sí, pero no me parece bien —dije—. Ya te conté lo que estaba pensando. No es mi culpa si no funciona.

—No digo que sea tu culpa. Ya sé que no lo es.

Negué con la cabeza. De ninguna manera iba a permitir que alguien entrara en mi cabeza. Era demasiado raro, hasta para mí.

—No. No voy a hacerlo.

—¿Em? —dijo Hayden, colocando una mano sobre mi brazo y acariciándome delicadamente.

Nadie me llamaba así, nadie a excepción de Adam. Empecé a decirle que no me llamara así, que no tenía derecho, pero las palabras murieron en mi interior. Su mirada, tan oscura e intensa, capturó la mía. Y todo lo demás se desvaneció.

—Sé que estás asustada. Sé que piensas que esto es como una gran invasión, y no te equivocas —dijo—. Pero tenemos que averiguar qué es lo que desencadena tu don. Él sólo piensa entrar y salir.

—No es un maldito don. —¿Es que acaso no lo entendía?

Torció los labios, poniendo una mueca de exasperación, pero siguió hablándome con tranquilidad.

—¿No quieres poder tocar a la gente? ¿No te gustaría poder llevar una vida un poco más normal?

—Sí, pero no si…

—¿Recuerdas lo que te dije mientras comíamos? —Me acordaba de lo que había dicho *Phoebe*—. Me preguntaste cómo había aprendido a controlar mi don, —continuó, incansable— y te dije que era miedo. Tienes que dejar ir el miedo, Em. O sino nunca llegarás a controlarlo. ¿Y no quieres eso, cierto?

Vagamente, me pregunté si no tendría algún otro don escondido dentro de esos ojos oscuros, porque me encontré asintiendo, dándole mi consentimiento para lo de la invasión mental.

Después de eso, todo pasó bastante rápido.

Parker nos estaba esperando dentro. Me sorprendió cómo se mezclaba con las paredes de troncos en la oscuridad, como si no estuviese hecho de nada más que de humo y sombras. Estaba de pie junto a la cama donde Hayden y yo nos habíamos quedado dormidos muchas noches desde la fiesta, habían sido tantas veces que ya se había convertido en una costumbre. Odiaba ver a Parker allí. Era como si la cabaña ya no fuese un lugar exclusivo para Hayden y yo.

Me llevó un momento darme cuenta de que Parker sostenía algo, y que ese algo era uno de mis jerséis.

—¿Por qué tiene eso? —pregunté.

—Es más fácil entrar cuando tiene algo que pertenece a esa persona —respondió Hayden—. ¿Cierto, Parker?

Parker asintió.

—¿Cómo una especie de psíquico? —pregunté, sintiéndome un poco tonta al hacerlo.

—Sí. —Hayden acercó una maceta de Aloe vera al sofá. Se sentó, con la planta en su regazo.

—¿Estás lista? Tan sólo tomará unos segundos. Parker entrará y saldrá. Habrá acabado antes de que te des cuenta.

Mi mirada se desvió hacia Parker. Sus brillantes ojos color verde botella vacilaban entre Hayden y yo. Como siempre, su cara pálida parecía despreocupada.

Hayden me dijo un par de frases reafirmantes, y entonces llegó la hora de hacer lo mío. Mis dedos se cerraron alrededor de una de las hojas verdes, y pasó. Fue como si una brisa de aire entrara en mi mente, una lenta pero determinada brisa detrás de mis ojos que me hacía estremecer. Parker estaba dentro.

Toqué la planta.

Inmediatamente, mi mente se quedó en blanco. Entonces, como si hubiesen encendido un interruptor, varios pensamientos se sucedieron a toda velocidad. Noté cómo los recogían, los miraban y los dejaban a un lado.



Mientras sucedía esto, las hojas de Aloe vera empezaron a marchitarse, sin pausa. Sentí un hormigueo en el cuero cabelludo y entonces mi cabeza pareció explotar por toda la información. Mis propios pensamientos y recuerdos me ahogaban. No podía pararlo, no podía darles ningún sentido.

Empecé a sentir nauseas. Era como ver toda mi vida al revés y acelerada; no me esperaba nada de esto. Reviví mi miedo a ser mentalmente invadida, la conversación que escuché a escondidas, el almuerzo, mi epifanía de *El guardián entre el Centeno*, y seguía y seguía mientras Parker lo leía todo.

Creo que en algún momento me puse de pie, porque noté a Hayden agarrándome, pronunciando mi nombre. Sonaba como si estuviese muy lejos, como si no fuese real. Sin previo aviso, la noche del accidente volvió a la vida con todo lujo de detalles. Tenía los ojos bien abiertos, pero ya no podía ver la habitación. Estaba en el auto, a punto de morir otra vez. Papá estaba en el asiento del conductor, hablando en voz baja con mamá. No. No hablaban. Discutían otra vez, por algo relacionado con Olivia. No había entendido por qué. En realidad, nunca me había importado.

—¿Estás diciendo que sólo lo tocó y pasó? ¿Lo arregló? —preguntó mamá, negando con la cabeza.

—Sí —espetó papá—. Por enésima vez, sí.

—No deberías haberles dicho nada.

Me recosté en el asiento trasero y volví los ojos hacia mi hermana. *Olivia. Olivia. Siempre Olivia.* Prácticamente, era invisible para ellos. Hasta tal punto que esa noche tenía planeado escaparme de casa para encontrarme con Dustin. Y ellos ni siquiera lo habrían notado. *Olivia. Olivia. Olivia.* Miré hacia fuera y vi que la luz del semáforo cambiaba de rojo a verde. Pensaba darle luz verde a Dustin, luz verde para llegar hasta el final.

Papá miró hacia atrás, forzando una sonrisa falsa y estúpida. No sonreía de verdad desde hacía mucho, mucho tiempo.

—¿Qué quieres comer cariño? ¿Pasta o marisco?

—Podríamos volver a casa —dijo mamá—. Puedo hacer pasta allí.

La ignoré y elegí lo que sabía que mamá no podía hacer.

—Quiero marisco de Sal Marina.

Papá asintió y aceleró.

Tan sólo era un recuerdo, pero mi corazón latía desbocado. Me sentía enferma. Estaba de pie en la cabaña, pero no podía escapar de aquella noche. Quería salir, necesitaba salir, antes de que… antes de…

Pasó.

Ahogué un grito en la garganta.

Las luces del camión se acercaban cada vez más, hasta envolveros en su luz amarilla, y entonces noté cómo salí disparada de mi asiento. La colisión me empujó contra la puerta, el auto empezó a dar vueltas. El sonido del metal doblándose y chirriando superaba a los gritos de mi madre. Aturdida y desesperada, sentí que el auto giraba dando vueltas de campana. Una vez. Dos veces.

Cristales rotos, un dolor indescriptible atravesando mi estómago; y por encima de todo, Olivia llorando por papá y por mí. El impacto fue tajante, insoportable y terrorífico… fatal.

—Nada. —Era la primera vez que oía hablar a Parker. Su voz sonaba tensas, grave—. No hay nada.

El recuerdo se desvaneció, saltó hasta los días después del accidente. Mi espejo reflejaba un cascarón vacío, una chica cubierta de cicatrices y hueca, unos ojos sin alma.

—Sin alma —dijo Parker—. Nada más que cicatrices y un cascarón vacío.

La imagen se desvaneció, la reemplazaron otros recuerdos. La primera muerte accidental, la primera vez que intenté tocar a Olivia, Dustin inerte en el suelo de cemento frio y lluvioso.

—¡No! —grité y tropecé con el sofá, pero Parker seguía dentro, viéndolo todo. Sentí pánico.

La habitación giró a mí alrededor. Parker jadeó y salió de mi mente, pero la habitación seguía girando. Me sentía mareada, con náuseas.

—¿Ember?¿Estás bien? —dijo Hayden, arrodillándose—. ¿Qué sucede? ¿Parker?

—No me siento bien —murmuré. Notaba demasiado frio y demasiado calor.

Hayden estaba de pie a mi lado, sosteniéndome porque había perdido mis fuerzas. La Aloe vera muerta parecía un esqueleto. Me recosté contra Hayden, ahora mirando a Parker. Su rostro de contraía mientras se agarraba la parte de atrás de la cabeza, observando la escena y parpadeando.

—Cree que no tiene alma. Eso siempre ronda su mente. Cree que no tiene alma.

Lo último que oí fue a Hayden pronunciando mi nombre, y entonces la nada me envolvió.

***

Con el tiempo me desperté. Las sombras bailaban en el techo. Me sentía confusa y sentarme no ayudó.

—Ember.

La cama se hundió junto a mí. Al girarme, encontré los ojos de Hayden. Estaba un poco sorprendido por su color. Eran de color marrón, no negro. Hermosos. Tan profundos que podría caer en ellos y no volver a salir. Entonces me acordé. Me giré hacia él, agarrándolo del hombro.

—¡Hey! —dijo Hayden—. Tómalo con calma.

Le golpeé en el pecho, pero era como golpear una pared.

—¡Maldito seas! ¡Dijiste que sería entrar y salir! Dijiste que no iba a escarbar en mi cabeza.

—Se suponía que así era. No sé lo que pasó.

—Como sea. —Me senté en la cama—. Quiero volver a casa. Ahora.

Hayden arqueó una ceja.

—No vas a atravesar el bosque sin mí, y yo no me voy.

—¿Quieres apostar? —Me di la vuelta y me dirigí a la puerta.

Hayden saltó de la cama. En un instante, estaba delante de mí. La mirada que me lanzó era un desafío en toda regla.

—No hasta que hablemos acerca de lo que vio Parker.

Maldiciendo, busqué otra salida. Probablemente, me estaba comportando de forma irracional, pero no me importaba. Hay cosas que la gente no necesitaba saber. Cosas que nunca había querido que Hayden supiera. Una vez más, se movió, muy muy rápido. Me agarró los hombros y me dio la vuelta.

—No te irás.

Lo miré.

—No puedes obligarme a que me quede aquí.

—¿No quieres hablar conmigo?

—¡No! Ahora mismo ni siquiera quiero verte la cara.

Sonrió, volviendo a ser el mismo de siempre.

—Estás siendo un poco dramática, ¿no te parece? Nadie te ha hecho daño.

—Eh, ¡me desmayé! ¿Eso no cuenta?

—Que yo sepa, nunca antes había pasado, pero creo que no cuenta, te mareaste y tuve que llevarte a la cama.

Dejé de tratar de zafarme de su agarre.

—¿Tú me llevaste?

Asintió con la cabeza.

—Te dejé allí acostada. Parker se fue después de eso.

—Vaya, es bueno saberlo.

—Em, no vamos a salir de esta cabaña hasta que hablemos acerca de lo que vio Parker.

Me empujó contra su estómago, sin llegar a ninguna parte. Renuncié, volví a la cama y me senté.

—¿Por qué Parker tenía que ir tan lejos? Había cosas... No quería que las viera.

—¿Quieres hablar ahora?

Lo miré.

—Quiero golpearte. Limítate a responder a mi pregunta.

Sin que mi amenaza le hiciera ningún efecto, Hayden caminó hasta la cama y se sentó a mi lado.

—Supongo que no encontraba la respuesta que necesitábamos. —Hizo una pausa, su expresión de diversión se desvaneció—. ¿De verdad crees que no tienes alma?

Miré hacia abajo, a mis manos. Manos que mataban.

—¿Em? —Se volvió hacia mí, con las rodillas rozando mi pierna—. Parker dijo que crees que no tienes alma.

—No quiero hablar de ello, Hayden. Por favor.

Guardó silencio durante unos instantes. Finalmente, habló.

—Había otras cosas que Parker dijo que vio.

Me puse la sudadera con capucha y me retorcí los dedos, nerviosa.

La mirada de Hayden cayó sobre mí.

—¿Por qué siempre usas mangas largas? ¿Es por lo que Parker vio?

Me apreté los dedos hasta que pensé que iba a cortar la circulación.

—¿No te lo dijo?

—No. Sólo dijo que estabas llena de cicatrices. Al principio, pensé que quería decir... bueno, algo más, pero luego lo pensé. Siempre usas mangas largas, incluso para dormir. No creo que haya visto tus brazos. —Me encogí de hombros. Aspiró con suavidad—. ¿Confías en mí?

Me arriesgué a darle un rápido vistazo.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿En serio?

—Supongo que sí. No es fácil después de lo que hiciste, pero lo intentaré.

Hayden se acercó a mí. Bueno, en realidad no. Se acercó al dobladillo de mi sudadera con capucha, deslizando sus dedos por debajo. Mis manos se aferraron a las mangas y los músculos de mi estómago se tensaron.

—¿Qué estás haciendo?

—Dijiste que confiabas en mí.

—¡Eso fue antes de que intentaras quitarme la ropa! —En el momento en que las palabras salieron de mi boca, un sofoco se apoderó de mí. Porque, en realidad, ¿qué pretendía? Yo… no sabía qué pensar de eso.

Me miró con dulzura:

—Tienes una camisa debajo. Puedo notarlo.

—Ese no es el punto —farfullé. En realidad, tenía una camiseta debajo, no es que importara. Él no la veía.

—Em, dijiste que confiabas en mí.

Mis dedos se cerraron alrededor de su camiseta, mientras mi corazón latía acelerado a una velocidad ridícula.

—Hayden... no quieres ver esto.

—No creo que me conozcas lo suficiente si piensas eso.

—No es eso. Te creo, pero esto… esto es diferente. —Miré hacia abajo, a sus manos. Eran perfectas, muy lejos de lo que opinaba de mi cuerpo—. Yo... morí en ese accidente, Hayden. No era mi imaginación. Estaba muerta y no había una razón para ello. Mi cuerpo quedó en muy mal estado.

—¿Crees que te voy a mirar de manera diferente? ¿Qué sería de alguna manera cambiar la opinión que tengo de ti?

Sonaba ofendido, y tenía que mirar hacia arriba, tenía que verlo. Nuestros ojos se encontraron. Ya no había desafío en ellos. No sé lo que vi, pero sentí que mis dedos se relajaban y lo dejaban seguir.

Sin necesidad de otra invitación, Hayden sostuvo el dobladillo entre sus manos y comenzó a tirar hacia arriba. Pasó la sudadera con capucha sobre mi cabeza, dejando al descubierto casi todos mis secretos.



Capítulo 18

traducido por caro chan

corregido por jut

Podía sentir sus ojos viajando por mis brazos y a través de la protuberancia de mi pecho. Hayden me estaba chequeándome, pero no en un modo que yo hubiera querido que un chico me mirara. Sabía que había visto.

Líneas furiosas reducidas en mis brazos, leves cicatrices esparcidas por mi pecho que desparecen debajo de mi camiseta. Originalmente eran rojas, pero se han descolorizado hasta el blanco. A veces cuando veía el espejo, pensaba que las cicatrices se veían como si alguien hubiera lanzado una tela de araña sobre mi cuerpo. Las únicas partes de mí que no tenían cicatrices eran mis piernas.

Un minuto pasó antes de que Hayden hablara.

—Eso te… ¿eso te duele?

Abriendo mis ojos, miré hacía las oscuras esquinas de la cabina. Me sentí vulnerable, expuesta.

—No. Nunca duele. No cuando… volví.

Él dejó salir el aliento.

—¿Pero antes?

Forcé un encogimiento de hombros casual y le lance una mirada. Él no estaba mirando las cicatrices, sino a mi cara.

—Sí, dolió. ¿Puedo tener mi suéter de vuelta ahora?

—No —Hayden lo dejó caer al suelo—. No deberías tener que esconderte.



—¿No te molesta?

Frunció el ceño.

—¿Por qué me molestaría?

—Porque… porque es feo. Se ve como Frankenstein.

—Tú no te ves como Frankenstein. —Dijo, tan suavemente que casi no lo oí.

—Créeme, sé cómo luzco.

—Ok, ¿qué quieres que diga? Que veo esas cicatrices y me pregunto ¿qué tanto debió doler para que acabaran de ese modo? O ¿Qué mal creo que es que dejes que esas cicatrices te alejen de todo demás?

—¿Que me alejen de qué?

—Em, las cicatrices de tus brazos son apenas visibles. Podrías usar camisas sin mangas. Nadie se daría cuenta, y tú… Bueno, nadie le prestaría atención a las cicatrices.

Todavía quería saltar y agarrar mi suéter, pero me forcé a quedarme quieta.

—¿Cómo se siente?

—¿Qué? —Miré hacía adelante, concentrándome en la oscuridad.

—Morir.

Morir no era fácil de ponerlo en palabras.

—Nada, se siente como nada. Un minuto, había dolor, y luego no había nada. Solo un vacio oscuro, tú estas como consciente de todo, pero no. Es como si lo sintieras aquí. —Puse una mano en mi estómago—. Cuando mueres lo sientes vació y te deja.

—¿Sentir que?

Le hecho un rápido vistazo. Me estaba mirando atento, su cara suave. Antes de que perdiera mis nervios o pensara mejor en ello, lo alcancé y puse mi mano en su estómago bajo. A pesar de que traía un suéter, podía sentir el calor que despedía su piel.

—Tu alma. —Le digo silenciosamente. Sabía que le había dicho que no quería hablar de ello, pero aquí estaba de nuevo con un loco caso de verborrea—. Lo sientes quemarse a sí mismo. Como una vela.

Hayden inhaló apenas.

—¿De verdad piensas que no tienes alma?

Retrocedí y me encogí de hombros de nuevo.

—¿Todo por tu toque? —Hayden cambió y se apoyó en un brazo. Su aliento danzaba sobre mi hombro.

Me estremecí.

—Bueno, sí. Y el hecho que la sentí irse, puf.

—Em, tú tienes un alma.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso, Hayden? ¿Cuántas personas mueren y vuelven?

—Nadie muere y vuelve. Tú lo hiciste por tu hermana, y tienes un don. Tal vez eso jugó un rol en tu regreso, pero tienes un alma. No eres malvada. No hay nada que puedas decir que me hará pensar eso.

Miré hacía arriba y nuestras miradas se encontraron.

—Y no hay nada que puedas decir para hacerme sentir diferente.

Bajó sus ojos. Gruesas pestañas tocaron sus mejillas.

—Sé que lo haces, porque no querría… besarte si no tuvieras un alma.

Me congelé.

—¿Tú… tú quieres besarme?

Su mirada se levantó mientras se inclinaba, poniendo su boca a una pulgada de la mía. El aire fue sacado de la habitación, y me sentí mareada de nuevo.

—Desde la primera vez que te vi. —Se movió para que su boca estuviera en el mismo ángulo que la mía—. Y ahora mismo lo quiero tanto que duele. No tienes idea, Em, pero no quiero lastimarte.



Mi mirada cayó en sus labios entreabiertos. ¿Cómo sería sentirlo contra los míos? Incapaz de detenerme, traje mi boca a un pelo de aliento de la suya.

—También quiero besarte.

Hayden hizo un suave sonido en su garganta. Su aliento se movió por mis labios, y cerré mis ojos, imaginando como se sentiría, como sabría. Luego su aliento calentó mi mejilla y cada una de mis pestañas antes de que volviera a burlarse de mis labios.

Puse mis manos en su pecho, doblando mis dedos en su suéter.

—Hayden. —Suspiré.

Respondió juntando mis caderas y empujándome a su regazo. No quería nada más que besarlo y tocarlo. Bajé mi mejilla a su hombro, cerrando mis ojos mientras su caricia iba de mis caderas a mi espalda. Bellos escalofríos danzaban sobre mi piel haciéndome querer algo que nunca podría tener.

Sus manos viajaron hacía arriba por mi espalda, dedos presionando mi espina, agrupando el delgado material de mi camiseta, después de nuevo hacía abajo. Mi cuerpo se arqueó con el movimiento, sus manos temblaban, Cada vez que sus manos se acercaban a mi piel desnuda, se sentía como si cada célula viniera a la vida solo para arder lentamente. Su respiración se volvió irregular.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, acercándonos para tocar—a algo— hasta que Hayden respiró fuerte y me levantó de él.

—Suficiente —Murmuró—. Dios, pero no es suficiente.

—Lo siento. —Bajé mi barbilla deseando será alguien más, alguien que él pudiera besar, que pudiera tocar.

Hayden se recostó, cepillando unos pocos de mis rizos hacía atrás mientras sus ojos se encontraban con los míos.

—No te disculpes. Estoy disfrutando esto. No tienes idea de cuanto he querido que fuera como *esto* entre nosotros y no quiero parar, pero…

—¿Pero tienes miedo de que no pararás? —Pregunto, sintiendo mi piel ruborizarse aún más.



—Exacto. —Su sonrisa estaba torcida mientras se recostaba hacía atrás, golpeando el espacio a su lado—. Ven aquí.

Alcé mis cejas hacía él. Recostarme al lado de él no iba a reprimir el fuego quemando en mi sangre. Y una parte de mí no podía creer lo que él admitió o lo que había pasado entre nosotros. Parecía surreal, como un sueño que nunca pensé que pudiera comprender.

La mirada de Hayden cayó en mis labios.

Mi corazón hizo un pequeño brinco que me hizo sentir caliente y mareada. Le gustaba realmente como yo. Incluso después de ver mis cicatrices. Era como ganar la lotería de chicos geniales.

—Ven. —Golpeó el espacio a su lado.

—Es viernes en la noche. ¿No deberías estar fuera teniendo diversión o algo?

Una esquina de su boca se alzó.

—Estoy teniendo diversión. Mucha —Puso sus manos detrás de su cabeza. Enderezando sus piernas, casi me tiró de la cama.

No tenía mucha opción. Cuidadosamente, escalé sobre sus piernas y me senté en el otro lado.

—Acuéstate. —Ordenó.

—Hayden.

Su sonrisa creció.

—¿Ember?

Puse mis ojos en blanco, pero hice lo que me pidió.

—¿Feliz?

—Sip.

Inclinando la cabeza para poder verlo, sonreí cuando me guiñó.

—Tú… tú me sorprendes.

Hayden rodó a un lado, apoyándose en un codo.



—¿Cómo te sorprendo?

Mordí mi labio.

—Tú te preocupas de herirme, pero nunca te preocupas de mí hiriéndote. Y soy yo la que tiene el toque matador.

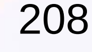
—No lo hago porque sé que no me lastimaras. —Su mirada se desplazó por mi cara, luego más abajo. Se movió más cerca. Nuestras rodillas se tocaron, enviando afilados cosquilleos hacía abajo por mis piernas.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Personal?

Me lanzó una mirada de lado.

—Claro.

—¿Qué edad tenías cuando Cromwell te halló?



Sus ojos se movieron de regreso al techo. La sonrisa se había ido. En su lugar había una oscura, melancólica mirada.

—Tenía siete.

—¿Todavía estabas con tus padres?

Movió su cabeza, una fina tensión de músculos le siguió.

—No. Estaba en un hogar de acogida.

Me muerdo mi labio. No tenía ninguna experiencia con hogares de acogida, pero era un miedo que me había guiado a todo lo posible por mantener a Olivia fuera de ellos.

—¿Cómo te halló Cromwell?

Hayden se relajó y echó la cabeza hacia atrás.

—Vino al hogar de acogida, el octavo en dos años. —Paró, riendo—. Era el principio del verano, y el simplemente se presentó. Lo demás es historia.

—¿Qué hay de la Habilidad? Es como que ellos son tan malvados, pero has estado ahí. Suena como que Cromwell trabajó para ellos. No lo entiendo.

—La Habilidad es complicada.



—Bueno, intenta explicármelo. Podría acabar ahí un día.

Hayden frunció el ceño.

—Nunca acabarás ahí, Em.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

Se volteó en su espalda, pero de alguna manera estaba más cerca que antes.

—Nunca lo permitiría. La Habilidad no es malvada, pero tienen sus propios métodos de entrenamiento. Son duros a veces, demasiado exigentes. Para ellos, estar dotados lo es todo. Su lema es *"Lo que hay detrás de ti, lo que está enfrente de ti, palidece en comparación con lo que hay en tu interior"* no es lo que Emerson tenía en mente cuando pronunció esas palabras ¿sabes?

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí? —pregunté, realmente no esperaba que me contestara.

—Yo… yo tenía siete cuando llegué ahí. Once cuando me fui. Así que… cuatro años, quita y pon un par de meses. Era mejor que el hogar de acogida, pero en un modo, era también peor. Había muchas reglas. Ellos monitoreaban cada momento, por lo que no tenía tiempo para mí. Y había muchos exámenes. Les gustaba… empujarte a tus límites. Para realmente probar tu control y lo que se necesitaba para que lo perdieras. —Se calló, mirando al techo—. De todas formas, dime algo de ti. Algo que no sepa.

Había mucho que no estaba mostrando, pero lo dejé.

—No sé. Mi parte favorita del invierno es la primera nevada. Yo… amo la forma en que huele el otoño. Nunca he visto una estrella fugaz.

—¿De verdad? —Sonaba sorprendido—. Yo tampoco.

Sonreí un poco.

—Siempre miro, pero nunca he visto una.

—Nunca he tenido una mascota —Admite con una risa baja—. Ni siquiera un pez.

—Los peces no cuentan, de todas formas.



Rió de nuevo y el tiempo se escabulló de nosotros. Solo un pálido pedazo de luna caía a través de la cama. En algún punto, mientras hablábamos, olvidé que él podía ver las cicatrices y en realidad me sentí normal. Pero de vez en cuando, él paraba de hablar y me miraba, y yo sabía que quería hacer.

—Es tarde. —Hayden anunció después de arrastrar su mirada sobre mí—. ¿Quieres irte?

Lo pensé.

—No. Todavía no estoy cansada.

—Te querías ir antes.

—También quería golpearte antes —Señalé.

—¿No quieres hacer ninguna de ellas ahora?

—No.

—Bien. Tengo una idea —Dijo—. ¿Juegas?

Un extraño sentimiento se enroscó en mi estómago.

—Seguro —Respiré.

—No te muevas. —Se sentó—. No me golpees, tampoco.

—No prometo —Golpearlo no era lo que tenía en mente.

—Solo no te asustes ¿Ok? —Hayden se desplazó hacia abajo y sentí sus manos deslizarse por mi cabello—. Ven aquí.

Al principio no entendí dónde estaba "aquí" pero rápidamente se volvió obvio. De alguna forma Hayden hizo que pusiera mi cabeza en su pecho. No es que yo necesitara mucha incitación.

En mi costado, mi mejilla reposaba contra el suave material de su suéter, cuando descanso su mano contra la parte baja de mi espalda, pensé que iba a morir. Esto era tan bueno como lo que pasó más temprano. Tal vez era incluso mejor, sólo acostados ahí, concentrándome en el constante golpeteo de su corazón y el salvaje revoloteo del mío.

—¿Estás cómoda? —Murmuró.

—Sí —Susurré, cerrando mis ojos. La verdad era que disfrutaba esto demasiado, pero me negaba a pensar en ello. Pensar estaba sobrevalorado. También la realidad. En la oscuridad, cualquier cosa parecía posible. *Esto* era posible.

—Buena idea ¿eh?

Sonreí soñolienta contra su suéter.

—Sí. Lo fue.

Se rió suavemente. El sonido retumbó en mí, doblando los dedos de mis pies. El silenció nos rodeó y yo empecé a ir a la deriva, contenta de simplemente estar así de cerca de alguien, de él.

Algo me sacudió hacía arriba en la cama. En la oscuridad, podía distinguir el constante sube y baja de el pecho de Hayden. Por un momento, no sabía que me molestaba.

Entonces me di cuenta.

Algo en la memoria del accidente que Parker había resurgido era real, súper importante. No podía creer que no lo había visto.

Mis padres habían sabido del don de Olivia.

Me volteé hacía Hayden, necesitando decirle. Por unos segundos, yo simplemente lo miré. Gruesas pestañas negras caían contra sus mejillas, sus labios separados con cada profunda respiración que tomaba. Durmiendo, la belleza natural de su cara parecía incluso más seductora, más vulnerable. Era una pena despertarlo, perturbarlo, pero figuré que esto era muy importante. Él querría saber.

—¿Hayden? —Avancé más cerca, descansando en mis rodillas al lado de su cintura.

—Despierta.

No se movió; ni siquiera una pestaña se movió.

—Hayden, despierta. Vamos, despierta.

Nada.

Puse mis manos en sus hombros y los sacudí.

—Vamos. Tengo que decirte…

Se levantó como un cohete, empujándome a mi espalda. Después estaba sobre mí, deslizándose por mis caderas a caballo entre ellas, sujetando mis piernas hacia abajo. Todo paso tan rápido, tan inesperadamente, que simplemente me congelé.

Sosteniéndose en sus manos, plantadas en cada lado de mi cabeza, Hayden bajó la suya. En ese latido, no lo reconocí, no conocía la mirada en sus ojos o el tenso tirón de sus labios. Él se convirtió en un extraño virtual.

Y sabía sin duda que él no tenía ni idea de quien era yo.

—¿Hayden? —Susurré, poniendo una temblorosa mano en su pecho—. Soy yo.

Él pestañó e inhaló fuertemente.

—No hagas eso de nuevo, Ember.

Lo miré, mi corazón golpeando en mi pecho. Sus ojos eran más oscuros de lo que nunca había visto.

—Pude haberte lastimado.

¿Él hiriéndome? En otra situación eso podría ser gracioso. No lo era ahora. Tragué.

—Ok.

Su pecho subía y bajaba inestablemente sobre el mío. Su cuerpo sacaba una increíble cantidad de calor.

—Yo… siento haberte asustado. Había demasiadas noches en el hogar de acogida siendo despertado de esa forma. Nunca era bueno.

Dejó salir el respiro que estaba conteniendo, insegura de que decir. Sólo podía imaginar lo que quería decir con eso y cada idea creció más horrible que la última.

Cerró sus ojos, su voz entrecortada.

—Lo siento. Esto fue…

—No. Está bien. Tú solo me sobresaltaste. Estoy bien. Tú estás bien.

Hayden abrió los ojos.

—¿Em?

Su mirada tenía tanta intensidad que encontré difícil respirar. Una mirada de anhelo, desesperación, me estaba estudiando. Estudiando mi cara, el modo en que mi top se había resbalado. Y su mirada estaba esparciendo calientes sofocos por mi cuerpo.

Lentamente, se bajó, poniendo su peso en un brazo. Trajo su mano a un lado de mi cara, sus dedos cerniéndose sobre mi mejilla. Mis propios dedos se doblaron en su suéter. Dios, quería tanto que me tocara. La necesidad me consumía, quemaba como el fuego.

Hayden cerró sus ojos y dejó salir un áspero sonido antes de empujarse hacía arriba en sus rodillas. Sus manos cayeron inofensivas en sus lados.

La decepción se estrelló sobre mí. Quería que me empujara a su cuerpo como había hecho antes, imitando cosas que realmente no podíamos hacer.

—Entonces… ¿para qué me despertaste? —Preguntó, su voz gruesa.

Me tomó un minuto recordar que había sido tan importante.

—Mis padres, sabían acerca del don de Olivia.

Rodó de mis piernas, de pie. Tenía el sentimiento de que él con un propósito puso distancia entre nosotros mientras luchaba por poner atención a lo que decía.

—¿Qué quieres decir?

Me senté, forzando las gruesas telarañas de sueño y algo lejos más distractor que mis pensamientos.

Agarré mi camiseta, sonrojándome como loca.

—Cuando Parker estaba en mi cabeza, vi el accidente de nuevo. No sé como no me di cuenta, pero supongo que he estado tan asustada después de todo, que simplemente no pensé.

—Entendible —Deslizó una mano por su cabello—. ¿Qué recordaste?

Le conté a Hayden lo que mi mamá había dicho y como papá había respondido. Mientras hablaba se desplazó más hacía las sombras, donde la atenuante luz de las velas no podían alcanzarlo.

—Olivia debió usar su don antes de que ella te trajera de vuelta. —Dijo Hayden.

—Sí, pero ¿quiénes son "ellos"? ¿Los que mi mamá dijo que no debería haberles contado? ¿Crees que le contó a la gente que causó el accidente?

Un minuto completo pasó antes de que respondiera.

—No lo sé, Ember. Eso no tiene sentido. Tal vez tu memoria está equivocada.

—No está equivocada, Hayden. Sé lo que oí.

—Tus padres no habrían sabido con quién ir aunque Olivia hubiera levantado un ejército de muertos —Dijo—. No nos damos cuenta de qué somos, tampoco los de la Habilidad. Encontramos el don, no nos encuentran. ¿Cómo sabrían tus padres a quién ir?

—No lo sé —Dije—. Debían de haber sabido. O tal vez alguien vino a ellos primero. —Un momento me golpeó—. Tú dijiste antes que Liz puede sentir al que tiene el don cuando nacen ¿cierto? Y ella me sintió cuando volví.

—Sí.

—Y ella sabía de Olivia ¿cierto? Tú lo dijiste.

—¿Así qué? Sólo porque Liz sabía de Olivia no significa nada. Espera. ¿De verdad piensas que mi padre-*Tía Liz*, que ni siquiera le gusta matar un ratón. Habría orquestado un accidente de auto para llegar a Olivia?

Fruncí el ceño hacía las proximidades de donde pensaba que Hayden estaba.

—Sí. Lo pienso. O tal vez Liz y Kurt lo hicieron. Parecen terriblemente afables uno con el otro, y Liz trata a Olivia como si fuera su maldita hija.

—Eso es porque se preocupa por ella —Hayden mueve la cabeza—. Mira, nada de esto tiene sentido.

—Exacto—Digo.

—Es casi como si quisieras que fuera mi padre o Kurt.

—No quiero que sean ellos pero ¿quién más podría ser? Mis padres no habrían sabido con quien ir, ¡pero le dijeron a alguien! Luego Liz mágicamente me siente venir de vuelta de la muerte y ¡mira! Mira. Olivia no esta aquí ¿no?

El silencio me recibe, y siento que quiero hacer un baile feliz, porque sé que logré hacer a Hayden pensar. Pero cuando habló de nuevo, fue una total decepción.

—Deberíamos volver, Ember. En la mañana trataremos de descubrirlo. Mi cerebro está demasiado frito ahorita.

Mi cabeza se irguió. Hayden sonaba diferente, apagado. Me bajé de la cama y esperé mientras el extinguía las velas. Se mantuvo de espaldas a mí todo el tiempo, sin hablar. Mis nervios eran como un paquete apretado en la boca de mi estómago, desentrañándose con cada segundo pasante en el cual no hablábamos.

Empuje la capucha y me agaché capucha cuando salimos al casi helado aire de la noche. Arriba, la luna asomaba por las ramas desnudas mientras nos dirigíamos de vuelta a la casa en silencio. Cada mirada a Hayden que me robaba, mi estómago rodaba. Su cara estaba tallada en líneas duras, cerradas y distantes. Miró hacia adelante, y ni una vez sentí su mirada sobre mí. Era como esos preciosos momentos en la cabina, cuando él admitió cuanto quería besarme, ni siquiera había pasado.

Paramos en las escaleras, no estaba lista para dejar esto irse.

—Quiero hablar de…

—Lo sé —Dijo—. Pero yo no quiero. No esta noche. Estoy rendido. Es tarde.

—Pero…

Dio un paso adelante, inclinando su cabeza hacia abajo.

—No podemos hablar de esto ahora. Despertaremos a alguien. Ve a la cama, Ember. Hablaremos en la mañana.

Di un paso atrás, mi corazón retorcido.

—Ok. Mañana en la mañana ¿sí?

Asintió, antes de que pudiera decir otra cosa desapareció al final del pasillo.





capítulo 19

traducido caro chan

corregido por maryjane♥

No vi a Hayden en la mañana ni en la tarde. En realidad, no tuve la oportunidad de verlo en todo el sábado. No durante más de cinco segundos. Estaba segura de que me estaba evitando.

Para la tarde del domingo, la momentánea satisfacción de poner en duda a Cromwell y al equipo se agrió.

Hayden siempre había creído que la participación de su padre adoptivo con los dotados era para hacer algo bueno, pero quien fuera que había querido a Olivia, había matado para intentar conseguirla. Y sin importar si a Hayden le gustaba o no, la evidencia apuntaba a uno de los miembros de su familia, una de las personas en las que confiaba.

Cuando lo vi subir las escaleras por el porche delantero, acababa de terminar de trenzar el pelo de la muñeca de Olivia. Saliendo disparada de la habitación sin una palabra, tiré la puerta del frente, casi golpeándolo con ella. Se paró. Una mano extendida, los ojos muy abiertos.

Phoebe estaba detrás de él, con una caja de comida para llevar en su mano manicurada.

—Hey. —Jadeé, ignorando la mirada curiosa de Phoebe.

Hayden dio un paso atrás.

—Hey.

—¿Podemos hablar?

Sus labios se fruncieron.

—Tengo algunas cosas que…



—*Por favor*. —Sabía cómo sonaba y no me importaba.

Phoebe miró entre nosotros y luego se escabulló.

—Pondré esto en el refrigerador por ti.

—Gracias —respondió Hayden, mirándome. Inhaló y lo sacó lentamente—. Bien, pero no tengo mucho tiempo. ¿Paseamos?

Asentí, bajando los escalones hacia la línea de árboles. No podía creer que solo habían pasado dos días desde que había hablado con él. Se sentía como años. Pasar tiempo con Olivia había estado bien, pero extrañaba a Hayden. En el momento en que dejamos de ver la casa, abrí la boca.

—¿Estás enojado conmigo? —No había querido decir eso.

Miró hacia el frente.

—¿Es por eso que querías hablar conmigo?

Bien. Su voz sonaba diferente, tal vez incluso fría, pero no era para tanto.

—No, no es eso de lo que quería hablarte.

—¿Entonces qué?

Mi cerebro se vació en ese momento. Hayden paró de caminar, se volteó y me encaró. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho y esperaba. Esperaba que le dijera lo que fuera que quisiera decir para… para que pudiera irse. Bueno, esto no estaba yendo según lo planeado. No es que tuviera un plan.

—¿Fuiste a comer con Phoebe?—Me entretuve.

Hayden asintió.

Una sensación de vacío se abrió paso en mi pecho. Estúpido, pero todo lo que podía pensar era que él nunca me llevó a comer. No cuando estábamos fuera de la escuela.

—¿Ember?

Tragué.

—Quería hablar de lo que te dije en la cabina.

—¿La cosa de tus padres sabiendo del don de Olivia? —Miró sobre mi cabeza.

—Sí. He estado pensando acerca de eso. Mucho en realidad, y sé lo que oí. —Vi el momento en que él decidió que no quería hablar de esto. Estaba en sus ojos, se volvieron completamente oscuros. Seguí adelante—. Estas cosas tienen que estar conectadas. Tú crees que alguien causó el accidente para tener a Olivia. Ahora, alguien está pegando cosas en mi casillero. Como… si quisiera que me fuera o algo.

—No hay forma de saber si esas dos cosas están conectadas.

—¡No puedes decirlo en serio! Sabes que esas dos cosas están conectadas.

—¿A qué quieres llegar Ember? Que mi familia no solo está cortando animales muertos y dejándolos en tu casillero sino que ¿También causo tu accidente?

—Sí.

Suspiró y movió su cabeza.

—Mira, sé que no confías en ellos. Entiendo eso. De verdad, lo hago, pero conozco a mi familia. *Los conozco.* No harían algo así, porque no son gente horrible. Y lo que le hicieron a tu familia, a ti, fue horrible.

—¿Entonces puedes decirme a quien más culpar? —Prácticamente grité—. Tu mismos lo dijiste, Hayden. Mis padres no sabrían con quién ir.

—Eso no significa que fuera mi familia.

—Oh. Entonces el hecho que entraste en mi casa, nos secuestraste, y trajiste aquí ¿no es sospechoso para ti? ¿Qué nadie estaba interesado en Olivia hasta que *tía* Liz me sintió? Tonterías.

—Ember.

—No. —Empujé una mano por mi pelo salvajemente. Sabía que mis rizos debían estar parándose en todas las direcciones, pero no me importaba—. La nota en ese carrito de juguete, ¿las cosas muertas deben permanecer muertas? Y de nuevo en el lazo.

Los ojos de Hayden se entrecerraron.



—¿Qué lazo?

Oops. Di un paso atrás.

—Eso no es importante. Lo que es importante es como nadie en el mundo podía saber eso.

—He pensado en esto —dijo después de largos momentos de silencio. No es como si hubiera ignorado lo obvio, pero no puedo, no voy, a creer que mi familia tuvo algo que ver con esto. Lo siento, Ember, pero en vez de pasar el tiempo obsesionante de que malvada es mi familia, podríamos estar investigando quien esta realmente detrás de esto.

—Oh. ¿Eso es lo que has estado haciendo? ¿Trabajando para probar la inocencia de tu familia? Bueno, buena suerte con eso.

El olor de algo quemándose me rodeó, y los labios de Hayden se adelgazaron y ahora sus ojos eran todos negros. Sabía que lo había golpeado bajo.

—¿Has acabado?

—No.

—Yo sí. —Luego estaba alejándose.

—¡Hayden! —grité, sintiendo la picadura de las lágrimas en mis ojos.

Paró. Pero no se volteó.

Mi corazón subió a mi garganta.

—¿Te arrepientes de lo que pasó en la cabina?

No tenía que explicarlo de ninguna manera mejor que esa. Estaba rígido, él sabía que estaba hablando de su admisión y como nos habíamos aferrado al otro, desesperadamente queriendo más.

—No. Eso no es de lo que me arrepiento —dijo.

Y luego se había ido y estaba parada ahí, viendo el lugar donde había estado, sola zona el frío conocimiento que las cosas se habían alterado entre nosotros y no tenía idea donde me dejaba eso.

***

Las cosas se echaron a perder después de eso.

Hayden y las idas a la escuela eran tensas, y usualmente terminaban con nosotros discutiendo para el tiempo en que llegábamos al estacionamiento de la escuela. Pasaba mis mañanas pensando sobre cómo se negó inflexiblemente a creer que su familia tuviera algo que ver con lo que había pasado. Todos eran ángeles y santos en su libro.

Incluso aunque sabía que tenía que parar de empujarlo con eso, no podía. Lo necesitaba, necesitaba a alguien, creerme. No era como si imaginara estas cosas. Todo parecía obvio para mí, pero eran su familia. Diariamente, básicamente acusaba a la gente que el confiaba y amaba más de ser asesinos.

No sabía porque nos molestábamos en comer juntos, porque argumentábamos ahí, también, pero para el miércoles, Phoebe y Gabe se nos unieron. Era casi como si hubiera sentido que su presencia había sido necesaria. Eso, o Hayden se los había pedido.

Phoebe luchaba con el almuerzo. Incluso yo podía ver eso. Por eso intenté dejar mi frustración cuando ella estaba cerca. No sé por qué me molestaba. No la hacía más amable hacía mí y era seguro que no ayudaba a las cosas con Hayden. Nuestras comidas usualmente acababan con Hayden empujando a una pálida y temblorosa Phoebe.

Intentamos practicar la noche del lunes en la cabina, pero eso había acabado en un espectacular desastre. De alguna manera un tarro de cerámica se había roto contra el suelo. No intentamos nada ni el martes ni el miércoles en la noche.

Como si las cosas no fueran ya lo suficientemente mal, encontré trozos estropeados de carne de hamburguesa en mi casillero el jueves en la mañana. Empecé a llorar en ese momento en ese lugar en el pasillo, como un balbuceante idiota. Hayden ya había desaparecido, y tuve que quitar los pegotes de carne de mis cuadernos y salvar lo que pudiera. Mi copia del *El Guardián en el centeno* estaba arruinada y mi libro de matemáticas olía a culo podrido. Debía decirle a alguien, porque necesitaba ser limpiado.

Pasé la primera mitad de la mañana en el baño de las chicas en el gimnasio. Nadie lo usaba nunca excepto los fumadores. Olía, pero no tan mal como mi casillero. No podía recordar la última vez que había llorado tan fuerte, y no

fue hasta el inicio de la tercera hora que me arme de valor para encontrar un conserje.

En vez encontré al Sr. Theo

—Ember ¿porque no estabas, estas bien?

—Sí. No. —Escondí mis ojos con las mangas de mi sudadera—. Necesito encontrar un conserje.

Sus cejas se surcaron y sus lentes resbalaron, y pensé en Adam, y empecé a llorar de nuevo. Después de eso, acabé en la oficina del director. Era como una bola de nieve rodando por una empinada. Las cosas solo se salían de control de ese punto.

La directora Hawkes parecía una buena mujer, el Sr. Theo estaba en lo cierto. No toleraba el bullying de cualquier tipo , y cuando él le dijo de las otras cosas en mi casillero, ella llamó al guardián enlistado en mi papeleo.

Jonathan Cromwell.

Un par de niños se demoraron en las oficinas de administración, tratando de enterarse de porque estaba en la oficina. Los ignoré, porque tenía problemas más grandes. El Sr. Theo se fue en ese tiempo, y yo realmente quería que él se quedara en esto, considerando como él lo empezó por decirle a la directora.

Cromwell se presentó en menos de veinte minutos después. Había dejado de llorar para entonces. También dejé de llorar y empecé a regañarme mentalmente.

Usaba un traje de negocios, su oscuro cabello en su lugar y una forzada sonrisa en su cara. No me miró. No tenía idea de lo que le habían dicho.

—Directora Hawkes, ¿cómo ha estado?

Intercambiaron cortesías mientras yo me sentaba en mi lugar. Estaba muy cerca de hiperventilarme cuando la directora finalmente cerró la puerta y dejó salir todo en la mesa en una organizada, puramente profesional manera: el conejo, las muñecas, el carrito de juguete, y todo en medio de eso. Miré a su escritorio mientras hablaban. Cerca de su computadora había una pequeña moneda, muy parecida a la que tenía en mi bolsillo. No podía

ser la misma, porque dudaba que el Sr. Theo diera monedas de la suerte como si fueran dulces.

Me olvidé de la moneda en el momento en que ella dejó de hablar.

Solo entonces me miró Cromwell. No podía pararlo; Me hice para atrás en mi silla.

—¿Hace cuánto tiempo ha estado pasando esto?

No contesté.

—Aparentemente desde el primer día en que entró. —Respondió la directora Hawkes.

—Mayor Cromwell, quiero asegurarle que PHS no tolera esta clase de comportamiento. Ni nunca lo hemos hecho, en la historia de mi carrera, hemos tenido algo como esto.

Sentí su mirada en mi mientras hablaba.

—Esta es la primera vez que he oído de esto. Estoy… extremadamente decepcionado de que Ember no me lo haya confesado a mí. Directora Hawkes, ¿qué va a hacer para asegurarse de que esto pare?

—Ella dice que nadie ha estado molestándola, eso nos da muy poco para hacer algo. Aunque no estoy totalmente inclinada a creerle ya que esta es la primera vez que esto ha sido traído a nuestra atención.

Miré hacia arriba entonces. Eso no era verdad. Le dije al Sr. Theo y él le dijo a ella. Ella debió darse cuenta que él lo sabía, pero luego la siguiente cosa que ella dijo selló mi destino. Yo estaba perdida. No había duda.

—No digo esto como una ofensa hacía usted mayor Cromwell. Como sabe, voté por usted y usted todavía tiene mi voto. —Ella continuó—. Pero estoy inclinada a creer que este asunto empezó incluso antes de que ella pusiera un pie en esta escuela.

Cromwell se puso rígido detrás de mí.

—No estoy seguro de esta entendiéndola.

Ella se aclaró su garganta y nerviosamente jugó con el botón en su traje.





—Como han estado sus interacciones con otros… ¿niños viviendo en su casa? ¿Hay algún problema del que sepa? Podría ser eso. —Paró de hablar. Paró de moverse. En realidad creo que dejo de respirar.

Santa mierda.

Entonces me di cuenta que Cromwell estaba parado.

—Nada ha pasado en mi casa.

—Nada —murmuró la Directora Hawkes.

—Ninguno de mis chicos está involucrado con esto —continuó, su voz sorprendentemente calmada. Me encontré a mí misma inclinándome hacía él, oyendo—. De hecho, olvidará que alguna vez tuvimos esta conversación.

La directora Hawkes asintió.

—Ember dejó su almuerzo en su casillero. Se echó a perder. Se asustó. —Me espabiló. *¿Qué?*

Cromwell me ignoró, completamente enfocado en ella.

—Nada pasó. Ember solo está enferma. Se irá a casa hoy. Si alguien más saca esto a colación, usted les dirá que está siendo tratado. Y usted me contactara si cualquiera le dice algo de esto.

—Sí. Por supuesto. Si. —La Directora Hawkes pestañó. Luego me miró, una cariñosa, patrocinadora sonrisa en su cara—. Srta. McWilliams, espero que se sienta mejor. Y por favor recuerde no dejar su almuerzo en su casillero nunca más.

Mi mandíbula cayó al piso.

Cromwell envolvió las cosas después de eso, y después estábamos caminando fuera de la escuela y metiéndonos en su Porsche. Mi corazón se aceleró y mis manos sudaban. Estaba jodida. Y necesitaba salir de aquí.

—Yo quiero…. Quiero quedarme en la escuela hoy. Tengo exámenes esta tarde —le dije.

Me lanzó una mirada.

—Puedes realizar después la prueba.



—Pero…

—¿Quién más sabía de esto Ember?

—Nadie —tartamudeé. Mirando la manija de la puerta. Podía hacer una carrera pir ello. También podía tocarlo.

—*No* me mientas ¿Quien más sabía de esto? —demandó él.

—No estoy mintiendo. —Mis dedos se agarraron de la puerta—. Nadie más sabía. Tengo que tomar un examen…

Cromwell salió del estacionamiento antes de que siquiera pudiera abrir la puerta.

—¿Por qué no viniste a mi acerca de esto?

—Yo… —No podía pensar en una mentira lo suficientemente rápido. Decirle que pensaba que él o uno de sus fenómenos estaba detrás de ello no lo haría mejor. Así que las siguientes palabras que salieron de mi boca incluso me asombraron—.¿Por qué recoges niños? ¿Qué quieres de nosotros?

—No quiero nada de ti. Y ya he respondido porque traigo a los dotados a mi casa. No lo explicaré otra vez para tu diversión.

—¡No es mi diversión! Tú quieres a estos niños por una bizarra razón. —Otro momento en mi vida donde sabía que necesitaba callarme, pero no podía—. Igual que como querías a Olivia, porque todos están dotados ¿Para qué quieres sus dones?

—Entiendo que estés enojada, pero no cuestionaras mis intenciones. Determinaré quien ha estado dejando esas cosas en tu casillero tanto si dices quien te ha estado molestando como si no. La próxima vez, si hay otra vez en que algo como esto ocurra, vendrás conmigo. ¿Entendiste?

—Vas… ¿vas a enviarme lejos?

—Algunas veces quiero, Ember. De verdad quiero. Así que no me presiones.

Mis dedos se abrieron y se cerraron en mi regazo.

—¿Qué vas a hacer?



—Voy a llevarte a casa. Iras arriba. Estas castigada.

—¿Qué? —Chillé—. ¿Cómo estoy castigada? ¡Esto no es mi culpa! ¿Y castigada por qué? No voy a ningún lado.

—Estas castigada, porque deberías haber venido a mí. Podría haber hecho algo antes de esto, lo que sea que esto sea, está involucrado con los forasteros. Es la segunda vez que me decepcionas Ember. Tuve que usar mi don para manipular a alguien. La última cosa que necesito es a la administración de la escuela fisgoneando alrededor de mi casa porque ellos muy obviamente creen que uno de mis niños tiene algo que ver con esto.

—Figúrate —dije.

—Y confía en que tendré una plática con cada uno de ellos esta tarde.

—¡Pero no le dije a ninguno de ellos!

Cromwell miró en mi dirección.

—No sé por qué piensas que me puedes mentir.

Yo tampoco.

capítulo 20

traducido por jhos

corregido por ladypandora

Seguí esperando que Cromwell cambiara de opinión, por la tormenta en mi dormitorio y me informó que había contactado con la Habilidad y estaban viniendo por mí. Pero cuando las horas pasaron y la luz de la luna se arrastró por la habitación, me di cuenta de que estaba a salvo por el momento.

Mis nervios se calmaron lo suficiente que pude conseguir un poco de apariencia de sueño. No sé qué me despertó cerca del amanecer. Tal vez había sido una pesadilla. Había soñado con figuras sombreadas siguiéndome, que probablemente explicaba por qué mi corazón se arrojaba contra mis costillas.

Me senté y arrojé las mantas fuera de mis piernas. Saltando de la cama, di un paso y, entonces, note una sombre contra la puerta. Y cuando se movió hacia delante, abrí mi boca para gritar.

—Ember, soy yo.

—Oh, Dios mío —jadeé, sentándome en el borde de la cama.

—Lo siento. No quería asustarte —dijo Hayden suavemente.

Apenas podía verlo. Una vez me sentí segura de que no iba a desmayarme, me puse de pie de nuevo.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —*¿Observándome dormir?* Incluso aunque no dije las palabras, colgaron en el aire entre nosotros. En lugar de asustarme, que es lo que debería, saber que él estaba aquí me hizo sentir rara… de una buena manera, una manera confusa.

—No mucho. Estaba dudando si quería despertarte.

—Oh. ¿Esta… está todo bien?

—Creo que esa pregunta sólo tú puedes responderla.

—Supongo que Cromwell te habló de anoche.

—Supusiste correctamente.

Suspiré y alcancé la lámpara de al lado, pero Hayden de repente estaba de pie frente a mí. No supe cómo se movió tan rápido. De cerca, pude ver su expresión, pero no podía decir nada de ello.

—¿Porque no me hablaste sobre la otra cosa? —demandó, con voz baja.

Había sabido que estaría molesto, pero anoche no había estado preocupada. Comencé a girar, pero atrapó mi brazo.

—No hemos estado exactamente llevándonos bien.

Hayden bajó su cabeza, encontrándose con mi mirada de ojos abiertos y sosteniéndola.

—Eso no es razón suficiente, Ember.

—Lo sé, pero no quería que te molestaras. De cualquier modo, sólo era carne de hamburguesa y sobre reaccioné.

—¿Y qué hay de las muñecas y la soga? ¿Y del hecho de que se lo dijeras a un profesor y no a mí, Ember?

Bueno, al parecer Cromwell le había dicho todo.

—El Sr. Theo…

—¿El profesor de inglés?

—Sí, pero él ya sabía lo del conejo. Y no quería decirle el resto, pero él sabía que algo estaba pasando y….

Hayden me interrumpió, sus ojos llameaban.

—¿Le hablaste de mí?

Sus palabras significaban algo. No era sobre mí hablándole a un profesor de él. Ni a un extraño. Le hablaste de mí. Reconocí la mirada en sus ojos, porque





la sentía cada vez que él se iba a almorzar con Phoebe. No ira. Ni siquiera decepción.

—Tú estás… en serio, ¿estás celoso?

—¿Qué…?

—¡Lo estas! Estás celoso porque le hablé al Sr. Theo de ti. —Tiré mi brazo hacia atrás, pero me empujo justo contra él. Mis piernas estaban a ras de las suyas y nuestros pechos se encontraron. Pude sentirlo tomar su siguiente respiración profunda y olvidé lo que estaba diciendo.

La mirada de celos se deslizó lejos, reemplazada por algo igual de frustrante. Sus manos se deslizaron por mis hombros, enviando pequeños estremecimientos por mi cuerpo. Me hizo retroceder hasta que mis piernas golpearon mi escritorio.

—¿Puedo?

—Claro. —No tenía idea a lo que estaba accediendo.

Hayden me levantó y me sentó sobre el escritorio. Sus manos se detuvieron en mis caderas, su toque quemando a través de la delgada ropa. Un olor a humo, como una vela apagada, flotaba en la habitación, pero no había ninguna fuente.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, con mi respiración atrapada.

—No lo sé.

—¿Hayden? —susurré.

—¿Sí? —Se acercó más, su cálido aliento quemando la piel de mi cuello como la noche en la cabaña. Esto era nuestra forma de besarnos, nuestros suaves y ligeros besos ligeros que nunca hacían contacto.

Mi mano se elevó instintivamente, queriendo tocarlo. Me detuve a unos centímetros de su mejilla. Sin poder hacer nada, mis dedos se curvaron alrededor de la nada.

—Está bien. —Sus manos estaban en movimiento de nuevo, deslizándose había arriba. Cuando rodearon mi cintura, todo pensamiento racional se fue por la ventana. Su respiración se detuvo a través de mi garganta, alrededor



de mi mejilla y deteniéndose sobre mi mejilla. Sus dedos se curvaron alrededor de mi espalda mientras su suave aliento se cernía sobre mis labios.

—¿Sabes lo que me haces?

Creo que negué con la cabeza, peor no estaba segura. Todo en lo que podía concentrarme era en qué exquisita, qué correcta y qué maravillosa era esta cercanía a él que sentía.

Su aliento aún permanecía sobre mis labios y una de sus manos se desvió hacia arriba deteniéndose en el cuello de mi camisa.

Y entonces me tocó.

Mis ojos se cerraron y un pequeño suspiro escapó de mí. Hayden movió la punta de sus dedos sobre mi cuello, sobre mi barbilla. Se sacudieron más de una vez, pero continuó hasta que su mano entera estaba presionada contra mi mejilla.

—Dime que pare —rogó con voz ronca.

Cualquier resolución que tuviera se esfumó. Toqué su rostro, acunando su mejilla. Su piel se sintió justo como había imaginado. No. Mejor de lo que había imaginado. Su piel estaba caliente, suave e invitadora. Tal vez incluso tan caliente como me sentía y yo estaba temblando sobre todo.

Hayden dejó escapar un sonido roto. Segundos pasaron y sólo nuestra respiración podía oírse. Su pulgar trazó un círculo roto sobre mi mejilla. No podía seguir su mano todavía. Cualquiera que fuera el veneno en mi piel lo afectaba, pero no podía apartar mi mano.

Inhalé una vez, dos veces. El olor de humo y especias me llenó.

Movió su otra mano al cuello, sus manos con espasmos cuando hicieron contacto con mi piel. Un sonido de asombro se me escapó. Mi cerebro no podía procesar otro pensamiento lógico que no fuera lo maravilloso que se sentía, hermoso, vivo.

—¿Ember…? —Su voz se sintió como un susurro contra mis labios.

Iba a besarme. Lo sabía. Mi cuerpo entero se tensó en anticipación, mi pulso tarareó deliciosamente. Pero en el borde, las cosas comenzaron nublarse. Incluso cuando sentí como quemaba a través de mi piel en cualquier

momento, mi cabeza comenzó a girar. Entonces él se alejó tan rápido que casi me caí del escritorio.

Jadeando fuertemente, Hayden dio un paso hacia atrás y miró.

—Lo siento. No debería haber hecho eso.

—¿Te lastimé? —pregunté, sorprendida por lo ronca que sonaba mi voz.

Me miro como si me hubiera crecido una mano de la cabeza y estuviera moviendo los dedos hacia él.

—Estaba lastimándote, Ember. Pude sentirlo.

—No —dije lentamente—. Apenas estaba un poco mareada. No drenaste nada, ¿cierto?

—Quería hacerlo. —Miró lejos—. No lo entiendes. Lo hice. Pude sentirlo ocurriendo y debería haberlo contenido. Pero no lo hice.

Deseé que me empujara de nuevo en sus brazos. Me gustaba estar allí. Y no parecía que fuera para tanto.

—Está bien. No pasó nada. —Soné un poco decepcionada.

—Podría haberte lastimado seriamente. —Pasó una mano sobre su cabeza, apretando la parte posterior de su cuello.

—¿Notaste lo tan raro que es esto? Soy la única que podría haberte herido de gravedad. Puedes hacerme sentir mareado y tal vez, en un escenario peor, ponerme en coma por unos cuantos días. Yo puedo matarte. ¿Entonces quién es el más gran fenómeno aquí? Diría que yo.

—No me lastimaría. No te he dicho esto, pero mi don podría patearte antes que pudieras hacerme un daño serio. No creo que incluso sea capaz de detenerlo.

Bueno, era bueno saberlo. Pero no me molestaba. En verdad me hizo feliz que estuviera protegido de esa manera. Me mordí el labio inferior y lo miré. El pesar tensó su rostro. Eso tipo de aturdimiento. Esto probablemente explicaba porque hice la siguiente pregunta.

—¿Todavía estas molesto que se lo dijera al Sr. Theo y no a ti?



Hayden dio un paso hacia atrás, sus ojos entrecerrados.

—Creo que es ridículo que confíes en un completo extraño. Pensé que confiabas en mí.

—Confió en ti, pero el Sr. Theo no es un extraño. —Bajé del escritorio y di un paso junto a él—. Lamento no decírtelo. Pensé que no querías escuchar eso nunca más. Que estabas tratando con ello.

—¿Qué? —Se dio la vuelta—. ¿Porque piensas eso?

—No lo sé. No quería molestarte. —Crucé mis brazos—. Sólo pensé que nos haría discutir más.

Hayden negó con la cabeza.

—No te comprendo algunas veces. Si sólo pudieras dejar de lado cómo te sientes sobre mi familia por dos segundos…

—No va a pasar.

Gimió.

—Sabes, ¿ni siquiera te importa lo decepcionado que estaba de mí? ¿Lo que significa para mí?

Mi cabeza se levantó.

—¿Qué? No le dijiste que sabías lo de la cosa en el casillero, ¿no? Le dije que no se lo dijera a nadie, Hayden. Oh, Dios.

—No apreció el hecho de que le he estado ocultando lo que estaba pasando.

—¿Entonces porque se lo dijiste?

—¡Necesitaba decirle la verdad, Ember! —dijo, igual de frustrado—. Es suficientemente malo haberle estado mintiendo sobre ayudarte.

—¡Nunca hice que me ayudaras! ¡Lo empujaste a mí!

Me miró por lo que pareció como una eternidad.

—Anoche mi padre estuvo al teléfono con cada contacto que ha hecho incluso en los últimos diez años después de agujerear mi trasero. Envió a Kurt a averiguar quién estaba detrás de las cosas en tu casillero.



Eso no significaba nada. Yo habría hecho lo mismo si fuera culpable y quisiera que las personas creyeran que no lo era, pero la mirada en su rostro detuvo que esas palabras consiguieran pasar mis labios.

—Y sé que nada de eso significa algo para ti.

Me ruboricé. No había razón para negarlo. Crucé mis brazos y le miré.

—Pero deseo que lo hiciera. Entonces podrías ver que mi familia no está contra ti. —Dio un paso hacia delante, capturando el borde de mi manga. Sólo las puntas de sus dedos rozaron mi piel, pero se sintió como mil toques en uno—. Han estado vigilándote durante un tiempo. Mi padre quiere ayudarte. Es capaz de hacer todo y cualquier cosa para mantenerte a ti y a tu hermana a salvo.

Descrucé mis brazos y Hayden me dejó ir. No retrocedió. Mis manos encontraron la manga de su camisa. Imitando sus pequeños movimientos, los puntas de mis dedos rozaron la piel se su muñeca. Cerré mis ojos, pero podía decir por las sombras en la habitación que estaban rompiéndose que el sol comenzaba a elevarse sobre la montaña.

—Por favor. Ember, tienes que confiar en él. Confía en mí.

Al momento en que abrí mis ojos, Hayden lo supo. Ninguno de los dos habló. Habían demasiadas cosas señalando a Cromwell para que incluso confiara en el hombre y Hayden siempre le sería leal.

Nuestros ojos conectaron por la fracción de un momento. Luego se fue sin decir una palabra. Giré al balcón. El sol se había arrastrado por la montaña, emitiendo un resplandor naranja, resplandeciente sobre los árboles y, en ese momento, todo se quemó.

***

—Hablé con el Director Hawkes —dijo el Sr. Theo, mirando a dos estudiantes en el pasillo que tenían sus lenguas empujadas en la garganta del otro. Para ser un profesor, no parecía de la opinión de demostraciones públicas de afecto como hacían todos los adultos—. Dice que todo está siendo tomado con cuidado y no deberías tener más problemas.

Sintiendo un extraño dolor en mi pecho, aparté mi mirada de la pareja. El dolor se transfirió a mi sien.

—Sí.

Me miró bruscamente.

—No suenas muy convencida de eso.

Apreté la moneda entre mis dedos, preguntándome cuantas cosas se habían ido desde Hayden casi besándome esta mañana para ni siquiera hablar conmigo. Ya habíamos discutido antes, pero habían sido diferentes.

—Sólo estoy cansada.

El Sr. Theo se giró y me miró cara a cara.

—Ayer dejaste la escuela temprano. ¿Fue porque querías, o tuviste que hacerlo?

Su pregunta me atrapó con la guardia baja y, entre el dolor en mi cabeza y la falta de sueño, mi cerebro no estaba listo para el reto de mentir o hablar en general. Sólo quería terminar este día e ir a dormir.

—¿Ember?

Parpadeé.

—No. Creo que estoy incubando algo.

—Bueno, al menos tienes Acción de Gracias para descansar y sentirte mejor.

Sí. Una semana entera de estar pegada en la casa con personas que me odian sonaba como una experiencia reparadora.

—Espero que tenga unas buenas vacaciones. —Pude escuchar el vacío en mi propia voz. Sin emoción. Estaba cansada. O tal vez era algo más. Me empujé lejos, balanceando el bolso sobre mi hombro.

—¿Ember? —gritó. Había recorrido cerca de un metro antes de girarme—. Cuídate.

Capítulo 21

traducido por jane.kent

corregido por ladypandora

Miré fijamente hacia mi taza de chocolate caliente, observando los remolinos oscuros de esta. Ella podría ser una malvada ladrona, pero tía Liz podía preparar los más espectaculares chocolates calientes. Dejando la taza a un lado, tomé la carpeta y cambié a una hoja en blanco. Mi mente vagaba cuando empecé grabar líneas a través del papel.

Liz había llevado a Olivia a la biblioteca después del almuerzo y aún no habían regresado. Me habían invitado a ir, pero lo rechacé. Estúpida. Necesitaba una nueva copia de *El Guardián entre el Centeno*. Y ya que Olivia era la única cosa viviente en esta casa que quería estar a mi alrededor, debí haber ido.

Me senté en el pórtico, acurrucándome en una esquina, así podría evitar la brisa fría, esperando a que Olivia regresara. O, al menos, me mantuve diciéndome que era por Olivia. Yo estaba totalmente no esperando a que Hayden volviera a casa, queriendo atraparlo. Lo había visto yéndose con Phoebe y Gabe un poco después del mediodía. Yo no había sido invitada.

El lápiz se deslizó sobre la página, una línea aquí, una más fuerte allá.

La brisa esparció las hojas marrones y amarillas a través del pórtico. Vinieron a descansar alrededor de mis zapatillas de deporte. Mi mente vagó lejos de Hayden, hacia otra línea de pensamientos que hizo que empezara un bajo ardor en mi estómago.

No había parte de mí que dudara que alguien en esta casa tuviera algo que ver con los “dones” en mi casillero. Una presión creció en mi pecho cuando pensé en la posibilidad de que podría estar viviendo con la persona responsable del accidente.

Paré de dibujar, para empujar hacia atrás un rizo rebelde mientras miraba hacia abajo a mi boceto. Las marcas eran inconfundibles. Él me devolvió la mirada, con una media sonrisa en los labios que era más completa en la parte inferior. Solté un gemido de disgusto y cerré el cuaderno de dibujo en el mismo momento de abrirse la puerta principal.

Parker.

Se detuvo en la parte superior de la escalera y se giró, centrando su mirada en mí. La luz solar iluminó su rostro, pero no relajó su expresión.

Metí el lápiz dentro de la carpeta de dibujo y empecé a levantarme, pero ¿de qué estaba tratando de huir? Parker lo sabía todo.

Dejó escapar un suspiro mientras miraba hacia abajo, a las llaves en sus manos.

—Siento lo de aquella noche en la cabaña.

Me quedé sin habla. Parker nunca hablaba conmigo. Nunca.

Apretando las llaves en sus manos, se alejó de las escaleras y se detuvo a unos buenos seis pasos de mí.

—A veces, cuando estudio a las personas, me involucro mucho. No puedo parar. —Miró fijamente hacia el bosque mientras hablaba—. Y tú fuiste muy difícil de leer. Hay muchísimas cosas pasando por tu cabeza.

No estaba segura de cómo responder a eso. ¿Debería disculparme? Pero no parecía correcto, por eso no dije nada.

Parker parecía estar bien con eso.

—Es difícil bloquear a las personas como tú. Personas cuyos cerebros siempre están trabajando en algo, siempre transmitiendo sus emociones. —Hizo una pausa, finalmente mirándome—. Phoebe me dijo que lo viste.

—Oh —dije, sabiendo que él se refería a los cortes que Phoebe tenía a lo largo de sus muslos—. Para ella es difícil bloquearte a ti, bloquear a Hayden. Llegan hasta ella.

De alguna manera, supe que Parker se estaba disculpando por el comportamiento de Phoebe, explicando el por qué ella se hería a sí misma.

—Yo entiendo que es difícil para ella, pero no debería de herirse. Alguien debería hacer algo. Que busque ayuda.

Él inclinó su cabeza a un lado.

—Phoebe está bien.

—Las personas que están bien no se cortan a sí mismas.

—La mayoría de las persona no creen que no tienen alma. —Parker alzó sus cejas—. Tampoco creen que realmente quieren hacer daño a las personas. ¿Crees que tú estás bien?

Mi mandíbula cayó al suelo.

—¿No es así como lidias con tu don? Crees que puedes evitarlo, pero tu toque está más allá de tu control. Así que te convences a ti misma de que no tienes alma, que eres mala. En cierto punto, dejas de ser responsable sobre eso.

—Eso no es verdad.

—Phoebe se corta para distraerse de las emociones de las otras personas. Yo me mantengo alejado de las personas y así no estoy tentado a entrar en sus cabezas. —Casi como si necesitara demostrar sus palabras, dio un paso hacia atrás—. Gabe es el único afortunado; él no tiene que lidiar con esto como nosotros.

—¿Qué hay de Hayden? —pregunté antes de poder detenerme.

Una cínica sonrisa apareció en sus labios.

—Hayden ha aprendido a estar cómodo con sus dones. A diferencia de nosotros, él sabe cómo lidiar con ellos. Lidiaba.

—Lo dices como si ya no lidiara con ellos. Yo no lo creo. Él es bastante… fuerte.

Parker sacudió su cabeza.

—Hayden te muestra lo que él quiere que veas. Tú no lo conoces. Él nunca está en control, no cuando está alrededor tuyo.

***

Tú no conoces a Hayden.

Con mi carpeta de dibujos y una taza tibia de chocolate en la mano, regresé adentro después de que Parker se fuera. Me estremecí a pesar de que la casa se sentía caliente. ¿Por qué estaba siquiera pensando en Hayden? Nosotros ya ni somos amigos. Además, según Phoebe, él tenía algo por las personas perdidas y rotas.

Eso ni siquiera me agradaba.

No lo necesitaba para que me ayudara a tener en control mi toque. No lo necesitaba para creer que su padre no tuvo nada que ver con el accidente. Pero, ¿Qué pasa con la otra cosa, las cosas que compartimos que no tenían nada que ver con mi toque o el accidente? ¿O la forma en la que él me miraba? ¿La manera en la cual me sentía alrededor suyo?

Me detuve en el vestíbulo y quise golpearme a mí misma. No necesité esas cosas durante dos años. Desde luego, no las necesitaba ahora. Lo que necesitaba hacer era olvidarme de Hayden, porque ahora mismo, él no era importante. Averiguar quién había estado detrás del accidente, eso era lo importante.

Mientras más pensaba en eso, más me preguntaba por qué alguien querría tanto a Olivia para matar. Y vamos, ¿matarme cuando yo sólo era una niña? O tal vez, habían planeado borrar mi memoria, borrar todos nuestros recuerdos sobre Olivia, pero cuando ella me trajo de vuelta con un nuevo "don", ellos cambiaron sus planes. Tal vez querían ver lo que yo podía hacer, ver cuánto había progresado por mi propia cuenta.

Simplemente no podía entender el porqué de todo esto.

Poniendo mi carpeta de dibujo debajo de mi brazo, me froté las sienes. Ugh. Mi falta de sueño junto el hecho de saber que alguien me quiere muerta podía causar un horrible dolor de cabeza.

Me dirigí hacia la cocina para tirar el resto de chocolate caliente y me encontré con Cromwell en la mesa y varios periódicos esparcidos al frente de él. No pude escapar lo suficientemente rápido antes de que su mirada se levantara de los papeles.

—Hola, Ember.

—Hey. —Fui despacio hasta el fregadero y me deshice de la taza, sintiendo su pesada mirada en mi espalda todo el tiempo. Me costó mil y un intento no lanzarle acusaciones. Cuando me giré, Cromwell estaba recostado en la silla—. ¿Te puedo preguntar algo?

Asintió.

—Puedes preguntarme lo que sea.

—¿Es posible que mis padres supieran lo del "don" de Olivia? ¿Antes de que ella hiciera algo?

Cromwell bajó la mirada a uno de los papeles.

—Es posible, especialmente si Olivia no fue la primera en la familia en tener un "don".

—¿Estás diciendo que cualquiera en mi familia podría haber tenido un "don"?

—La habilidad de tener "dones" no ha sido probada que sea hereditaria, pero ha habido varios casos en los cuales más de un miembro de la familia lo ha tenido. Justo como Phoebe y Parker.

—De ninguna manera —murmuré—. Mamá y papá eran súper aburridos y ordinarios.

—No tus padres, pero ¿quizás tus abuelos, una tía o una prima?

Mi familia entera era aburrida.

—No, no lo creo.

—Admito que investigué un poco tú árbol genealógico cuando te trajimos aquí. Mayormente por mi propia curiosidad.

Me acerqué más hacia donde estaba sentado.

—¿Encontraste algo?

Él vaciló.

—No.





—¿Estás seguro? —pregunté tranquilamente, dándome cuenta de lo difícil que era mantener el contacto visual con él.

Él sonrió. Mi interior se congeló.

—Estoy cien por cien seguro.

Más allá de las dudas, supe que estaba mintiendo. Encontró algo, algo que no quería compartir. El frío se deslizó sobre mí, dejándome la piel de gallina.

Se puso de pie.

—¿Puedes venir conmigo, por favor?

Yo estaba más dispuesta a saltar de un precipicio, pero no tuve muchas opciones.

—Claro.

Cromwell me miró como si supiera lo que estaba pensando y juro que sus labios se curvaron en una sonrisa real por un segundo o dos.

Seguí a Cromwell hasta su oficina al otro lado de la casa. Localizada en el ala derecha, una parte de la mansión que raramente me había aventurada a ir, el estudio parecía estéril y sin vida.

Cromwell se dirigió detrás de su escritorio mientras yo me mantuve en el medio del estudio, sin estar dispuesta a acercarme más. No pude evitarlo. Cuando le miré, vi a mi padre sonriéndome antes de pisar el acelerador y cruzar la intersección. Un estremecimiento de repulsión cruzó sobre mí.

—¿Frío? —preguntó Cromwell cuando sacó un manojo de llaves—. Hay corrientes de aire en esta parte de la casa.

No le respondí.

Se giró hacia el aparador y cogió una llave del manojo.

—Tu hermana está obsesionada con que esta parte de la casa está embrujada. Estoy casi seguro de que Gabe es el que está detrás de eso. Él es bastante bromista.

Me acerqué más cuando abrió un cajón y hojeó a través de varias carpetas. Estirando mi cuello, mis ojos se fijaron en el nombre de la primera carpeta:



"Kurt Lagos". Era muy gruesa. Pero entonces sacó la carpeta que estaba detrás. Al principio, no me di cuenta de quién era porque sólo lo conocía como Hayden Cromwell. No Hayden Gray. Y luego, carpetas marcadas con los nombres de los gemelos, después el de Gabe y, finalmente, sus dedos ágiles rozaron el nombre de Olivia y el mío.

Antes de que me atrapara espiando, miré a otro lado y pretendí estar estudiando una pintura en la pared. La cual tenía colinas verdes y colores pasteles que me recordó a algo que había dibujado antes del accidente, pero no me quedé pensando en eso. Mi cerebro se concentró en por qué Cromwell tenía carpetas de todos nosotros y que podía haber en ellas.

Tuve un repentino deseo. Quería salir corriendo y golpearlo, así podría ver lo que había en las carpetas. Yo tenía derecho a saber lo que había en mi carpeta, así como en las de los demás. Bueno, tal vez no en las de los demás, pero al menos en la de Olivia y Kurt.

Y la de Hayden.

—¿Ember?

—¿Si? —Me giré.

—Yo creo que esto te gustará. —Sujetaba un álbum negro. En el cual, en la parte superior, descansaba un marco plateado.

Llegando a su lado, mi pecho se apretó cuando vi lo que había en el marco. Era una foto de mi familia antes del accidente, feliz y sonriendo. Papá tenía su brazo alrededor de mis hombros y mamá sujetaba en su regazo a una Olivia de tres años. Me quedé sin palabras, pasando mis dedos sobre la cima del álbum. Mis ojos se pegaron a la foto que estaba en el cuadro. Estaba al lado de mi cama y yo había creído que estas fotos, estos recuerdos, estaban perdidos para siempre.

—Liz fue a través de las cajas que teníamos en el almacenamiento y recogió las fotos —explicó Cromwell—. Ella las puso en este álbum para ti y Olivia.

Mis manos temblaron cuando acerqué el álbum y el marco hacia mi pecho, sosteniéndolos cerca de mí. Lentamente, levanté mis ojos y los encontré con los suyos. Cromwell sonrió de modo tirante y miró a otro lado.

—Gracias —susurré, con voz ronca.

Cromwell asintió.

No había nada más que decir. Me giré y llevé conmigo arriba mi preciado paquete. Puse la foto en la mesa al lado de mi cama, mis dedos demorándose en la plata pulida por unos segundos. Sentándome con las piernas cruzadas en la cama, abrí el álbum y empecé a hojear a través de los inocentes y alegres años capturados en las imágenes.

Algunas de las imágenes me hicieron sonreír, como en la que la Olivia bebé con la cara roja, la boca abierta en un grito silencioso. Y otra en la cual papá y yo estábamos haciendo caras graciosas a la cámara. Y mamá tratando de cocinar, lo cual siempre había sido algo divertido. Pero las fotos también abrieron un dolor profundo dentro de mi pecho. Miré otra foto en la parte posterior del álbum y sentí una sensación de ardor en mi garganta. Éramos sólo nosotros tres: mis padres y yo, sentados en una pila de hojas, sonriendo felizmente.

Solíamos ser una familia real una vez. A veces olvido eso.

Deslicé la foto fuera del plástico transparente, recorriendo con mi pulgar el rostro duro y elegante de mi padre. El ardor en la parte posterior de mi garganta se hizo cargo y lágrimas se derramaron por mis mejillas. Sosteniendo la foto cerca, me acurruqué de lado y traté de recordar por qué éramos tan felices.

***

Unas horas después, arrastré mi cuerpo hasta el lavabo y me salpiqué agua en la cara. Aún tenía lágrimas que querían salir, pero di una profunda bocanada de aire mientras me ponía la sudadera y agarraba mi cabello en una cola de caballo desordenada.

Busqué a Olivia en el piso de abajo. Después de ver esas fotos, quería pasar un poco de tiempo con ella. El bajo zumbido de la televisión me llevó a lo largo del cuarto de entretenimiento de la mansión. Mis pasos eran lentos y mientras pasaba el arco de la puerta, la luz se derramó por la habitación.

Nadie me vio desde donde estaba y me sentí aliviada. No podía ni imaginar cómo lucía mi cara. Gabe estaba extendido sobre uno de los sillones reclinables. Sólo la parte superior de su cabeza era visible. Parker se sentó al

otro lado de la habitación, leyendo un libro, como siempre. Acurrucada en un lado del sofá estaba mi hermana pequeña, parecía adormecida.

Y a pesar de que pensaba que mi corazón no se podría hundir más, se desplomó hasta mis zapatos.

En el otro lado del sofá estaban Hayden y Phoebe. Recostada entre las piernas de Hayden, se encontraba Phoebe con los ojos cerrados. Un lado de su cara estaba presionado en el pecho de Hayden y uno de sus brazos estaba en el respaldo del sofá. El otro estaba envuelto en los delgados brazos de Phoebe, su mano descansando en la mejilla de ella.

Hayden murmuró algo en la parte superior de la cabeza de Phoebe y ella sonrió un poco.

Un aire helado bajó por mi garganta, robando mi respiración y congelando mis adentros. Todos lucían tan perfectos juntos. Tan rápido como la sensación de frío vino, una oleada de calor al rojo vivo cruzó por mis venas.

Phoebe se estremeció y abrió sus ojos. Estaban brillantes, teñidos por lágrimas.

Hayden frunció los labios mientras movía su otra mano hacia la frente de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó con una profunda preocupación en su voz.

Lancé un agudo gemido, dándome cuenta de que Phoebe estaba sintiendo las crecientes y salvajes emociones dentro de mí. Humillada, retrocedí y me di la vuelta. Me dirigí hacia la puerta delantera. Mi estómago se retorció en nudos mientras abría la puerta.

El aire frío disminuyó el calor en mi cara mientas corría por las escaleras y a través de la calzada. Lágrimas llenaron mi garganta, amenazando con ahogarme, pero yo me rehusaba a dejarlas salir. Metí mi mano en el bolsillo de mis pantalones, apretando la moneda dentro de este hasta que la sentí en mi piel a través de mis guantes.

No sabía hacia donde iba, tenía que alejarme, lo suficiente lejos que pudiera para poner distancia entre la fuerte sensación de celos que sentí y su causante. Verlos a todos juntos fue como un puñetazo en la cara, pero mucho peor. No sólo fue ver a Hayden y Phoebe acurrucados, sosteniéndose

el uno al otro como hacen los amantes. Eso realmente dolió. Pero fue más como abrir una herida que acababa de cerrarse. Ellos lucían como una familia. Y mi propia hermana, roncando tranquilamente alrededor de ellos, fue una como una patada en el estómago.

Yo no era parte de su familia desigual. Una vez, Hayden trató de incluirme, pero él también se rindió. Sus lazos, sus dones, los vinculaban a todos, mientras que yo estaba fuera.

Todo se acumuló al mismo tiempo: el accidente, lo que le había pasado a mi madre, esos dos años manteniendo la lucha para seguir adelante. Para luego ser traída hasta aquí, empujada a un mundo el cual en realidad no entendía, rodeada de personas que no sólo me asustaban, sino que posiblemente también quisieran hacerme daño.

Caminé a lo largo del camino de la mansión Cromwell, rompiéndome con cada paso que tomaba. Abrazándome los codos cerca de mi pecho, paré cuando llegué al final del camino privado. No me había dado cuenta de que había estado caminando tanto tiempo. Subiendo mi cabeza, miré al sol haciendo su descenso sobre la cima de las montañas de Seneca.

Una parte de mí no quería volver a la casa, teniendo que ver a Hayden y Phoebe como estaban de nuevo. Froté la palma de mi mano sobre mi pecho, tomando una profunda respiración. Nunca había pensado que entre ellos había algo, pero habían estado pasando mucho tiempo juntos.

Mi pecho se apretó mientas me daba la vuelta y me arrastraba fuera del camino. Había senderos a través del bosque, áreas donde imaginaba a Hayden y a los demás habían trazado caminos en el suelo a través de los años. Mis pies me llevaron más profundo hacia el bosque. La temperatura bajó mientras el sol caía y espesas sombras descendieron bajo los árboles.

Encontrando un tronco caído, me senté y me quité los guantes. Manchas grises ensuciaron las puntas de mis dedos. No eran tan elegantes como las de Phoebe o tan fuertes como las de Hayden, pero sus manos no mataban. Aunque, supongo que las de Hayden podrían, si él durara el tiempo suficiente.

Pero sus manos eran hermosas, de cualquier modo.



Arrastré mis dedos sobre mi cabeza, atrapando el rizo que había escapado de mi cola de caballo. Mi corazón estaba haciendo esta cosa dolorosa que me hacía preguntarme por mi cordura mientras pensaba en la otra noche que pasamos juntos en la cabaña. Si me esforzara lo suficiente podría recordar cómo se sintió estar en sus brazos, sintiendo su corazón palpitando debajo de mi mejilla.

La misma cosa que Phoebe estaba sintiendo en este momento.

El aire se atrapó en mi garganta y limpié con las manos mis mejillas húmedas. Mi mirada acuosa cayó en el tronco. Una mala hierba se asomaba en la corteza, surgiendo con hojas delgadas y verdes.

Apretando mis ojos cerrados, tomé una respiración profunda y obligué a mi mente a quedar vacía, para dejar que todo el dolor se fuera y acabar con el miedo que se instaló en la parte posterior de mi garganta. Si sólo pudiera tocar algo y no matarlo, las cosas cambiarían.

Lentamente, dejé salir mi aliento, alcancé y rocé con mis dedos las hojas aterciopeladas. La maleza se estremeció una vez bajo mis dedos. Las suaves hojas se tornaron ásperas y crujientes. Apreté mis ojos y mordí mi labio. Cuando abrí mis ojos, la maleza yacía inerte sobre la corteza. Muerta.

—Realmente soy la muerte —murmuré. Tuve hipo mientras otra lágrima salada rodaba por mi cara.

Un chasquido constante y, luego, algo zumbante pasó por encima de mi cabeza, estrellándose contra el árbol que estaba detrás de mí. Pedazos de corteza astillada se dispararon en el aire, y rastrillaron la parte de atrás de mi cabeza.

Mi corazón subió hasta mi garganta cuando me giré, agarrando los bordes del árbol muerto. Una flecha se clavó profundamente en el árbol, aún temblando. Vagamente, me di cuenta de que era una flecha que utilizaban los cazadores profesionales. Papá había tenido de esas.

—¿Qué demo…?

Un dolor punzante cruzó a través de mí, robando mi aliento. La fuerza del golpe me tiró y quedé volcada en el tronco. La parte de atrás de mi cabeza golpeó una piedra. Luces se dispararon detrás de mis ojos y, entonces, la oscuridad me envolvió.



capítulo 22

traducido por jane kent

corregido por ladypandora

Cuando abrí mis ojos, estaba oscuro y había un mapache excavando por mi rostro. Respiré profundamente, gimiendo cuando el dolor me golpeó por mi brazo y el cráneo.

El mapache se congeló y sus orejas se volvieron hacia atrás. Un instante pasó y luego el mapache se escabulló.

Gimiendo, me senté lentamente y toqué la cima de mi brazo. La piel estaba rasgada y se sentía pegajosa. Presioné más duro y chillé. En la oscuridad, mi mano y la manga de mi camisa lucían como si hubieran sido sumergidas en aceite. A pocos metros de mí, donde el mapache había estado, una flecha estaba entre dos rocas y un poco de hierba.

Había sido herido por una maldita flecha. Dios mío, tuve la peor suerte que alguien pudiera conocer.

Me puse de pies, balanceándome cuando los mareos casi me tiraron de rodillas. Colocando mi mano sobre la herida, ignoré el fuerte dolor y presioné más. Sangre se filtró a través de mis dedos.

Las cosas estaban borrosas cuando me volví hacia el bosque. Con suerte, me las arreglaría para seguir por el sendero y alcanzar el camino que llevaba a la casa de Cromwell. La mala noticia era que la caminata era cuesta arriba desde aquí y, sinceramente, dudaba que fuera a lograrlo. Obligué a mis pies a que se colocaran uno en frente del otro, parándome de vez en cuando para limpiar el sudor pegajoso que salpicaba mi frente.

Cada pocos segundos tuve un momento de claridad. ¿Me habían disparado a propósito o la flecha estaba destinada a un ciervo?

En la oscuridad, una luz amarilla interrumpió la noche y luego una voz.





—¿Ember?

Empecé a caminar más rápido, tropezando con mis propios pies.

—¿Hayden…? —Mi voz salió ronca, débil. Dudé que me hubiera escuchado.

—Hayden, la puedo sentir. Pienso… Pienso que está herida. —Escuché decir a Phoebe—. Sus emociones están desconectadas, contaminadas de alguna manera. Ella está en el camino.

Hubo una leve maldición y luego el sonido de pies golpeteando. La luz se balanceaba irregularmente, pasándome y luego volvió hacia mí. Unos segundos después, Hayden salió corriendo de la oscuridad agarrando mis hombros.

Grité cuando un dolor agudo bajó por mi brazo.

Hayden quitó sus manos.

—¿Qué pasó? —Su mirada bajó—. ¡Jesús, estás sangrando! ¿Estás bien?

—Fui disparada… por una flecha. —Esas palabras sonaron raras incluso para mí.

Su respuesta fue moverse hacia delante, pasando un brazo bajo mis piernas y luego estaba cargada, mi mejilla descansando contra el golpeteo de su corazón.

—Phoebe, volvió para decirles que nos encuentren en el trayecto.

Todo lo que escuchaba era sus ligeros pasos corriendo.

—Yo puedo… caminar. Estoy bien.

—Ser herido por una flecha no es lo mismo que estar bien. —Hayden se encaminó de regreso, sus largas zancadas hacían más corta la distancia entre nosotros y la casa—. Habíamos estado buscándote durante la última hora. ¿Sabes lo que pasó?

Cada paso sacudió la herida en mi brazo. Me pregunté qué tan profunda era. Otra herida, me di cuenta sin mucho entusiasmo. Le dije todo a él, exceptuando la parte donde lo había visto acurrucado con Phoebe en el sofá.





—Jesús, pudiste haber muerto —dijo. Abrí mis ojos y las duras líneas de su rostro no revelaban nada. Miró hacia abajo, sus ojos cayendo sobre mí—. ¿Tu cabeza está herida?

—Sobreviviré. Suponiendo que alguien no me disparará un cohete después.

Un auto rugió por la carretera, hasta detenerse en frente de nosotros. Kurt salió del asiento del conductor, girando alrededor para abrir la puerta de atrás. —Ponla ahí adentro.

—¿Cuándo… cuándo regresó? —pregunté.

—Hace una hora más o menos —contestó Hayden—. Él te va a llevar al hospital.

Apreté su mano, no queriendo ir a ningún lado con Kurt.

—¿Qué pasa contigo?

—Voy a ir contigo. —Me puso en el asiento trasero—. No te preocupes.

—No. —Cromwell se giró en el asiento del pasajero, sus ojos evaluando todo fríamente—. Quiero que vuelvas a la casa, Hayden.

—Pero…

—Te necesito para que te asegures de que todos permanezcan en calma. Te necesito allí. Nosotros podemos encargarnos de Ember.

Me estremecí mientras mis ojos rebotaron de Kurt hasta el padre de Hayden. Tenía un agarre de muerte en su brazo. Hayden lucía reacio a dejarme. Él observó cómo Kurt se colocaba delante del volante. Apretando sus labios, me miró.

—Todo estará bien. A continuación estaba yéndose y cerrando la puerta. Su rostro pálido desde la ventana.

Kurt arrancó, dejando a Hayden detrás. Me giré hacia el frente del auto, mis ojos encontrando los de Cromwell mientras sostenía mi brazo herido en un lado. Bolas de hielo se formaron en mi vientre.

—Cuéntame todo —dijo.

Le dije lo mismo que a Hayden y todo el tiempo sentí los ojos de Kurt mirándome desde el espejo retrovisor. Las bolas de nieve crecieron, llegando hasta mis venas. Algo me golpeó de repente. Nada en el pasado había sido un accidente. ¿Por qué el coche de la noche de la fogata, o esto, tendría que ser un accidente?

***

No había estado en un hospital desde el accidente, pero este, con mucho, ganó el premio al hospital más escalofriante que haya visitado nunca. Cromwell se quedó a mi lado, usando sus trucos mentales de 'Jedi' para asegurarse de que las enfermeras y doctores se pusieran guantes antes de tocarme.

Rasgada y empapada de sangre, mi sudadera favorita era un desastre. La flecha me había herido en la parte de arriba de mi brazo, metiéndose lo suficiente profunda para necesitar puntos. Observar la cara en blanco del doctor que me suturó la piel era algo que nunca querré volver a experimentar de nuevo. Me mantuve esperando a que sus dedos terminaran.

La enfermera volvió a mitad del procedimiento, usando la misma máscara ordinaria como el doctor. Me entregó una pequeña taza y algunas pastillas.

—¿Qué es esto? —pregunté, mirando a Cromwell.

—Es para el dolor —respondió. Su acento sureño era bien pronunciado—. La anestesia desaparecerá y seguro que te va a doler.

El tirón en mi piel paró y el doctor estudió los rayos X que le habían tomado a mi cabeza.

—Se ven bien, Alcalde Cromwell. Ningún signo de una conmoción cerebral o lesión grave.

Cromwell asintió.

—Es un alivio escucharlo.

Tragándome las pastillas, tuve un poco de dudas. Le devolví la taza vacía a la enfermera. La parte entumecida de mi brazo empezó a sentir un hormigueo de alfileres y agujas por los bordes.

—Me gustaría mantener un ojo en ella por algunos días. Si experimenta mareos, pérdida de memoria, fatiga anormal o cambios de comportamiento, quiero que la traiga de nuevo aquí. —El doctor se alzó, dirigiéndose al zafacón mientras se quitaba sus guantes ensangrentados.

Mirándome, sonrió débilmente.

—El bosque en esta época del año puede ser peligroso. Es la temporada de cazar con arcos.

De mala gana, mi mirada se dirigió al hombre encorvado que se hallaba en la esquina del cuarto. Me pregunté si Kurt hizo alguna caza con arco. ¿Podría ser sólo una coincidencia que cuando él había regresado alguien trató de hacer brochetas de mí? Y el auto que casi me habría atropellado podría haber sido uno de los Porsches que están en el garaje.

Kurt arqueó una ceja rubia hacia mí.

Mis labios se torcieron en una aparente sonrisa. Esperé hasta que estuviéramos en el auto antes de comenzar a interrogarlo. En el fondo de mi mente, me pregunté si las pastillas para el dolor me habían dado una forma química de coraje.

—Y bueno, ¿dónde habías estado?

Él miró a Cromwell.

—Negocios.

Me incliné hacia adelante, poniéndome entre los dos asientos del frente.

—¿Tienes un trabajo?

Cromwell elevó sus cejas hacia mí.

—Tal vez deberías sentarte atrás y descansar, Ember.

—No estoy cansada. —Miré a Kurt—. ¿Qué tipo de trabajo tienes? —Miró a Cromwell otra vez, quién suspiró y sacudió la cabeza.

—Trabajo para Jonathan.

—¡De verdad! —dije—.¿Y qué tipo de trabajo es ese?



Kurt lucía como si estuviera luchando contra una sonrisa.

—Lo que sea que él me diga que haga.

Empecé a doblar los brazos, pero sentí los puntos estirándose.

—Entonces, ¿tú pones cosas en los casilleros de las personas?

Se rió.

—¿Qué?

—¿Qué tal sobre rebanar conejitos?

Apretó su mandíbula.

—Últimamente no, princesa.

Hice una mueca.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—¿Estás drogada? —preguntó Kurt.

—Tal vez. —Admití—. Pero no respondiste mi pregunta.

Cromwell se giró en el asiento, claramente no feliz—. Has tenido una noche muy estresante y estás, probablemente, bajo una fuerte influencia de drogas. Esa es la única razón por la cual estoy tolerando lo que está saliendo de tu boca en este momento, pero por favor, déjame ser claro. Otra insinuación más y voy a hacer algo de lo cual me arrepentiré después.

Mis ojos se estrecharon hacia él.

—¿Cómo qué?

Él mantuvo mi mirada.

—¿No fui lo suficiente claro?

Me arrojé contra el asiento de atrás, haciendo una mueca por la llamarada de dolor que me dio.

—Sí, claro como el cristal, jefe.

Kurt resopló.



—Me gusta un poco así como está.

—¿Por qué eso no me sorprende? —dijo Cromwell, suspirando.

Afortunadamente, Kurt condujo como si estuviera en la NASCAR[9] y nos detuvimos en el garaje en tiempo record. Sin esperarles, abrí la manija y tropecé fuera del coche.

—Oye, es posible que desees tomarlo con más calma. Vas a terminar rompiéndote los puntos. —Kurt venía detrás de mí.

Miré por encima de mi hombro.

—¿Y eso te importa? ¿De verdad? ¿No trataste de enfrentarme en mi casa?

Una sonrisa irónica tiró de sus labios.

—¿No me golpeaste con una lámpara en mi cabeza?

—Y te dejé inconsciente —añadí.

Cromwell apretó el puente de su nariz.

Antes de que Kurt pudiera responder, la puerta del garaje se abrió. Los ojos oscuros de Hayden se enfocaron en mí.

—¿Cómo estás?

—Encantadora —murmuró Cromwell—. Hayden, ¿podrías por favor llamar a Liz? Ella podrá ayudar a Ember a que se limpie y esté lista para irse a la cama.

Los aparté a todos, tropezando sobre la puerta levantada de la cocina. Increíblemente rápido, Hayden me agarró por la cadera y me puso en mis pies. Quité sus manos de mí.

—Yo misma puedo limpiarme, gracias.

—¿Cuál es su problema? —preguntó Hayden, siguiéndome a la cocina.

---

9 **NASCAR**: hace referencia a las siglas en inglés de National Association for Stock Car Auto Racing ("Asociación Nacional de Carreras de Automóviles de Serie") y, actualmente, representa la categoría automovilística más comercial de Estados Unidos y la competición de stock cars ("automóviles de fábrica") más importante del mundo. Es miembro del Automobile Competition Committee for the United States.

—Pastillas para el dolor. —Kurt se rió—. Desde luego no es una feliz consumidora de pastillas.

Me di la vuelta, y lo apunté con mi brazo bueno.

—¡No estoy feliz porque alguien está persiguiéndome! ¡Hay cosas horripilantes y grotescas en mi casillero! —Di un paso hacia el lado, tirando de mi sudadera en ruinas—. Y yo puedo limpiarme sola. No quiero que ella me ayude. Quiero que mi madre me ayude.

La expresión de Hayden se suavizó, mientras agarraba mis muñecas.

—Ember, no quieres hacer eso. —Retiró mis manos del dobladillo de mi sudadera—. Déjame llevarte arriba.

Miré a sus profundos ojos marrones. Estaban tan hermosos, tan abiertos. Me tomó un momento darme cuenta por qué estaba enojada con él. Me aparté de él.

—Te vi —susurré.

Sus cejas se elevaron cuando susurró de vuelta.

—¿Viste qué?

—Con ella. —Bajé la mirada, dejando escapar un tembloroso suspiro. Todo mi enojo de repente desapareció. Mi arrogancia se desvaneció. Sólo quería sentarme. Y tal vez tomar un baño. Sentarme primero, sin embargo.

La confusión desapareció de su rostro.

—Ember, eso no…

—Quiero ver a mi madre. —Me aparté de él, dándome cuenta de que teníamos compañía.

Los gemelos se pararon en la entrada de la puerta, flanqueada por la cara de querubín de Gabe. Todos me miraron.

—¿Qué? —gruñí.

Los labios de Gabe se fruncieron.

—Tienes sangre por toda tu mejilla izquierda.



De prisa, usé la manga buena de mi sudadera y la golpeé por mi cara.

Hayden agarró mi brazo, tirándolo hacia abajo.

—Está bien. Gabe, ¿dónde está Liz?

—Ella está con Olivia. —Gabe cruzó los brazos mientras cambiaba su peso al otro pie—. Olivia quería que Liz se quedara con ella hasta quedarse dormida o algo.

Mis hombros cayeron. Olivia no me había pedido que hiciera eso desde que llegamos aquí.

—Así que… ¿Qué pasó? —preguntó Phoebe tranquilamente.

—Ella piensa que rebano conejos. —Kurt tiró de una silla y se dejó caer en esta. Fruncí el ceño mientras él extendía sus piernas. Guiñó un ojo—. Ella piensa que soy un psicópata corriente.

Los ojos de Phoebe se agrandaron.

—Kurt —advirtió Hayden en voz baja.

—Eres un psicópata —le espeté.

—Ember, ¿qué te dije en el auto? —Cromwell agarró el agua de la nevera—. Has tenido una noche inquietante.

—No me digas que estas cosas no están relacionadas. —Retrocedí, golpeando el borde de la encimera—. Tú… ¿Tú sólo esperas que piense que todas estas cosas son coincidencia?

Phoebe se cruzó de brazos, luciendo afectada.

—Oh, maldición…

—¿Qué? —le preguntó su gemelo, ceñudo y seguidamente entrecerró sus ojos—. ¿Qué hiciste?

Esas palabras tuvieron un efecto inquietante en todos los que estaban en el cuarto, probablemente porque Parker rara vez hablaba. Había olvidado lo suave y melodiosa que era su voz.



Phoebe se pasó la mano por su cara. La luz de la cocina se reflejó en su oscuro esmalte morado. Bruscamente, se giró hacia su gemelo.

—Estoy jodida. ¿Crees que no sé eso?

—¿Qué está pasando? —demandó Cromwell.

Parker sacudió su cabeza.

—Díselo o yo lo haré.

Me apoyé en la encimera cuando Hayden dio un paso adelante. La compasión se reflejó en su mirada mientras se acercaba a Phoebe. Enseguida, tuve una sensación de que debería estar sentada.

—¿Phoebe? Puedes decírnoslo. —Hayden tomó su mano—. ¿Qué hiciste?

Apreté mis ojos cerrados. Él se preocupaba por ella. Eso era muy evidente; probablemente todos en la habitación podían sentirlo. ¿Cómo lo había pasado por alto? Porque yo era una masoquista, abrí mis ojos al mismo tiempo de ver a Hayden tirando de ella hacia su pecho. ¿Había realmente significado algo para Hayden? ¿O estaba Phoebe más rota que yo?

Entonces Phoebe empezó a llorar.

—Lo siento. De verdad lo siento. Su voz sonó ahogada contra el suéter de Hayden—. Yo simplemente no podía soportarlo.

Cromwell caminó alrededor de la mesa, poniendo su mano en la espalda de Phoebe. Sus ojos encontraron los de Hayden mientras hablaba.

—¿No podías soportar qué, Phoebe?

—A ella —dijo—. Sus emociones están por todo el lugar y son oscuras. ¡Me siguen atrayendo! —Ella se despegó de Hayden, girándose hacia Cromwell—.¡Tú la trajiste aquí sin considerar a ninguno de nosotros! ¡Cómo eso nos iba a afectar a todos!

Sentí mi estómago hundirse y luego Kurt estuvo a mi lado, guiándome hacia una silla.

—Luces como si te fueras a caer.

Phoebe pasó las palmas de sus manos a través de sus mejillas.



—Yo sólo quiero que ella se vaya, así todo podrá ser normal. Así, yo podría ser capaz de volver a casa y no tener que depender en que Hayden tome el control de todo.

—¿Por qué no dijiste algo? —preguntó Cromwell—. Podríamos haber trabajado en tu bloqueo.

Ella se rió, y de repente, se compuso, simplemente sus pestañas húmedas dieron la indicación de que ella había estado llorando.

—Fui yo. Yo lo hice.

El cuarto se inclinó un poco mientras la miraba.

Hayden retrocedió. Un músculo de su mandíbula se contrajo.

—¿Hiciste qué?

—Yo soy la que ha estado poniendo cosas en su casillero —respondió. Kurt juró por lo bajo, pero todos lo ignoraron—.sólo quería que se fuera. Y pensé que eso la asustaría lo suficiente para que se fuera.

Estaba fuera de la silla antes de darme cuenta.

—¡Nunca te hice nada!

Hayden fue rápido, posicionándose entre nosotras dos. Cromwell sólo miraba en shock y los ojos de Gabe estaban muy abiertos.

—¡Viniste aquí! —gritó Phoebe.

Más ira brotó de mí, hirviendo.

—¡Mataste a un conejo! ¡Y lo metiste en mi casillero! ¿Qué problema tienes?

—El conejo ya estaba muerto. No soy un monstruo.

—¿De verdad? ¿No lo eres? —Empecé a rodear a Hayden pero él me bloqueó—. ¡Hiciste todo lo otro! ¿Cómo supiste como era el auto?

Ahora, ella estaba mirando a Hayden, con su labio inferior temblando.

—Vi las fotos que Jonathan tenía del accidente.

Quería hacerle daño.

—Phoebe —dijo Hayden tan suavemente. Había decepción en su voz—. Tenías que decirnos lo que te estaba molestando. Podría haber hecho más cosas.

Ella se rió.

—¿Cómo qué? Tú no puedes estar drenando mi don todo el tiempo.

Una parte de mí podía entender lo mucho que mis confusas emociones la habían jodido. Infiernos, a mí también. Pero todavía…

—No la quiero alrededor de mi hermana. —Mi voz tembló—. En ningún lugar cerca de ella.

Su boca cayó.

—¡Yo no lastimaría a tu hermana!

—¡Estás loca!

Ella empezó a llorar otra vez.

Cromwell la tomó por un brazo.

—Tenemos que hablar en privado —le dijo—. Parker, ven con nosotros, por favor. Él se giró hacia mí, su expresión en blanco—. Necesitas descansar un poco.

Las lágrimas quemaban en mis ojos mientras todo me vino de pronto a la vez. Phoebe me odiaba tanto, era una fea sensación la que se deslizaba por mi piel. Tres de los que estaban dejaron el cuarto, Kurt por detrás de ellos.

Lentamente, Gabe salió de la cocina, con las manos levantadas.

—Guau. Eso convierte al drama familiar a un nivel completamente nuevo. —Hayden lo miró—. Y creo que me iré a mi habitación ahora mismo.

Lo vi desaparecer al final del pasillo. Una sensación de entumecimiento se asentó en mis huesos.

Había sido Phoebe todo este tiempo.

—¿Ember…?

Lentamente, levanté la mirada hacia Hayden.



—Tú no me creíste.

Él abrió su boca pero volvió a cerrarla.

Me reí, pero sonó áspero.

—¿Qué va a hacer Cromwell con ella?

—No lo sé. —Se pasó una mano por su cabello—. No creo que la vaya a enviar a la Habilidad, pero estoy seguro de que trabajará más para ayudarla a bloquear… todo.

—No es mi culpa.

Su mirada se posó en mí.

—Yo sé que no lo es.

—Tú novia está muy jodida, ¿sabías eso?

Hayden frunció el ceño.

—Phoebe no es mi novia.

—Sííí. —Agité mi mano, cansada de argumentar lo obvio—. No puedo creer que ella… que me odie tanto para llevarlo tan lejos.

—Ella tiene… problemas, Ember. Su don en difícil.

—¿Y él mío no lo es? Yo no uso mi don para aterrorizar a la gente. —Sentí que mi cara palidecía—. ¿Estoy realmente siendo tan mala? ¿Para hacer que alguien hiciera esas cosa? ¿Soy tan mala? —Mi voz se quebró y me ahogué en un sollozo—. No puedo evitar ser lo que soy.

—Ember. —Hayden empezó a alcanzarme, pero no llegó hacia mí—. Nada de esto es tu culpa. Y tú no eres una mala persona.

Respiré profundo, pero se atascó en mi garganta.

—Pero tu ni siquiera quieres estar alrededor mío y nadie… —Mordí mi labio para no llorar—. Nadie me quiere aquí.

—Eso no es verdad.



Todo lo que sentía comenzó a hervir de nuevo. Presioné mis labios, pero seguían temblando.

—Lo siento —dijo Hayden—. No quería creer que era uno de mi familia. Debí de creerte. —Pasó su mano por su cabello, agarrando la parte de atrás de su cuello—. Cuando te vi esta noche y me di cuenta de que estabas sangrando. Dios, me asusté. Em, no me gusta eso.

¿Cuál parte no le gustaba? ¿La discusión entre nosotros, la tensión en su familia, personas que posiblemente querían hacer brochetas conmigo en el bosque… o que ambos queríamos algo que no podíamos tener? No sé de dónde vino la última parte. La mayoría de mi enojo se drenó fuera de mí.

—Eso tampoco me gusta.

—Entonces, ¿por qué lo estamos haciendo? —preguntó Hayden, dando un paso adelante. Menos de un pie nos separaba y él extendió su mano, no lo detuve esta vez. Su mano rodeó el brazo que no estaba herido. Pensé que iba a tirarme hacia él como lo hizo en mi habitación y algo en mi pecho revoloteó—. Em, yo no quiero que…

—Gabe me dijo que me necesitaba para ayudarla —dijo Liz desde la entrada de la cocina—. ¿O la estás ayudando tú?

Esperaba que dijera que él me estaba ayudando. De esa manera, pasaría otro poco tiempo conmigo y podríamos seguir donde lo dejamos. Me disculparía por culpar a toda su familia, nadie más sabía lo que Phoebe estaba haciendo, y él se disculparía por no creerme y diría que todo iría bien.

Hayden dejó caer mi brazo. Sus oscuros ojos permanecieron durante un segundo y después se giró.

—No.

Mi corazón se hundió hasta el final de mi estómago. Ni siquiera miró para atrás, ni una vez, lo cual probablemente estaba bien porque estaba segura que la decepción estaba escrita en toda mi cara.



Capítulo 23

Traducido por Josez57 y ONNANOHINO GIN

Corregido por Maia8

Me pasé todo el día siguiente en mi habitación, tratando de dibujar, pero no podía crear nada bueno. Todo lo que dibujaba parecía sombrío y aburrido. A la hora de cenar, el suelo de mi habitación estaba cubierto de bolas de papel arrugado.

El Sr. Cromwell insistía en las cenas familiares. Siempre eran muy incómodas, pero esta noche, con todo lo que había pasado, alcanzaba un máximo épico. Una tensión espesa se aferraba a toda la mesa.

—¡Qué asco! —Olivia empujaba los guisantes alrededor de su plato con el tenedor.

Suspiré y me pregunté si hacer lo mismo me excusaría de estar allí. Olivia no sabía nada de los eventos de la noche anterior, era lo único que Cromwell había hecho en lo que yo estaba de acuerdo. Mi suéter grueso cubría el vendaje alrededor de mi brazo.

—Los guisantes son feos —dijo Gabe.

—Gabriel —advirtió Liz—. Los guisantes no son feos, Olivia. Te ayudan a crecer hasta ser grande...

La bloqueé en ese punto y traté de manejar lo que esperaba sería una mirada discreta a través de la mesa. Excepto, que cuando miré, Hayden miró directamente hacia mí, encorvado en su silla, apretando la mandíbula. Ni siquiera había tocado el plato. Apartando mi mirada, accidentalmente se posó en Phoebe. Sus manos apretaban el borde de la mesa. No podía creer que todavía estuviera sentada aquí, en la cena, después de todo lo que había hecho. Estúpidamente, una parte de mí se sentía mal por ella y esperaba que alguien le consiguiera ayuda.

Parker, como siempre, tenía la nariz metida en un libro. Ni siquiera había levantado la vista cuando Olivia volcó su vaso de leche cuando traté de evitar que tirase sus guisantes.

Me hundí en mi asiento. Esta cena no podía ser peor.

—Guisantes. —Olivia lanzó una cucharada a Gabe. A su vez, Gabe lanzó una galleta en su plato. Ella le dio un mordisco y estalló en risas, trozos de pan caían de su boca.

Cromwell atrajo a Hayden en una discusión sobre qué equipos estarían jugando el Día de Acción de Gracias, mientras que Olivia y Gabe continuaban su juego con la comida.

—¿Podemos ir como el año pasado? —preguntó Phoebe a Hayden—. Podríamos salir la tarde del miércoles y quedarnos

Mis orejas se tensaron. Estaban hablando sobre el desfile en la ciudad… el gran desfile. ¿La dejaría Cromwell ir después de todo lo que ella había hecho?

Los ojos de Hayden se movieron lejos de su plato.

—No lo sé. Realmente no me siento a la altura de este año.

—Vamos. Va a ser divertido. —Ella hizo un puchero—. Realmente podría alejarme.

Traté de actuar como si no estuviera escuchando, pero en el momento que levanté la vista, Hayden y yo nos miramos a los ojos. Él fue el primero en apartar la mirada.

Finalmente Cromwell pareció oír lo que estaba sugiriendo Phoebe.

—No creo que será posible este año, Phoebe.

Phoebe abrió la boca, luego la cerró. Su mirada, llena de acusación, se desvió hacia mí como si yo fuera la razón por la que estaba en problemas.

Quería arrojarle mis guisantes.



Mi estómago se retorció cuando empujé un trozo de carne en mi plato, y ya no podía quedarme aquí. La presión aumentaba en mi pecho. Sin mirar a nadie, me aparté de la mesa y me dirigí hacia el pasillo. Nadie me detuvo. Creo que, en todo caso, la tensión en torno a la mesa se redujo. Era como si yo fuera la que había estado haciendo cosas locas, no Phoebe. Eso me volaba la cabeza.

Tomando una respiración profunda y dejando escapar el aire lentamente, me detuve en el vestíbulo fuera de uno de los salones oscuros. No importa cuántas veces lo hiciera, las paredes aún se cerraban a mi alrededor. Los minutos pasaban. Me quedé allí, mirando hacia la nada.

—¿Estás bien? —me preguntó Hayden—. ¿Tu brazo?

Cerré los ojos.

—Sí, mi brazo está bien.

—No has comido nada.

Una réplica ágil murió en mis labios cuando me enfrenté a él. Se puso de pie tan cerca que podía oler su colonia.

—Tú tampoco.

Hayden metió las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. ¿Tú?

—Nada. —Él asintió con la cabeza, luego sacó las manos de los bolsillos y se pasó una de ellas a través de su cabello.

—¿Em?

—¿Sí?

Pasó un momento en silencio, y luego Hayden negó con la cabeza. Una apretada y tensa sonrisa apareció en su rostro.

—No importa, hablaré contigo más tarde.

Luego se fue, y yo me quedé allí, con ganas de llorar.



—Es necesario que te mantengas alejada de él.

Sorprendida, me di la vuelta. Kurt se encorvaba contra la pared, mechones de pelo largo y rubio caían casi oscureciendo sus ojos. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado de pie allí. Obviamente, había sido suficiente.

—¿Me estás siguiendo?

—Yo no soy el que te ha estado siguiendo, y creo que lo sabes. —Kurt apartó de la pared—. Tienes que dejar a Hayden solo. No eres buena para él.

Mis manos se cerraron en puños.

—No me preocupa Hayden.

—Él pierde de vista todo cuando tú estás a su alrededor.

Fruncí el ceño mientras me frotaba la piel con picazón alrededor de mis puntos de sutura.

—No parece de esa manera.

Kurt inclinó ligeramente la cabeza.

—Has sido tratada de una manera injusta en la vida. Puedo ver eso. Todo el mundo puede verlo. —Dio un paso adelante, juntando las manos en la espalda—. Pero también lo han sido Hayden, Gabe y los gemelos. Y también yo. La única diferencia es que hemos sido capaces de ver más allá de todo eso. Tú no.

Abrí la boca, pero él me interrumpió.

—Lo que Phoebe hizo estuvo mal, pero ¿puedes culparla por querer que te vayas? Lo que tú sientes debe estrangularla. Y tu presencia ha afectado a Hayden desde que puso los ojos en ti. Si te preocupara alguien, tu hermana, te irías de aquí. Deja a tu hermana para que pueda tener una verdadera oportunidad en la vida, y deja a Hayden antes de que haga algo que todos vamos a lamentar.

Sus palabras encontraron eco. La ira encendió y disparó a través de mí.

—Y creo que sería mejor para ti, también. Tú no confías en nosotros.

Kurt sonrió.





—No confiamos en ti.

—¿Dónde puedo ir? —le pregunté—. ¿Vivir en la calle, así no soy tu problema?

Si estaba sorprendido, no lo demostró.

—No me importa a dónde vayas. El dinero no será un problema. ¿Cuánto necesitas?

—¿En serio? —No podía ser, pero la expresión de su cara decía que lo era— .¿Sabes qué? No me importa lo que pienses o lo que quieras. La única forma en que me iré sin Olivia es si me arrastraran fuera de aquí. Y me gustaría verte intentarlo.

Kurt abrió la boca, pero la cerró. Conseguí la satisfacción de imponerle silencio. Dando la vuelta sobre mis talones, lo dejé de pie en el vestíbulo.

***

Mi encuentro con Kurt me dio poder. En lugar de esconderme en mi habitación para hacer algún boceto o forzar a Olivia a que me entretuviera, comencé a practicar con las plantas por mi cuenta. Cada noche me bajaba una vez que la casa estaba en silencio y con mucho esfuerzo llevaba una planta de nuevo a mi habitación. Con mi brazo malo, solo podía llevar a una a la vez. Un jardín de plantas muertas llenaba mi habitación, lo que servía como un doloroso recordatorio de que todavía tenía que encontrar la manera de controlar mi toque.

Si el control era aún posible.

La noche antes de Acción de Gracias, me senté en el suelo con una planta en frente de mí. Seis cadáveres de plantas marchitas llenaban las macetas en la esquina. Me quedé mirando la nueva, la viva, y luego cerré los ojos y traté de despejar mi mente. Hayden había dicho que tenía que ser un pensamiento que lo desencadenara. Había intentado utilizar a Parker para llegar a ese pensamiento, pero todo se había distorsionado después de eso.

Parker… algo me había dicho Parker.





Arrugué mi nariz y contuve la respiración. ¿Qué me había dicho? Algo acerca de cómo nos las arreglamos con nuestros dones, todos excepto Gabe. Pero no tenía nada que ver con Gabe, porque él no tuvo que lidiar con eso.

Yo tampoco, ¿verdad? No tuve que hacer frente a ello, porque siempre creí que no había nada que pudiera hacer.

No podía evitar lo que hacía.

Como cuando Dustin me había tocado en el estacionamiento de la tienda de comestibles. No podría haber evitado lo qué pasó. No tenía control sobre ello. No lo… mis ojos se abrieron de golpe y exhalé. Eso fue todo lo que Parker me había dicho. Me había convencido de que no tenía el control para que yo no tuviera que lidiar con ello o tener alguna responsabilidad.

Y oh mierda, tal vez Kurt había estado en lo cierto… más o menos. Yo me había revolcado en mi autocompasión durante dos largos años. Si sumirse era una forma de arte, estaría en una pared de la galería.

Puse mis manos sobre la cerámica fresca. ¿Podría ser realmente así? ¿Era el control sobre mis dedos de la muerte realmente algo tan simple como creer realmente que tenía control? ¿Asumir la responsabilidad de ello, de mi don?

No, no tengo un don. Olivia tiene uno. Hayden tiene uno. No tengo…

—Lo estoy haciendo —dije en voz alta—. Lo estoy haciendo en estos momentos.

¿Qué pasa con mi autorevelación cortesía de *El guardián entre el centeno*? Había decidido que no quería ser como esas estatuas en el museo, pero lo era. Mis pensamientos funcionaban igual. Mis acciones también. Había intentado todo, excepto en que yo no era un capricho de la naturaleza.

Porque no era porque yo no tenía un alma. Quiero decir, hubo minutos cuando realmente me pregunté… cuando pensé sobre lo que había pasado cuando había muerto y cómo me había sentido después?, pero yo no quería hacerle daño a nadie. Lo que había pasado con Dustin había sido un accidente. Yo no había querido hacerle daño. Nunca quise hacer daño a nadie, en realidad no. Había tenido momentos en que había considerado la idea, en el fondo, momentos en los que me sentí amenazada, pero no quería que la gente tuviera miedo de mí.



Era más que eso.

No creía que estuviera dotada, pero tal vez lo estaba. Tal vez mi don funcionaba de manera diferente que el resto… como algo que tenía que activarse. Ese algo era estar muriendo. Quién sabe, tal vez habría vuelto de todos modos, incluso sin Olivia. Morir podría haber sido parte del gran plan o algo así.

—Bien, ahora me parece una locura —murmuré, pasando los dedos sobre el borde de la maceta—. Es como si estuviera entrando en una película de ciencia ficción cursi, pero es algo. Creo. Supongo.

Puse la maceta en mi regazo. Antes, me había puesto pantalones cortos de lino y una camisa de manga larga. Ambos eran lo suficientemente delgados como para dormir, si alguna vez me decidía ir a la cama. Era bien entrada la madrugada.

Todos los demás se habían ido a la cama hace horas ...

Y mi mente estaba divagando otra vez.

Hice una mueca a la planta y hundí mis dedos en la tierra rica y suave. Bien hidratada… Liz cuidaba bien las plantas aquí. Había llegado a creer que su otro don era ser una aficionada a la jardinería, ya que todas las plantas crecían tan bien.

Hasta que yo las mataba, eso es.

—Así que tengo un don. Un don, no una maldición, y el don es "los dedos de la muerte", ¿no? —me pregunté, sintiéndome estúpida cuando esperaba una respuesta—. Piensa en lo ruda que sería si pudiera controlarlo.

Me detuve allí. Pensando en que inevitablemente conduje a lo que podría suceder si podía controlarlo. Tocar, tomar de la mano, besar... a Hayden.

No era el tren más útil de pensamiento.

Me concentré durante horas diciéndome que tenía un don antes de que finalmente me sintiera confiada. Solo entonces puse mis dedos manchados de tierra y tomé una respiración profunda.

Ahora o nunca. Me concentré en la planta. Era verde oscura, con un tallo largo y delgado que tenía una textura parecida a la de la piel de una

serpiente. Se había convertido en mi planta favorita, porque era muy rara. Respiré profundamente e intenté decir en tono confiado:

—Tengo un don.

Lentamente, estiré los dedos hasta tocar el tallo, y entonces la retiré y esperé.

Pasaron unos pocos segundos, y luego puede que un minuto. Entonces cinco, y por Dios, no pasaba nada.

Empecé ponerme de pie, pero mis piernas cedieron:

—No —susurré, acercando la maceta hasta tenerla entre mis manos. Mi corazón se aceleró y un zumbido me tapaba los oídos. Esto podía ser una casualidad. Solo había una manera de averiguarlo.

Tenía que volver a tocarla.

Tras unos minutos para calmarme, cuando me pareció que mi corazón volvía a latir a un ritmo normal, toqué la planta otra vez. Se movió entre mis dedos. No se murió. Pasaron entre diez y veinte minutos. Alrededor de los veinticinco creo que empecé a llorar. Tenía las mejillas mojadas así que, a menos que hubiese llovido en mi habitación, eran las lágrimas.

Tenía que compartir esto con alguien.

Me levanté de un salto, atravesé la habitación y agarré la puerta con mi brazo bueno. Estaba tan emocionada que se me olvidó que la había cerrado con llave. Mis dedos temblaban tanto que me llevó un par de intentos poder abrirla; en cuanto lo conseguí, salí corriendo escaleras abajo mientras rezaba para que la puerta de Hayden no estuviese cerrada.

Su habitación estaba a tres pisos por debajo de la mía, y me detuve delante de su puerta. ¿Y si no le importaba? Me sentaría fatal. Giré el picaporte y abrí. Respiré aliviada mientras dejaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Apenas si podía entreverlo estirado en la cama, pero estaba allí. Acordándome de su reacción la última vez que lo desperté inesperadamente, resistí las ganas de tocarlo. Tanteé la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y la encendí. La habitación se iluminó. No despertó a Hayden, pero me

dejó sin respiración. Me quedé allí de pie, incapaz de quitarle los ojos de encima.

Las sábanas se enroscaban alrededor de la zona más baja de sus caderas, se cubría el rostro con uno de sus brazos musculosos, y estaba desnudo. Por lo menos por la parte de arriba.

Suéltalo, me ordené:

—¿Hayden? Despierta. —Me acerqué un poco más, alzando la voz—. ¡Hayden! Despierta.

Bajó el brazo de la cara y parpadeó varias veces. Lentamente, se incorporó sobre sus codos, sorprendido.

—Bien. —Tragué saliva e intenté sonreír—. Estás despierto. —Hayden frunció el ceño—. ¡Tienes que levantarte! Te necesito para…

Se quitó las sábanas de encima, revelando que después de todo no estaba completamente desnudo. Llevaba unos pantalones de pijama de franela.

—¿Qué pasa? —dijo poniéndose en pie—. ¿Estás bien?

—Yo… —Tan solo podía mirarlo. Los recuerdos que tenía de él sin camiseta no le hacían justicia. Me había perdido ciertos detalles, como la línea que bajaba por su estómago, los músculos que sobresalían de sus caderas.

—¿Ember, estás bien?

—Sí. —Cerré los ojos y me di la vuelta—. Tengo que mostrarte algo.

—¿Mostrarme algo? Ember, ni siquiera ha amanecido. ¿No puede esperar? —Su falta de interés era desesperante, pero insistí.

—No. Tan solo sígueme. Y después podrás volver a dormir. ¿Sí?

Hayden murmuró algo mientras recogía una camiseta del suelo y se la pasaba por la cabeza. Silenciosamente, me siguió hasta mi habitación. Cerré la puerta detrás de nosotros y le indiqué que se sentara a un lado de la cama.

—¿Querías enseñarme el suelo de tu habitación?

Exhalé lentamente.

—No. Quería enseñarte esto. —Sin mirarlo, me senté y coloqué la planta sobre mi regazo—. ¿Estás listo?

—Sí —dijo en voz baja, sentado al borde de la cama—. Ember, ¿porqué hay tantas plantas muertas…? —Entonces se le iluminó el rostro, como si se hubiese dado cuenta de algo, hizo una pausa y luego su expresión se volvió triste, decepcionada. No era lo que me esperaba.

—¿Hayden?

—No seguí trabajando contigo —dijo.

—Lo sé, pero…

—Y has renunciado a todo.

—Bueno, hasta hace poco sí.

—Em, lo siento. Dejé que mis propios problemas, mis propios sentimientos entremezclados, se interpusieran. —Lo miraba, cada vez más impaciente.

—Hayden, no pasa nada. Está todo perdonado, únicamente mira…

—No, no está bien —dijo, apoyando los brazos en sus rodillas—. Te dejé sola y todo porque… Bueno, como sea.

—Hayden. —Me incliné y le tomé la mano, envolviéndola entre lo primero que encontré. su pijama. Se estremeció, pero no se movió, aunque me pareció que su cuerpo desprendía más calor de lo normal.

—No tienes la responsabilidad de arreglarme. No soy tu proyecto de ciencias. No me debes explicaciones.

—Em, no pienso en ti como un experimento. No pienso en ti en ese sentido para nada.

Me preguntaba en qué sentido pensaría en mí.

—De acuerdo. ¿Puedes mirarme por tan solo un segundo? Hay algo que quiero mostrarte.

Hayden asintió.

Le solté la pierna y cerré los ojos. Concentrarme con él en la habitación era más difícil de lo que parecía. Cuando estuve segura de que “tenía el control”,



acerqué la mano al tallo de la planta y lo toqué. Hayden jadeó sorprendido cuando abrí los ojos. La planta que parecía hecha de piel de serpiente estaba tan saludable como antes.

—Em —dijo acercándose a mí con los ojos bien abiertos—. ¿Has visto eso?

—Sí —dije sonriendo ampliamente.

—¿Cómo… cómo lo haces?

—He estado practicando, pero no me había salido bien hasta esta noche.

—Muy bien —dijo recogiendo la maceta y dejándola a un lado—. Tócame.

—¿Qué? No creo que ese sea el próximo paso lógico, Hayden. Esta es la primera vez que no mato una planta. Deja que me regodee en mi victoria un poco más.

Sonrió, mirándome atónito durante un momento. Hacía siglos que no lo veía sonreír con tantas ganas, con esa sonrisa que dejaba ver sus hoyuelos.

—¿Cuál fue la diferencia esta vez?

Noté cómo el calor me subía a las mejillas.

—Fue por algo que dijo Parker. Que me había convencido de que... al pensar todo eso de que ya no tenía alma, había eliminado cualquier responsabilidad o posibilidad de controlar mi toque, pero es más que eso.

—¿Qué es? —preguntó Hayden acercándose.

Tragué saliva con fuerza:

—Me convencí de que tenía un don… de que no estoy maldita, ¿sabes?

—Lo sé, siempre lo he sabido. Supongo que tan solo tenías que creerlo.

Bajé la mirada hasta sus manos. De entre todas las cosas que tenía que preguntarle, o que me preocupaban, solté:

—¿Por qué estábamos enfadados?

—¿Enfadados? —Hayden se inclinó hacia atrás. Pasaron varios segundos hasta que volvió a hablar—. No estaba enfadado contigo, Em.



Ya no había vuelta atrás. Seguramente me iba a arrepentir de esto.

—Pero no es que hayamos hablado o… hecho algo juntos. No desde aquella noche en la cabaña, cuando te conté que mis padres sabían lo del don de Olivia… y creía que lo que dijiste después de que te despertara… bueno, la verdad es que no sé lo que pensaba.

Inhaló profundamente y exhaló con tranquilidad.

—Ha sido difícil. No quería creer que nadie que conociera estuviese detrás del asunto de la taquilla, y tenías razón, pero es más que eso. Necesitaba… necesitaba tiempo para procesarlo todo.

Me puse de pie, con las manos sobre las caderas. Noté que me miraba fijamente. Entonces me di cuenta de que probablemente nunca me había visto las piernas antes. No dijo nada mientras se levantaba.

—¿Cómo es?

Parecía como si estuviese a punto de retroceder, de alejarse. Al observar la guerra de emociones que recorrían su rostro, tuve un arranque de valentía.

—No estoy enfadada porque no me creyeras cuando te dije que alguien de tu familia estaba detrás de todo eso. Bueno, estaba enfadada, pero ya no. Es agua pasada.

—Aun así, debería haberte creído. La evidencia señalaba a alguno de ellos. No debería haber dudado de ti.

Pero tenía razones para dudar de mí. Era su familia y Phoebe era importante para él. Si hubiese sido al revés, a mí también me habría costado aceptar lo que tenía delante de mis ojos.

—¿Podemos dejar todo eso atrás?

Hayden me observaba, y sus ojos se oscurecieron hasta parecer hechos de un trozo de noche.

Frustrada, dejé caer los brazos.

—¿Ya no te gusto?

—Sí —dijo inmediatamente—. Claro que sí.

—¿Entonces podemos ser amigos?

Hayden se llevó una mano al pecho, por la zona del corazón.

—Em, es difícil ser amigo tuyo.

Sentí un vacío en el estómago. No era una sensación agradable. Pensé en el efecto que tenía sobre Phoebe y parpadeé. ¿Qué había dicho Kurt? Que también estaba afectando a Hayden.

—Yo… bueno. No tengo ni idea de qué se supone que tengo que responderte.

—No lo decía en el sentido en que te lo estás tomando —dijo echando un vistazo a la habitación, suspirando—. Mira, no me estoy explicando bien. ¿No estás cansada?

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro, imposibles de leer.

—Ya estoy bastante despierto.

Admití en mi interior que no tenía ni idea de hacia dónde iba esta conversación.

—Eh, puedes quedarte, si quieres.

Me miró en silencio, y entonces se giró hacia el balcón. Hipnotizada, lo observé mientras bajaba la persiana. Había una pequeña sonrisa en su rostro cuando cerró la puerta de mi habitación con llave.

—Dudo que a alguien se le ocurra venir a verte a esta hora, pero es mejor ser precavidos que arrepentirse. —Hizo un gesto hacia la cama—. ¿Tú primero?

Me apresuré a llegar a la cama y acurrucarme en el rincón más lejano, de repente estaba nerviosa. Sabía que tenía los ojos bien abiertos mientras lo miraba acercándose a la cama.

—¿Quieres seguir practicando con la planta?

Hayden se acercó hasta donde yo había intentado huir y se sentó a mi lado.

—No.

—Ah. —Me mordí el labio, rogándole a mi cerebro que encontrara algo que decir. No se me ocurrió nada.

—Hay un par de cosas que me gustaría aclararte. —Nuestras miradas se encontraron—. Phoebe y yo no estamos saliendo. De hecho, nunca ha habido nada romántico entre nosotros. —Me invadió una ridícula sensación de alivio, pero la controlé.

—Pero he visto la forma en que te mira. Y la noche del accidente de la flecha, yo… los vi juntos en el salón.

—Puede que Phoebe… haya sentido algo por mí hace tiempo, pero sabe que no estoy disponible. —Se inclinó sobre mí, colocó una mano en la cama, justo al lado de mis caderas. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo. Seguía acercándose, tomó un mechón de pelo que me caía sobre el hombro y lo enredó entre sus dedos. Estaba paralizada—. Y malinterpretaste lo que viste. Su don… bueno, ya sabes que le afecta. Estaba drenando una parte para que no tuviese que soportarlo todo. Lo he hecho durante años.

—Pero estaban tan cerca…

—Sí, pero no fue como pensabas. —Sus labios formaron una sonrisa juguetona—. No es la chica a la que quiero acercarme.

Me quedé sin respiración. Confusa, presioné las manos contra su estómago. Lo quería… quería que me tocara como lo había hecho en la cabaña, pero había dicho que hasta ser amigos le parecía difícil. ¿Y acaso esto lo hacía más fácil? Pero no podía… no quería pararlo. El aliento cálido de Hayden bailaba sobre mis mejillas y sus ojos parecían más profundos que nunca. Pensé que podría perderme en ellos si quería.

—Y es difícil ser solo tu amigo porque quiero mucho más que eso. Verte todos los días, querer tocarte… —Se detuvo, parecía pensativo.

—¿En qué estás pensando? —solté.

—Bueno —dijo sopesando las palabras—. Estoy pensando en hacer una locura.

—¿Qué es? —dije acercando mis labios hacia él. Ni siquiera estaba segura de que fuese consciente de lo que hacía.

—Estoy pensando en besarte —dijo—, y tocarte. Eso es en lo único que pienso. Por eso me cuesta tanto estar cerca de ti.

Mi corazón daba saltos en el interior de mi pecho, y latía acelerado. La tensión del ambiente aumentó hasta alcanzar un grado que era totalmente nuevo para mí. Sorprendentemente, aún conservaba la habilidad de hablar.

—Qué locura.

—Sí. —Dejó caer el mechón de pelo—. Qué loco.

—Deberías pensar en hacer otras cosas —advertí, mientras pasaba la mano por su camisa, deteniéndola sobre su corazón. Hayden colocó la suya en el hueco de mi espalda. Ese movimiento acabó con la parte de mi cerebro que se encargaba del sentido común.

—¿En qué estás pensando?

Estaba cerca, muy cerca. La esencia de jabón y sales llenaba mis sentidos. Cerré los ojos.

—En besarte —admití en voz baja.

—Desearía que no hubieses dicho eso —dijo, increíblemente quieto.

—Lo sé, pero empezaste tú. —Respiré profundamente y abrí los ojos—. No deberíamos hacerlo. No sé si puedo.

—No mataste a la planta, Ember.

—Pero sólo es una planta. Esto es distinto. No puedo…

Hayden me besó.



capítulo 24

traducido por maia8

corregido por jut

Sus labios apenas rozaron los míos, como si quisiera tantear lo que sucedería. No me atreví a moverme. Como nada pasó, él siguió adelante. Dulce y suave, luego duro y hambriento mientras profundizaba el beso.

Mi mundo explotó.

Pequeños escalofríos de placer y pánico se dispararon a través de mí. Tenía que parar, pero no podía reponerme, no podía concentrarme en otra cosa que lo maravilloso que era sentir sus labios contra los míos.

Y cuando él presionó mi espalda, estaba perdida en esta locura. Cualquier recuerdo de otro beso se desvaneció. Mi cuerpo despertó a la vida, mi corazón se hinchó y tronó. La sangre fluyó a cada parte de mí.

Un ligero temblor pasó a través de Hayden, pero siguió besándome. Su mano se deslizó hasta mi hombro, bajando a mi cadera. Yo ya no pensaba, sólo actuaba. Mi mano se deslizó desde el pecho hasta la parte posterior de su cuello. Lo atraje más cerca.

Hizo una especie de sonido estrangulado contra mi boca y tiró. Un ínfimo segundo y luego todas las partes estratégicas de nuestro cuerpo se encontraron, cualquier control que quedara se esfumó. Sus dos manos arroparon mis caderas y envolví mis piernas alrededor de él. Mi corazón tamborileaba y mi piel ardía, pero no me importaba.

Veinte segundos de besos, de caricias, tal vez un poco más.

Entonces sucedió.



Hayden apartó sus labios de los míos y se echó hacia atrás, rompiendo mi agarre. Las venas se expusieron en la extensión de su cuello.

—¿Hayden...? —Mi aliento salió en cortos jadeos.

Negó con la cabeza y puso las manos en las rodillas.

—Sólo... necesito un minuto, ¿de acuerdo?

Asentí y envolví mis brazos alrededor de mí. El veneno en mi toque había llegado a él. Las plantas eran una cosa, pero los seres humanos todavía debían estar en el aire. Entonces algo me llamó la atención.

—¿Por qué no drenaste mi toque?

Sus manos se aflojaron.

—No voy a hacer eso... otra vez.

—Maldita sea, Hayden. ¡Podría haberte matado! —Me arrodillé frente a él—. Dios, yo... lo siento. No debí dejarte hacer eso.

—No lo sientas. Yo no lo siento. Tenemos... tenemos que ser más cuidadosos...

—¿Quieres besarme otra vez? ¿Después de esto?

—Sí, quiero hacerlo de nuevo. Esto... todo esto es un avance. —Se detuvo, una pequeña sonrisa extendiéndose por su rostro—. Tal vez pudiera. Es decir, tomó un tiempo que tu toque se produjera. Y no mataste a la planta.

—Bueno, podía concentrarme *entonces*.

Hayden se rió en voz baja.

—Tal vez algún día serás capaz de hacerlo.

Concentrarse en otra cosa que besarlo cuando, bueno, lo besaba, no me parecía probable.

—De todos modos —dijo, agarrando los brazos y tirando de mí hasta estar contra él, pecho con pecho—. Por ahora, sólo tendremos que trabajar en ello.

Antes de que pudiera preguntarle qué significaba eso, Hayden me besó de nuevo. Esta vez él se retiró cada par de segundos y me dejaba sin aliento. Pronto me di cuenta de que estaba dosificando los besos, alejándose antes de que mi toque hiciera su aparición. Expuso mucho más autocontrol de lo que nadie, incluido él mismo, pensaba que tendría.

Hayden se sentó, tirando de mí en su regazo.

—Esto está funcionando.

Enrollé mis brazos alrededor de su cuello, con cuidado de no tocar su piel.

—Mmm-hmm.

Él se rió entre dientes profundamente y luego puso su boca en la mía de nuevo. Empujó hasta el límite, sólo se detuvo después de que el primer temblor atormentara su cuerpo y Dios, era como una dulce tortura. Justo cuando pensaba que había llegado al límite, se retiraba, respirando tan fuerte como yo.

—Em, ¿sabes cuánto tiempo he querido estar tan cerca de ti, darte un beso? —Su voz era áspera, ronca.

Apoyé la mejilla contra su pecho, inhalando su aroma.

—¿Tanto como yo?

—Mucho —murmuró, metiendo sus dedos en mi pelo e inclinando la cabeza hacia atrás—. Eres tan hermosa para mí.

—¿Hermosa?

—Sí —dijo muy serio—. Tus labios, tus mejillas, tus ojos… todo parece hermoso. Tu fuerza, la forma en que cuidas de tu hermana… —Bajó la mirada y me estremecí—. Admiro tu autocontrol. Tu fuerza de voluntad. Todo. No cambiaría nada de ti.

Mi corazón pareció apoderarse de todo. Aplasté mi boca contra la suya, inmersa en la emoción de sus labios contra los míos. No sé cuánto tiempo hicimos eso o cuántos lugares diferentes sus labios tocaron antes de que él se apartara, tomara un momento y luego empezara de nuevo. Me sentía febril, con vida, y… y algo mucho, mucho más fuerte que cualquier cosa que jamás había sentido en mi vida.

Algún tiempo después, yo estaba envuelta en la sábana y Hayden yacía a mi lado, su mente trabajando en la búsqueda de una manera de sostenerme sin llegar a tocarme. Se quedó por encima de las mantas, con un brazo y una pierna echada sobre mí. De vez en cuando, peinaba mi pelo hacia atrás y se acurrucaba más cerca.

—¿Ember?

Incliné la cabeza hacia atrás, abrí mis ojos para poder verle. Parecía terriblemente serio.

—¿Qué?

—Lo siento mucho por no creer en ti —dijo en voz baja—. No voy a dudar de nuevo.

—Está bien. Está bien ahora. —Pero realmente no había terminado. Phoebe había sido responsable de las cosas del casillero, pero no había estado detrás del accidente que comenzó todo esto. Pero en este momento, acurrucada en lo más parecido a estar en los brazos de Hayden, no quería pensar en eso.

***

—¿Cuándo viene Papá Noel? —preguntó Olivia probablemente por centésima vez en la última hora. Phoebe levantó la vista de su revista, en realidad sonriendo.

Bostecé.

—Al final del desfile, Olivia. Ya lo sabes. Es lo mismo todos los años.

Se acercó a su muñeca Barbie hasta donde estaba tumbada en el suelo.

—¡Quiero ver a Papá Noel ahora!

—Yo también. —Tomé la muñeca y me acerqué de nuevo hacia ella.

—¿Has escrito una carta para Santa ya? —preguntó Gabe, sorprendiéndome—. Ya sabes, ¿decirle lo qué quieres?

Olivia se volvió hacia Gabe, lanzando una descripción más detallada de los juguetes que quería, mientras yo cerraba los ojos y reproducía lo de ayer por la noche una y otra vez. Nada podría eliminar la sonrisa de mi cara o detener los saltos mortales que seguían ocurriendo en mi estómago.



La noche anterior había sido maravillosa. Perfecta.

Y al parecer, el sentimiento de felicidad nublaba todo el sentido de juicio que tenía, porque cuando Liz me pidió que la ayudara con el relleno, estuve de acuerdo.

Nos pusimos de pie una al lado de la otra en la isla de la cocina. Me habría gustado que hubiera tenido la precaución de echarse el pelo hacia atrás antes de hundir las manos en la mezcla de pan, huevo, mantequilla y leche.

—¿Solías hacer esto con tu madre? —preguntó Liz después de un par de minutos.

Palmeé mis manos, sintiendo el huevo a través de mis dedos.

—Sí, pero... solíamos hacerlo la noche anterior.

—Y lo de rellenar el pavo, ¿también?

Asentí.

—Solía comer el relleno cuando mamá no estaba mirando, pero la última vez, cuando tenía catorce años, ella me vio comiendo. Dijo que tendría salmonella o algo así.

Ella se rió en voz baja.

—¿Crees que necesita más cebollas? ¿Pan?

—Por supuesto. —No es que tuviera la menor idea, de verdad, pero creo que preguntaba para que me sintiera como si hubiera aportado algo.

Liz metió la mano en el bol, evitando cuidadosamente mis manos y sacó una pequeña bola de relleno mixto. Alzó las cejas hacia mí.

—¿Quieres un poco?

La miré un momento y luego decidí *qué demonios*. Abrí la boca y ella tiró la bolita.

Me perdí la primera, segunda y tercera. Al cuarto intento, cuando la pelota en realidad fue a mi boca, los dos nos reímos y el relleno de limo cubrió mi barbilla.

—Sabes —dijo Liz, desmigajando trozos de pan y añadiéndolos—. Creo que tu madre te escucha cuando hablas con ella.

Levanté la vista del bol.

—¿Cómo sabes que hablo con ella?

Sonrió, líneas finas extendiéndose desde las comisuras de los ojos de color azabache.

—Te he escuchado un par de veces. Creo que es bueno que lo hagas. Ella todavía está ahí.

—¿De verdad lo crees?

Liz asintió solemnemente.

—Sí, lo creo.

—¿Creer qué? —preguntó Hayden, entrando a la cocina.

Me quedé inmóvil al lado de Liz, todo pensamiento racional voló de mi cabeza. Ni siquiera tuve que mirarme en un espejo para saber que mis mejillas se volvían de un rojo brillante.

—Nada, sólo hablábamos —dijo Liz, riendo suavemente—. Estamos haciendo el relleno. ¿Quieres ayudar?

Hayden se apoyó contra la isla, tan cerca que podía sentirle sonreír.

—Creo que ustedes lo hicieron bien.

Le di una rápida mirada. Vestía una sencilla camisa negra y pantalones vaqueros, pero estaba increíble. Empujó mi pierna con la suya, ganándose una sonrisa.

Un chillido repentino rompió el silencio, seguido de:

—¡Santa! ¡Santa!

Me volví hacia el relleno y puré juntos.

—Esa debe de ser Olivia.

Liz se rió.

—Tengo que ver esto. ¿Crees que puedes terminar?

—Sí. —Asentí y soplé un mechón de mi cara. Este volvió a su lugar.

Salió corriendo de la habitación, secándose las manos en el delantal. Mis ojos la siguieron, en silencio reconociendo que a ella realmente le importaba a Olivia.

—Por mucho que me duela decir esto, realmente es bueno para Olivia.

—¿Y quién es bueno para ti? —preguntó Hayden, moviéndose detrás de mí, dándome besos rápidos sobre la curva de mi hombro.

Me cortó la respiración.

—Creo que... ya sabes la respuesta a eso.

Hayden puso sus manos en mis caderas, tirando de mí hacia atrás, contra él.

—Hmm, tal vez deberías mostrármelo.

—Estoy haciendo el relleno, así que es mejor… —Puso los labios contra el dorso de mi cuello y luego detrás de la oreja.

—Oh...

Se rió y se alejó, quedándose a un lado en mi espalda.

—¿Necesitas ayuda?

—Por supuesto.

—Bueno. —Hayden metió un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

Terminamos con el relleno, riendo y hablando de nada en particular. De vez en cuando, Hayden se distraía. Me daba un beso rápido o peinaba mi pelo hacia atrás. Creo que nos tomó un poco más de lo necesario terminar el pavo.

Estaba lavando la suciedad de mis manos y Hayden sentándose en la mesa junto a mí cuando su padre entró. Si alguien podía matar mi alegría, era Cromwell.

—Liz me dijo que ustedes dos están haciendo el relleno. Realmente no lo creo.



—¿Qué? Tengo un poco de chef en mí —sonrió Hayden.

Secándome las manos, me di la vuelta.

—Estaba ayudando.

Cromwell levantó una ceja.

—Ni siquiera sabes freír un huevo, hijo. —Hizo una pausa—. O hacer pan tostado sin quemarlo.

No pude evitarlo, me reí.

Encantador.

Hayden me frunció el ceño.

—Puedo tostar el pan.

—Intentó meter un tenedor en la tostadora para sacar su pan, hace tan solo un par de años.

—Oh. Wow —sonreí a Hayden.

—Gracias, papá. —Hayden se apartó del mostrador.

Cromwell le sonrió mientras caminaba hacia el horno, creo que estaba comprobándolo.

Hayden tiró de mi manga y asintió con la cabeza hacia la puerta trasera. Me dijo por señas: *Vamos afuera.*

Asentí, de inmediato mirando a otro lado cuando Cromwell se volvió.

—Entonces, ¿qué ustedes dos estén juntos ha demostrado que pueden cocinar?

Hayden se encogió de hombros.

—Creo que me voy a tomar una siesta.

—¿Como ayer por la noche? —preguntó inocentemente.

Mis ojos se abrieron mientras miraba al suelo, pero Hayden sonaba imperturbable.

—Sí, me quedé despierto hasta tarde viendo la televisión.

—¿Qué vas a hacer, Ember?

—¿Eh? —Mi cabeza se sacudió—. Oh. Ahora, creo que voy a ir dibujar.

—Bueno, tenemos la cena a las tres. Espero que ambos puedan estar aquí. —Su mirada se posó en Hayden. Cromwell sonrió, pero no llegó a sus ojos—. Antes de salir corriendo, Hayden, me gustaría hablar contigo un momento.

Me dirigí a la puerta, con la preocupación punzando en mi estómago. Cuando estaba en mi habitación, podía escuchar las risitas de Liz y Olivia mezclarse con las voces masculinas. Me puse una sudadera con capucha y un par de guantes antes de agarrar mi cuaderno de dibujo y un lápiz.

Tomando la ruta más alejada de la cocina, me deslicé por la puerta principal. Me sentí un poco culpable por no pasar tiempo con Olivia. Solíamos ser sólo nosotras, y durante dos años, nada de olor de pavo o tanta risa.

Me convencí de que estaba bien mientras esperaba en el frío aire a que Hayden apareciera. Llegó cinco minutos más tarde, con una amplia sonrisa en su rostro. Luz solar brillante estalló entre los árboles, dejando un halo alrededor de su cabeza.

—¿No tienes frío? —Ni siquiera se había puesto un suéter.

—No. —Hayden me tendió la mano.

Metí el bloc de dibujo bajo el brazo y tomé su mano.

—¿Adónde vamos? ¿A la cabaña?

—Pensé que podríamos dar un paseo.

—Está bien. —Dejé que me llevara al bosque. Un coro de hojas secas crujía bajo nuestros pies—. ¿Qué quería Cromwell ?

—Quería saber lo que estábamos haciendo. —Tenía una rama de nuevo.

—¿Qué? ¿Sabe lo…? —No podía decir "anoche".

—No. —Él envió una sonrisa tranquilizadora sobre el hombro—. Él sólo se preguntaba qué pasaba, supongo. Le dije que estábamos haciendo el relleno.

—Todavía no te quería a mí alrededor, ¿verdad? Le preocupa que te hagan daño.

Hayden miró hacia otro lado.

—No creo que realmente piense más en ello.

Levanté mis cejas.

—En serio, creo que él sabe que me gustas y que nada va a cambiar eso. Él lo acepta. Así que no hay nada de qué preocuparse.

—¿Estás seguro? —No lo creo, ni en un millón de años.

—Sí. —Él me apretó la mano—. No nos preocupemos de él ahora, porque más tarde, después de la cena, en serio voy a tomar una siesta.

—Es algo en el pavo —le dije.

—Intentas algo, ¿no?

Habíamos dejado de caminar, y no estaba segura de lo lejos que habíamos ido. El sol apenas aparecía a través del dosel de ramas aquí, si eso era alguna indicación. Hayden rodeó sus brazos alrededor de mi cintura y me tiró hacia adelante. Fui de muy buena ganas.

—Entonces, ¿por qué has querido venir aquí? —Le pregunté.

En lugar de decirme por qué, me mostró, con sus labios, sus manos. Y al final nos quedamos en un montón de hojas caídas, probando hasta dónde podríamos ir. Sin aliento y un poco aturdida, descansaba encima de su pecho, pasando los dedos por el lado de su cara.

—Quítate los guantes —exigió.

—No. Es demasiado. —Eso era algo que habíamos aprendido la noche anterior. Si estaba en contacto con una gran cantidad de piel, entonces, bueno, mi don se ponía en marcha.

Echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Más tarde, entonces.

Sonreí y me dio un beso en el medio de la garganta.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto. —Se coló una mano bajo mi suéter y la extendió a través de mi camisa—. Lo que sea.

—¿Por qué decidiste anoche para estar bien con...?

—Me gusta cuando te ruborizas. Realza tus ojos.

Puse los ojos en blanco.

—Cállate.

Se rió entre dientes mientras colocaba un mechón de mi pelo hacia atrás con la mano libre.

—Me di cuenta que no iba a perder el control. No contigo. Yo... —Se detuvo, sonrió con picardía—. Yo sólo no quiero hacerte daño.

Me di cuenta de que había algo más.

—¿Y tú creías que no te haría daño?

—Nunca creí que fueras a perder el control, Em. —Alzó la mano y se pasó los dedos por el pelo—. Eres buena por dentro, mejor que cualquiera de nosotros.

Las lágrimas brotaron de mis ojos. Aparté la vista, porque no quería que él viera cómo oírle decir eso me había afectado.

—Hey. ¿Estás bien?

—Sí —dije, mordiendo mi labio—. Es sólo que... que eres muy agradable.

Su mano se desvió de mi pelo y cayó a mi lado.

—¿Va a responder a una pregunta para mí? —Cuando asentí, continuó—. ¿Qué dibujas? ¿Puedo mirar?

Me di la vuelta y agarré mi bloc de dibujo, pero Hayden fue simplemente mucho más rápido.

—¡Hayden no te atrevas! —Tenía el bloc arrugado en sus gráciles manos, manos que había esbozado. Oh, Dios—. ¡No lo abras!



Levantó la mirada con una sonrisa.

—¿Qué hay en él, Em?

—Sólo cosas, mira, nadie ha visto jamás mis bocetos.

—¿Nadie? Entonces me sentiría muy honrado si me dejaras ver.

Gimiendo, me pasé la mano por el pelo.

—Soy muy mala. Son muy malos. No quieres verlos.

—Tus mejillas enrojecieron de nuevo —señaló, apoyándose sobre su brazo.

—Sí, bueno, entonces no debes mirar.

—Si realmente te molesta, no voy a verlos. —Me ofreció el bloc.

Lo miré fijamente. Un último secreto, tal vez, ¿y qué? Nuestros ojos se encontraron mientras lo tomaba de nuevo de él. Mis dibujos son cosas privadas, como un reflejo de mis pensamientos más íntimos. Permitir que alguien los viera era como estar desnuda delante de una multitud, abrirse de una manera que nunca he considerado. Entonces me acordé de cómo se había visto él cuando vio mis cicatrices por primera vez. No las había observado fijamente. Él miró a la cara, y no porque no pudiera soportar verlas, sino porque no le había importado. No le había importado.

Apartando mis pensamientos, abrí el bloc de dibujo después de varios intentos. Los guantes lo hicieron difícil.

—Estos... estos fueron antes del accidente. Las flores, los paisajes, y este era Sushi.

Hayden se acercó a mi lado en algún momento. Miró a la nariz respingada y entrecerró la mirada.

—Wow. Eso era un gato feo.

Me reí en voz baja, dando la vuelta a otra página.

—Papá.

Detuvo la mano antes de que pudiera dar vuelta la página.

—Parece un buen hombre.



Seguí mis dedos sobre la imagen. Había dibujado de memoria y había tenido varios intentos para conseguir la línea de su mandíbula correcta, y el ligero golpe en la nariz.

—Lo era.

—Em, siento mucho lo de tu padre.

Tragando, asentí y volví otra página.

—Esto, por supuesto, es Olivia y mamá. Estos son...

—Seneca Rocks, Em, eres muy buena. Lo digo en serio.

—No lo sé. Los bordes pueden ser más suaves, no tan sombríos y duros.

Se inclinó sobre mí y pasó las páginas. Haría un comentario, cepillaría los dedos por el dibujo, y luego daría la vuelta a otra página. Cuando se encontró con el dibujo que había hecho de sus manos, no creo que se diera cuenta de a quién pertenecían, pero no había nadie para detenerlo.

Cerré los ojos y se volvió hacia el primer boceto de él. No dijo nada. Ni siquiera creo que respiraba. Todo lo que podía oír era el sonido de él poco a poco al pasar de una página a otra.

—¿Cuándo dibujaste estos? —Preguntó, su voz áspera.

—El primero de ellos un par de días después de llegar aquí, y el resto poco a poco. —Me froté la mano debajo de la barbilla y finalmente miré. Tenía la mirada asombrada en el rostro. Sus ojos estaban muy abiertos y brillantes, los labios separados lo suficiente para mostrar un poco de dientes—. ¿Qué?

—No me lo esperaba.

—Es un poco raro, ¿no? —Cerré la almohadilla y tiró a un lado—. No me refiero a que lo sea. Sólo tienes esa cara que es todas las líneas y curvas. Yo... yo tuve que dibujarla. Espero… —Su boca me cortó, parando cualquier excusa que estaba a punto de dar. Se inclinó hacia mí, profundizando el beso hasta que nadaba en el éxtasis de su boca.

Hayden se apartó de mala gana, facilitando apoyarme. Miró a través de las ramas, su expresión extrañamente pensativa.

—¿Estás bien? Hice... ¿te he hecho daño?



—No —dijo rápidamente, encontrando la mano y apretar—. ¿Quieres saber por qué confío mucho en mi padre? ¿Por qué sé que nunca podría hacerte daño?

No era la conversación que realmente quería tener en este momento, pero asentí.

—Está bien.

Una breve sonrisa tiró de sus labios.

—Cuando digo que me salvó la vida, no estoy exagerando. No sólo una vez, sino dos veces. La primera vez fue cuando me encontró en hogares de acogida. Si no me hubiera encontrado, no creo que hubiera sobrevivido.

Me senté de nuevo, sin soltar su mano. No me atrevía a hablar, dándole la oportunidad de continuar.

—Las cosas fueron mal. Había días en que no llegué a comer. ¿Y si me cogían robando comida? Las palizas eran... intensas. Al principio, las cosas eran mejores, mucho mejores, en la Habilidad. Luego comenzaron algo llamado “Programa de Asimilación” y yo era un candidato para entrar. En un primer momento, Cromwell no sabía todo lo que el programa implicaba. Estaba dirigido por el doctor Ishtar. —Hizo una pausa, entrecerrando los ojos—. Utilizaron todos los métodos posibles que te puedas imaginar, Ember. La terapia de exposición en su máxima expresión.

—¿La terapia de exposición?

Asintió.

—Porque algunos niños, como yo, estaban teniendo problemas para controlar nuestros dones cuando estábamos, bueno, en casi todo momento, los médicos crearían situaciones de alto estrés que provocasen nuestros dones una y otra vez hasta nos hiciéramos insensibles a los factores desencadenantes. Algunas de las cosas que hicieron te hacían enloquecer.

Quería preguntarle qué. Tal vez era sólo morbo, pero el sentido común prevaleció alguna manera.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el programa?



—Lo suficiente —respondió él, deslizando su mano de la mía—. Cuando mi padre vio lo que me estaban haciendo, literalmente, me estaba volviendo loco, me sacó y nos vinimos aquí. Desde entonces, la Habilidad y el Dr. Ishtar juran que han cambiado el programa. Sé que él dijo que te enviaría allí, pero, Ember, él nunca lo haría. A pesar de que el Programa de Asimilación funciona, es horrible. Las cosas que tenía que hacer… —Se detuvo durante un buen rato—. De todos modos, nunca haría eso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Hayden echó la cabeza hacia mí y sonrió.

—Porque sabe que si eso te sucediera, me haría daño.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso, Hayden. No me parece justo.

—Bueno, ya se acabó. —Su sonrisa se escapó y llegó para mí—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta la cena?

—Alrededor de dos horas y media.

—Hmm. —Entonces él jaló de mi suéter, tirando de mí hacia abajo para que su boca pudiera llegar a la mía—. No suficiente de todos modos.



capítulo 25

traducido por im rachell

corregido por maryjane♥

El resto de Acción de Gracias no parecía real, todo fue genial. Era como si estuviese en algún mundo de ensueño de ficción y en la mañana, tuviera que volver a mi vida real. Y en un giro inesperado, el domingo por la mañana, Cromwell me entregó las llaves de mi Jeep. Levanté la cabeza y miré fijamente hacia Hayden. Mis dedos picaban por tocarlo, pero él parecía tan contento en el sueño que no quería molestarlo. Así que pasé los dedos sobre mis labios en su lugar. Se sentían hinchados y regordetes. Nos besamos mucho antes de que él me metiera cuidadosamente entre su pecho, un suéter y una sábana, separando nuestra piel.

Nos habíamos estado besando mucho. Parecía como si eso fuese todo lo que hacíamos. Oh. Bueno. No acabábamos de sólo besarnos.

Hicimos otras cosas. Como hablar. Tocar. Practicar con las plantas. Besar. Comer. Dormir. Practicar con plantas un poco más. Todas las noches se colaba en mi habitación, algo así como cuando íbamos a la cabaña.

Ah, echaba de menos la cabaña.

Hayden se movió, su brazo encrespándose alrededor de mis caderas, acercándome más. Puse mis manos sobre su pecho, así no caía justo en la parte superior de él. No es como si me hubiera importado, pero no podríamos pasar más de un minuto.

Lo que era una mejora de más de veinte segundos, pero ¿quién sabía si era el don de Hayden que había añadido tiempo adicional?

No había forma de realmente ponerlo a prueba a menos que tocara a otra persona.

—Fuera de cuestión —murmuré, poniendo mi mejilla contra su pecho, sobre el latido de su corazón. Cerré los ojos y dejé escapar un pequeño suspiro. La única cosa que no habíamos hecho era hablar sobre el accidente. Y no quería tocar el tema. Mi mente volvió a los archivos de la oficina de Cromwell. No tenía planes de hablarle a Hayden sobre ellos. Las cosas estaban demasiado perfectas en este momento como para arruinarlo. Bueno, casi perfectas.

Si tan sólo pudiera deshacerme de la idea persistente de que cuando las cosas eran así de perfectas, por lo general llegan a su fin como una gran bola de fuego que explota repentinamente...

***

—¿Qué he aprendido de *El guardián entre el centeno*? —repitió un estudiante de la parte delantera de la clase.

El Sr. Theo apretó el puente de la nariz.

—Sí, esa es la pregunta.

El mismo estudiante se reclinó en su asiento.

—Bueno, he aprendido que probablemente voy a suspender Inglés este semestre.

Un estallido de risas le siguió. El Sr. Theo parecía que estaba llegando al final de su paciencia, una grieta en su actitud calmada. Había estado así desde que la clase había comenzado.

Una sonrisa quebró mi rostro a pesar de que se sentía como si alguien estuviera golpeando un picahielos en mi sien.

Cuando sonó la campana, creo que el Sr. Theo y yo suspiramos de alivio.

Avancé hacia el resto de mis clases de la mañana. Mi pecho se hinchó de forma inesperada cuando vi a Hayden encorvado contra mi casillero, esperándome. Como si nada, dejó caer su brazo sobre mi hombro y rozó sus labios sobre mi sien.

Varios chicos nos miraron, en su mayoría chicas que parecía que fueran a vender sus zapatos Prada para estar en mi posición.

—¿Hambre?





—Siempre. —Metí la mano en mi suéter—. ¿Cafetería?

—¿Te importa que Phoebe y Gabe se unan a nosotros?

—Está bien. —No era una completa mentira, pero también significaba que teníamos que actuar como si no hacíamos lo que hacíamos. No era como si nos hubiéramos convertido en novios oficiales o algo.

Por otra parte, Hayden no se había saltado el PDA hace unos segundos.

Phoebe y Gabe ya estaban en el restaurante cuando entramos. Me deslicé primero en el asiento y luego Hayden.

La longitud total de su muslo se apretaba contra el mío. Tiré un rizo detrás de mí oreja y comencé a juguetear con él. La brillante mirada de Phoebe se deslizó entre nosotros antes de decidirse por Hayden. Ella y yo todavía no nos hablábamos, obviamente.

Y yo estaba tomando por costumbre concentrarme en no experimentar ninguna emoción cuando estaba a su alrededor. No estaba segura de si estaba funcionando o no.

—¿Vas a Charleston con Jonathan mañana? —preguntó—. Parker irá con él.

—No, prefiero sentarme en clase. —Hayden se estiró y dejó caer las manos en su regazo.

—Creo que me saltaré la clase. —Gabe frunció el ceño ante el menú.

—¿Estarás fuera todo el día? —pregunté, con visiones fugaces de archivos bailando en mi cabeza.

—La mayor parte del día —respondió Hayden—. Probablemente no volveré hasta la noche.

—Oh. —Tomé un trago de mi refresco. ¿No había Olivia mencionado en la cena que Liz se iba a clase con ella mañana? Algo acerca de un viaje de campo con una obra de teatro. Eso significaba que no habría nadie en casa.

Gabe dijo algo, pero había dejado de escuchar y estaba repentinamente fría y tiritando al lado de un chico que elevaba la temperatura hasta un nivel hirviente. Mañana sería perfecto.

Nadie estaría en casa, además de mi madre y seamos sinceros, ella no contaba. ¿Quién sabía cuándo iba a encontrar otra oportunidad para ver los archivos?

Pero, ¿quería saber lo que había en ellos? ¿Qué pasaría si encontraba algo que lo cambiaba todo? ¿Y si hubiera pruebas de que Cromwell había estado detrás del accidente?

La mano de Hayden en mi muslo me sacó de mis pensamientos. Mantuve mi cara seria y le di una patada bajo la mesa. Apretó a cambio.

Si lo hacía, que ya sabía que lo haría, necesitaba prepararme para la posibilidad de que Hayden me odiara para siempre por la salida de su padre u otro miembro de su familia adoptiva. Las cosas del casillero de Phoebe no lo habían hecho, pero esto sería diferente, peor.

Eché un vistazo a Hayden y una pequeña sonrisa secreta adornaba sus labios. Ese tipo de sonrisa usualmente dejaría mi piel en llamas, pero el hielo se estaba construyendo en mi estómago.

***

Más tarde esa noche, hablé cosas con mamá. Eso estuvo bien, es decir, tuve una larga conversación de veinte minutos conmigo, pero no la sostuve contra ella. Esto no fue sólo sobre mi padre, o yo, o incluso Olivia.

Mamá nunca hablaría conmigo. Sólo vería a Olivia, y por lo que he entendido, no había estado haciendo mucho de eso últimamente. Olivia no entendía por qué y honestamente, yo tampoco.

Antes de la cena, dibujé con Olivia. Aparte de negarse absolutamente a permanecer en el trabajo, la chica tenía talento, más de lo que yo había tenido a esa edad. Por otra parte, el talento de Olivia era algo más que su regalo. Ella era algo perfecta.

Revisé mi correo electrónico, más por costumbre que por otra cosa, y arreglé mi habitación mientras esperaba que Hayden apareciera. Ayer, había retirado todas las plantas de la sala, excepto la serpiente. Guardé aquella en mi escritorio como un recordatorio de mi éxito.

Todavía no había muerto y bien, en cierto modo me encantaba esa planta.



El suave sonido de mi puerta cepillando la alfombra me llamó la atención. Apagué el ordenador y giré en mi silla de escritorio. Mi estómago hizo un extraño revoloteo al ver su sonrisa torcida.

—¿No hay plantas? —le pregunté.

Hayden negó con la cabeza y cerró la puerta.

—Pensé que haríamos algo normal para un cambio. —Sacó un DVD de su pretina y lo arrojó a mí.

Lo cogí y le di la vuelta.

—¿Esta no acaba de salir en los cines?

—No puedo responder a esa pregunta. —Él se quitó su sudadera con una sonrisa socarrona y la dejó caer en el suelo.

La camisa de manga larga que llevaba debajo se subió un par de pulgadas.

—Em, si sigues mirándome así, no vamos a ver una película.

Ruborizada, me levanté de un salto y me ocupé de poner el DVD dentro. No fue mi culpa que me quedara mirando un poco. Tenía ese tipo de efecto.

Empezamos a ver la película, honestamente. Pero era demasiado difícil prestar atención desde el momento en que Hayden tiró mi cola de caballo hacia abajo y empezó jugando con mi pelo.

—Me gusta tu cabello. —Torció sus dedos a través de los rizos.

Mis ojos se cerraron mientras me relajaba junto a él.

—Es un desastre. Tengo que conseguir un corte de pelo.

Los dedos de Hayden se detuvieron.

—No. No deberías cortar tu cabello. Es hermoso.

Nunca cortaría mi cabello. Nunca.

—Presta atención a la película.

—Lo hago.

No, no lo hacía. Dejó mi cabello solo, solamente para rodear sus brazos alrededor de mi cintura y me tire hacia atrás contra él. Dejé caer la cabeza sobre su pecho y traté de concentrarme en mi plan.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Hizo una especie de sonido afirmativo. Su aliento agitó el cabello de mi sien.

—¿Te importa si conduzco a la escuela mañana? —Contuve la respiración.

—No. —Sus brazos se apretaron. Me calenté en un montón de lugares.

—Pensé que podría conducir yo misma, ¿sabes? No lo he hecho en mucho tiempo, y pensé que sería bonito hacerlo... por mi cuenta.

Hayden me dio la vuelta en sus brazos en un nanosegundo. Puse mis manos sobre sus hombros para no perder el equilibrio. Parecía muy serio. Oh no, esto no parecía bueno.

—¿Qué? —le pregunté, un poco paralizada por la forma en que los diferentes colores de la TV se balanceaban sobre su cara.

—Si quieres conducir tu misma a la escuela, Em, no tienes que pedir mi permiso —dijo, metiendo un mechón detrás de mí oreja—. Puedes hacer lo que quieras.

—Lo sé. No pregunté por esa razón. —Me sentí muy mal por mentir. Terrible por lo que planeaba hacer mañana. Terrible de que todo podría cambiar si encontraba algo.

—Está bien. —Su oscura mirada buscó mi cara. Sentí mi estómago caer—. Em, ¿te gusta esto? Quiero decir, en realidad no hemos hablado de esto. —Un leve rubor tiñó sus mejillas—. Ya sabes, sobre lo que estamos haciendo.

El alivio me inundó, pero luego me di cuenta de que era también una conversación seria. Como la conversación. ¿Nos encaminamos hacia el territorio de "título"? De alguna manera eso parecía tan importante como los archivos de la oficina de Cromwell.

Me senté de nuevo.

—¿Qué estamos haciendo?



Hayden se pasó una mano por la cabeza, y luego dejó caer su brazo en la rodilla.

—Realmente no sé cómo poner lo que estamos haciendo con palabras.

—Yo tampoco.

—Tú sabes yo... ¿te gusto?

—Gustar. —Era una palabra tan pobre—. Sí.

—Durante un tiempo ahora, y bueno, no quiero lo que siento por ti influencie lo que sientes por mí.

Fruncí el ceño.

—Uh...

Apareció una pequeña sonrisa.

—Lo que quiero decir es… no sé lo que quiero decir. —Se rió tímidamente y sacudió la cabeza—. No soy muy bueno en esto. Supongo que lo que estoy tratando de decir es que yo no sé si lo que tenemos entre nosotros es porque me puedes tocar, o alguna otra cosa.

Realmente nunca había mirado de esa manera, pero pude ver cómo él lo haría. Mis opciones eran dolorosamente limitadas.

—Hayden, ¿me estás preguntando si sólo me gustas porque eres la única persona que puedo tocar?

Su mirada se desvió de mi cara.

—Sí, supongo que eso es lo que estoy pidiendo.

Me acerqué más.

—Me gustas porque puedo tocarte.

La cabeza de Hayden se sacudió de nuevo a mí. Abrió la boca, pero yo levanté mi mano.

—Espera. Es más que eso. Cuando llegué por primera vez aquí, no confiaba en ti, no confiaba en ninguno de ustedes, de verdad. Pero de todos los



presentes, tú estabas muy bien para mí. Hablaste conmigo y tú... creíste en mí. No me trataste como a un bicho raro.

—Porque no eres un bicho raro —dijo seriamente.

—Me he sentido como la reina de los bichos raros por dos años, pero nunca me sentí así a tu alrededor. De todos modos, eres divertido, agradable. Y eres inteligente. Confío en ti, obviamente. Te lo he dicho y te mostré cosas que ni siquiera Adam conocía. —Negué con la cabeza. "Y eres...

—¿Caliente? —preguntó con inocencia.

Me eché a reír.

—Eso también, pero es más que todo eso. Y me gustas. De verdad. —Incluso eso sonaba estúpido para mí—. No lo sé. —Mi pulso se levantó, y mis palmas se sentían asquerosas—. ¿Eso te dijo algo?

—Sí —dijo en voz baja.

—No sé lo que nada de eso significa. Yo... no estoy acostumbrada a nada de esto, pero sí, me gustas.

Hayden se deslizó hacia abajo, envolviendo sus manos alrededor de mis brazos.

—Sabes que creo que eres increíble.

Yo sabía que mi cara estaba en llamas. Creo que asentí.

—Y no me siento de esta manera. —Él trajo mis manos a su pecho, sobre su corazón—, por nadie más.

Hayden miró a los ojos, y yo realmente sentía en llamas entonces.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Estamos... ¿saliendo?

—No. —Su expresión estaba llena de deseo, junto con otra emoción, que me emocionó y me asustó—. 'Saliendo' no suena bien.

Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada.

—Entonces, ¿qué?

—Creo que lo sabes. —Hayden me sacó hacia adelante mientras él se recostaba, con las manos extendidas sobre mi espalda—. ¿Quieres que te lo diga?

—S, —le susurré.

—Acércate.

Bajé la cabeza.

—¿Lo suficientemente cerca?

Hayden cerró la pequeña distancia entre nosotros y rozó sus labios sobre los míos. Fue sólo un toque, pero dejé de respirar por completo. Cuando el beso se profundizó, perdí la noción del mundo que me rodeaba, y el hecho de que él nunca respondió la pregunta. No es que lo necesitara. Este beso fue más allá de tontos títulos.

Este beso fue algo, me aparté cuando sentí los dedos de Hayden contraerse.

Nos habíamos dejado llevar demasiado tiempo. Ambos estábamos respirando pesadamente, y una súbita comprensión me derribó.

Esta podría ser la última vez que lo besara. Un dolor agudo y punzante cortó a través de mi pecho. ¿Hayden me perdonaría por la exposición de Cromwell?

No lo creía.

Y no quería perder ni un momento con él. Sus manos se extendieron por mi espalda, sobre mis hombros. Cuando puso un poco de espacio entre nosotros, hice un sonido de protesta. Pero sus manos estaban de nuevo en movimiento, robando la parte delantera y en el dobladillo de mi camisa. Sus nudillos rozaron cerca de mi ombligo. A la vez, el fuego y el hielo me atravesaron.

De algún modo mi camisa terminó en el suelo, y debería haberme sentido avergonzada. Nunca había estado tan expuesta con un chico antes y con las cicatrices... pero a la luz suave y bajo su mirada intensa, nunca me había sentido más perfecta en mi vida.

Su camisa se quedó, y también lo hizo el resto de su ropa. Obviamente sólo podíamos tomar esta medida, pero todavía podía sentir el calor a través de su ropa y se sentía increíble, especialmente cuando sus manos agarraron mis

caderas y me mantuvieron cerca, nuestros labios tocándose de vez en cuando, nuestros cuerpos balanceándose juntos. Era el más simple de los toques que me producía lo mejor.

Sólo ser capaz de estar tan cerca de él se sentía mil veces mejor que cualquier cosa que puedas imaginar, como disparar un rayo a través de mis venas cada vez susurraba mi nombre.

En medio de todas estas maravillosas sensaciones, mi corazón se hinchó tan grande que estaba segura de que iba a explotar en mi pecho. Sabía lo que era. Sabía lo que estaba sintiendo.

Estaba enamorada de él.

***

Mi estómago se retorció y se revolvió desde el momento en que entré en la ducha hasta que me subí en mi Jeep.

En lugar de centrarme en la gran parte de mí que quería olvidar todo esto, puse mi plan en marcha. Una especie de excitación nerviosa vibraba a través de mis venas, y lo hizo de una medida de miedo, pero me sentía un poco rudo.

Al igual que un espía o algo así.

Me sentaría pacientemente a través de tres de mis clases de la mañana antes de saltar fuera. Esperar más tiempo sería arriesgado. Acabé de llegar a la escuela forma demasiado pronto. Los pasillos eran inusualmente silenciosos, y mis pasos resonaban por el pasillo. Mientras hacía mi camino hacia mi casillero, no pude evitar sentirme un poco descolocada. Yo casi esperaba la sobrecarga luces apagarse y un conserje horrible con una sola mano, de un diente, saltara sobre mí.

No me sentí tan ruda entonces.

Negué con la cabeza en un intento de deshacerme de la imagen y me concentré en mi casillero. Aunque sabía que no habría nada en él, el casillero todavía me llenaba de inquietud. Phoebe me había traumatizado oficialmente cuando se trataba de casilleros.

Dibujando de una respiración profunda, cerré los ojos y lo abrí. Un par de segundos pasó, entonces tal vez un minuto, y husmeé con un ojo abierto. Estaba, por supuesto, vacío.

Al final de Inglés, me empecé a sentir mareada y mis sienes se sentían como si estuvieran a punto de estallar por la presión en mi cabeza. Mis nervios estaban me estaban persuadiendo y sabía que me iba a acobardar si esperaba el tiempo que había planeado.

Cuando sonó la campana al final del segundo periodo, recogí mis cosas de prisa y corrí de la sala de clase.

Me detuve en la puerta principal. Gruesas gotas de lluvia salpicaron contra el pavimento. Mi cabello estaba unos cinco segundos se conviertiéndose en una bola de frizz gigante. Masticando mi labio, miré por encima de mi hombro y casi me caigo.

El Sr. Theo estaba junto a la entrada de las oficinas de administración, charlando con otro profesor. Si volvía la cabeza, estaba muy arruinada. Luego levantó la mirada, hacia mí. Empecé a retroceder de la puerta, pero él levantó una ceja y sonrió, luego se alejó.

No lo podía creer. Y no podría estar aquí más tiempo. Abrí las puertas mientras los cielos se abrían y la lluvia aguanieve se vertía. Se sentía bastante frío para la nieve.

Navegando por las calles resbaladizas por la lluvia con llantas lisas resultó más difícil de lo que recordaba, pero alrededor de cuarenta minutos más tarde, aparqué el jeep frente a la mansión de Cromwell.

Empapada hasta los huesos, me fui por el garaje y me cercioré de que todos los coches habían desaparecido.

Entonces me encogí en el suéter mojado y lo colgué en el respaldo de una silla en la cocina. Incluso mi camisa delgada debajo estaba húmeda, pero yo no tenía tiempo que perder cambiándome. Desde allí, medio corrí, medio me deslicé sobre el suelo de madera. Estatuas y pinturas parecían mirarme cuando entré en la banda derecha.

Me detuve fuera estudio de Cromwell y aspiré aire. Había una posibilidad de que la puerta estuviera cerrada, si es así, una pérdida de un buen día de cabello.

Una voz un poco molesta susurró en mi cabeza que lo que estaba a punto de hacer estaba mal. Estaría fisgoneando en torno a asuntos personales de los demás, pero mis razones para hacerlo eran mucho más importantes que una pequeña cosa tonta como la privacidad. ¿Cierto?

Metí la mano en mi bolsillo y pasé los dedos sobre la moneda. Esto se supone que es para la buena suerte.

Bueno, necesitaba un poco de suerte ahora. Empujé la puerta. Se abrió con un chirrido y una ráfaga de aire helado me golpeó.

Reprimiendo la voz que gritó su indignación moral, me dirigí a la mesa de roble brillante. Caray, mi conciencia se comportaba como había planeado en hacer algo terrible. ¿Dónde estaba esa voz cuando hice trampa en los exámenes y en los juegos de computador?

No es lo mismo, supuse.

Abrí un cajón. No hay llaves. Me acerqué al segundo, tercero, y finalmente, el cajón de en medio. El llavero brillaba hacia mí. Los agarré y di la vuelta.

Las llaves se sentían extrañamente pesadas en mi mano. Después de varios intentos fallidos, encontré la correcta y abrí el cajón en el aparador. Dudé un momento, la pequeña voz de nuevo, susurrando que puede que no me guste lo que encuentre.

Lo ignoré y agarré los archivos de Kurt primero, sin tener idea de qué esperar.

Las primeras páginas consistían en información básica: fecha de nacimiento, dirección de la ciudad natal, y una breve reseña de sus dones. De lo que he leído, tenía extensas habilidades en el campo de la limpieza de la mente, capaz de eliminar ciertos recuerdos, dejando otros intactos. Adam había sido un ejemplo perfecto de ello. Había recordado todo, menos yo. Pero Hayden había dicho que quien había hecho el barrido de mamá no lo había hecho bien.

Mirando el archivo de Kurt, dudaba qué hubiera estropeado tan mal. Supuse que quien estaba detrás del accidente de coche también había querido hacer creer a mamá que Olivia había muerto, también.

Empujando el cabello de mi cara, hojeé hasta la segunda página. Bingo.



No era un expediente criminal, no uno formal, por lo menos, pero Kurt tenía bastante de la historia cuando era más joven: B y E, robo y asalto. Todo antes de la edad de veintiún años, lo cual no pensé que era una cosa muy importante, las personas cambian. Sin embargo, la evaluación psicológica en la tercera página me llamó la atención.

Kurt fue descrito por exhibir rasgos de personalidad narcisistas malignos combinados con tendencias antisociales y paranoicas desde el comienzo "G." Asumí que "G" significaba "Gifted." No necesitaba un título en psicología para conocer algunas de las palabras que no trajeron la cálida y borrosa, pero nada señaló que él era un psicópata asesino en plena campaña.

Decepcionada, empujé de nuevo su expediente y cogí Parker.

Al leer sus cosas, comencé a preguntarme por qué Cromwell tenía incluso archivos en ellos. ¿Por qué mantener esta información? Cromwell era un alcalde, no un psicólogo, y cosas como estas pertenecían a un entorno clínico.

La información personal de Parker no es una sorpresa. Cromwell comentó sobre su incapacidad para bloquear los pensamientos de otros, lo que lo llevó a rasgos antisociales. Phoebe había tenido las mismas cosas sobre el control de la empatía en ella, y había una nota reciente sobre su reacción hacia mí y una guía de tratamiento esbozando técnicas de bloqueo que Cromwell quería trabajar.

El archivo de Gabriel no mencionó mucho de nada.

El de Olivia incluía una bio con todas las cosas normales: los nombres y otras cosas de nuestros padres, pero una sola palabra acerca de su don: "Milagroso." Lo miré por un rato, y luego lo metí de nuevo en el interior y me trasladé a tomar la mía.

Pero vi a otro archivo titulado "TG" y nada más. Curiosa, agarré aquel y lo abrí. En la primera página había perdido el conocimiento de la misma manera en que yo imaginé que hicieron con los documentos clasificados. Pasé a la segunda página, luego la siguiente. Todo estaba a oscuras. Frunciendo el ceño, la puse de nuevo en el cajón y saqué mi archivo.

Me preparé para lo peor, pensando que vería cosas como "maleducada" y "mal genio", como rasgos de carácter. Por eso me sorprendí cuando encontré

nada en la primera página. Ninguna maldita cosa, sin biografía, sin fecha de nacimiento, sólo la fecha en que Hayden y Kurt se habían presentado en mi casa, el día que me habían trasladado. Extrañada por eso, di la vuelta a la página, ya encogida de lo que iba a ver.

Y Dios, quiero ir a buscar a Cromwell, estafarle mi guante, y estrangularlo.

Yo ni siquiera tengo un maldito nombre. Las notas esporádicas refieren a mí como "Proyecto E".

Proyecto E tiene un don inestable. La capacidad de dejar inválido e incluso a matar con un toque resulta ser una reminiscencia de Proyecto J. Proyecto E es también un candidato para el Programa de Asimilación. En el momento actual, no ha habido evidencia de que su don pueda ser controlado. Se debe tener precaución.

Mis dedos se cerraron alrededor del papel hasta que oí las páginas arrugándose. ¿Asimilación? ¿Para mí? Él podía asimilar mi pie en su culo. ¿Y cuándo empezó a creer que yo tenía un don? Si recuerdo correctamente, la última cosa que él había llamado era antinatural y malo.

Cerré mi archivo de vuelta, y como no podía evitarlo, porque estaba enojada y confundida, cogí el expediente de Hayden. Me senté y lo abrí. Inmediatamente, mis ojos recorrieron al final de la página. Al igual que Kurt y el resto, hubo una biografía completa y sabía que las cosas buenas estarían en la segunda y tercera página.

No lo hagas.

Pero quería hacerlo y necesitaba algo que me distrajera de mi deseo de incendiar la oficina de Cromwell. Había mucho sobre el don de Hayden que no conocía. Siendo un enerpath, podía manipular casi cualquier forma de energía: usar aire para aplastar una casa, crear fuego de la electricidad en el aire, e incluso mover el suelo como un mini-terremoto. Todo era bastante sorprendente... y aterrador. Pasé a la página siguiente y me estremecí.

Una vez, dos veces, tres veces, era la cantidad de veces que leí antes de que mi cerebro aceptara las palabras escritas allí.

—Oh, Dios mío —susurré.

Hayden no se había retirado de la casa de sus padres porque había temido de él, pero pude entender la mentira. La verdad dolería demasiado, provocaría muchas preguntas, demasiados recuerdos.

Él sólo había sido un niño, Dios, sólo cinco años. Demasiado joven.

Y había matado a toda su familia.

Capítulo 26

traducido por alexiia_rms

corregido por jut

Un viejo recorte de periódico, ya coloreándose a un amarillo pálido, estaba metido entre la página dos y tres, detallando los terribles acontecimientos sin dejar rastro de la cruda emoción involucrada.

La casa se había quemado. Había empezado en una habitación del segundo piso, extendiéndose abajo y envolviendo toda la casa. Sólo hubo un sobreviviente; Hayden.

Me limpié los ojos con el dorso de mi mano y empecé a acomodar el expediente. Pero hacia el final de la página, me detuve. Los momentos en que Hayden luchaba por controlarse pasaron ante mí. El día que Kurt me había empujado y cuando encontré el coche en mi casillero y la papelera había explotado. Las veces que habíamos discutido y olía el distintivo olor de humo como el de la quema de ozono, no de fuego. ¿Esa había sido una de las razones por las que se había alejado de mí? Tal vez no habían sido sólo sospechas mías. Tal vez temía perder otra vez el control por mí, como Parker y Kurt me habían advertido.

Me tragué el nudo en la garganta y cerré el archivo. La tristeza corrió a través de mí. No podía ni siquiera empezar a entender por lo que había pasado, por lo que seguía pasando. Sentía como si mi corazón se fuera a rasgar. La culpa que llevaba conmigo por la muerte de Dustin era nada comparado con lo que él debía sentir.

Después de leer sobre Hayden, no me importaba lo que pensara Cromwell sobre mí o sobre el Programa de Asimilación. En todo caso, me daba una razón más para buscar la manera de controlar lo que fuera que tenía. Siempre había pensado que mi vida estaba mal, que lo que me había pasado era lo peor. Ahora sabía que no.

Dios, me sentía como una idiota.

Inclinándome hacia delante, puse el expediente de Hayden a un lado y empecé a cerrar el cajón cuando vi otro archivo con las iniciales: "J.G". Lo saqué y lo abrí. Había una foto de una chica de mi edad, pero la foto parecía vieja y granulosa.

Quienquiera que fuese, había sido una muchacha con largo, bonito cabello marrón y gafas apoyadas en la punta de su nariz, pero la foto también capturaba una intensa mirada asustada en sus ojos. Ahora más curiosa, ojeé su archivo, deteniéndome en un papel con notas escritas a mano de Cromwell. La mayor parte, como el nombre completo de la chica y cualquier información que pudiera revelar su identidad, se habían perdido como en el otro archivo. No quedaba mucho que pudiese leer y lo que aprendí me sorprendió y confundió.

Cromwell había mentido.

Esta chica había sido parte del Programa de Asimilación, que había resultado ser un completo fracaso. Había sido incapaz de controlar su don y se había suicidado en la Habilidad.

Sólo tenía dieciséis años y había sido capaz de matar con su toque.

Cerré su expediente, con las manos temblando. Realmente no sabía cómo procesar eso. ¿Alguien más había sido dotada como yo? ¿Se había suicidado porque no podía controlarlo? Empecé a poner su archivo de nuevo en su sitio, pero un cúmulo de papeles se deslizó y cayeron en mi regazo.

Al igual que con el archivo de Hayden, realmente no creía lo que vi al principio. Pero entonces, como todo lo demás, se hundió lentamente. Mareos y náuseas se apresuraron a través de mí. Se me cayó el archivo.

Recortes de prensa sobre mi papá y su trabajo en el hospital antes del accidente, los artículos que no podía soportar leer después de que hubiera muerto. Un registro estaba adjunto, mi horario de clases de segundo año. Pero eso no era todo, había direcciones hacia mi casa, al hospital de mi padre, y... *Oh, Dios mío.*

Junto a los recortes de periódicos estaba un menú de *Salt of the Sea*, el restaurante al que había insistido ir en la noche del accidente. Garabateado en él estaban varias fechas, la última de ellas, la fecha del accidente, estaba

marcada con un círculo. La comprensión se apoderó de mí como dedos fríos rasgando mi espina dorsal. Los papeles se cayeron de mis dedos.

La estática llenó mis oídos. Durante varios minutos, no pude moverme, no pude ni respirar mientras mi mundo se venía abajo.

No, no, no.

La escritura a mano, de todo, parecían garabatos de Hayden. Había estado observando mucho antes de lo que él había admitido; él había escrito el registro, las direcciones, la fecha del accidente. No había sido sólo Kurt o Cromwell. Habían sido los tres, tal vez todos los demás.

El tiempo pareció detenerse, y luego salté hacia delante y recogí los papeles. Mi aliento salía en pequeños y cortos jadeos. Tenía que salir de aquí, agarrar a mamá, encontrar a Olivia. El zumbido en mis oídos me hacía difícil pensar, pero todo lo que sabía…

—¿Qué estás haciendo?

Grité, poniéndome de pie y dándome la vuelta.

Hayden estaba en la puerta del estudio. Pequeños ríos de lluvia goteaban de su pelo, viajando por los lados de su cara. Los extremos adhiriéndose alrededor de sus sienes y mejillas.

—¿Ember?

Mi corazón latía tan rápido que juro que mi camisa se agitaba.

—¿Qué estás haciendo en la oficina de mi padre? —Dio un paso para entrar en la habitación y luego otro—. ¿Por qué dejaste la escuela?

Miré la puerta detrás de él y traté de cerrar el cajón. No se movía.

—Yo... no estoy haciendo nada.

—Llámame loco, pero no te creo. —Su mirada cayó sobre mí y luego detrás de mí. Sus ojos se estrecharon—. ¿Husmeaste en los archivos de mi padre?

—N-no —tartamudeé.

Sus ojos parpadearon y se clavaron en los míos.

—Husmeaste en nuestros archivos, ¿verdad?

No le respondí, porque realmente, ¿qué podría decir en ese momento? Entonces di un paso a un lado, midiendo la distancia entre la puerta y Hayden. Dudaba que pudiera pasarlo.

—Me gustaría que no lo hubieras hecho. —Había ira en su rostro, pero también había decepción.

Necesitaba tiempo. Tenía que pasar por alto la forma en que mi corazón se resquebrajaba. La forma en que quería sentarme a llorar, porque nada de eso ayudaría.

—¿Por qué siquiera tiene archivos de todos nosotros? ¿Es algo normal? ¿Es lo que hace la gente?

—¿Las personas faltan a la escuela para husmear las cosas que no son de ellos? —La frialdad de su voz me sorprendió. Nada me recordó al chico de ayer por la noche, el que me había abrazado y besado como si... me amara de la misma forma que yo a él.

Di un paso atrás.

—Ember, ¿qué hay detrás de tu espalda?

Negué con la cabeza. Hayden dio un paso adelante e hice mi movimiento. Ni siquiera sé por qué lo intenté. Hice una carrera saltando hacia la puerta, pero Hayden me agarró por la cintura y me arrastró hacia atrás.

—¡Suéltame!

Capturó mis muñecas, me apoyó contra la pared y me inmovilizó allí, nuestros cuerpos fusionándose. Los registros, las pruebas, cayeron al suelo una vez más.

—No hasta que me escuches.

—¡No quiero escuchar nada que tengas que decir! —Luché para no dejar caer las lágrimas, pero siguieron saliendo y saliendo. El sentimiento de traición, dolor, cortaba tan profundo que no podía respirar—. ¿Cómo pudiste?



—Escúchame. —Él presionó hacia adelante y bajó su cabeza—. Nunca podría hacerte daño. ¿No lo entiendes?

Apreté mis labios y giré la cabeza. Él ya me había *herido*. Me había desgarrado.

—Em…

—¿Cómo pudiste? —susurré—. ¿Cómo pudiste hacer eso? —Un músculo palpitó en su mandíbula.

—Fue un accidente, Em. No entendía lo que estaba sucediendo…

Me empujé fuera de la pared, pero él empujó hacia atrás.

—Escúchame, Ember. No podría hacerte daño. No puedo. —Hayden fijó sus ojos en mí. Eran más suaves de lo que había visto—. Te amo, te he amado desde la primera vez que te vi. —Me quedé helada. Sólo mi pecho se movía mientras arrastraba fuertes bocanadas de aire—. Me había convencido durante mucho tiempo que la preocupación me llevaba a mantener un ojo en ti. Cada vez que salía de Allentown, me decía que no iba a volver. Pero lo hacía. No podía estar lejos. Durante dos años lo hice. Tenía que asegurarme que estabas bien. —Los ojos de Hayden se cerraron—. Que mantuvieras a tu hermana y tu madre sola, sólo te hizo más fuerte y decidida a hacerlo. Y el día, el día que fuiste al banco, me moría de ganas de hablar contigo, de abrazarte.

Sentía que mi corazón se rompía y crecía al mismo tiempo. Me dejó tambaleándome.

—Yo sé, *sé* lo loco que suena, pero es como llegué a conocerte. Sabía que dibujabas cuando estabas molesta. Vi lo mucho que amabas a tu hermana. Qué valiente eras al seguir yendo a esa maldita escuela. Y todas esas veces que te miraba, quería hacerte verdaderamente sonreír, no una de tus sonrisas falsas. Nunca te oía reír. Todo lo que siempre he querido hacer es ayudarte, porque tal vez entonces, sonrías una vez en serio.

Negué con la cabeza, deseando que se detuviera, *sólo para.*

—Creí que estar cerca de ti lo haría más fácil, pero una vez que llegué a conocerte, conocerte realmente. Empecé a pensar que te había amado *antes.* —Él apretó los labios, pero nunca miró hacia otro lado. Ni una sola vez—.



No tenía ni idea. Todo el mundo lo sabía. Mi padre quería que me alejara de ti, porque sabía lo que sentía. Y Kurt piensa que mi juicio es sesgado, que voy a perder el control otra vez.

¿Había leído mal la conversación que había oído entre Kurt y Liz? Había asumido que Kurt había estado hablando de Cromwell, pero él sólo mencionó su nombre cuando dejé de escuchar. ¿Importaba?

—Pero me di cuenta de que nunca iba a perder el control, gracias a ti, porque te amo. Eso es lo que estaba tratando de decirte anoche, Ember. Te amo.

—No lo haces —le susurré, declarando la realidad—. No me digas eso.

—Pero es la verdad. Siempre ha sido cierto. —Sus dedos se flexionaron alrededor de mis muñecas, bajando lentamente mi manga y mostrando mi piel.

—Hayden…

—He matado —dijo, con el rostro serio—. Tienes que saber la verdad, Em.

Dejé escapar un sollozo. Había sido él, siempre él.

—Puedes odiarme para siempre, pero no va a cambiar lo que siento.

Su boca descendió sobre la mía con tanta fuerza, que olvidé todo lo que estaba a punto de decir. Esto, esto era muy malo, pero cuando soltó mis muñecas, no lo toqué, como debería haberlo hecho. Un puñado de confianza ilógica me quemaba viva. Agarré un puñado de su suéter mojado y lo atraje hacia mí.

Hayden hizo un sonido bajo su garganta antes de que sus labios se encontraran de repente con los míos de nuevo. Sus manos se deslizaron a mis caderas, debajo de mi camisa. Desesperada, la parte inteligente en mi cerebro gritaba que esto estaba mal, pero me involucré más en vez de alejarme.

Entonces, cuando pensé que había perdido en serio mi mente, sus dedos rozaron la cicatriz por encima de mi ombligo. Fue como un balde de agua fría arrojado sobre mí. Lo empujé, empujé con fuerza.

—No, para. No puedo hacer esto.



Hayden estaba respirando pesadamente. A pesar de que no parecía querer, me soltó y dio un paso atrás.

—Em…

—No lo hagas. ¡No puedo hacer esto! —grité, sorprendida por lo patética que sonaba—. No me puedes amar. ¿Sabes lo retorcido que suena?

Parecía que lo había herido físicamente, pero no era nada comparado con lo que yo sentía.

—Tienes que dejarme ir de aquí, Hayden. Por favor.

Hayden negó con la cabeza.

—Tienes que dejar que te explique…

—¿Explicar qué? —Lloré—. ¡Tú mataste a mi padre, me mataste, por Dios!

—*¿Qué?* —dijo con voz entrecortada.

—¡Vi los registros, Hayden! Los vi. Y básicamente lo admitiste.

Sus cejas se fruncieron.

—No tengo idea de qué estás hablando. ¡Nunca admití haber causado el accidente porque no lo hice! ¿Cómo puedes pensar eso?

Dios, sonaba tan sincero, tan auténtico, como si las palabras lo estuvieran destrozando. Pero la evidencia, la evidencia estaba justo en el piso.

Caí de rodillas y busqué el menú, planeando mostrárselo en la cara.

—Este es el menú de... de… no entiendo. —Volteé el menú.

—Es un menú de la cena en *Smoke Hole*. Y no, no sé cómo llegó allí.

—No, no, no. ¡Esto no era un menú para la cena! —Lo giré de un lado y otro—. Esto, era un menú de *Salt of the Sea*.

—Obviamente, no lo es, Ember.

Miré hacia arriba, moviendo la cabeza. Los brazos de Hayden estaban cruzados sobre su pecho y parecía enojado.

—No. ¡Había fechas escritas en el menú! La fecha del accidente estaba en un círculo. ¡Era tu letra! Había artículos de prensa sobre mi papá, mi horario escolar… —Revisé los demás, sólo para descubrir que tampoco eran lo que había visto antes.

Los recortes de artículos eran de la elección de Cromwell. El horario era las reuniones del consejo. Las direcciones estaban a Morgantown.

—No lo entiendo. ¡Esto no es lo que vi!

—Yo no toqué esos papeles.

—Lo sé, sé que no lo hiciste. —Los dejé y me senté. Hayden no había estado hablando sobre el accidente de coche cuando él había dicho que había matado a personas. Oh, Dios. Había estado hablando sobre el incendio y... y le grité, exigiendo cómo podía haber hecho eso.

—Ember, ¿qué te pasa? Maldita sea, ¿fue esto el porqué querías ir sola en tu coche a la escuela hoy? ¿Porque así podrías husmear nuestras cosas?

Dejé caer mi cabeza en mis manos. Nada de esto tenía sentido. Sé lo que vi y, sin embargo, no estaba allí.

—Y aún después de todo, no confías en mí. ¿De verdad crees que habría sido capaz de herirte a ti y a tu familia? ¿Que podría haber hecho algo así? —Dio una risa áspera—. Espera. ¿Qué estoy diciendo? Has leído mi expediente. Sabes por qué estuve en casas de acogida. Así que sí, creo que podrías pensar que había asesinado a tu padre, también.

—No. —Alejé mis manos de mi cara—. No asesinaste a tus padres. Fue un accidente. No sabías cómo controlar tu don. No eres un asesino, Hayden.

Él me miró en silencio.

—Yo... creo que me estoy volviendo loca. Realmente.

La ira se desvaneció de su rostro, sustituida por preocupación. Se agachó y agarró suavemente mis hombros.

—Ember, ¿qué está pasando?

—Lo siento —le susurré—. Lamento haber dicho esas cosas. No sé lo que estaba pensando. Sé lo que vi, pero no está allí. Lo siento, siento lo que le pasó a tu familia. No es tu culpa.

—Olvídate de eso. ¿Te sientes bien?

Me reí, porque sinceramente, me sentía rara. Mi cerebro estaba procesando todo mal. Estaba lejos de ser aceptable. O mi mente había jugado una horrible mala pasada o estaba loca.

—Em… —Pasó los dedos por mi mejilla. Sólo un suave toque simple, y traspasó mi corazón. ¿Cómo podría perdonarme por esto?—. Em, no te ves muy bien.

—Tengo un dolor de cabeza. —De hecho, me dolía la cabeza desde la clase de Inglés—. Quiero irme. ¿Podemos irnos?

Hayden se me quedó mirando un momento y luego asintió. Nos detuvimos el tiempo suficiente para ponernos ropa seca antes de subir a su camioneta. Se inclinó hacia delante, pasando su brazo sobre el parabrisas empañado.

—Em, ¿sentiste algo extraño antes de que vieras esos papeles?

—No. —Me quedé mirando por la ventana—. Sólo un dolor de cabeza, pero no he comido.

Hayden se detuvo al final de la entrada.

—¿Quieres comer algo, entonces? Podemos hablar de lo que has visto.

Asentí con la cabeza. Viajamos por la carretera rural en silencio hasta que ya no podía soportar no saber lo que pensaba o disculparme con él de nuevo.

—Hayden, lo siento. No debí haber leído tu expediente. Esa es tu materia personal.

—Ya te lo dije, Em. No supe cómo. Pensé que tú… ¡mierda! —Presionó los frenos.

Me tiré hacia adelante. Había un coche de dos puertas, negro. No era un Porsche, pero me resultaba familiar, y estaba justo en medio de la carretera.

Los neumáticos se deslizaron sobre la carretera empapada por la lluvia, perdiendo el control mientras Hayden daba un volantazo. Habíamos estado

yendo demasiado rápido para detenernos tan de repente. El coche giró hacia el otro carril, subiendo en dos ruedas y colgamos en el aire durante un segundo. En esa pausa, mi cerebro se encendió de nuevo dos años.

Oí a Hayden maldecir.

Y luego nos lanzamos a un lado mientras la camioneta rodaba. Una explosión de polvo blanco y me echó hacia atrás en el asiento. Mi corazón dejó de latir y mis pulmones se apoderaron del momento en que nos bajamos en el lado del conductor, y luego el techo, entonces mi lado. El accidente sacudió todos los huesos del cuerpo. El aire voló de mis pulmones y mi cabeza golpeó la ventana con un golpe desagradable.

Un sonido de algo roto sonó cuando la camioneta dio otro tirón desagradable. Ni siquiera podía gritar. Era como estar atrapada en la memoria inquietante que no ceder el control. Mi cabeza se estrelló contra la ventana de nuevo y esta vez el cristal se hizo añicos con el impacto.

Algo metálico se movió y se me enterró mientras salíamos de la carretera y deslizábamos por el campo, llegando finalmente a descansar en el lado del conductor.

Permanecí inmóvil por un minuto, aturdida y casi sin poder respirar. Sangre, húmeda y cálida, corría por un lado de mi cabeza. Algo se asomaba en mi pierna derecha, dejándola insensible. Traté de mirar a mí alrededor, pero el movimiento me dolía. Sobre la radio, podía escuchar los neumáticos girando.

Milagrosamente, todavía estaba con mi cinturón de seguridad y estaba viva, estaba… *Hayden*. No lo escuchaba, no podía verlo.

Frenéticamente, ignorando las olas de dolor ardiente, empujé la bolsa de aire hasta que pude ver a mí alrededor. La bolsa de aire del conductor se había desinflado. Hayden estaba apoyado contra la puerta triturada, inmóvil y cubierto de sangre.

Y a través de toda esa sangre, estaba pálido muy, muy pálido.

—Hayden… —Me lancé hacia adelante, pero el cinturón de seguridad me tiró hacia atrás—. ¡Hayden! ¡Despierta! Por favor, oh, Dios. Por favor que estés vivo. —Mis dedos, empapados de sangre, se deslizaron sobre su cinturón.



Él no se movía. Ni siquiera podía decir si estaba respirando, y no podía conseguir quitarme el cinturón de seguridad. El pánico se vertió a través de mí, gritos llenaron mis oídos. Alguien tenía que ayudarnos, ¿no? Hayden tenía que estar vivo, *tenía que*.

Esto no podía estar sucediendo de nuevo. No. No, no todo…

La puerta del copiloto se abrió de golpe, sorprendiéndome. Dejé de luchar, dejé de gritar. Alguien estaba aquí para ayudar. Todo iba a estar bien.

Brazos me alcanzaron, se envolvieron alrededor de mi cintura mientras una mano buscaba el cinturón de seguridad. Estaba demasiado aliviada como para pensar en lo que pasaría si me tocaban. No podía apartar los ojos de Hayden ni siquiera para mirar quién me sacaba del carro. Estuve levantada en el aire por un segundo, y la lluvia caía a plomo sobre mi rostro, mezclándose con mis lágrimas.

—¡Por favor, ayúdalo! ¡Por favor!

Entonces nada me sostenía.

Golpeé el suelo mojado, implacable. Un descarado, nuevo dolor me robó el aliento. Rodé sobre mi espalda, entrecerrando los ojos a través de las cortinas de agua helada hacia la sombra oscura que se elevaba por encima de mí. Poco a poco, levanté la cabeza. Reconocí el cuerpo, la cara, como alguien en quien confiaba, alguien que nos ayudaría.

—Por favor, ayúdalo —susurré, arrastrándome sobre las rodillas.

Sin previo aviso, una bota golpeó mi cabeza. Todo se volvió blanco, luego negro.



Capítulo 27

traducido por gisse y jhos

corregido por luditamy

Cuando volví en sí, me di cuenta de dos cosas inmediatamente. Hacía mucho frio, estaba congelándome, castañeteándome los dientes y no sentía los dedos de mis pies. No podía mover los brazos.

Abrí los ojos para ver nada más que oscuridad. Fue difícil distinguir nada hasta que mi vista se adaptó. Una vez que lo hice, entre en pánico total, lo cual no ayudaba en nada con el martilleo de mi cabeza.

Estaba en un sótano, uno viejo que se utilizaba para almacenar las cosas que nadie quería. Las paredes reflejaban una especie de superficie viscosa. Tardé unos segundos en darme cuenta del agua que goteaba por los bloques, agrupándose en el suelo, empapando mis pantalones. La camiseta delgada que me había puesto antes de salir de la casa se aferraba a mí como una hoja de hielo. No tenía ni idea de dónde estaba mi sudadera con capucha.

Me puse como loca. Levantando mis piernas, traté de pararme, pero no pude sacar los brazos de detrás de mí. Estaba atada a algo cortado, un tubo grueso y frio. El metal cortaba mis muñecas mientras luchaba frenéticamente sin conseguir nada. Lo único que logré hacer fue desgarrar mi piel lastimada, derramando más sangre.

Un ruido chirriante vino de una de las esquinas oscuras, a continuación, el sonido de algo corriendo a través de la habitación.

Mi corazón se subió a mi garganta. Dejé de moverme, mirando ciegamente hacia las sombras. Dos ojos pequeños y brillantes se hicieron visibles. Grité y tiré mis piernas hacia arriba, golpeando mis espinillas contra algo grueso, eran pequeños cuerpos peludos.

Ratas.

Grité, con todas mis fuerzas, hasta que mi garganta se sintió como si la hubieran desgarrado. Las ratas corrieron de vuelta a las esquinas, sus garras hacían clic sobre el cemento. Arremetí contra el tubo, golpeando hasta que mis dedos se volvieron a adormecer. El terror me consumía, carcomiendo mi comprensión. Me aferré a mi cordura.

El tiempo vino y se fue. Perdí la cuenta. Mi garganta estaba tan ronca que mis gritos sonaban más como gemidos. Me asomé a la oscuridad, segura de que todo se movía, las ratas, esperando hasta que me desmayara para empezar a mordisquear mi piel. Una risa histérica se me escapó, lo que no sabían era que el primer bocado las mataría. Mi mente comenzó a jugarme malas pasadas. Estaba segura de haber oído movimientos por encima de mí más de una vez, pero nadie respondió a mis gritos. Nadie vino. ¿Era así como me iba a morir? ¿Por las ratas o la pérdida de sangre? O mediante la congelación hasta la muerte, porque estaba bastante segura de estar al borde de la hipotermia. Durante un momento, juré que las sombras susurraron mi nombre, me llamaban como un coro enfermo de la muerte.

Por encima de mí, se abrió una puerta. Con el sonido de un interruptor, una sobrecargada bombilla se encendió, despertó una vez y luego se atenuó. Pasos bajaron las escaleras. Botas primero, luego los pantalones vaqueros, las manos cubiertas de cuero, un suéter pesado enrollado hasta los codos... y la esperanza que tenía de que viniesen a salvarme se derrumbó y murió.

Cerré los ojos con fuerza y fingí estar dormida o muerta.

Los pasos se acercaban, se detuvieron y se asomaron unos dedos curvados.

—Sé que estás despierta.

No me moví, no me atreví a respirar. Ni siquiera cuando el zumbido se movió a un terreno de juego intenso.

Llegó un suspiro.

—Ember, puedo leer tus pensamientos. Sé que estás despierta. No hagas esto más difícil para ti, o para mí.

Mis ojos se abrieron entonces. No me había dado cuenta de lo cerca que el monstruo estaba de mí, sólo unos centímetros nos separaban.

—¿Por qué?

Mi voz salió ronca y débil.

El Sr. Theo me dio una sonrisa, la misma que llevaba cuando daba clases.

—Creí que sería obvio llegados a este punto.

Pero no fue así.

—No entiendo.

—Siento haberte hecho esperar tanto tiempo. Tenía que terminar la escuela —Recogió una rata por la cola—. Pequeñas cosas sucias.

Me tragué el sabor de la bilis. Sus palabras me dieron un toque en la línea de tiempo. Habían pasado horas si ya había terminado la jornada escolar.

—Parece que tienes frío.

—Yo... sí —susurré.

Arrojó la rata a un lado y apoyó las manos sobre sus rodillas. Theo suspiró.

—Podrías haber evitado esto. Intenté hacerlo rápido.

Mi mirada se posó de nuevo en él.

—No lo entiendo. Pensaba... pensaba que te gustaba. Que…

—¿Porque me relacioné contigo? ¿Con mi triste, triste historia de una madre enferma y de los niños que me odiaban? Lo siento. No es cierto. Mi madre era una puta sin corazón que pensaba que sus hijos eran poco más que monstruos. Ella nos envió a mí y a mi hermana a la Habilidad cuando sólo tenía seis años. Realmente, esto no es algo personal.

—¿No lo es?

Sus cejas se fruncieron y se quitó las gafas, poniéndolas a un lado.

—Traté de matarte la noche de la fiesta. Debiste haber sido otra de las adolescentes asesinada por uno de sus amigos borrachos, pero te saliste del camino. Entonces te fuiste caminando a través del bosque, parecía aún más perfecto, sobre todo después de todas esas cosas desagradables del casillero. Pensaba que culparían a la empática, pero una vez más sobreviviste y nadie acusó a la otra chica.

Mi cerebro poco a poco se sobrepuso a través del miedo y la confusión.

—No va a salirse con la suya.

—¿No lo haré? —su tono relajado—. La última vez que lo comprobé, Hayden estaba en el hospital y, gracias a sus planes para husmear, sé que Jonathan Cromwell está fuera de la ciudad. Para el momento en que alguno de los dos se de cuenta de lo que está pasando, ya será demasiado tarde.

—No, no, te equivocas.

—Lo triste es que te *podrían* encontrar si les importara. Phoebe podría rastrear tus sentimientos. Parker podría entrar en tu mente y averiguarlo. Pero tengo que decir, no creo que *vayan* a poner demasiado esfuerzo en ello.

En este momento me importaba un bledo, pero sabía que tenía que dejar que siguiera hablando. Eso es lo que hacen en las películas. Tal vez tuviese suerte y se lanzaría en un discurso malvado villano y luego... ¿qué? Me congelaría hasta la muerte. Eso sonaba como una mejor alternativa a lo que había planeado. Giré mis muñecas. La sangre, el agua y el sudor frío cubrían mis mangas. Había una posibilidad de que pudiese salir de esto.

Tal vez, pero no era probable.

Se balanceó sobre los talones y metió la mano en el bolsillo. Sacó una pequeña moneda de plata, mi moneda, Theo lo levantó.

—Ah, creo reconocer esto. Es la misma moneda que te di. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer esa cabecita tuya? No necesitaba algo tuyo, pero tenía que haber algo que me perteneciera.

Todo comenzó a encajar en su sitio. Las veces que había empezado a sentirme mareada en su clase, o enferma del estómago cuando hablaba con él. Había estado en mi cabeza, andaba por ahí. Y cuando Parker estaba leyendo mis pensamientos, había tenido un suéter mío, una conexión conmigo.

—Es un telépata.

El Sr. Theo se acercó y acarició la parte superior de mi cabeza con una mano enguantada. Hice una mueca.



—Buena chica. También puedo poner pensamientos en la mente de otras personas. Que la gente crea lo que quiera.

—¿Y… y los papeles que encontré? ¿Usted me hizo pensar que vi los artículos y el menú… porque tenía esa moneda? —Me habría golpeado a mí misma si tuviese las manos libres—. ¿Por qué me haces ver esas cosas?

—Porque sabía que era tu mayor temor… y era lo que esperabas. Pensaba que huirías en ese momento y me dio una oportunidad de precipitarme —se inclinó, arrancando otra rata y lo tiró. El ruido sordo y el chillido estridente me hicieron estremecer—. Cuando te vi salir de la escuela, te seguí. Debí esperar que el niñito prodigio de Cromwell te siguiera. He visto cómo has pasado tu descanso de acción de gracias, eres traviesa, muchacha traviesa.

Me sentí mal sabiendo que había estado espiando mis pensamientos inmensamente privados.

—Pero todo está bien ahora.

—No entiendo por qué estás haciendo esto. —Odiaba la manera en que mi voz se quebró, la forma en que todo mi cuerpo se sacudió.

—Tú sabes, la telepatía no es mi don principal. Ninguno de los trucos de la mente lo son. Cogí algunos nuevos talentos en el Programa de Asimilación —captando mi reacción, sonrió—. Oh, sí. En la Habilidad me ha venido muy bien. Los que están dotados, como nosotros, somos capaces de obtener más dones a medida que cultivamos el primero. ¿Pero mi primer don? Bueno, ¿por qué no te lo muestro?

Mórbidamente fascinada, lo vi sacarse un guante. Sin dejar de sonreír, tomó uno de las ratas muertas. En cuestión de segundos, comenzó a retorcerse y chillar. Mi boca se abrió sola.

—Tú… puedes resucitar a los muertos.

—Al igual que tu hermana pequeña. —Lanzó la rata contra la pared, haciendo un crujido repugnante. No se movió.

Me sentí enferma.

—Tú y yo tenemos mucho en común.

—No —dije en voz baja.



Con calma, sacó el guante de nuevo.

—Oh, ya lo creo que sí. Como ves, soy como tu hermana.

—¡No eres en absoluto como ella! —grité.

—Y *tú* eres como *mi* hermana. —Poco a poco, la sonrisa desapareció de su rostro—. Todo esto comenzó hace más de diez años. Y es curioso lo pequeño que es el mundo. —Apartó un mechón de pelo húmedo de mi frente. Intenté zafarme pero no se inmutó, no podía detener la reacción—. Trabajo, bueno, trabajaba para la Habilidad. Ya no es así.

—¿En serio?

Theo sacó su mano y la envolvió alrededor de mi brazo.

—Puedes dejar de luchar. No vas a salir de esta.

Me mordí la mejilla.

—Por favor, deja que me vaya.

Theo miro hacia abajo, frunciendo el ceño.

—Que horrible corte en tu pierna. No me asombra que las ratas estén circulándonos.

Mi estómago se revolvió. No podía permitirme pensar sobre ello.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Mi voz se elevó a un gemido ronco—. ¿Quién te hizo hacer esto? ¿Cromwell? ¿La Habilidad?

Levantó la mirada, encontrándose con mis ojos por primera vez.

—En realidad, tu padre.

Mi corazón saltó, perdiéndose un latido.

—No.

—Tu padre no era un buen hombre.

Comencé a empujar la tubería, azotando mi cabeza de lado a lado.

—¡No! Estas mintiendo. ¡No!



—Ahora, para. Estás lastimándote. —Agarró mis brazos—. Querías la verdad. Te doy la verdad. Tu padre era un bastardo hambriento de dinero que habría vendido su alma si eso engordaba sus bolsillos.

Pataleé hacia él, fallando por poco, pero mi falta de coordinación no evitó que se molestara. Agarró mi pierna, clavando sus dedos enguantados en la herida. Abrí mi boca para gritar, pero todo lo que salió fue un tremendo sollozo.

Tiró mi pierna de regreso al suelo de cemento.

—Tu padre iba a vender a Olivia al mejor postor. ¿Cómo crees siquiera que la Habilidad supo de ella? Es una práctica más común de lo que crees. Padres que aman a sus hijos, incluso si son grandes fenómenos, pero el dinero siempre pesa más.

—Estás mintiendo. Mi padre nunca habría hecho algo como eso.

—No tienes ni idea. ¿Sabes que tu bisabuela tenía un don? No. Veo que no. Era una curandera y no tenía miedo de usarlo. Tu padre investigó un montón sobre dones. Aprendió que típicamente son heredados y esas nuevas generaciones algunas veces son más fuertes… ¡mírame cuando te hablo! —Presionó mi pierna hasta que hice lo que ordenaba.

Me mordí el labio hasta que probé sangre.

Su agarre se aflojó.

—Él sabía que era una buena oportunidad que sus hijos estuviesen dotados. Creo que esperaba que fueras tú. Sí, estuvo en contacto con nosotros mucho antes de que Olivia llegara, pero cuando creciste y no mostraste tener un don, necesitó otro niño. No comprendía que sólo necesitaba esperar un poco más contigo.

Mi corazón estaba rompiéndose, incluso aunque mi mente se rebelaba contra lo que decía. Y entonces pasó. Sentí una sutil caricia detrás de mis párpados. Nada como las barbáricas habilidades de leer mentes de Theo, que me hacían querer vomitar. Pensé que lo había imaginado, pero la presencia permaneció, demorándose en el borde de mi consciencia.

¿Parker?

No podía estar segura, pero si me estaba volviendo loca esperaba que así fuera. Comencé mentalmente a decir el nombre del Sr. Theo y que estaba en algún tipo de sótano. Esperando y rogando que Parker y no el Sr. Theo, estuviera jugueteando dentro de mi cabeza… y que no estuviera perdiendo la cabeza.

—No sé lo que planeaba hacer con tu madre. Tal vez ella estaba de acuerdo en todo. ¿Pero sabes lo que quería hacerte? —Giró mi rostro hasta que tuve que mirar hacia él—. Quería que alguien con mis… dones se encargara de la transacción. Tu padre había pretendido entregar a Olivia por mucho más que un poco de dinero. Él quería que te hiciera creer que Olivia había muerto.

—No, no, no. —Me retorcí lejos de él, lágrimas de ira y miedo rodaron por mi rostro, mezclándose con sangre. Esto no podía ser cierto. No podía serlo.

—Sí. Vine para llevar a cabo la transacción, pero tu padre había cambiado de opinión. Quiso entregarla y no creo que esperase que tu mamá pusiera demasiadas objeciones. De todos modos, eso no importó al final.

Me calmé.

—El accidente… fuiste tú —dije.

—El accidente fue sólo un accidente.

—No. No lo fue. Cromwell…

—¡Cromwell es un mentiroso! El accidente fue sólo eso, un accidente. Un loco accidente que ha resultado beneficiarme ya que hizo que tu padre saliera de escena. Esperé, a ver lo que la Habilidad quería que hiciera. Ya ves, no me dijeron qué don tenía Olivia y en ese momento, no me importaba. Entonces vi a Jonathan Cromwell curioseando.

—Mal para ti, ¿eh? Arruinó los planes de la Habilidad —jadeé, odiando a este hombre con cada fibra de mí ser.

Él sonrió.

—No tienes ni idea, ¿o sí? No podía importarme menos Olivia y su don. Y me preocupaba incluso menos sobre la Habilidad. Ya no trabajo para ellos.

Dejé de luchar.



—¿Qué quieres decir?

La mirada de Theo se encontró con la mía y me estremecí. Había escuchado historias sobre personas pareciendo locas, pero nunca lo había visto, hasta ahora.

—Después de ver a Cromwell, supe que algo pasaba. Entonces, cuando su chico siguió regresando, creció incluso más mi curiosidad. Esta era mi oportunidad. ¿Ves? En realidad no guardaba lealtad a la Habilidad. Sólo me quedé con ellos para vigilar a Jonathan. Una vez vi su interés en ti, dejé el centro y conseguí un trabajo aquí, donde podía estar más cerca de él. Te sorprenderías de cuán lejos puedes llegar con un poco de control mental. Entonces apareciste. Perfecto.

—¿Por qué?

—Mi hermana era mayor que yo. Tan brillante y hermosa, pero fue dotada con una terrible maldición.

Hielo se deslizaba a través de mis venas.

Se inclinó más cerca, tanto que casi nos tocábamos.

—Ella podía matar con un simple toque de sus manos. Julie nunca quiso lastimar a una sola persona, pero no podía evitarlo. Nunca pudo.

—Oh, mi Dios —murmuré.

—¿Crees que tu deseo de ver esos expedientes era todo tuyo? —preguntó—. Puse esa necesidad en ti. Quería que vieras, para saber, qué le hicieron a mi hermana. —Pausó y mis sienes comenzaron a latir con fuerza—. Por supuesto que lo significó todo para mí. No podía vivir con su suicidio.

—Ve… vete. —Luché para conseguir aire. Mi cabeza se sentía como si fuera a explotar.

Sus labios se retorcieron y la presión se aflojó.

—No puedo dejar que suceda otra vez. No cuando él le falló a mi hermana. Ese es el porqué de ello, Ember.

—¿Cromwell? ¡Pero no tuvo nada que ver con el proyecto!

Theo soltó una breve carcajada.



—Cromwell te deja saber lo que quiere que sepas. Son siempre verdades a medias. Cromwell fue asignado a mi hermana en la Habilidad. Era el responsable de su tratamiento, su asimilación. Permitió que mi hermana muriera. ¿Siquiera sabes al tipo de horrores al que la sometieron?

Traté de pensar rápidamente. Tenía la sensación de que el tiempo se estaba acabando, que no estaba ayudando.

—Le hicieron tocar cosas…cosas vivas, Ember. Animales. Personas. ¿Sabes lo que eso le hizo a ella? —preguntó—. La mató lentamente. Día a día, *ellos* mataron a mi hermana. Y Cromwell se quedó allí. Permitió que ocurriera. Así que creo que estoy haciéndote un favor.

—Vas a matarme, ¿para que no me suicide? —Golpeé el tubo de nuevo—. ¿Sabes lo loco que suena eso?

Se puso de pie lentamente.

—Te di la moneda para poder vigilarte. Para ver lo que Cromwell estaba haciendo con ustedes.

Me arrastré, el aire rancio profundizándose.

—¿Por qué vas a hacer esto?

—Voy a matarte porque Cromwell siempre ha querido un talento que pudiese matar, como el tuyo y como el de mi hermana... para poder controlarlo. ¿Sabes cuánto poder tendría alguien que pudiese ejercerlo? Pero fracasó con mi hermana. Y no va a tenerte, no pienso permitirlo.

Haciendo una mueca, seguí intentando separarme de la tubería.

—Cromwell sabrá que eres tú. Él va a averiguarlo.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿En serio? ¿Eso crees? Cromwell estaba tan envuelto con mi hermana, cuando estábamos en la Habilidad, nunca me miró dos veces. Él ni siquiera sabía acerca de mis dones. Sólo los de arriba sabían lo que podía hacer, y se me mantuvo en secreto. Y nos hemos cruzado varias veces. Nunca me ha reconocido. Ni una sola vez.

Me arrastré en respiraciones profundas y pesadas.

—Estás loco.

—Loco —se repite. Mis ojos siguieron sus movimientos. Estaba cavando alrededor de algo—. Tal vez lo estoy. Mi hermana era todo para mí. Cromwell se lo llevó todo. Ahora voy a tomar algo de él.

Me reí, y soné un poco loca.

—No significo nada para él. Ni siquiera me gusta.

—No, tú significas mucho para Cromwell. Me agradecerías si supieras lo que deparaba el futuro para ti.

Algo metálico brillaba a la luz. Terror rodó a través de mi estómago.

—¡Entonces dime! ¡Dime!

Theo se enderezó y me envió una mirada divertida sobre su hombro.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El pánico tomó su camino a través de mí.

—Por supuesto. Pregunte lo que quiera.

—¿Cómo se siente el morir?

—Déjame ir y te lo puedo mostrar.

Él se rió de eso, realmente divertido.

—Tienes espíritu. Eso me gusta. —Vino hacia mí, con las manos detrás de la espalda.

—Espera. ¡Espera! —lo entretuve—. Si el accidente fue un accidente, ¿qué le pasó a mi madre? Ella, ella fue eliminada. ¿Quién le hizo eso a ella?

—¿Tu mamá? No sé. ¿Importa eso? Ella ya piensa que estás muerta —dijo.

—Así que ¿vas a responder a mi pregunta?

—Vete al infierno.

Theo se agachó a mi lado.



—¿Tienes miedo a morir, a morir realmente, esta vez? Porque no estará Olivia para traer de vuelta.

Nada menos que el miedo se apoderó de mí, porque sí, yo tenía miedo de morir.

—Espera. Yo todavía...

—Ah, te puedo decir que eres. He estado debatiendo cómo hacerlo. Podría dejar que te quedes aquí. Finalmente morirías atada de las manos, ya sea por el hambre o el frío, pero que parece innecesario y cruel. —Él se movió y movió mis brazos.

Lo vi una sola vez. Era lo único que podía ver.

Theo puso una pistola en mi mano derecha.

El instinto se hizo cargo. Me eche violentamente. En lugar de golpear su mano, mi pierna se estrelló contra el costado de su cara. Sorprendido, se recuperó muy rápidamente. En el suelo de cemento húmedo, balanceó el arma alrededor, señalando justo en mi cara.

Yo no quiero morir en este frío lugar infernal. No antes de que llegara a decirles a mi mamá y Olivia adiós.

No antes de decirle a Hayden que lo amaba... Su dedo se movió al gatillo, y yo sabía que iba a morir, esta vez de verdad.

—Nada personal.

—¡Por favor! Espera. —Mi voz se quebró por el pánico—. No lo hagas…

Rojizas chispas de color amarillo brillante me cegaron y esperé... esperé a la inevitable sensación de metales desgarrando carne y hueso.

Capítulo 28

traducido por josez57 y val_277

corregido por luditamy

Excepto que el dolor nunca llegó y los gritos desgarrando el sótano no eran los míos.

El Sr. Theo se apartó de mí, cayendo al suelo mientras las llamas envolvían la mitad inferior de su cuerpo. Paralizada por su danza inquietante, observé hasta que se sumergió en un charco lo suficientemente grande como para extinguir las llamas. No se movió después de eso.

—¿Ember?

Hayden se situó en la parte inferior de las escaleras. Lucía su suéter todo roto, manchas oscuras en su frente. Creo que había un brazalete del hospital en su muñeca. Lo que parecía sangre seca cubría la mitad de su rostro y su pelo estaba enmarañado en la frente.

Pero era, en ese momento, la cosa más hermosa que jamás había visto.

Estaba a mi lado antes de que pudiera responder. Su expresión era una asombrosa mezcla de terror, dolor y alivio. Hayden me agarró la cara. Ni siquiera me importé que eso doliera.

—Ember, oh Dios. Ember, por favor di algo.

Empecé a llorar y parlotear a la vez, diciéndole cosas que estaba segura de que ya había descubierto mientras se quitaba el suéter y trataba de meterlo alrededor de mis hombros. Detrás de él, vi a Kurt en traje de vaquero dándole puntapiés a Theo con la punta de su bota.

—Mierda —murmuró Kurt, sacudiendo la cabeza—. ¿No es un profesor de Inglés de la escuela secundaria?

Hayden miró detrás de mí y juró violentamente.

—Kurt, ven aquí. Em, aguanta un momento más y saldremos de aquí.

—¿Cómo... cómo me has encontrado? —pregunté, temblando incontrolablemente.

—Parker te localizó, con la ayuda de Phoebe. —Su aliento se sentía exquisitamente cálido contra mi fría piel, algo que pensé que nunca sentiría de nuevo—. Cuando me desperté en el hospital y me enteré de que no estabas allí, que ni siquiera estabas en el accidente… supe que algo andaba mal. Llamé a los gemelos, quienes llamaron a Kurt. Me recogieron y empezaron a conducir hasta que pudieron sentirte.

—Jesús —Kurt murmuró otra vez—. Esto es metal. No hay manera de que podamos sacarlos. —Se quitó su chaqueta y la dejó caer sobre mí—. Jesús. Ember, deja de temblar. Estas rasgándote la piel de las muñecas.

—Yo... n-no puedo evitarlo.

—Está bien —Hayden escondió los bordes de la chaqueta de Kurt a mi alrededor. Me acarició la cara y la frente con pinceladas rápidas de sus dedos. Un fuerte escalofrío me recorrió cuando me apartó el pelo—. Em, necesito que abras los ojos y me mires.

No me di cuenta de que los había cerrado.

—Tengo que fundir el metal para que te libere —hizo una pausa, sus ojos afilados por un brillo protector—. Necesito que estés completamente inmóvil.

—Bue-bueno.

Hayden miró a Kurt y asintió.

—Asegúrate de que no se mueva.

—Así es —Kurt se acercó más y gimió—. Demonios, ratas. Odio a las ratas.

—Y-Yo también, pero creo que me o-odian más —dije.

Kurt rió, una verdadera risa sincera de Dios.

—Confía en mí, eso es una buena cosa.



Apoyé la cabeza contra el pecho de Hayden mientras lo sentía por detrás de mí. El calor de su cuerpo se sentía maravilloso, tanto es así que no hice caso de la primera llamarada de calor intenso, pero luego sentí el dolor. Dolor real.

Me puse rígida.

—No te muevas —susurró—. Tu nos ayudaste a encontrarte, ¿lo sabías?

Me estremecí y apreté los ojos con fuerza. Debería haber pensado más en eso cuando dijo que necesitaba fundir el metal. El tipo de calor necesario para hacer eso tenía que ser ridículo. Mis muñecas se sintieron como si las había metido en un horno. Al presionar la cara en su pecho, gemí.

—¿Em? ¿Lo sabias? —me preguntó de nuevo, engatusando una respuesta de mí.

—N-no.

—Sí, tú seguías pensando en el señor Theo y en que estabas en un sótano. No hubiéramos chequeado aquí si no hubiera sido por ti. Lo hiciste muy bien, Em.

Dolor abrasador, ardiente, atravesó mis brazos, pero me las arreglé para no moverme. El metal fundido dolía como el santo infierno. Pero estaba trabajando. Los puños ya estaban aflojándose.

—Un poco más, y habremos terminado.

—Está en muy mal estado, Hayden —Kurt dijo como si no estuviera ahí—. Hay que darse prisa. Su pierna está sangrando muy mal.

Probablemente debido a que mí ritmo cardíaco estaba en las nubes. Entre la quemadura alrededor de mis manos y todo lo que había pasado, me empujaron a mis límites, pero tenía que asegurarme de que, si fallaban, ellos no me llevarían a mi hermana.

—P-Prométeme, que no me llevarás a Olivia. Si esto no funciona…

—Esto va a funcionar —dijo Hayden—. Y si no es así, no voy a perderte.

—N-No puedes utilizar a Olivia de nuevo. No-lo voy a permitir.

—Maldita sea, ¡no discutas conmigo sobre esto!

En ese instante, me di cuenta de que Hayden arriesgaría cualquier cosa o persona para asegurarse de que yo viviera. Pero no podía permitir que la expongan a esto. No otra vez. Las esposas se fundieron lo suficiente como para que, con los esfuerzos combinados de Hayden y de Kurt, se separaran. Mis músculos gritaron en señal de protesta, pero no hice caso.

Agarré la mano de Kurt, la carne cruda en torno a mi muñeca burbujeante. Su boca se abrió, una mezcla de miedo e incredulidad arrastrándose a través de su rostro.

—No dejes que Olivia me vea así. No dejes que me toque. Por favor.

La mirada de Kurt saltó a Hayden, a continuación, volvió a mí.

—Está bien. Okay.

—¡Maldita seas, Kurt! —rugió Hayden—. ¡No voy a dejar que se muera!

Pero Kurt se puso de pie al instante que lo solté, metiendo su mano en el bolsillo.

—Jonathan tiene conexiones en el hospital, Hayden. Él ya está en camino. Lo voy a llamar.

El ardor de su ira se vierte encima.

—Si algo le pasa a ella...

—Lo sé. Vas a matarme —Kurt sacó su celular y maldijo—. Tengo que ir arriba. Hasta ahora no recibo nada de señal.

—La llevaré. Sólo vete —Hayden se volvió hacia mí, luego de despedir a Kurt. Su mirada trazó cada centímetro de mí, soportando cada corte, la chatarra, y una contusión. Su voz se volvió ronca—. Em, pensé… pensé que te había perdido.

—N-No, estoy aquí.

Hayden se inclinó y llevó su boca a la mía. Me hundí en él, en su calor y en su amor.

Cuando se apartó, sus ojos brillaban en la penumbra.

—Quiero ir a ca-casa.



—Al Hospital primero —él dijo—. Luego nos vamos a casa. Juntos.

Mis ojos se posaron alrededor de los oscuros recovecos de la bodega en la zona que había pensado que sería mi lugar de descanso final. Ellos vagaron por las húmedas paredes cubiertas de moho y sobre el hombro de Hayden cuando vi al Sr. Theo… de pie, pistola en mano.

—¡Hayden…cuidado!

Pero ya era demasiado tarde. Hayden se quedó sin aliento y se movió como si planeara protegerme con su cuerpo. Entré en una lucha salvaje, tan poderosa que Hayden se sacudió a su izquierda mientras la pistola disparó.

El Sr. Theo le erró, pero él estaba apuntando de nuevo.

Con lo último de mis fuerzas, me empujé con fuerza. Oí a Hayden gritar mi nombre, pero yo estaba centrada en el Sr. Theo. Él buscó con su pistola. Con todas las quemaduras, se trasladó en la detención de idiotas. La ira y la desesperación me impulsaron por el suelo resbaladizo. El dolor no importaba, nada lo hacia, salvo detener al Sr. Theo.

Apuntó el arma, no a mí, sino a Hayden. Me estiré, pasando mi mano por debajo del dobladillo de sus pantalones chamuscados y rodeando la carne pegajosa de su tobillo. Él tironeó una vez, dos veces. Todo su cuerpo se puso rígido, incluso sus dedos. El arma se deslizó de su mano, golpeando el suelo con un fuerte traqueteo. Me aferré.

El Sr. Theo se puso de rodillas, con los brazos extendidos hacia fuera como una especie de ángel caído. Un color gris corrió por su piel, las venas abultadas y oscureciéndose como si alguien hubiera tomado un lápiz de carbón y trazado las líneas de expresión. Giró la cabeza y me miró, la boca abierta en un grito silencioso. En ese instante, nuestros ojos se encontraron.

Sentí que mis labios se extendieron en una sonrisa.

Un espasmo grande y terrible pasó a través de su cuerpo, entonces sus ojos se pusieron en blanco y cayó de bruces en un charco frío. El Sr. Theo no volvió a moverse.

***

Durante el próximo par de horas me deslicé dentro y fuera de la realidad. Cuando me desperté en un lugar cálido, busqué a Hayden. Mis dedos se cerraron en el vacío hasta que alguien guió suavemente mi brazo hacia atrás.

Cromwell entró en mi línea de visión.

—Hayden está bien. Está siendo chequeado de nuevo.

Parpadeé y mi cabeza giró a la otra dirección. Una cortina blanca revoloteó y una máquina sonó.

Había voces a lo lejos. ¿O estaban cerca? Las cosas eran como una especie de niebla de ahí en adelante. Alguien con vestimenta de médico inyectó una jeringa en el tubo IV que serpenteaba desde el brazo, lo cual no ayudaba con mis habilidades de observación para nada… por no hablar que me sentía como si estuviera flotando a medio camino de la cama.

—No toque su piel, no importa lo que hagas —dijo Cromwell o quien yo estaba bastante segura de que era Cromwell. Hablando con el médico, supuse.

No podía abrir los ojos de nuevo. Me sentí gratamente entumecida. Independiente. Una puerta se abrió y se cerró. Esperaba que fuera Hayden. Yo contuve la respiración, esperando, esperando, esperando, flotando un poco más.

—¿Así que esto es el Proyecto E? —dijo una voz femenina que no reconocí.

—Sí, esto sería ella.

—¿Quieres que nos la llevemos? Tenemos un lugar para ella inmediatamente. —La voz de la mujer era suave y melodiosa. Sonaba como mamá. Me gustó eso.

—No —respondió Cromwell después de un tramo de silencio—. Ella es una de los míos ahora. Y es muy importante.

—Deberías cuidar mejor de ella, entonces. Sería una lástima perder a esta, también.

Entonces yo flotaba arriba y arriba, más allá del techo y en un brillante y cálido nada.

***

—Duele. Puedo arreglarlo.

—No. Olivia, no lo toques —Empujé el brazo flotando demasiado cerca del lado de mí cara—. Está bien. Estoy bien.

Ella se sentó sobre los talones, hundiendo la cama.

—Emmie, ¿por qué te duele?

Volví la cabeza lentamente y miré al techo. ¿Cómo iba a decirle a una niña de cinco años de edad, que mi loco profesor de Inglés había querido matarme? No podría. Así que me decidí por lo mismo que yo le había dicho desde que me había despertado con ella a mi lado.

—Yo estuve en un accidente.

—¿Con Hayden?

Mi corazón se apretó. Sólo había estado despierta por un rato, y Olivia era la única persona que había visto.

—Sí, con Hayden —me temblaba el labio inferior.

—No me gustan los accidentes.

—Lo sé, cariño, pero todo está bien ahora.

—¿Me lo prometes? ¿No más accidentes?

Sonreí, pero era más un gesto de dolor. Cuando me desperté por primera vez, había ido cojeando al baño y conseguí una buena mirada en mí. La mitad de mi cara se veía como si alguien la hubiera golpeado. Tenía un nudo del tamaño de una pelota de golf en un lado de la cabeza. Incluso ahora, cada centímetro de la piel herida, cada músculo se sentía desgarrado, y todos los huesos dolían, pero mi pierna y la muñeca habían sufrido mucho peor. Olivia dijo que tenía más de un centenar de puntos de sutura, por lo que deduje ochenta de eso. No podía ver más allá de mis manos, que estaban envueltas en gasa pesada.

—¿Emmie?



—No más accidentes. Te lo prometo. —Empecé a sentarme, pero una ola de mareo me obligó a bajar. Choqué con la almohada, haciendo una mueca. Me sentía fuera de mí, cansada y tan malditamente sedienta.

—Olivia, quiero que me hagas un favor.

Su cabeza se balanceaba con ansiedad.

—¿Me puedes conseguir algo de beber?

—Puedo conseguirte jugo. Puedo ayudarte.

—Jugo sería genial. Olivia… —ella ya estaba fuera de la cama y en la puerta—. Olivia, te quiero.

—¡Te amo, Emmie! —Luego se fue volando de mi habitación. Podía oír sus pequeños pasos todo el camino por las escaleras.

Lentamente, traté de empujarme de nuevo. No funcionó. Me quedé mirando el techo hasta que mis ojos empezaron a cerrarse. La siguiente cosa que supe, es que Cromwell estaba empujando una silla del escritorio a través de la habitación y sentado junto a la cama.

—¿Dónde está Olivia?

—Estabas dormida cuando ella trajo el jugo para arriba —hizo un gesto al soporte de la cama. Allí estaba mi jugo. Mi boca se hizo agua—. Ella está con Liz. ¿Crees que puedes sentarte?

Con su cuidadosa ayuda, era capaz de sentarme el tiempo suficiente. Mi garganta ardía, pero me bebí todo el vaso antes de acostarme.

—Me siento... rara.

—Se te dio algunos medicamentos para el dolor en el hospital, y de nuevo esta mañana. ¿No lo recuerdas?

Fruncí el ceño.

—No. —lo único que recordaba del hospital era que estaba flotando a través de las vigas. Debe haber sido muy alta.

—Tengo que hablar contigo. ¿Te sientes a la altura?

—Está bien. —le dije, pero había algo en el hospital que pensé que debía recordar. Estaba allí, en el mismo borde de mis recuerdos, nebulosa y fuera de alcance.

—Parker y Hayden me contaron en mayor parte de lo que pasó. Puedo entender su desconfianza hacia mí y mis intenciones, pero espero que hayas aprendido que no es el caso.

Me pareció que era una forma muy suave de preguntar si había aprendido la lección.

—¿Parker estaba en mi cabeza otra vez?

—Pensamos que así sería más fácil de revivir todo.

Supongo que lo hizo bien, más o menos.

—Por lo tanto, trabajaste con su hermana.

Cromwell dejó escapar un suave aliento y asintió.

—Fue hace mucho tiempo, antes de Hayden y los demás. Theo era un niño, y no tenía ni idea de que su don era como el de Olivia. Su hermana tenía un don extraordinario.

—¿Extraordinario?

—Ella fue la primera, Ember. Nadie antes que ella nunca había mostrado ese tipo de don, y nadie detrás de ella, hasta ti. Con lo que le pasó, no quería intentar lo mismo —hizo una pausa, apareció una pequeña sonrisa—. Nunca tuve la intención de enviarte a la Habilidad. No quiero que tengas la misma suerte que ella. No espero que me creas, pero no tienes ni idea de cómo su muerte me devoró. Fue por eso que empecé a buscar a los demás, con la esperanza de llegar a ellos antes de que los dones se convirtieran en demasiado para controlar.

—Pero... ¿trabajó con ella? ¿En el programa?

—Yo no —admitió—. Fue hace mucho tiempo, Ember —Y eso fue todo lo que dijo acerca de eso. Sus siguientes palabras me distraen, de todos modos—. Por lo que pude recoger, parece que Theo te dijo la verdad acerca de tu padre. Él iba a transferir la custodia de Olivia a uno de los médicos del Servicio. Lo siento. Sé que no es lo que querías escuchar.



No, no lo era. Ni siquiera sabía cómo lidiar con eso, qué pensar ni por dónde empezar. Todo lo que pude reconocer en este momento era la torsión enferma del corazón.

— Lo siento mucho.

Podría haber sido la droga, pero en realidad parecía simpático.

—¿No es que alguien vaya a hacer algo para detenerlos? No pueden hacer esto a la gente, permiten que los padres vendan a sus hijos.

—La Habilidad no solía ser así, y confía en mí, se está haciendo algo al respecto —dijo Cromwell, que desató la ira profunda en sus ojos—. Pero no es algo por lo que tengas que preocuparte por ahora. Sé que es difícil para los que no se centran, pero tienes que mejorar.

Lo que necesitaba... ni siquiera sabía lo que necesitaba.

—Hay otra cosa que quiero hablar contigo —tomó una respiración profunda—. Sé que has estado trabajando con mi hijo. Tuvimos una larga charla anoche.

—Oh —susurré.

—Siempre supe que no me escuchaba cuando se trataba de ti. Estoy sorprendido por lo lejos que desobedeció mis deseos.

—Él... él sólo quería ayudarme.

Cromwell levantó una ceja, y la expresión suave en su cara se deslizó un poco.

—Parece Hayden tenía sus propios motivos.

—No entiendo.

—Ember, te conozco y Hayden está involucrado... uno con el otro. Voy a ser honesto contigo, no estoy muy contento. Entre otras cuestiones, los dos viven en mi casa, pero supongo que es una buena cosa que no me escuchara.

—¿Lo es?

—Kurt me dijo que lo agarraron en el sótano, y que tu tacto no le dolía. Al parecer debí haber apoyado a Hayden cuando me pregunto por primera vez si podía trabajar contigo.

—No puedo tocarlo... por un largo período de tiempo. Tal vez un minuto.

—Pero eso es milagroso, teniendo en cuenta donde estabas antes.

Esa misma palabra del archivo de Olivia apareció en mi cabeza, pero decidí dejarlo pasar.

—Supongo que sí.

Cromwell se inclinó hacia adelante y me tendió una mano.

—Tengo que ver si es verdad.

—¿En serio? —su mirada me dijo que así era. Suspiré, demasiado cansada para discutir—. Si no funciona, bueno, supongo que lo sabrás. —Entonces tocó mi mano con la suya. Sus dedos se sentían suaves para mí, al igual que un hombre que nunca usó sus manos para empujar un lápiz. Un par de segundos pasó, tal vez unos treinta, cuando parecía satisfecho.

—Milagrosa —murmuró otra vez. Se puso de pie—. Hablaremos más tarde. Descansa un poco.

— ¿Cromwell?

Se acercó a la puerta, girando hacia atrás.

— ¿Sí?

—¿Es... está Theo muerto?

— Sí.

Dejé escapar un suspiro inestable.

—No sé cómo sentirme acerca de eso.

Cromwell volvió a la cama, me estudio un momento.

—No pienses ni por un segundo que Theo no te iba a matar. Te vio como el futuro de su hermana debería haber sido. Y tú te defendiste, pero hiciste más que eso. —Se sentó en el borde de la cama y sonrió.



Creo que fue la primera vez que realmente me sonrió como si lo dijera en serio.

—Aunque Hayden no sea mi hijo biológico, significa el mundo para mí. Si no lo hubieras evitado, Theo le habría disparado a mi hijo. Tú salvaste la vida de Hayden.

Algo terrible pasó en mi estómago.

—Pero he matado a alguien. Una vez más.

— El primero fue un accidente, Ember. ¿Y esto? Bueno, no es algo a lo que tendrás que acostumbrarte. Sin embargo, con el tiempo, se llega a aceptar lo que has hecho. Descansa un poco, Ember. —Se fue sin ni siquiera una mirada hacia atrás.

Pensé que sonaba como alguien que sabía lo que se sentía el matar. Por otra parte, podría haber sido por los medicamentos para el dolor. No podía estar segura.

El silencio se instaló en mí alrededor y se volvió incómodo. Esa horrible sensación me mantuvo preocupada. Sí, Theo había planeado poner una bala en la cabeza de Hayden, también, pero yo lo había matado. Y estaba bastante seguro de que me sonrió mientras lo hacía.

Eso no podía ser bueno.

¿Qué diría Olivia si lo supiera? ¿Qué diría mi madre? Había matado dos veces, pero ésta matanza era diferente. Yo *quería* hacerlo. Cerré los ojos con fuerza. Ya sabía lo que le ocurriría a Hayden. Tal vez por eso no me había comprobado todavía. En una ocasión había dicho que estaba bien por dentro, mejor que todos ellos. Dudaba que pensara eso.

Me quedé allí por un rato, tratando de no pensar en nada, y finalmente volví a caer en el sueño. Cuando abrí los ojos de nuevo, la noche había caído.

—Ember.

Mi corazón dio un vuelco o dos con el sonido de su voz. La cama se hundió. Sus dedos rozaron mi pelo hacia atrás, deteniéndose el mayor tiempo posible. *Hayden.*

—Hola —le susurré.



—¿Cómo te sientes?

Probé sentarme.

—No tan mareada. Mejor.

—Bueno. Te he comprobado que en varias ocasiones, pero has estado durmiendo. No quise despertarte.

—Me gustaría verte —Hayden sonrió—. ¿Extrañas mi cara?

Mis ojos se posaron sobre él, buscando heridas.

—¿Estás bien?

—Estoy al cien por ciento.

Lo miré fijamente, queriendo memorizar cada centímetro de su cara.

—Estas realmente aquí, ¿verdad? No tengo un sueño inducido por drogas, ¿verdad?

Sus cejas se fruncieron.

—No. Estoy aquí.

—Yo... no pensé que te gustaría verme después de todo.

—Em, a veces tú piensas la mierda más extraña.

Mis labios se movieron, pero estuve sobria con bastante rapidez.

—Lo siento por todo. Por la cosa con los archivos y... y lo que hice. Nunca quise matar a alguien. Y lo he hecho dos veces —Me limpié bajo mis ojos, sintiéndome a punto de caer—. Lo siento. No quería que te hiciera daño. Yo no sabía qué más hacer.

—Shhh, no lo hagas —me atrajo hacia él, me acuno contra su pecho con tanta suavidad—. No me importa lo del archivo. ¿Crees que ahora es aún importante para mí? ¿Después de todo lo que has pasado?

—Pero... lo que le hice a Theo.

—Hiciste lo que tenías que hacer. No cambia nada de ti. Lo hermosa que eres por dentro. Qué tan buena eres. O lo que pienso de ti.

Lágrimas rodaron pesadas por mis mejillas. Hayden mantuvo mi pánico y el miedo poco a poco hasta que se moderó. Mi control sobre su suéter aflojó y cuando levanté la cabeza, se abalanzó y me dio un beso suave en los labios, silenciando mis preocupaciones y dudas. Con ese simple toque, sabía que iba a estar bien.

—¿Recuerdas que me dijiste lo que amabas más del invierno? —preguntó.

—Sí, creo que sí.

Su sonrisa se volvió hermosa.

—Déjame ayudarte a ponerte de pie.

Hayden también me ayudó a cojear hasta la puerta. Allí, él cogió una manta y la envolvió a mí alrededor.

—Cierra los ojos.

Levanté las cejas, pero hice lo que me pidió. Oí la puerta abierta y el aire frío se apoderó de mí. Entonces, sin previo aviso, me balanceé en mis pies.

—Mantén tus ojos cerrados, Em.

—Hayden, ¿qué estás haciendo?

—Llevándote—dijo, con risa en su voz.

—Sí, me he dado cuenta.

Él me abrazó contra su pecho mientras me llevaba a la terraza. Sentí sus labios rozar mi frente.

—Muy bien, abre los ojos.

Lo hice, y en ese momento, me quedé asombrada por la belleza del lugar en el que una vez había encontrado aterrador. Los copos de nieve que caían brillaban en la luz de la luna como un millar de estrellas centelleantes. Bajaron gordos y gruesos, colocando un gran manto blanco sobre las ramas de los olmos, ya suavizando las afiladas cumbres de Seneca Rocks.

—Es... es hermoso.

—Pensé que te gustaría. —sus brazos se apretaron.





—Me encanta —incliné mi cabeza hacia atrás—. Hayden.

—¿Hmm? —Bajó la cabeza, los bordes de su pelo rozando sobre mi frente.

Se sentía como la seda en mi piel, como su voz, su mirada. Me sentía a punto de llorar otra vez, pero del tipo feliz, y aunque pensé que iba a ser difícil decir estas palabras, salió fácilmente.

—Te amo.

Al igual que la mirada que puso cuando vio mis dibujos de él, asombro se dibujó en su rostro.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo he esperado para oírte decir eso.

Mi sonrisa se extendió.

—¿Dos años, más o menos una semana?

Hayden sonrió, sus ojos negros como piscinas en el cielo nocturno.

—Sí, eso suena bien. ¿Sabes lo que quiero hacer ahora?

—¿Besarme?

Y lo hicimos. Nuestros labios se tocaron. El mundo simplemente se desvaneció, y fue simplemente Hayden y yo. Nos separamos sólo después de que tuvimos, un último segundo.

—Te amo, Ember.

Apoyando mi cabeza en su pecho, le sonreí y suspiré un poco. Más allá del borde del balcón, a través de los árboles de nieve, y el aumento de la pendiente de la montaña, una estrella se desprendió del cielo y cayó a la tierra.

fin

Sobre la autora



Jennifer L. Armentrout es una escritora estadounidense. Publica también bajo el seudónimo de ***J. Lynn***.

Vive en Virginia Occidental (EEUU). Todos los rumores que hayas podido escuchar de este estado son ciertos. Bueno, en su mayoría. Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe. Vive con su marido, el perro de éste, llamado Diesel y Loki, su perrita Jack Russell.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, en la cual pasaba el tiempo escribiendo historias cortas… lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Sitio web oficial: http://www.jenniferarmentrout.com/j-lynn/







traducido, corregido y diseñado en…



http://thedarkside.forogratuito.net/forum

The Dark Side